Inma Rubiales

Mi conquista tiene una lista

13

«Pensaba que nunca conocería al chico perfecto. Hasta que llegaste tú».

Abril Lee tiene un secreto: ha escrito una lista con las condiciones que debe cumplir el chico que quiera salir con ella. Abril está segura de que nadie podrá completar todos los puntos, pero al inicio del nuevo curso conoce a Noah Carter, el atractivo bailarín que descubrirá su secreto y cambiará todo lo que Abril creía saber sobre el amor.

Inma Rubiales

Mi conquista tiene una lista

Título original: *Mi conquista tiene una lista*
Inma Rubiales, 2020
Diseño de cubierta: Taller de los Libros

-

Revisión: 1.0

22/05/2020

A mi madre, a mi padre,
a mi tía Carmen y a mi abuela Vale.
Gracias por enseñarme a desplegar las alas.

Prólogo

Cualquiera en mi situación diría que la mala suerte me persigue. No es de extrañar que la gente crea que mi vida está patas arriba, ya que el destino siempre me juega malas pasadas. Por suerte —y por el bien de mi salud mental—, acepté hace tiempo que todas esas hipótesis son absurdas. No es que el destino me odie, ni mucho menos.

El problema soy yo. Durante mis diecisiete años de vida, he desarrollado la costumbre de tomar malas decisiones continuamente. Por eso, casi todo lo que hago termina en desastre. Y lo mismo digo sobre las relaciones sentimentales. ¡Qué caos! Me han roto el corazón tantas veces que ya he perdido la cuenta. De hecho, ni siquiera recuerdo el nombre de mi primer novio, aunque es mejor así.

Tuve una relación especialmente tortuosa. Él se llamaba Ethan. Era el típico chico malo, con moto y tatuajes, que tenía una larga cola de pretendientes que lo seguían allá a donde iba, entre las que me encontraba yo, claro. Y él, como por arte de magia, dejó de lado a todas las demás y se fijó en mí.

La culpa fue mía. Debería haber sabido desde el principio que las cosas acabarían mal. Los polos opuestos no se atraen si uno de ellos tiene tan poco cerebro como Ethan. Pero mi pequeña mente de adolescente no pudo resistirse a sus encantos y a su cara bonita. Menuda desgracia. Por suerte, nuestra relación solo duró cuatro días.

En fin, siempre he creído que de las malas experiencias se aprende. Eso fue lo que, unos años más tarde, me llevó a escribir la lista. Una mente inmadura —casi tanto como ahora—, un puñado de ilusiones rotas, otras demasiado vivas y un bolígrafo desgastado

fueron todo lo necesario para crear lo que, a partir de entonces, se convertiría en mi filtro personalizado de chicos.

Avergonzada, me prometí que nunca se la enseñaría a nadie en cuanto terminé de escribirla. Hoy todavía respeto ese juramento. De mi depende que nadie la vea jamás. No quiero ni imaginarme lo que pasaría si cayese en las manos equivocadas. Me convertiría en el hazmerreír de la clase, del instituto, del país… O, aún peor, del universo.

Y me niego a dejar que un puñado de extraterrestres se rían a mi costa.

Por eso, lo especifiqué en el papel: me enamoraré del chico que, sin conocer la existencia de mi lista, cumpla todos los requisitos que hace unos meses escribí en ella. Tal vez así, esquive el desastre y evite que mi corazón acabe hecho añicos otra vez. Y, solo entonces, podré decir que he tomado una buena decisión.

En realidad, parece mucho más sencillo de lo que es. No olvidemos que la mala suerte me tiene cariño.

Pero tampoco voy a rendirme y a dejar de intentarlo.

La esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

La lista

Cuando tenga diecisiete, me enamoraré del chico que:

Abril Monica Lee, a la edad de dieciséis años.

Capítulo 1
Crónicas de un sujetador extraviado

—Avenida del Este, número 32. —El conductor del vehículo me mira a través del espejo retrovisor—. Es aquí, señorita.

Trago saliva y asiento. No hacía falta que me dijese nada. Conozco muy bien este barrio, a pesar de que no haya estado nunca, porque he visto miles de fotos en internet. A la prometida de papá le gusta contar su vida en las redes sociales y llevo días controlando todo lo que publica en Facebook. Por eso sé que acabamos de aparcar justo delante de su casa.

—Gracias —respondo con timidez a la vez que abro la puerta del coche.

El hombre me regala una sonrisa. Después de pagarle, salgo del vehículo y saco las cosas del maletero. Parece que traigo poco equipaje, pero es porque en esta maleta solo llevo lo esencial. Papá me ayudará a traer el resto de mis cosas antes de que empiece el instituto.

Una vez que he terminado, me alejo del vehículo. El taxista espera hasta que me despido con la mano para marcharse. Trago saliva. Estoy nerviosa. Muy nerviosa.

—Está bien, Abril —susurro y aprieto el mango de la maleta con mucha fuerza—. Puedes con esto.

Me giro hacia el edificio.

Desde luego, papá no mentía cuando dijo que la familia de Rose tenía dinero. Su casa es la sexta vivienda de una hilera de dúplex: tiene dos pisos de alto, las paredes pintadas de blanco y un amplio porche con escaleras. La puerta principal está rodeada de macetas con flores y veo los muebles del salón a través de los dos enormes

ventanales que hay junto a ella.

Es un sitio bonito, pero sigue sin ser mi casa. No quiero llegar ahí arriba y enfrentarme a lo que me espera.

Sin embargo, ya no me quedan opciones. Le prometí a papá que haría esto, por nosotros, y no quiero decepcionarle. Eso es lo que me lleva a subir hasta lo alto del porche. Cuando me detengo frente a la puerta, estoy temblando. Sigo pensando que esto es una mala idea. Maldigo para mis adentros.

Quiero echarme atrás, pero, en su lugar, toco el timbre. La puerta se abre unos segundos más tarde.

—Vaya, pero si es Abril.

Solo con oír su voz, mi rostro se tiñe de disgusto. Mi mala suerte ha vuelto, para variar. ¿No podía recibirme Rose?

—Jason —pronuncio con sequedad.

El crío esboza una sonrisa burlona. Termina de abrir la puerta y se apoya contra ella, con los brazos cruzados. Se da aires de superioridad, como si fuera el rey del mundo, vestido con esa chaqueta de cuero y los vaqueros oscuros. Cuando vuelve a abrir la boca, me percato de que se ha hecho un *piercing* en la lengua.

Seguro que se cree un chico malo o algo parecido.

Desde luego, qué vergüenza de persona.

—¿Te has escapado del zoo? —me pregunta con las cejas arqueadas.

Hago oídos sordos ante su comentario. Pongo los ojos en blanco y lo aparto, con un empujón, para entrar en la casa. No obstante, Jason patea mi maleta cuando paso por su lado y la desestabiliza. Aprieto los puños e intento volver a ponerla derecha. Acabo de llegar y ya estoy perdiendo la paciencia.

El hijo de Rose tiene dieciséis años, uno menos que yo, y creo que por eso se le da tan bien sacarme de quicio. Cuando nuestros padres empezaron a salir, me puso la primera en su lista de enemigos acérrimos. Desde entonces, intenta hacerme la vida imposible. Por suerte, hace tiempo que me di cuenta de que no es más que un pobre niño necesitado de atención y que lo mejor que puedo hacer es ignorarlo.

—¿Dónde está Rose? —pregunto, no porque quiera saberlo, sino porque necesito demostrarle que sus comentarios me traen sin cuidado.

Pero mi hermanastro sabe cómo llevarme al límite.

—Cuando mamá me comentó que quería que tuviésemos una mascota, le dije que me parecía muy buena idea —dice. Acto seguido, me mira de arriba abajo—. Nunca pensé que fuera a adoptar un mono.

Ya no lo aguanto más. Pierdo la paciencia y estallo. Una bombilla, que llevaba tiempo apagada, se enciende en mi cabeza y le espeto la respuesta más ingeniosa que se me ocurre.

—Te entiendo. ¿Para qué adoptar otro, teniendo ya uno en casa? Debes de sentirte sustituido. Lo siento mucho, Jase.

Él frunce el ceño. Sé que mi respuesta no le ha gustado: está acostumbrado a que me quede callada y le deje ganar todas las discusiones, pero estoy cansada de eso. Sin embargo, sospecho que lo que más le ha molestado ha sido mi forma de llamarlo. Pobrecito. ¿Habré herido su falso ego de chico malo?

El ambiente en el recibidor es muy tenso. De repente, una mujer rubia viene a salvar la situación. Tiene los labios pintados de rojo y el pelo recogido en una coleta elegante. Se trata de Rose, la prometida de papá.

—¡No sabía que habías llegado ya! —exclama al verme. Se acerca para darme un beso en cada mejilla y me obligo a sonreír—. ¿Qué tal todo? Tu padre me ha llamado para decirme que no vendrá hasta esta noche. Hoy trabajará hasta tarde. ¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de comer? Si te apetece, puedo…

—Estoy bien —la interrumpo, mientras niego con la cabeza e intento sonar amable—. Gracias.

—En ese caso, dejaremos que te instales. Mi hijo te ayudará con el equipaje. —Se vuelve hacia Jason y añade—: Sé amable, cariño.

Con esto, la mujer me dedica una última sonrisa antes de marcharse. Se porta muy bien conmigo, como de costumbre. Me sorprende pensar que, hace unos años, esto me habría molestado. Antes creía que tenía que odiar a Rose solo porque fuera a casarse con mi padre, pero las cosas han cambiado y ahora me alegro de que estén juntos. En el fondo, es muy buena persona.

Además, se nota que los dos están emocionados por esta nueva etapa. Hace dos años que son pareja y su relación cada vez es más seria, así que ya era hora de que vivieran juntos. Por si eso fuera poco, cuando está con ella, papá sonríe a todas horas. Me gusta

verlo tan feliz.

—Muévete.

Arqueo las cejas. Por desgracia, a Jason le falta mucho para ser tan amable como su madre. Es la antipatía en persona.

Pienso en negarme, pero me arrebata la maleta y me dirige una mirada despectiva antes de subir al segundo piso. Casi corro detrás de él. Temo por el bien de mis pertenencias, pero mi equipaje sigue intacto cuando llego arriba. Frunzo el ceño. Me sorprende que no lo haya tirado escaleras abajo.

Yo lo habría hecho si hubiera estado en su lugar.

—Es la última puerta a la derecha —dice y me tiende el mango de la maleta—. No te acostumbres a esto. Solo te hago un favor y es porque mamá me ha prometido que me doblará la paga de esta semana si me porto bien contigo. No sé por qué diablos crees que tienes derecho a vivir aquí, pero, si piensas que voy a dejarte tranquila, estás muy equivocada —añade con rabia—. Ve con cuidado, Abril.

Después, se marcha. Pestañeo, sin moverme del pasillo. ¿Me ha amenazado?

Esta situación es ridícula, pero no tengo ni tiempo ni ganas de pensar en ello. Necesito despejarme la cabeza. La sacudo y sigo sus indicaciones hasta que llego a mi nuevo dormitorio.

No soy consciente de lo grande que es hasta que estoy dentro. Dejo la maleta en la entrada y observo lo que me rodea. La habitación está decorada de manera sencilla, por lo que no hay más muebles de los necesarios. Distingo una cama, un escritorio, un armario, un par de estanterías…

Abro los ojos de par en par cuando veo la puerta que hay al fondo. ¿Eso es un baño?

Cruzo el dormitorio a toda prisa, presa de la curiosidad. Casi grito cuando compruebo que, efectivamente, tengo baño propio. Por fin podré decir adiós a las constantes quejas de papá sobre el centenar de productos de baño que utilizo. ¡Esto es maravilloso!

Lo que más me llama la atención es la bañera. Las instalaciones de mi casa, comparadas con las de esta, parecen prehistóricas. La ducha tiene tantos chorros distintos que creo que es una de esas de hidromasaje, aunque no estoy muy segura. Nunca había visto una.

Hay una pantalla táctil incrustada en la pared que me llama

mucho la atención. Me dejo llevar por la curiosidad y pulso el botón de encendido. Debo de haber activado algo porque, de pronto, una música estruendosa suena por toda la habitación.

Y por toda la casa.

Siento vergüenza de inmediato. No quiero que Rose me riña por montar un escándalo. Nerviosa, golpeo la pantalla para hacer que pare. La adrenalina hace que no distinga los botones. Encuentro una rueda de control y la giro con la esperanza de que baje el volumen, pero no funciona.

¿De quién diablos ha sido la idea de instalar el chorro de agua que me apunta a la cara?

Suelto un grito de sorpresa. Me cubro con una mano mientras toso sin parar y tanteo la pared con la otra en busca del dispositivo táctil. No sé cómo lo hago, pero agarro la cortina y tiro de ella. Lo siguiente que siento es cómo esta se desprende y me da en la cabeza.

Como no podía ser de otra manera, me caigo de culo sobre el plato de la ducha.

—¡Joder!

Mis palabras quedan ahogadas bajo la música, que todavía suena a todo volumen.

Además, el agua no deja de correr. Me levanto e intento bloquear el chorro con una mano. Mientras busco una manera de cerrarlo con la otra, me maldigo por haber dicho una palabrota. También por ser tan torpe y por tener tan malas ideas.

Finalmente, consigo apagar la ducha. Suspiro aliviada cuando dejo de sentir la presión del agua contra la mano, pero no me da tiempo a celebrarlo.

De inmediato, un escalofrío me recorre el cuerpo. Estoy empapada.

Retiro lo dicho hace unos minutos. ¡Odio tener baño propio!

Salgo a duras penas de la ducha y vuelvo al dormitorio. Supongo que después tendré que ir a por una fregona, pero mi prioridad ahora mismo es vestirme con ropa seca.

Casi tiritando, me arrodillo para abrir la maleta y rebusco dentro hasta que doy con una sudadera ancha, llena de agujeros, y unas mallas. No es precisamente un conjuntazo, pero no me importa. Me voy a quedar aquí hasta que anochezca. Después, buscaré algo

decente que ponerme para bajar a cenar.

Sin embargo, pronto me encuentro con otro problema. Reviso toda la maleta y me doy cuenta de que falta parte de mi ropa interior. No he traído ningún sujetador.

Excepto el que llevo puesto, claro, que está empapado.

Lo que me faltaba.

Vuelvo a maldecir. Los habré guardado en la otra maleta. ¿En qué estaba pensando? No recogeremos el resto de nuestras pertenencias hasta el domingo, que es el único día libre de papá. Por eso tenía que traerme todo lo esencial.

Suspiro. Soy un auténtico desastre.

Mi sujetador está demasiado mojado como para llevarlo puesto, así que me lo quito y lo dejo sobre el montón de ropa empapada que hay a mis pies. Una vez vestida, pienso en que, si quiero que esto se seque, necesito un sitio donde tenderlo todo.

Estoy a punto de colgar la ropa del pomo de la puerta cuando me fijo en el balcón que hay al fondo del cuarto.

Sonrío, orgullosa, antes de coger la ropa y salir. Allí, estiro la camisa y los vaqueros sobre la barandilla y dejo el sujetador en una esquina, justo donde da el sol, para que se seque cuanto antes. No quiero bajar a cenar sin llevarlo puesto. Me sentiría incómoda, al encontrarme en una casa ajena.

Cuando he terminado, pienso en volver dentro, pero algo me detiene.

De repente, el suave murmullo de una melodía llega a mis oídos.

Me giro en busca del origen de la música y mi mirada se posa en la casa de delante. Entonces, lo veo a través de los grandes ventanales del segundo piso: se trata de un chico joven, más o menos de mi edad, que danza al son de una canción que resuena por todo el vecindario.

Abro tanto la boca que casi se me cae la baba. Por suerte, está demasiado concentrado en sus ejercicios como para darse cuenta de que lo observo. Me fijo en que tiene la piel clara y en que se le marcan los músculos de la espalda a través de la camiseta. Cuando falla en uno de los pasos; se pasa una mano por el pelo, frustrado.

Se me escapa una sonrisa. Tengo que mirar el lado positivo: vivir aquí va a ser una mierda, pero, al menos, tendré buenas vistas.

Lo observo durante un rato. No obstante, enseguida comprendo

que, en cuanto mire por la ventana, nos verá a mi ropa y a mí en el balcón. Debería volver dentro lo antes posible. No quiero arriesgarme a ser descubierta y que piense que lo espío o algo similar. Por desgracia, antes de que pueda descolgar el sujetador, las cosas se tuercen de nuevo.

Una vez más, mi mala suerte hace acto de presencia y una ráfaga de viento me lo arrebata de las manos. Lo siguiente que veo es cómo vuela hasta el patio de enfrente y aterriza delante de su maldita ventana.

Es inmediato. En cuanto lo asimilo, el corazón me da un vuelco. Jadeo, corro al interior del dormitorio y cierro la puerta a mis espaldas. Intento concentrarme en respirar. No quiero darme la vuelta porque prefiero no saber si ese chico sigue bailando o si se ha dado cuenta de que el único sujetador que tengo acaba de caer en su patio.

Mierda, mierda, mierda. Tres veces mierda. Mierda al cubo. ¡Mierda!

Trato de calmarme, porque estoy entrando en pánico, y busco una solución a toda prisa. Tiene que haber una manera de arreglarlo, pero no se me ocurre ninguna. ¿Cómo debe actuar una en este tipo de situaciones? No existen tutoriales para esto. Ni siquiera en YouTube, y eso que ahí hay tutoriales para casi todo.

Apuesto a que incluso hay uno para aprender a utilizar una ducha de hidromasaje.

¡Ojalá lo hubiese visto a tiempo!

Busco alternativas. Opciones. Quizá podría fingir que no ha pasado nada e ir a comprar otro sujetador, pero me he gastado todo el dinero que traía en el taxi. De todas formas, dudo que haya tiendas por aquí cerca. Rose vive a las afueras de la ciudad.

Podría prescindir de la prenda y utilizar ropa ancha para bajar a cenar esta noche, pero lo único que tengo así es la sudadera que llevo, que está llena de agujeros. Además, tampoco puedo dejarlo allí. ¿Qué pasa si ese chico lo encuentra? Dudo que piense que es de su madre porque la gente adulta no suele comprar ropa interior con estampados de dibujos animados.

Me muerdo el labio con fuerza. Se me ocurren otras tres ideas, pero son demasiado disparatadas. La primera es pedirle a Rose que me deje un sujetador; no lo haría ni aunque estuviese realmente

desesperada.

La segunda es saltar al patio de enfrente para recuperar lo que es mío y salir de allí sin que nadie me vea, pero es imposible. Perdería las piernas, la cadera, la nariz, los brazos y la dignidad. Esto último me importa más bien poco porque ya la tengo por los suelos, pero necesito todo lo demás para vivir.

Solo me queda una posibilidad.

Y es una mala idea.

Muy mala idea.

Siento como la vergüenza me invade con solo pensarlo, pero no tengo otra alternativa, así que me siento en la cama y me calzo las zapatillas. Si quiero recuperar el sujetador, tendré que ser valiente, dejar de lado la timidez, hacer de tripas corazón e ir a pedirles a mis nuevos vecinos que me lo devuelvan.

Cojo aire mientras me pongo en pie. Tengo que hacerlo. Es la única forma.

Como siempre decía mamá: «situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas».

Pienso en cómo voy a salir de la casa sin que Rose y su hijo se den cuenta, cuando llaman a la puerta. Doy un respingo. Alterada, cruzo la habitación para ver quién está al otro lado.

Hago una mueca. Es Jason.

—Mamá me ha dicho que… —Se queda callado al verme—. ¿Por qué tienes el pelo mojado?

Abro la boca para responder, pero la cierro de inmediato. Jason no me presta atención. Estudia el desordenado dormitorio con la mirada. Hay ropa tirada por todas partes, la maleta está abierta y el suelo, encharcado.

Cierro un poco la puerta para que me vea el rostro.

—Estaba en la ducha —le miento—. ¿Querías algo?

Con esto, recupero su atención.

—¿Tienes ratones en la maleta? —Señala los agujeros de la sudadera—. Al final va a ser cierto eso de que te has escapado del zoo.

—Jason —le espeto con dureza—. No estoy de humor para bromas.

Mi respuesta le borra la sonrisa de la cara. Parece que tiene ganas de picarme, pero se resigna y va directo al grano.

—Mamá me ha pedido que te avise de que vamos a salir a comprar. Nos faltan ingredientes para la cena. Te quedas sola en casa. Estaremos de vuelta en media hora, pero tienes una llave en la puerta por si acaso. —Entonces, añade—: Aunque también puedes venir con nosotros, si quieres.

Me da la sensación de que la idea le disgusta tanto como a mí. Niego con la cabeza.

—Mejor me quedo, tengo cosas que hacer. Gracias, de todas formas. Estaré bien. Adiós.

Termino la conversación al cerrarle la puerta en la cara. O, al menos, lo intento. Jason mete el pie en medio para impedirlo.

—Una cosa más.

—¿Si? —respondo impaciente.

—Mamá ha visto que has colgado ropa en el balcón. Me ha pedido que suba a avisarte de que es una mala idea. El viento aquí suele ser muy traicionero. No querrás que se te caiga nada en el patio de los Carter. —Pone los ojos en blanco—. Según ella, son realmente insoportables.

En cuanto lo escucho, abro los ojos de par en par. Se me acelera el corazón.

¿No podía haberme avisado antes?

—Lo tendré en cuenta. —Fuerzo una sonrisa—. Gracias.

—De nada. Van a triplicarme la paga por esto.

Acto seguido, Jason me dedica una sonrisa mezquina y se marcha. Con las manos temblorosas, cierro la puerta y echo el pestillo a toda prisa. Me apoyo en la puerta, cierro los ojos y espero en silencio hasta que escucho cómo Rose y su hijo salen de la casa.

Poco después, oigo el rugido del motor de un coche. La prometida de papá se aleja de la vivienda y la calle se queda en silencio. Se me acelera el corazón porque sé lo que eso significa. Se han ido. Me he quedado sola.

Esta es mi oportunidad.

Cojo aire y salgo al pasillo. Está decidido, voy a recuperar ese sujetador, cueste lo que cueste.

Capítulo 2
Devuélveme mi guarda-pelotas

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco… —Mi voz se apaga a medida que dejo de caminar. Me giro hacia la vivienda—. Seis.

Trago saliva. Me detengo frente a la sexta casa de la calle que hay detrás de la nuestra. Si mis cálculos son correctos, este es el dúplex cuyo patio limita con el de Rose. Lo único que me separa ahora mismo de mi querido sujetador son un par de escalones, una pared de hormigón y mis adorables nuevos vecinos: los Carter.

Ni siquiera los conozco y ya los he juzgado. El problema viene a raíz de Jason. Me ha dicho antes que su madre piensa que son una familia muy desagradable y, siendo sincera, la creo. Mi hermanastro será un imbécil, pero no tiene razones para mentirme.

Sea como sea, tengo que enfrentarme a ellos si quiero recuperar mi sujetador. Solo espero que el bailarín no esté solo en casa, porque sería muy vergonzoso tener que explicarle cómo ha acabado en su patio. Si es un poco egocéntrico, a lo mejor incluso piensa que lo he tirado a propósito en un apasionado intento por llamar su atención.

Eso sería terrible.

Soy enamoradiza, lo admito, ¡pero tampoco tanto!

Me muerdo el labio mientras observo la vivienda. Es una mala idea. A los vecinos se les caen cosas todo el tiempo, es cierto, pero no es lo mismo ir a pedir un sujetador empapado, con un estampado de dibujos animados, que una toalla o un pantalón. Sobre todo, si es él quien me abre la puerta.

Algo me dice que debería echarme atrás. Sin embargo, subo las escaleras del porche. Cuando me detengo frente a la puerta, no

controlo mi respiración. Le suplico al destino que tenga piedad conmigo y toco el timbre.

Una agradable melodía navideña llega a mis oídos. Me habría hecho gracia de no ser porque estamos en septiembre, falta mucho para Navidad y el corazón me late tan rápido que creo que se me va a salir del pecho y a atravesar la puerta de la casa.

Oigo pasos dentro del dúplex y, por inercia, cierro los ojos. Quiero salir corriendo. ¿Por qué habré venido hasta aquí?

Podría haber buscado otra solución.

¡Seguro que había otra solución!

De repente, la puerta se abre.

—¿Quién eres tú?

Doy un respingo. Abro lentamente los ojos y me temo lo peor. No obstante, la persona que hay al otro lado del umbral no es ese chico, sino un niño.

El alivio que siento es inmediato. El pequeño, que no tendrá más de seis años, lleva un colador amarillo en la cabeza y unas bermudas oscuras, y me observa con el ceño fruncido. Intento decir algo, pero no me salen las palabras. Lo único que quiero hacer es saltar de la alegría. Necesito celebrar que, por primera vez en años, el destino ha escuchado mis súplicas y me ha enviado algo de buena suerte.

—¿Quién eres? —repite.

Eso me hace reaccionar. De pronto, pienso que es posible que el bailarín aún esté en la casa y que el hecho de que no haya abierto no significa que no pueda aparecer por aquí en cualquier momento. Si no quiero verlo, tengo que acabar con esto cuanto antes.

—Me llamo Abril. Soy tu nueva vecina. Vivo al otro lado de la calle —respondo al niño y me agacho para quedar a su altura. Él retrocede un poco—. He venido porque necesito tu ayuda. Se me ha caído una… cosa en tu patio. Es muy especial para mí y me gustaría recuperarla. ¿Te importaría dejarme ir a por ella? Solo tardaré un segundo.

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja, aunque por dentro estoy muy nerviosa.

—No sabía que teníamos vecinos nuevos —susurra para sí. Luego, alza la voz y me pregunta—. ¿Es una pelota?

—¿Qué?

—Lo que se te ha caído —me indica, con cierto interés—. ¿Es una pelota?

El corazón me da un vuelco. Mierda, ¿ahora qué digo?

—No exactamente. —Dudo a la hora de continuar—. Es, más bien, un… guarda-pelotas. Sí, eso. ¿Puedo entrar a por él, por favor?

Para mis adentros, me felicito por haber sido tan ingeniosa. Debo admitir que he definido muy bien el término.

Sin embargo, al niño no debe de haberle gustado mi respuesta, porque parece que está a punto de decirme que no. Aun así, he venido a recuperar lo que es mío y no permitiré que un niño se interponga en mi camino. Me yergo, doy un paso adelante e intento cruzar el umbral, pero me cierra la puerta en la cara.

Al menos, lo intenta, porque mis reflejos me salvan esta vez. Introduzco el pie en medio a toda prisa para impedírselo.

—Lo siento, pero mi madre dice que no puedo dejar entrar a extraños en casa —dice, como si hubiese activado el piloto automático.

—Pero soy tu vecina —discrepo e intento sonar amable.

—Mentira. Nunca te había visto. ¡Eres una extraña! Vete ahora mismo o llamaré a mi hermano mayor. —Su amenaza hace que esté alerta. Para reafirmar lo que acaba de decir, el niño se da la vuelta y grita—: ¡Noah, una extraña quiere entrar en casa!

El corazón me da un vuelco. Creo que sé a quién llama y no me gusta en absoluto. Tengo que solucionarlo ya.

—Está bien —me apresuro a decir. Vuelvo a agacharme para quedar a su altura—. ¿Cómo te llamas?

El niño se vuelve hacia mí y frunce el ceño, con cierto recelo, pero responde de todas formas.

—Tom.

—Vale, Tom. —Para mis adentros, cruzo los dedos y deseo que funcione—. Hagamos un trato: puedes ir a por mi guarda-pelotas y traérmelo. Mientras tanto, yo esperaré aquí fuera. Nada de extraños en tu casa. Y todos contentos. ¿Qué te parece?

Lo primero que pienso en cuanto abre la boca es que está a punto de volver a gritar. Por suerte, no lo hace y se limita a juntar las cejas, pensativo.

—¿Es un guarda-pelotas, dices? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Ajá.

El niño se cruza de brazos. Algo me dice que la situación está a punto de empeorar.

—Entonces, lo siento, pero me lo quedo.

Arqueo las cejas. ¿Cómo?

—¿Disculpa?

—Ha caído en mi patio, así que ahora es mío. Lo siento. Además, necesitaba uno.

Vuelve a intentar cerrar la puerta, pero meto de nuevo el pie para evitarlo. No me creo lo que oigo.

—¡Pero no puedes usarlo! —replico a toda prisa—. Es un juguete de… niña.

Tom frunce el ceño. Tiene las cejas oscuras, como el pelo que le cubre la frente.

—Mi hermano dice que no hay juguetes de niños y de niñas. Son todos para todos.

Maldigo entre dientes. Lo que me faltaba.

—¿Y no te ha dicho que no está bien quedarse con cosas que no son tuyas?

He dado en el clavo. Tom frunce mucho el ceño. Por el bien de mi dignidad, espero haberlo convencido, que deje de discutir y me haga caso. Necesito recuperar mi sujetador antes de que su hermano mayor venga a preguntar qué pasa.

—Está bien —responde, aunque se ve que le cuesta ceder ante lo que le pido—. Iré yo, pero voy a cerrar la puerta —añade, amenazante.

Quiero gritar de la alegría. Sin embargo, me contengo y dejo las celebraciones para más tarde, cuando haya recuperado lo que es mío.

Levanto las manos por encima de la cabeza para darle a entender que estoy de acuerdo.

—Como quieras.

—Ahora vuelvo.

Con esto, cierra la puerta. Lo oigo corretear hacia el fondo de la casa. Soy lo suficientemente desconfiada como para creer que, en realidad, todo ha sido una farsa y no me va a devolver el sujetador. Solo espero que, cuando lo vea, se dé cuenta de lo que es en

realidad y no tenga tanto interés en quedárselo.

De lo contrario, estaré perdida.

Por suerte, el niño tarda poco en volver. La puerta se abre de repente y vuelvo a tener al pequeño de los Carter frente a mí. Se tapa la nariz con una mano mientras sujeta algo brillante con la otra. Frunzo el ceño al darme cuenta de que ese algo es un tenedor y en las púas ha enganchado los tirantes del sujetador.

—¡Esto no es un guarda-pelotas! —exclama mientras lo sostiene lejos de su rostro, como si le diese asco.

Sé que no debería reírme, pero la situación me parece tan ridícula que me resulta imposible esconder la sonrisa. Me cubro la boca con la mano para que no vea que me mofo a su costa. Por suerte, solo le presta atención a lo que cuelga del tenedor.

—¡Es un sujetador! —chilla y me lo tiende. Le repugna—. Toma. ¡Qué asco! Encima está mojado. ¿Las chicas sudáis por las…?

Pongo los ojos como platos y le arrebato la prenda antes de que termine la pregunta. Vale, esta conversación tiene que acabar aquí.

—Esto es lo que estaba buscando —exclamo aliviada—. Muchas gracias por todo. Espero que…

Pero no termino la frase.

De pronto, una voz masculina resuena en el interior de la casa.

—¿Estás hablando con alguien, Tom?

Siento cómo todo mi cuerpo se paraliza. El corazón me late muy rápido, hasta el punto de que creo que voy a sufrir un ataque al corazón. Maldigo sin parar. Las cosas estaban yendo demasiado bien.

—¿Qué haces aquí solo?

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, la puerta se abre del todo y otro miembro de la familia Carter asoma la cabeza.

Es un chico joven, alto y delgado. Viste con ropa de calle y su camiseta está algo arrugada, como si se la hubiese puesto a toda prisa. Tiene el pelo oscuro, como su hermano pequeño, al que mira con una leve sonrisa en los labios.

Tengo un sexto sentido para estas cosas y estoy segura de que es él: es el chico al que he visto bailar desde el balcón.

Después de esto, una cosa está clara: ¡maldita sea la distancia! Ella ha sido la culpable de que no me haya dado cuenta antes de lo guapo que es. Ahora que lo veo de cerca, me replanteo seriamente y

volver a lanzar el sujetador. No sé qué habrá hecho este chico para ser bendecido de esta manera, pero debería encontrar a alguien con quien reproducirse cuanto ames y evitar que se pierdan esos majestuosos genes.

¿Cómo ha dicho Tom que se llamaba?

Sacudo la cabeza. ¿En qué diablos estoy pensando?

—Estaba hablando con nuestra nueva vecina, Noah.

La voz del niño me parece muy lejana. Sin embargo, me trae de vuelta a la realidad y me doy cuenta de que el chico me está mirando.

Cuando sus ojos marrones se cruzan con mi mirada sorprendida, algo en su rostro me resulta familiar. No obstante, esto pasa a un segundo plano en cuanto me percato de que me observa de arriba abajo. Durante un momento, estoy tan emocionada que olvido que estoy hecha un desastre. Llevo una sudadera llena de agujeros y tengo el pelo aplastado por la humedad, pero no me importa.

Su mirada se desvía hacia lo que sostengo en la mano derecha. Ahí es cuando me invaden los nervios.

Tan rápido como puedo, me escondo el sujetador detrás de la espalda y le tiendo la mano que tengo libre.

—Soy Abril Lee —me presento—. La nueva vecina.

Esbozo una sonrisa nerviosa mientras espero a que responda. Él abre la boca, como si quisiera decir algo, pero la cierra y guarda silencio. Ni siquiera me estrecha la mano. Me pongo seria, avergonzada, antes de bajar el brazo.

No sé si pensar que es un idiota o agacharme a recoger la poca dignidad que me queda. Trato de disimular los nervios, carraspeo y me vuelvo hacia Tom. Él es quien rompe el silencio.

—Preséntate, Noah —susurra. Como su hermano no le hace caso, se vuelve hacia mí y añade—: Él es Noah. Está siendo un maleducado contigo, pero no se lo tengas en cuenta. Es un tonto —le disculpa antes de girarse hacia su hermano—. Abril es una chica muy buena, ¿sabes? Me está enseñando cosas nuevas sobre el mundo. ¿Sabías que las niñas sudan por…?

Ay, Dios mío.

Esas ocho palabras me hacen entrar en pánico. No quiero estar delante cuando Tom las pronuncie, menos aún frente a este chico. Rápidamente, retrocedo hasta que mis talones rozan el borde del

primer escalón del porche. Noah nunca averiguará por dónde sudan las niñas, o al menos no en mi presencia, porque me marcho antes de que Tom diga nada más.

Cuando llego a la casa 32, subo las escaleras de la entrada y me desplomo frente a la puerta. Me falta el aire, pero algo me dice que no se debe solo a la carrera. Mientras trato de tranquilizarme, clavo la mirada en mi apreciado sujetador y en el cubierto que, sin querer, he robado a los Carter.

Creo que nunca volveré a ver los tenedores de la misma manera.

Capítulo 3
Último día de vacaciones

—Cuéntame, ¿cómo es tu nueva casa?

En cuanto lo escucho, suspiro con fastidio y apoyo la cabeza sobre la rodilla de mi mejor amigo, que se echa a reír. Está sentado en el respaldo del banco, con las piernas estiradas, como si no le preocupase perder el equilibro. Verlo así, tan confiado, hace que quiera levantarme y empujarlo. Si no lo hago, es solo porque sé que las consecuencias serían terribles.

—Es una mierda —respondo, y siento que me quedo corta.

Solo llevo en casa de Rose veinticuatro horas, pero ya tengo argumentos suficientes para dictaminar mi sentencia: mi vida allí va a ser un infierno.

Partamos del hecho de que odio las mudanzas y sigamos con que ayer tuvimos, por cortesía de mi padre, nuestra primera cena en familia. Fue él quien creyó que sentarnos a los cuatro en el comedor, sin televisión, periódicos u otras distracciones, para que pudiéramos charlar y conocernos mejor era una buena idea.

Como no podía ser de otra manera, estaba equivocado.

En primer lugar, Rose y él se lanzaron miraditas empalagosas durante toda la cena, lo que me hizo sentirme realmente incómoda. No me molesta que mi padre se case otra vez; de hecho, siento todo lo contrario. Me alegro de que Rose forme parte de su vida. Es una mujer increíble, aunque su hijo deje mucho que desear.

El problema fue que, con ellos dos perdidos en su mundo, lo único que yo podía hacer durante la cena era hablar con Jason.

Y no hace falta decir que ni en un millón de años iba a hablar con él.

Así que me comporté como una maleducada y me levanté de la mesa antes de tiempo para subir a mi habitación. Allí, deshice el equipaje, revisé las redes sociales y me fui pronto a dormir. Esto último, junto al valioso hecho de que había recuperado el sujetador, fue lo único que salvó al viernes de convertirse en el peor día de mi vida.

Sin embargo, mi mejor amigo no sabe nada de esto todavía.

—¿Por qué es una mierda? —me pregunta.

Mueve suavemente la rodilla izquierda y gruño cuando me rebota la cabeza.

—Porque sí —respondo sin más. Ya le pondré al día en otro momento. Aun así, como sé que no va a quedarse satisfecho, añado —: Creo que mi habitación está encantada. Atrae la mala suerte.

En cierto modo, estoy diciendo la verdad. Allí dentro están tres de mis peores enemigos: la ducha de hidromasaje, el balcón desde donde se voló el sujetador y el tenedor que robé ayer a los Carter. Esto último fue sin querer, claro, aunque dudo que vaya a devolvérselo.

Sería muy vergonzoso volver a ver al bailarín, sobre todo si su hermano le ha contado por dónde sudamos las chicas.

—Bueno, ya tenías mala suerte antes de mudarte allí.

Pongo los ojos en blanco. No le veo la cara, pero imagino que Wesley estará sonriendo.

—Cállate.

—Aunque tu antigua casa me gustaba más —admite. Inclino un poco el cuello para mirarlo—. También preferiría quedar contigo donde siempre y no aquí. Este sitio está mucho más lejos. Además, huele a pescado.

Con esto, consigue hacerme reír. Le echo un vistazo rápido a lo que nos rodea. El agua del río es tan azul que se confunde con el color del cielo y la sombra de los árboles nos resguarda del calor de septiembre. Este paseo suele estar muy concurrido, pero hemos tenido la suerte de encontrar un banco que está bastante alejado del lugar más transitado. Aquí se respira tranquilidad.

No habla en serio. Antes nos reuníamos en un pequeño parque que está cerca de donde vivía y que no es nada en comparación con esta maravilla. Por eso me alegro tanto de haber visto este lugar mientras iba en el taxi.

—¿Por qué hemos venido aquí? —añade mi amigo y me encojo de hombros.

—Porque es un sitio bonito. Además, está cerca de la casa de Rose.

—Sí, y también muy lejos de la mía.

—No seas quejica. Eso te viene bien. Necesitas hacer ejercicio.

Esto le toma por sorpresa. Se baja rápidamente del respaldo y se sienta a mi lado a la vez que se lleva una mano al corazón.

—¿Insinúas que necesito bajar de peso? —me pregunta, tan dramático como siempre.

Me río y pongo los ojos en blanco. Después, lo miro de reojo. Wesley tiene diecisiete años y su apariencia encaja con la de cualquier persona de su edad. Tiene la mandíbula poco marcada, los ojos oscuros y el pelo rubio como el oro. Hay algunas marcas de acné en su rostro, apenas visibles. Estoy segura de que desaparecerán con el paso del tiempo.

En realidad, es un chico muy guapo. Se lo he dicho varias veces, aunque algo me dice que no se lo cree del todo.

—Lo que insinúo es que eres un vago —le corrijo. Se me escapa una sonrisa—. ¿No te habías propuesto volver a jugar a fútbol este año? Eso conlleva hacer ejercicio.

Suspira y niega con la cabeza.

—He cambiado de idea. Es lo que quería a principios de verano, pero después de pensarlo, he llegado a la conclusión de que el fútbol no es lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo? —pregunto con las cejas arqueadas.

—Ser un incordio.

Su respuesta me hace sonreír.

—Estoy de acuerdo.

Ante esto, se ríe, refunfuña por lo bajo y me rodea los hombros con el brazo. Soy tan endeble que me cuesta mantenerme erguida y no ceder bajo su peso. Sin embargo, cuando estoy a punto de pedirle que se aparte, añade:

—Aunque, seamos sinceros, buscarte novio tampoco se me da nada mal —canturrea y me pellizca el brazo. Me quejo, no porque me duela, sino porque no me gusta el rumbo que está tomando la conversación—. Por cierto, todavía espero a que me cuentes cómo te fue con Cody.

Termina la frase con una mirada juguetona. Quiere que le cuente algo jugoso, pero recordar aquella tarde solo hace que me avergüence. Me muerdo el labio con disimulo.

Pelirrojo, ojos verdes y un cuerpo de gimnasio. Cody Jones hace natación. Forma parte del club local, por lo que se pasa muchas horas entrenando y, aun así, saca adelante sus estudios y mantiene una vida social activa. Tiene muchos amigos en el instituto, por lo que su nombre siempre se escucha por los pasillos. Cody encaja dentro del prototipo de chico perfecto al que toda chica querría conocer.

Incluida yo, por supuesto.

Cuando Wesley me lo presentó, creí que por fin había encontrado al candidato ideal. Quizá le costase un poco cumplir con la lista, porque no aparenta ser de los que cantan contigo a todo volumen mientras escucháis la radio, por ejemplo, pero ya nos las arreglaríamos.

Sin embargo, mis ilusiones se fueron al traste por culpa de un pequeño detalle.

—Es gay —resumo, y cierro los ojos porque prefiero no ver cómo Wesley se ríe en mi cara. Para mi sorpresa, no es eso lo que ocurre.

—No me fastidies. —Su voz está llena de sorpresa. Me siento un poco más segura de mí misma y entreabro los párpados. Él me mira y me señala con un dedo, antes de añadir—: Te prometo que cuando hablé con él, era hetero.

Me entran unas ganas terribles de reír. En realidad, aunque pasé vergüenza la otra noche, tampoco fue una mala experiencia. Cody es un chico muy agradable. Solo me preocupaba que Wesley utilizara todo esto para mofarse de mí, así que me alegro de que se lo haya tomado en serio.

De hecho, parece bastante abrumado por este repentino giro de los acontecimientos. Finjo que estoy enfadada durante un rato más, solo para torturarlo.

—¿Insinúas que cambió de idea cuando me conoció? —inquiero, sin dejar de mirarlo.

Él se apresura a negar con la cabeza.

—¡Claro que no! —exclama y se levanta. Me aguanto la risa y lo observo desde el banco—. Puede que…, bueno, quizá salir contigo

lo haya ayudado a descubrir quién es en realidad.

—Vaya, gracias, eso es un auténtico consuelo.

—No te enfades, ¿vale? Tendré más cuidado la próxima vez, lo prometo.

Suspiro con cierto fastidio. Esto me molesta de verdad. Wesley lleva meses empeñado en buscarme pareja y todavía no entiendo por qué. Está claro que todas mis relaciones acaban en desastre. Intentarlo es una pérdida de tiempo.

Matthew, Ethan, Derek y una multitud de exnovios cuyos nombres no voy a mencionar. Debo de tener la frase «rómpeme el corazón» escrita en la frente, porque es lo que hacen todos los chicos con los que salgo.

—No habrá próxima vez —sentencio e intento no sonar brusca —. Ya me he llevado bastantes decepciones, gracias.

—No seas tonta. —Como no podía ser de otra manera, mi amigo no va a rendirse—. Voy a encontrar a alguien increíble para ti, ya verás.

Tomo aire para armarme de paciencia y no estallar.

—¿Dejarás de intentarlo algún día? Todo esto me cansa. Los chicos que me presentas ni siquiera son mi tipo, Wesley.

Miento por una sencilla razón: cuando escribí la lista, me impuse tres reglas que me prometí respetar. La primera, y la más importante de todas, era mantenerla en secreto. Por eso no puedo hablarle a nadie acerca de ella, ni siquiera a Wesley.

Así que solo le digo eso y me guardo lo demás: que sé, a ciencia cierta, que ningún chico cumplirá con los veinte puntos jamás y que buscar más candidatos es inútil.

Ajeno a la verdad, Wesley suspira.

—Eso es porque eres muy exigente.

—Tengo mis razones —replico.

—Matthew era un gilipollas. No supo apreciar lo que tenía y por eso te perdió. Sé que te hizo daño, pero eso no significa que todos los chicos sean como él. Eres asombrosa, Abril. Y te prometo que voy a encontrar a alguien que sepa apreciarlo.

Su respuesta es tan intensa y llega tan de repente que me cuesta unos segundos procesarla. Entre tanto, Wesley me mira a los ojos. Sé que es sincero: estuvo conmigo cuando rompí con Matthew y sabe cómo han sido las cosas desde entonces. Han pasado cinco

meses desde que todo terminó. Supongo que le preocupa que no lo haya superado todavía.

A mí también me preocupa.

De hecho, me asusta. Y me avergüenza.

Conozco a Wesley desde que era una niña. Mi madre, que era muy amiga de la suya, nos obligaba a pasar tiempo juntos siempre que podía. Al principio, la situación me molestaba un poco, porque mi nuevo amigo era un niño y, por aquel entonces, estar con él me hacía sentir incómoda. Sin embargo, las cosas cambiaron a medida que crecimos.

Cuando mamá murió, Wesley se convirtió en la única persona, además de papá, capaz de hacerme sonreír. Estuvo conmigo hasta que conseguí salir del pozo oscuro en el que caí tras su pérdida y me tendió la mano para mostrarme de nuevo cómo era el mundo. No nos hemos separado desde entonces. Me gusta pensar que la nuestra es una de esas amistades que duran para siempre.

La verdad es que no sé qué haría si Wesley no estuviese en mi vida.

Sonrío e intento calmarme. No tiene sentido que discutamos por esto. Al final, siempre hace lo que cree que es mejor para mí.

—Está bien. —Al escucharme, da un saltito sobre el banco. Parece emocionado de verdad—. Pero no voy a salir con nadie hasta que me cuentes quién es esa chica misteriosa con la que has pasado el verano —lo amenazo y lo señalo con un dedo.

Mi amigo suelta una risita nerviosa.

—¿Qué chica? —me pregunta, titubeante.

Esbozo una sonrisa.

—Esa a la que le dedicas casi todas tus publicaciones de Instagram. —Ante su silencio, insisto—: Venga, Wesley. Escribes indirectas muy directas, ¿sabes?

—No hay ninguna chica —replica, rojo como un tomate. Me dispongo a presionarlo, pero añade—: Está bien, la hay. He conocido a una chica este verano. Es guapísima, tiene un hermano que da mucho miedo y me hace reír sin parar. Pero no voy a decirte quién es, así que no preguntes.

Pestañeo, incrédula.

—¿Cómo que no vas a decirme quién es?

Se encoge de hombros.

—La asustarías.

—¿Disculpa?

—Espantas a todas mis pretendientas. Das miedo.

—¡Eso no es verdad! —Chillo—. ¡Wesley!

—De todas formas, no tenemos nada serio todavía —me explica tras ignorar mis gritos—. Sigo intentándolo, pero sé que lo conseguiré. Si no le gustase, no quedaría.

De manera inevitable, sonrío. Mi amigo se pone colorado en cuanto me ve y, entonces, me da un golpe en el brazo para que deje de mirarlo. Me echo a reír. Es divertido verle tan avergonzado.

—Te dirá que sí —le aseguro y le señalo con un dedo—. Pero me la presentarás cuando empecéis a salir.

—Solo cuando esté completamente seguro de que no harás que salga corriendo.

Pongo los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

Wesley sonríe. Parece estar a punto de decir algo más, cuando mira el reloj y se da cuenta de la hora que es. Frunce el ceño. Enseguida sé qué va a decirme.

—Me voy —me informa y se pone en pie—. Les prometí a mis padres que estaría en casa antes de las ocho. Ya sabes cómo son las cosas. Mañana empiezan las clases y tengo que ayudarles a preparar todo lo de los niños.

Asiento y sonrío con timidez. Wesley tiene una familia muy numerosa. Su casa es mucho más pequeña que la de Rose y, aun así, resulta tremendamente acogedora para sus padres, sus dos hermanos pequeños y él. La verdad es que, si ahora mismo muriera y me reencarnase en otra persona, me gustaría ser alguien como Wesley. Tener hermanos debe de ser maravilloso.

A no ser que te toque uno como Jason.

En ese caso, lo maravilloso sería clavarle un tenedor en el ojo.

—Está bien. —Me acerco para darle un abrazo.

Me da tiempo a oler su colonia antes de que se aparte. Me gusta porque se la regalé yo.

—Te llamo esta noche. Tenemos que hablar sobre mañana. Quiero verte antes de que empiecen las clases, así te enseñaré el instituto. Conociéndote, podrías acabar entrando en el baño de chicos por equivocación.

Me río, aunque sé que tiene razón.

—Eso sería una tragedia.

—Totalmente. —Me dedica una sonrisa y me pongo de pie. Me sacudo el polvo de los pantalones. No vuelvo a mirar a mi amigo hasta que me pregunta—: Por cierto, ¿llevas bien lo del cambio del instituto?

Sospecho por qué me lo pregunta. Cuando accedí a mudarme con Rose, lo hice a sabiendas de que conllevaría cambiar de instituto. Al principio, no me pareció mala idea porque, así, Wesley volvería a estudiar conmigo, ya que nos separamos cuando terminamos el colegio. Sin embargo, me di cuenta de que mi nuevo centro de estudios está lleno de gente horrible con la que me asusta convivir.

Así que la respuesta es sí, estoy asustada. Más que eso: estoy aterrorizada. Pero no lo admitiré en voz alta.

—Lo llevo bien —le aseguro y fuerzo una sonrisa.

Pese a que soy una pésima mentirosa, consigo que Wesley me crea. O quizá prefiere no mencionar nada al respecto. Sea como sea, antes de irse me hace prometer que hablaremos esta noche por teléfono.

El camino de vuelta se me hace más corto que el de ida. Tardo aproximadamente quince minutos en llegar a la casa número 32. Allí, saco las llaves del bolsillo y me peleo con la cerradura hasta que consigo abrir la puerta. La vivienda, que hoy está mucho más silenciosa que de costumbre, me pone los pelos de punta.

Veo la nota que hay sobre la mesa del comedor justo cuando me empiezo a preguntar dónde diablos está todo el mundo. Es de Rose. Al parecer, papá y ella han salido a pasear por la ciudad.

Sonrío con picardía. La nota también dice que han dejado comida para Jason y para mí en el frigorífico, pero, dado que no veo a mi hermanastro por ningún lado, me parece que me comeré su ración.

De repente, escucho un portazo en el piso de arriba. Lo primero que pienso es que ha sido Jason, pero después oigo risas, pasos y voces masculinas y deduzco que hay más de una persona. El miedo se adueña de mí.

Subo las escaleras en silencio y apretando con mucha fuerza el teléfono móvil. A medida que avanzo, las voces suenan cada vez

con más fuerza. No distingo nada de lo que dicen. Me estoy asustando. Con manos temblorosas, me detengo en el décimo escalón y me dispongo a marcar el número de papá.

Sin embargo, ni siquiera he desbloqueado el móvil cuando los veo.

Un grupo de chicos jóvenes, de mi edad, aparecen por el pasillo y bajan las escaleras a toda velocidad. El corazón me late muy rápido cuando intento reconocer sus rostros y no puedo: no los he visto nunca. Podrían ser asesinos, ladrones o secuestradores, y me han tomado tan por sorpresa que apenas puedo reaccionar.

Con la respiración desacompasada, me agarro con fuerza a la barandilla para no caerme mientras veo cómo corren hasta el piso de abajo.

Ellos no parecen asustados, sino que ríen a carcajadas y chocan los hombros con el mío a medida que pasan junto a mí. El último es especialmente bruto y casi me hace perder el equilibrio. Por suerte, me estabilizo.

Lo primero que veo en cuanto levanto la cabeza, son los ojos oscuros de un cuarto chico que ha aparecido de la nada y se ha detenido en un escalón por encima del mío.

Hablo sin pensar.

—¿Qué diablos hacéis aquí?

Noto cómo me invade la vergüenza. Él abre la boca, pero la cierra cuando no sabe qué decir. Parece nervioso. Mientras tanto, me pregunto de dónde he sacado la valentía para pedirle explicaciones, o para hablarle, incluso, teniendo en cuenta que ayer mismo se me cayó un sujetador en su patio.

Sin embargo, Noah Carter no menciona nada al respecto. Tampoco me echa en cara lo que, sin querer, le enseñé a su hermano pequeño.

En su lugar, me dice:

—Escucha, te prometo que no sabía que eras la nueva hermanastra de Jason.

Pestañeo, atónita. No sé qué me extraña más, si la forma en la que se dirige a mí, como si nos conociéramos de toda la vida, o el hecho de que me pida disculpas. Ambas cosas están fuera de lugar y eso hace que me ponga en guardia. No entiendo nada.

—¿Qué?

—No lo sabía, ¿vale? Te prometo que no lo sabía. Jason me convenció para venir, pero no he hecho nada —me explica a toda prisa—. De verdad, lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento.

—¿A qué te refieres? —le pregunto con la voz temblorosa.

Noah guarda silencio, traga saliva y mira hacia arriba. Desde allí, el verdadero culpable de todo esto nos observa. Jason.

Aprieto los puños, furiosa. Estoy harta de todo esto, llevo tanto tiempo soportando sus abusos que siento que mi paciencia ha llegado al límite. Por eso, ya no me resisto: cojo aire y me dispongo a correr escaleras arriba, pero Noah me detiene.

Se me para el corazón. Me ha tomado del brazo y, aunque sé que en otro momento me pondría nerviosa, ahora solo tengo ganas de golpearle la cabeza (y la de Jason) contra la pared. Se acerca para susurrarme algo al oído y trago saliva. Apenas entiendo lo que dice porque habla muy rápido.

—Ten cuidado. Tu cama. En tu habitación. Cuidado.

Me quedo de piedra. Quiero que me dé explicaciones, pero echa a correr escaleras abajo inmediatamente. Le sigo con la mirada y me fijo en Jason. La verdad es que no sé cómo Noah se ha atrevido a decirme nada teniendo al artífice de todo a solo unos metros de distancia y, sobre todo, después de lo de ayer.

Deben de haber hecho algo terrible.

—Bonito dormitorio, hermanita —canturrea Jason mientras pasa junto a mí. Siento la tentación de responderle, pero me quedo sin habla en cuanto veo lo que lleva en las manos—. Había cosas muy interesantes.

Es una caja de herramientas.

Tiene que ser una broma.

Solo con eso, Jason consigue que entre en pánico. Recuerdo todo lo que pasó anoche, las imágenes pasan a toda velocidad frente a mis ojos. Mi cuarto estaba desordenado, con todo tirado por el suelo. Todos los papeles desperdigados sobre la mesa. Los libros, las carpetas y los cuadernos también. Las hojas en blanco. Los documentos importantes…

Oh, mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Cuando caigo en la cuenta, corro escaleras arriba. El corazón me va a toda prisa, porque eso no era lo único que había sobre el

escritorio.

Mi lista también estaba allí.

Capítulo 4
Algo que oscila es un oscilador

Después de revisarlo todo descubro que faltan tres cosas en mi habitación.

La primera es el tenedor que robé el sábado a los Carter. Recuerdo que lo dejé sobre la cómoda, junto a la horrible lamparita de noche que Rose compró como adorno; pero alguien se lo ha llevado. Y, a pesar de que hubo cinco chicos en mi cuarto anoche, todas mis teorías apuntan hacia Noah.

Pero eso no es todo.

La segunda cosa que los amigos de Jason se llevaron fue una de las patas de mi cama.

La tercera, los tiradores del armario.

Por eso me arrepiento tanto de no haber perseguido a Jason cuando lo vi en las escaleras. Podría haber abierto la caja de herramientas, haber cogido un martillo y habérselo tirado a la cabeza. Supongo que Rose se habría enfadado conmigo, pero, por lo menos, habría calmado la ira que siento. Ahora, sin embargo, en lugar de un hermanastro herido, tengo un armario inútil, que no puedo abrir sin rebanarme las yemas, y una cama coja.

Maravilloso.

Aunque, he de admitir que las cosas podrían haber ido mucho peor. Gracias a la advertencia de Noah, no me tumbé sobre el colchón hasta que revisé que todo seguía en su sitio, lo que me salvó de darme un buen golpe. Además, hablé con Wesley anoche y, pese a que al principio la broma de Jason le pareció muy divertida, me dio una solución para mis problemas.

Como él mismo me indicó, he sustituido la pata que falta por

una enorme pila de cuadernos viejos. Es una idea ingeniosa, pero quiero recuperar lo que es mío. Por eso, la mañana de mi primer día de instituto me planto delante del dormitorio de mi hermanastro para tener una conversación no civilizada.

Muy a mi pesar, poco después descubro que ha cerrado la puerta con pestillo.

Aunque aporreo con fuerza la puerta y le llamo a gritos, Jason se niega a salir de su escondite. Formo tal escándalo que Rose se despierta y me pregunta qué ha pasado. Si no delato a mi hermanastro, es solo porque sé que eso me haría parecer débil: no quiero que Jason crea que necesito ayuda para ganar esta batalla, así que me invento una excusa creíble antes de pedirle a Rose que vuelva a la cama.

No obstante, ella insiste en quedarse para ayudarme a solucionarlo. Por mucho que lo intentamos, no conseguimos sacar a Jason de la habitación. Al final, lo dejo pasar porque tengo que irme a clase. Mientras salgo de casa, me parece oír a Rose decirle a su hijo que se quedará sin ordenador el resto del mes y me anoto mi primera victoria.

En veinte minutos llego a mi destino. El Instituto del Este es uno de los edificios más grandes de la ciudad. Por eso, la cantidad de alumnos que asisten casi triplica a la de mi antiguo instituto. Es una diferencia muy notoria, sobre todo para quienes odiamos las grandes multitudes. Mire donde mire, solo veo gente, y eso me pone nerviosa.

Distingo algún rostro conocido de chicas a las que quizá sigo en redes sociales o de algunos de mis antiguos compañeros del colegio, pero no saludo a nadie. En su lugar, me aferró a las correas de la mochila y entro en el edificio.

Lo primero que encuentro es la recepción. Es una sala espaciosa, llena de pósteres y cuadros pintados por los alumnos del centro, pero está a rebosar de gente y por eso aborrezco la idea de quedarme aquí. Sin embargo, no sé a dónde ir. Además, le prometí a Wesley que lo esperaría.

Como no quiero llamar la atención, me agazapo en una esquina y rezo para que mi amigo sea puntual.

Poco después, asumo que eso es pedir demasiado. Wesley no es de los que llegan tarde, pero hoy es el primer día de clase. Tal vez

su madre lo ha engatusado para que pose, como todos los años, frente a la cámara con sus hermanos. Su familia tiene la costumbre de recrear fotografías desde que Wesley fue al colegio por primera vez.

Por eso, cuando suena la campana que anuncia el comienzo de las clases, todavía le espero en el pasillo. La gente se dispersa. Como sé que no puedo quedarme aquí para siempre, me acerco al mostrador de la recepción para preguntar dónde está mi aula. Me atiende una mujer con gafas que se muestra muy amable a la hora de darme indicaciones. Le doy las gracias con una sonrisa antes de darme la vuelta.

La chica aparece tan de repente que casi me provoca un ataque al corazón.

—¡Hola, y bienvenida al Instituto del Este! —chilla—. Tú debes de ser Abril Lee. Te busco desde hace un buen rato.

Pestañeo y echo la cabeza hacia atrás, sobresaltada. Frente a mí hay una chica de piel oscura y ojos negros que me sonríe abiertamente. En las manos lleva una carpeta blanca, del mismo color que la blusa. Cuando me fijo en la colorida tarjeta que le cuelga del cuello, frunzo el ceño.

—Sí, hola.

—¡Maravilloso! —exclama. Parece que se ha dado cuenta de que su identificador me llama la atención, porque añade—: Me llamo Akira. Es un placer. Tal y como ves aquí, formo parte del club de alumnos ayudantes del departamento de orientación. Nos dedicamos a guiar a los alumnos nuevos en su primer día de clase. Siempre se pierden los pobres. Llegan aquí como cervatillos asustados, ¡exactamente como tú! —Me señala con un dedo y ensancha la sonrisa—. Pero no temas, pequeña Bambi. Tu alumna ayudante ha venido al rescate. Estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites.

Mientras habla, me vienen dos cosas a la mente. Por un lado, me gustaría que fuéramos amigas porque parece bastante simpática. Se nota que quiere caerme bien. Sin embargo, también quiero pedirle que se tranquilice un poco. Como se emocione un poco más, le explotará una arteria.

Ahora que nos hemos quedado solas en el pasillo, su actitud me asusta un poco. Retrocedo, con una sonrisa forzada, antes de

preguntarle:

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Akira.

Arrugo la nariz. Es un nombre horrible.

—Es bonito —miento.

—¿Tú crees? Si te soy sincera, siempre he pensado que es muy soso. En realidad, mis padres iban a ponerme Maia, como la estrella, pero apareció mi abuela y propuso que me llamasen como a su perro. Mi madre dice que tengo que esperar hasta ser mayor de edad para cambiármelo, así que, de momento, Akira Roe a su servicio. —Hace una reverencia exagerada y me tiende una mano para que se la estreche. Lo hago, aunque me da un poco de miedo —. Bueno, manos a la obra. Como tu alumna ayudante, mi misión es enseñarte el instituto antes de que empiece el recreo. Tenemos libertad absoluta hasta entonces. ¿Te apuntas al *tour*, Bambi?

Frunzo el ceño. Me pregunto si va a llamarme así durante todo el día.

Quiero quejarme, pero Akira entrelaza un brazo con el mío y me arrastra hasta uno de los pasillos que parten de la recepción. Parece que se ha tomado mi silencio como una respuesta afirmativa y, en realidad, prefiero no llevarle la contraria. Es una chica menuda, pero fuerte, que no me suelta hasta que un grupo de chicos de nuestra edad pasan por nuestro lado. Llevan tarjetas parecidas a la suya alrededor del cuello, por lo que deduzco que deben de formar parte de ese club de alumnos tan raro.

En cuanto los perdemos de vista, noto que me aprieta el brazo.

—Son compañeros míos —me explica, mientras caminamos—. Te los presentaría, pero prefiero ahorrarte el mal trago. Todos los alumnos ayudantes son muy raros, ¿sabes? Excepto yo, claro. Cuando me presenté voluntaria para enseñarte el instituto, me peleé con un chico por el puesto. Te aseguro que soy lo mejor que ha podido pasarte. Wesley es un pesado. Hace semanas que intenta salir conmigo.

En cuanto escucho el nombre de mi mejor amigo, me aguanto la risa. Ni siquiera sabía que Wesley formaba parte del club de alumnos ayudantes del instituto y, sinceramente, no me importa.

Además, creo que he encontrado a la destinataria de todas las indirectas que sube a Instagram.

Akira y yo recorremos las dos plantas del edificio durante las primeras horas de la mañana. Me enseña el pasillo donde están nuestras clases, las de los alumnos de último año y, después, bajamos a la cafetería. De camino al salón de actos, le hablo sobre mi amistad con Wesley e intento convencerla de que es un chico maravilloso. Tengo fe en que eso sirva para que se interese un poco en él.

Me pide disculpas por haberle llamado pesado delante de mí antes de seguir con la visita.

Pronto descubro qué es lo que más me gusta de este instituto: el departamento de lengua ocupa un pasillo entero. Vamos a la biblioteca, que es inmensa, y pasamos junto a las clases de latín y de griego. Por último, nos detenemos frente a una puerta forrada con papel de revista. Se oye a gente teclear al otro lado.

—Este es el aula del periódico escolar. Publican una edición al mes. Nadie lo compra nunca, pero los profesores quieren creer que lo leemos. —Se me debe de reflejar en la cara, porque Akira nota rápidamente que esta es la primera vez en todo el día que muestro interés, y añade—: Si te gustan estas cosas, habla con el señor Miller. Es el profesor de literatura. Él es quien coordina todo esto. Solo intenta no sonreír demasiado, porque odia a la gente que sonríe. Bueno, dejémoslo en que odia a la gente en general. Sobre todo, a nosotros. En fin, ¿seguimos?

Akira insiste en enseñarme hasta el rincón más inhóspito del instituto. Por eso, no paramos hasta que se percata de que ya no le hago caso y, resignada, se ofrece a acompañarme hasta la que será mi primera clase del día. Hemos terminado antes de tiempo y todavía falta casi una hora para el recreo. Según mi horario, me he perdido las clases de matemáticas e inglés. Ahora tengo tecnología.

Tecnología es una asignatura que ni siquiera me sumará créditos a la hora de entrar en la universidad, por lo que todavía me pregunto por qué la escogí. Supongo que me vi influenciada por los consejos de papá, que creía que era una optativa mucho más sencilla que otras que me proponían. Sin embargo, es el primer día de curso y ya me arrepiento de haberla elegido porque, en cuanto pongo un pie en el aula, después de despedirme de Akira, que me promete que me recogerá más tarde, me doy cuenta de que él también está aquí.

Está junto a la pizarra, con el pelo oscuro y esos aires de superioridad que tanto le caracterizan; es imposible no reconocerlo. Está demasiado ocupado hablando con sus amigos como para recaer en mi presencia, por lo que entro a toda prisa y me siento en la última fila. Cuando pongo la mochila sobre la mesa, me muerdo el labio con tanta fuerza que hasta me hago daño.

Matthew Blackwell es uno de esos exnovios cuyo nombre escribes con mayúsculas en la lista de «personas a las que odiarás de por vida». Sabía que matricularme en este instituto conllevaría volver a verlo, pero no imaginé que sería tan pronto. O que me traería tantos malos recuerdos. Ha pasado casi medio año, pero él no ha cambiado. Parece la misma persona de la que me enamoré cuando tenía dieciséis años.

Nuestra relación fue bonita hasta que se vio sumida en el caos. Al principio todo era perfecto: Matthew era un chico guapo, agradable y atento. Me acuerdo de que siempre sabía cómo hacerme sonreír. Pasábamos mucho tiempo juntos y mi falta de experiencia me llevó a confiar demasiado en él.

Cuando quise darme cuenta, todo había cambiado.

Porque llegaron los celos.

Me empezó a preguntar dónde estaba; siempre, a cualquier hora del día. Me pedía ver el historial de llamadas. Por mucho que intenté convencerlo de que no había nada entre Wesley y yo, nunca se lo creyó. Incluso le molestaba que pasara tiempo con alguien que no fuese él. Poco a poco, me absorbió hasta que me distrajo de los estudios e hizo que abandonase todas mis aficiones.

«¿El periódico, Abril? ¿Estás hablando en serio? Pero si es una pérdida de tiempo».

Y, un día, todo explotó.

Todavía no he olvidado aquella noche, cuando Matthew vino a casa para hacerme escoger. Me dijo que no seguiría soportando lo que le estaba haciendo, que debía elegir a uno de los dos. Que era o Wesley o él.

Si hay algo de lo que me siento orgullosa, es de haberme quedado con Wesley.

Aquello destrozó tanto nuestra relación que no hubo manera de reconstruirla. Le dejé fuera de mi vida y me limité a fingir que no existía. Poco después, descubrí por qué Matthew me vigilaba a

todas horas: tenía miedo de que estuviese haciendo lo mismo que él.

En efecto, me engañó tantas veces durante nuestro noviazgo que sospecho que Papá Noel estuvo a punto de reclutarme para tirar de su trineo.

Pero bueno, siempre hay que ver el lado bueno de las cosas. Gracias a esto nació mi posesión más preciada: la lista. A día de hoy, todavía creo que con ella encontraré al candidato perfecto. Y lo que es más importante: evitaré caer en una relación tóxica. No habrá más chicos como Matthew en mi vida. Nadie volverá a jugar conmigo como lo hizo él. Jamás.

O, al menos, no sin que yo haya jugado primero.

Por eso, es un alivio tenerla todavía en mi poder. No quiero ni imaginarme qué habría pasado si alguno de los amigos de Jason la hubiera encontrado.

—Señorita Lee. —Escucho de repente—. ¿Podría decirme sobre qué estábamos hablando?

No sé qué me da más miedo, la pregunta o el hecho de que tengo al profesor de tecnología frente a la mesa. Pestañeo e intento volver al mundo real. Le he visto entrar en la clase hace casi una hora. Creía que me bastaría con fingir que presto atención, como he hecho con Akira; pero no ha funcionado.

¿Se habrá dado cuenta de que le he ignorado durante los últimos cuarenta minutos?

Ante mi silencio, el hombre se aclara la garganta. Ojalá supiera darle la respuesta que me pide. Nerviosa, miro a mis compañeros, en busca de Matthew, pero pronto descubro que no está. No sé si se ha escapado de clase o si solo ha acompañado a algún amigo, pero lo único que siento ahora mismo es alivio.

Esto me da cierta seguridad. Mi cerebro toma el control y leo en voz alta lo que está escrito en la pizarra.

—Sobre la radiofonía, señor.

«Por favor, que no me pregunte nada más», suplico para mis adentros.

Pero no funciona.

—Defíname el término. —No sé qué decir. Cuando pasa el tiempo y sigo sin responder, el profesor arquea las cejas—. ¿No? Está bien. Supongo que, al menos, sabrá decirme qué es un

oscilador. Acabo de explicarlo.

En ese momento no soy yo la que habla, sino mi instinto de supervivencia.

—Un oscilador es… algo que oscila, señor.

—¿Y qué oscila?

—Un oscilador, señor.

El profesor tarda un segundo en dictaminar su sentencia.

—Fuera de mi clase.

Me parece oír a alguno de mis compañeros reírse en voz baja. Mientras me levanto, se oye el timbre. Es la hora del recreo.

El alivio que siento es inmediato. Salvada por la campana.

Aún no me creo que me haya salido bien la jugada. Para no tentar a la suerte, recojo las cosas rápidamente y salgo de la clase. El pasillo está lleno de gente. Antes de adentrarme en la multitud, pienso en que quizá debería esperar a Akira. No obstante, necesito ir al baño para enviarle un mensaje a Wesley porque no lo he visto en todo el día, y algo me dice que debería huir antes de que Matthew vuelva a aparecer.

Al final, sigo mi instinto. Cruzo el pasillo a toda prisa en busca de los baños más cercanos, hasta que escucho a alguien gritar mi nombre a mis espaldas.

Su voz es tan parecida a la de mi exnovio que, durante un segundo, considero la idea de girarme para darle un puñetazo a ciegas. Pero no lo hago, lo que resulta un alivio porque la persona que me acaba de llamar no es Matthew, sino Noah Carter.

Verlo salir del aula de tecnología me sorprende tanto como el hecho de que se haya acercado a hablar conmigo. He estado tan distraída pensando en Matthew que no me he fijado en que él también estaba en la clase. Cuando abro la boca para preguntarle si necesita algo, Noah me sonríe y, con el móvil escondido en la mochila que sujeta contra el estómago, me lee:

—Según internet, un oscilador es un aparato que produce corrientes oscilatorias. Suele utilizarse en radiotelegrafía y radiotelefonía, por eso el señor Williams lo ha puesto en la pizarra —me explica, antes de continuar—. Oscilar, en cambio, tiene muchos significados. El más corto dice que es variar (una cantidad, una intensidad o un valor) en sentidos opuestos y de forma alternativa. No creo que los demás sean importantes, pero échales

un vistazo por si acaso. A nuestro querido profesor de tecnología no le gustan los alumnos nuevos. Seguro que lo pregunta en el examen.

Me mira a los ojos mientras habla. Siento un nudo en el estómago y no sé si se debe a su presencia, a que sigue sonriendo o a que creo que acabo de ver pasar a Matthew. Quiero salir corriendo, pero no lo hago. No le otorgaré ese poder.

—¿Estás bien? —me pregunta Noah con el ceño fruncido.

Asiento con nerviosismo. Debo de estar pálida.

—Sí, claro. Eh… Muchas gracias por lo del oscilador.

Esto lo relaja. Un vago recuerdo me viene a la mente cuando vuelve a sonreír y, de pronto, lo tengo claro: lo he visto antes. Antes del sábado, me refiero. Es como si nos conociésemos desde hace tiempo, pero no recuerde ni dónde ni cuándo fue.

¿Por qué me resulta tan familiar?

Tengo muchas ganas de preguntárselo, pero, justo en ese momento, Noah parece acordarse de algo. Cierra la mochila, se la echa al hombro y me tiende una mano.

—Por cierto, soy Noah. Noah Carter —se presenta. Su actitud me confunde—. Supongo que ya lo sabías. Mi hermano nos presentó el otro día, pero quería volver a hacerlo para demostrarte que sé decir mi nombre y que también puedo hablar, y…, bueno, que el sábado me tomaste por sorpresa. No me esperaba encontrar a mi hermano hablando con una chica como tú, la verdad.

No sé a qué se refiere con esto último, pero parece tan sincero que me cuesta no sonreír. Creo que es la primera vez en todo el día que lo hago de verdad.

Noah me mira a los ojos. Los suyos son muy oscuros. Está despeinado y el flequillo le cae de manera descuidada sobre la frente. Sigue con la mano estirada, así que se la estrecho.

—Abril —le digo, aunque no creo que recuerde mi nombre.

Pero no se le ha olvidado.

—Lo sé. Eres la hermanastra de Jason.

—No soy su hermanastra —replico—. Todavía no.

—Bueno, pero vives en su casa.

—Sí, y ayer le ayudaste a saquear mi habitación.

He sido muy sincera, pero no me arrepiento.

Ante mi acusación, Noah se muerde el interior de la mejilla.

—Tienes razón. Lo siento —me dice de nuevo, con sinceridad—.

Cuando Jason me habló sobre la chica que se había mudado a su casa, no se me ocurrió pensar que podrías ser tú. A mi hermano le caíste bien, ¿sabes? Si se enterase de lo que hicimos, me mataría. Por eso intenté avisarte en las escaleras. —Duda un segundo, pero al final me lo pregunta—: ¿Te hiciste daño con la cama?

Primero, pienso en mentirle porque quiero que se sienta culpable, pero sacudo la cabeza y él suspira. Parece aliviado, pero yo sigo un poco nerviosa. Anoche había muchas más cosas en mi habitación que ahora ya no están. Entre ellas, el tenedor que sospecho que él se llevó.

Busco la forma de cambiar el rumbo de la conversación.

—¿A tu hermano le caigo bien?

Mi voz suena bastante sorprendida. Creía que había traumatizado al niño.

—Lleva toda la semana hablando de ti. Dice que tienes juguetes muy chulos. De hecho, últimamente ha insistido en que quiere que le compremos algo de lo que tú le hablaste. —Frunce el ceño, pensativo—. No me acuerdo de qué era exactamente.

Creo que me contó que servía para guardar las pelotas de fútbol o algo así. Sea como sea, vas a tener que decirnos dónde encontrarlo.

Se me cae el alma a los pies. ¡Está hablando de mi guarda-pelotas!

—En cualquier juguetería —respondo de inmediato. Trato de que mi sonrisa parezca de sincera—. Bueno, no es que yo vaya a jugueterías muy a menudo —le aclaro—, pero buscaba un regalo para mis… primos y decidí comprarles uno. Son una especie de cestos altos. Los hay de muchos colores: rojos, amarillos, naranjas… —Suelto una risita nerviosa—. También verdes, morados, negros…

Me callo antes de nombrar toda la paleta de colores. Me siento avergonzada. ¿Dejaré de decir estupideces algún día?

—Genial. Iré a buscar uno esta tarde —me asegura—. Gracias, de verdad. Acabas de salvar a mi familia de oír sus llantos durante todo el día.

Entonces, se ríe y yo ensancho la sonrisa.

—No es nada.

—Vaya, ahí está mi novia. Tengo que irme —me dice. Sigo la dirección de su mirada hacia el fondo del pasillo, donde veo la

delgada figura de una chica rubia que nos mira desde hace un rato. Noah se gira hacia mí—: ¿Sabes qué, Abril? Me has caído bien. De ahora en adelante intentaré que Jason no destroce tu habitación, aunque no te prometo nada, porque solo me hace caso el dos por ciento de las veces —continúa y vuelve a reírse—. Nos vemos mañana en clase de tecnología. Estoy deseando ver la cara que se le quedará al señor Williams cuando le des la definición exacta del verbo oscilar.

Cuando se marcha, me relajo mientras veo cómo se acerca a su novia. La saluda con un beso en la mejilla, le pasa un brazo por los hombros y se alejan juntos por el pasillo. Aparto la mirada, casi de inmediato, para darles algo de intimidad.

Suspiro. He tenido una mañana tan intensa que estoy agotada. Aprovecho que el recreo no ha terminado todavía para ir a la cafetería en busca de Wesley. Sigo sin saber dónde se ha metido.

No obstante, en cuanto me doy la vuelta, me encuentro con el rostro de Akira Roe a un palmo del mío.

Retengo un grito.

—¿Ese era Noah Carter?

Me llevo una mano al pecho, sobresaltada. Tengo el corazón acelerado. Esta chica tiene que dejar de aparecer tan de repente o acabará matándome de un susto.

—Sí, es mi vecino.

Akira pestañea al oírme y frunzo el ceño. Parece bastante sorprendida. Tiene las cejas arqueadas y me observa muy de cerca, como si creyese que así me sonsacará la información que necesita.

Doy un paso atrás, algo intimidada.

—Pero ¿tú sabes quién es?

—Mi vecino —le repito en broma, pero ella sacude la cabeza.

—Aparte de eso.

—No, ni idea. Es bailarín, ¿verdad?

Enseguida me arrepiento de habérselo dicho. Preferiría no tener que explicarle cómo lo he descubierto.

Por suerte, no le da importancia.

—¿Por qué hablabais? —añade pasados unos segundos.

—Se disculpaba por algo que hizo ayer en mi habitación. —No soy consciente de lo mal que ha sonado hasta que veo cómo abre los ojos de par en par—. Quiero decir…

—¿Noah estuvo ayer en tu habitación? —me interrumpe.

—Sí, pero no de la manera en que tú…

—¡Pero si tiene novia!

—Akira. —Me pongo seria.

Estoy algo cansada de esto.

Así es como por fin consigo que se calle. La miro durante unos segundos, por si se le ocurre decir algo más, pero sacude la cabeza.

—Es cierto. Había olvidado que eras nueva en el instituto. Está claro que no sabes quién es. —Entrelaza un brazo con el mío y tira de mí en dirección a la cafetería—. Noah Carter, además de ser tu vecino, es el primo del capitán del equipo de fútbol del instituto. Se codea con toda la gente popular.

Me llevo una mano al corazón, como si me sorprendiera.

—Vaya, no me digas. Debería haberle pedido un autógrafo.

Akira nota el tono sarcástico en mi voz y pone los ojos en blanco.

—No seas tonta. En este instituto respetamos mucho a los deportistas. Sobre todo al capitán. Todo el mundo quiere ser su amigo, por eso me ha sorprendido verte hablando con su primo. Llevarse bien con Noah te facilita mucho las cosas con el resto del equipo. Además, se rumorea que ahora Matthew vive en su casa. Imagínatelo: tú siendo amiga de Noah y saliendo con el capitán del equipo de fútbol. Sería como una de esas comedias románticas que echan por la televisión. —Cuando pongo los ojos en blanco, Akira me da un golpe en el brazo—. Hablo en serio. Ese chico está muy bueno. Si no me crees, mira fotos suyas en Instagram. Búscalo. Se llama Matthew. Matthew Blackwell.

Me quedo helada. Mi alumna ayudante se saca el móvil del bolsillo. Mientras entra en la aplicación, me habla de fútbol y deportistas, pero la ignoro.

Solo pienso en que ya sé por qué el rostro de Noah Carter me resultaba tan familiar.

Capítulo 5
Una llamada desastrosa

Ahora que he cambiado de instituto, siento que el tiempo transcurre más deprisa. Durante el resto de la semana, evito a Matthew y a su primo, trato de llegar a un acuerdo con Jason —aunque no lo consigo— y huyo de todas las cenas familiares que organiza papá. En un abrir y cerrar de ojos han pasado diez días y vuelvo a estar a miércoles.

Aparte de Wesley, Akira es la única amiga que tengo en el instituto. Desde que descubrí que mi mejor amigo está loco por ella, he intentado que pase tiempo con nosotros. Siempre que vamos a la cafetería, insisto en que coma con nosotros, y también quedamos para hacer los deberes y nos juntamos en los recreos.

Lo hago todo con un único propósito: devolverle a Wesley todos los favores que le debo.

Me ha organizado casi cinco citas este verano y creo que lo mínimo que puedo hacer es intentar que Akira se interese por él. Sin embargo, es una tarea muy complicada por el simple hecho de que Wesley se bloquea siempre que ella está cerca y lo único que hace es sonreír como un estúpido y balbucear. Así no hay forma de progresar.

Solo espero que su actitud cambie pronto, porque, si no, estaremos perdidos.

—¿Me estás escuchando?

No me gusta ese tono de reproche. Arqueo las cejas y miro a Wesley, que está al otro lado de la mesa con los brazos cruzados. Entonces, pongo los ojos en blanco antes de volver a prestar atención a mis apuntes. Creía que, si le ignoraba, se iría de aquí,

pero no ha funcionado.

—¿Te importaría callarte? Gracias.

Sacudo la cabeza para volver a centrarme. Estudiar en la cafetería es casi imposible, pero necesito aprobar este examen.

—¿Me has escuchado o no? —insiste.

—Sí, pero prefiero ignorarte —le respondo mientras trato de memorizar una fecha importante—. Ahora, cállate. Estoy intentando…

No termino la frase. De pronto, Wesley se inclina sobre la mesa y me arrebata el libro de historia. Me pongo de pie de un salto.

—Devuélveme eso.

—Tienes que ir a hablar con él.

—Lo que tengo que hacer es estudiar. Dame.

Intento quitarle el libro de las manos, pero mi amigo es más rápido. Se levanta, lo pone sobre el banco y se sienta encima. Después, me dedica una sonrisa que me saca de mis casillas. En cuanto lo recupere, pienso darle con él en la cara.

—Te lo daré cuando hayas hablado con el señor Miller.

—¡No pienso hablar con nadie!

Wesley se encoge de hombros, divertido.

—Pues despídete de tu libro.

—Tengo examen a última hora. No seas…

—No soy nada. Te he ofrecido un trato y tú lo has rechazado.

Aprieto los puños.

—Wesley… —Gruño.

Estoy a punto de decirle una barbaridad, cuando veo cómo se tensa al otro lado de la mesa.

Sigo su mirada, que está fija en algún punto a mis espaldas, y me alegro de ver que Akira se dirige hacia nosotros. Lleva el pelo largo, oscuro y muy rizado, recogido en una coleta. A juzgar por su sonrisa, hoy también viene llena de energía.

—¡Hola! —exclama, y se vuelve hacia mí—. ¿Me haces un sitio, Bambi?

Me ha llamado así durante toda la semana. Al principio, pienso en negarme porque ese apodo ya me cansa, pero dejo que se acomode a mi lado. Frente a nosotras, Wesley fuerza una sonrisa. Si está nervioso, lo disimula muy bien. No obstante, todo cambia cuando se percata de cómo lo miro.

Parece adivinar mis intenciones, porque enseguida palidece.

—¿De qué hablabais? —nos pregunta Akira, ajena a todo.

Se me escapa una sonrisa.

—De nada importante, en realidad. —Paso ambos pies por encima del banco y los poso sobre el suelo del comedor—. De hecho, estaba a punto de irme. Tengo que hablar con el señor Miller. Me gustaría comentarle un par de cosas. Nos vemos luego.

Wesley casi se atraganta con el sándwich.

—¿Tienes que ir ahora?

En silencio, me suplica que me quede. Durante un segundo, casi me siento mal por hacerle esto, pero después recuerdo que está sentado encima de mis apuntes y se me pasa.

—¿Es por lo del periódico? —interviene Akira. Me sorprende que se acuerde de aquello, ya que no hemos vuelto a hablar del tema.

—Deséame suerte —le pido mientras asiento.

Miro a mi mejor amigo una última vez antes de marcharme.

Ahora que están solos, espero que Wesley le demuestre a Akira que sabe hacer algo más que escribir indirectas y sonreír como un idiota.

Deambulo por el comedor hasta que me alejo lo suficiente de ellos. Habría sido una buena idea preguntar dónde está el profesor de literatura antes de irme de allí. Por suerte, lo encuentro poco después, junto a la puerta de la cafetería. Echo a andar hacia él sin llamar mucho la atención.

En este sitio hay gente con la que preferiría no cruzarme. Entre ellas se encuentra Matthew, mi exnovio, y Érica, la chica con la que me engañó. Cuando me matriculé en el instituto, creí que no tendría que volver a preocuparme por ella. Es dos años mayor y ya debería estar en la universidad. Al parecer, le gusta tanto el instituto que ha repetido curso un par de veces.

Sentado en la misma mesa que ellos, está la tercera persona de mi lista: Noah Carter.

Con él, la situación es distinta. Mientras todo el mundo está concentrado en sus cosas, Noah sí que repara en mi presencia. Levanta la mano para saludarme, aunque estoy en la otra punta del comedor, y me dedica una sonrisa. Es un chico tan agradable que, durante un instante, olvido quién forma parte de su familia y siento

ganas de acercarme.

Por fortuna, caigo en la cuenta de que es una mala idea y me detengo a tiempo. Ignoro al bailarín y aprieto el paso. Siento las miradas de su novia, aquella chica rubia a la que vi la semana pasada, y de uno de sus amigos sobre mí mientras me alejo.

Tardo poco en llegar a mi destino. El señor Miller es un hombre de unos cincuenta años, más o menos, que siempre lleva las gafas sucias. Tiene el pelo canoso y un bigote muy bien recortado. Cuando me ve llegar, arquea las cejas con cierta desconfianza.

Trago saliva. Solo he tenido seis clases con él en lo que llevamos de curso y han sido suficientes para confirmar mi teoría: es una persona realmente desagradable.

—¿Quieres algo? —pregunta, mirándome por encima de las gafas.

Vaya, empezamos bien.

—Me han dicho que usted coordina el periódico y quería saber si… Verá, resulta que yo…

—No necesitamos más redactores —me interrumpe. Hace un gesto con la mano para que me calle—. Vuelva a su mesa, Lee.

—No —le espeto, y temo haber sido muy maleducada. Sin embargo, continúo hablando—: Yo no soy redactora.

El señor Miller pone los ojos en blanco. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y no deja de golpear con la punta del pie, como si hubiera perdido la paciencia.

—Tampoco hay plaza para correctores o fotógrafos —añade, con desgana—. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

Intenta salir del comedor, pero me planto frente a la puerta y se lo impido. Levanto las manos a la altura de su pecho y las dejo en el aire. El corazón me late a toda velocidad. No lo entiende. No me conoce. No sabe de lo que soy capaz.

—Tampoco soy así. —Intento sonar tranquila. No quiero que note mi angustia—. En mi antiguo instituto, dirigía una columna anónima del periódico. A la gente le encantaba. Escribía un artículo al mes y las ventas siempre se disparaban.

Hago hincapié en esto último porque sé que así captaré su atención. Akira me dijo que el periódico escolar no tiene mucho éxito. No sé mucho sobre negocios, pero imprimir un periódico cuesta dinero y supongo que, si no se vende, los gastos harán que

cierren la redacción.

En efecto, de pronto el señor Miller parece interesado en mi propuesta.

—¿Sobre qué trataba su columna, exactamente?

—Sobre el talento —respondo mientras noto cómo el aire se me escapa de los pulmones—. Escribía sobre el talento. Busco talentos ocultos entre los alumnos del instituto. Entrevisto a gente que destaca en ámbitos como la música, la pintura, la poesía… Mi antigua profesora siempre decía que tengo un don para ver lo mejor de todo el mundo.

Cuando acabo, me siento orgullosa de mí misma. Creo que nunca había descrito mi trabajo tan bien como ahora.

Por desgracia, para el señor Miller no es suficiente.

—Ya, claro. Deje de hacerme perder el tiempo.

—Deme una oportunidad —le suplico. La desesperación se refleja en mi voz, pero no me molesto en ocultarlo—. Buscaré a alguien y escribiré un artículo para demostrarle que soy buena en esto. Solo necesito una semana. Por favor.

El señor Miller se queda en silencio. Entre tanto, el corazón me late muy rápido. Estoy a punto de arrodillarme y de rogarle, pero no lo hago porque sé que empeoraría las cosas.

De pronto, el profesor suspira.

—Tiene cinco días.

Abro los ojos como platos. No me creo que lo haya conseguido.

—Gracias —contesto casi de inmediato. La sonrisa no me cabe en la cara—. Gracias, gracias, gracias. Le prometo que no le defraudaré.

La adrenalina me corre por las venas y quiero abrazarlo. Por suerte, me contengo. El señor Miller me mira, pone los ojos en blanco y señala la cafetería con un dedo.

—Ya, ya. Ahora lárguese. Me está provocando dolor de cabeza.

—¿Así que ya tienes un puesto en el periódico?

No puedo mirarla ahora mismo, por lo que me limito a negar

con la cabeza. Con las manos temblorosas, muevo el alambre de la maqueta con cuidado. No quiero que se descoloque ninguna pieza. Sin embargo, la estructura es tan endeble que me temo que se caerá antes de que se lo enseñe al profesor de tecnología.

Al mencionarlo, parece que se alteran las leyes del universo. De pronto, una de las piezas de la base se desprende, choca con el suelo y, del susto, dejo caer toda la maqueta. Resoplo y observo el desastre que acabo de causar. Al oír el estruendo, Akira, que debería ayudarme a construir este chisme, se gira en mi cama para quedar bocarriba y me mira.

—Vaya —comenta y observa el centenar de piezas que hay en el suelo.

—Sí, vaya —respondo de mal humor y me agacho para recogerla. Sacudo la cabeza para evitar soltar una palabrota—. Respecto al periódico, tengo que entregarle un artículo de muestra al señor Miller. Si le gusta, supongo que me pondrá en plantilla. —Como Akira no responde, la miro. Esta entretenida con el móvil—. Oye, podrías dejar eso y ayudarme.

Me hace un gesto para restarle importancia al asunto.

—Déjame, estoy cansada.

—Pero si no estás haciendo nada —replico, incrédula.

—Verte trabajar es agotador —responde con una sonrisa. Pongo los ojos en blanco, y ella se levanta de la cama y se sienta en el escritorio—. ¿Por qué no descansas un rato? Hagamos algo entretenido. ¿Conoces el juego de *Prueba o verdad*?

—No voy a jugar a eso —sentencio, muy seria, y ella resopla—. Tengo que entregar esto mañana. Me prometiste que me ayudarías.

—Necesitas distraerte un rato. Solo serán un par de rondas —insiste mientras hace un puchero—. Luego, nos pondremos en serio con el trabajo, te lo prometo.

—No.

—Por favor.

—He dicho que no.

—Vale, yo empiezo. —No soporto que sea tan pesada. Suspiro e intento ignorarla para seguir con la maqueta, pero me agarra del brazo y nos sienta a ambas sobre la cama—. Vamos, pregúntame.

Arqueo las cejas.

—Que te pregunte, ¿qué?

—Si elijo prueba o verdad —contesta, como si fuera obvio—. ¡Vamos, Abril! No tenemos todo el día.

No me creo que me haya convencido para jugar a esta estupidez. Resignada, suspiro antes de hacer lo que me pide.

—¿Prueba o verdad?

—Verdad.

—¿Hay algo entre Wesley y tú?

La he pillado desprevenida. Akira intenta decir algo, pero no le salen las palabras. Se pone nerviosa. Creo que he sido demasiado directa, pero no me arrepiento. Quiero saber si los sentimientos de Wesley son correspondidos. Después de haberlos visto reírse juntos esta mañana, ya no le creo cuando dice que lo odia.

De todas formas, es ella quien ha insistido en jugar a esto. Ahora debe atenerse a las consecuencias.

—¿Y bien? —insisto, porque sigue en silencio.

Duda, pero, al final, me da una respuesta.

—No hay nada entre nosotros. Al menos, por ahora. Aunque no me importaría que hubiera algo enorme, como una pared. De ocho metros de alto y tres de ancho, por ejemplo.

Pongo los ojos en blanco y ella me saca la lengua mientras se ríe. Cree que me ha hecho gracia, pero la verdad es que me ha parecido un comentario bastante desagradable. La próxima vez que vea a Wesley, le aconsejaré que lo intente con otra chica, porque Akira no le tiene mucho aprecio.

—¿Qué te ha parecido mi respuesta? —pregunta entonces, con tono de burla.

—Ha sido curiosa.

—No, te ha molestado. No le des importancia. Solo ha sido una broma.

—Vale, lo que tú digas.

Akira me mira durante un segundo y niega con la cabeza. Se ríe.

—Como sea. Te toca. Qué prefieres, ¿prueba o verdad?

Todavía estoy de mal humor. Además, creo que, si es Akira la que pregunta, ambas opciones son peligrosas. Deberíamos seguir con la maqueta.

—No quiero jugar a esto —le digo.

—Me da igual. Tienes que escoger.

—No me das buena espina.

—Di una o lo haré yo por ti.

—Está bien. Quiero…

—Reto —me interrumpe. De pronto, se tira al suelo para sacar algo de la mochila. Quiero decirle que prefería verdad, pero me callo en cuanto veo que tiene el móvil en las manos—. Vale, te voy a poner uno fácil. Solo tienes que ser sincera conmigo y decirme, del uno al diez, qué nota le pondrías a este chico.

A continuación, me enseña la fotografía de un joven de piel oscura. El alivio que siento es inmediato. Se le podría haber ocurrido cualquier otra cosa. Sin embargo, lo único que tengo que hacer si quiero pasar a la siguiente ronda es puntuar a un chico cuyo rostro se me hace muy familiar. Se parece a Akira.

Entrecierro los ojos. Creo haberlo visto esta mañana en la cafetería, sentado junto a Noah.

Me pregunto si serán amigos.

—¿Es tu hermano?

—Se llama Oliver. —Akira asiente con la cabeza y me enseña más fotografías—. Tiene un año más que nosotras, aunque todavía está en el instituto. Practica atletismo. Es mayor, guapo, deportista y conoce a toda la gente guay de la zona. Quería saber qué opinas de él porque lleva tiempo soltero y tú pareces muy buena chica. Así que, sé sincera, ¿qué nótale pones?

Me arden las mejillas. De pronto, me entran ganas de echarla de casa a patadas.

Desde luego, Wesley y ella son tal para cual.

—¿Quieres emparejarme con tu hermano? —musito.

—He preguntado yo primero. ¿Qué nota le pones?

—¿Qué?

—¡Vamos, Abril!

—¡No lo sé! —exclamo. Me pongo nerviosa—. ¿Un seis, un siete?

Al oírme, Akira frunce el ceño. Me sacude el móvil frente a la nariz.

—¿Estas de broma? Mi hermano se merece, por lo menos, un ocho.

—Vale, pues un ocho —me resigno, aunque le pondría una nota más baja. No por su físico, sino porque es hermano de Akira y seguro que da tanto miedo como ella.

—Entonces, ¿quieres que te lo presente?

—¡No! —chillo—. No quiero conocer a nadie ahora mismo, gracias.

Pone los ojos en blanco y deja caer la cabeza sobre la almohada. Le advierto con la mirada de que no se le ocurra poner los pies sobre el colchón.

—A ver, Bambi. Si me dices que no a todo, no acabaremos nunca —se queja—. Entiendo que Noah Carter te parezca más guapo, pero tiene novia y mi hermano tampoco está nada mal…

—¿Qué diablos tiene que ver Noah en todo esto?

Se lo pregunto porque me he quedado perpleja al oír su nombre. No entiendo por qué se le ha ocurrido esa idea tan disparatada. Quiero decir, no es que Noah no me parezca atractivo, porque sí que me lo parece, pero tampoco es nada del otro mundo. Además, ahora que sé que es el primo de Matthew, lo único que siento cuando le veo son ganas de echar a correr.

Para variar, Akira ignora lo que acabo de decir.

—Así que no entiendo por qué no quieres que te presente a mi hermano. No tiene sentido, a no ser que salgas con alguien, claro —añade con las cejas arqueadas—. ¿Es el caso?

Pestañeo, sorprendida. Ahora sí que me he perdido.

—¿Con quién iba a salir? —La señalo—. Tú eres la única amiga que tengo en el instituto.

Akira se muerde el labio. Juguetea con los rizos y se los enrolla en el dedo índice. Pasados unos segundos, rompe el silencio.

—Bueno, Wesley y tú pasáis mucho tiempo juntos.

Se me escapa una sonrisa. De repente, lo entiendo todo: lo que me ha dicho hace un rato, lo incómoda que parece cuando se sienta con nosotros en el comedor, que quiera juntarme con su hermano y el repentino interés que muestra por mi vida amorosa.

Se ha delatado sin querer.

—No salgo con Wesley —digo, sin más, y añado—: ¿Verdad o reto?

Se lo piensa durante un momento.

—Verdad.

—¿Por qué te importa que Wesley y yo pasemos tiempo juntos?

Creo que se me da bien hacer preguntas incómodas. Akira se revuelve, nerviosa, y pienso en lo mucho que me alegro por mi

mejor amigo. Al parecer, su chica de Instagram está más interesada en él de lo que quiere hacernos creer.

—No es que me importe —me aclara, a toda prisa—. Pero todo el mundo dice que sois novios. Era solo curiosidad.

—Bueno, la gente dice muchas cosas y la mayoría son mentira. No deberías creerte todos los rumores que oyes, Akira. —Frunce los labios ante mi regañina. Yo sonrío para disminuir la tensión—. Wesley es mi mejor amigo. Nos conocemos desde que éramos pequeños.

Se relaja visiblemente. Si he de ser sincera, su actitud me saca un poco de mis casillas. Me molesta que todos crean que salgo con Wesley. Primero nos pasó con Matthew y ahora con Akira. ¿Es tan difícil de entender que dos personas del sexo opuesto pueden ser solo amigos sin que eso lleve a nada más?

Resoplo. Por lo menos ahora sé a qué se deben mis fracasos amorosos.

Todo es culpa de Wesley.

—Deberíamos seguir con la maqueta. —La voz de Akira me hace volver a la realidad. Estoy de acuerdo con ella. Me dispongo a levantarme cuando dice—: Por cierto, siento lo de mi hermano. No te lo presentaré si no quieres. He sido un poco impertinente. En realidad, no creo que ninguno de los dos necesite a nadie para ser feliz.

Creo que es la primera vez que la escucho decir algo sensato. Asiento, esbozo una pequeña sonrisa y me acerco al escritorio para recoger las piezas que me quedan. Akira me sigue de cerca, aunque creo que está pendiente de otra cosa.

No me giro hasta que le pido que me pase el pegamento y no responde.

—Oh. Dios. Mío —susurra y se acerca a la ventana—. ¿Ese es quien yo creo que es?

La curiosidad es más fuerte que yo. Con el ceño fruncido, sigo su mirada hacia la casa de los Carter.

Entonces, un estruendo resuena por todo el dormitorio. Suelto lo que tenía en las manos de la impresión y un centenar de piezas de la maqueta caen al suelo. A unos metros de distancia, en la misma habitación en la que vi bailar a Noah la semana pasada, hay dos personas. Pese a la distancia, los veo con la claridad suficiente para

saber que son un chico y una chica.

Y que se lo están pasando en grande.

—Madre mía —continúa Akira, que observa la escena con los ojos abiertos de par en par—. Pero míralo. Y pensar que en el instituto parece inocente y todo.

Tengo las mejillas tan calientes que me duelen. Aunque solo se besan, mirarlos de esta manera me da mucha vergüenza. Sobre todo, porque Noah está sin camiseta y su espalda es lo único, aparte de la melena rubia de su novia, que se ve a través del cristal.

Reacciono y, sin medir la fuerza, golpeo a mi amiga en el brazo.

—¡No mires! —le grito, aunque la orden va para mí también.

—¿Que no mire? ¿Estás loca? ¿No buscabas una exclusiva para el periódico? Bien, pues aquí la tienes. Ve a por la cámara, corre. —Intento decir algo, pero no me salen las palabras. No puede hablar en serio. Por suerte, Akira continúa—: ¿Cuándo pensabas decirme que vivías delante de Noah Carter?

Trato de concentrarme en sus ojos. No quiero girar la cabeza.

—Te conté que era mi vecino —balbuceo.

—Sí, pero no mencionaste que vivíais tan cerca —recalca y pega la nariz al cristal. Estoy a punto de tirar de ella hacia atrás. No quiero pensar en qué ocurriría si Noah nos descubriese—. Tienes unas vistas asombrosas desde aquí. ¿Le espías a menudo?

El corazón me va cada vez más rápido. ¿Por qué hablamos de esto? ¿Y por qué Akira sigue observándoles?

—Claro que no —respondo muy rápido.

Para mis adentros, admito que miento a medias. Solo lo hice una vez y, dado que se me cayó un sujetador en su patio, no me apetece hacerlo de nuevo.

—Venga ya. ¿Ni siquiera cuando se cambia?

—¿Te has vuelto loca? Nunca he espiado a Noah mientras se cambia. Siempre echa las cortinas. —De inmediato, añado—: Y, aunque no las echase, tampoco le espiaría. ¡Deja de mirarlos de una vez!

Akira se ríe, pero me hace caso. Se aleja de la ventana y se sienta sobre el escritorio. Por la manera en que sonríe, sé que va a hablar de esto toda la semana. Suspiro. No quiero volver a caer en la tentación de observarlos, por lo que me acerco a correr la cortina.

—Olvidémonos de esto y sigamos con el trabajo, por favor —le

ruego.

—Lo siento. Todavía estoy asimilándolo. No sabes la reputación que tiene Noah en el instituto. Es un niño bueno. Ahora entiendo por qué le miras tanto en clase —prosigue, divertida, porque sabe que me molestará—. Has conocido su lado más salvaje.

Vale, hasta aquí hemos llegado. Quiero que me trague la tierra. Ahora mismo.

—Para —le ordeno, acelerada.

Sé por qué lo dice. Todavía no la he convencido de que, aunque parezca una locura, la única razón por la que Noah entró aquí la semana pasada fue para robarme una de las patas de la cama.

Pata que todavía no he recuperado, por cierto.

—Bueno, parece que a Noah se le ha olvidado echar las cortinas esta vez —bromea, en relación con lo que le he dicho antes—. ¿No crees que alguien debería recordárselo?

Hay algo en la forma en que le brillan los ojos que me da mala muy mala espina. Sé que esta conversación no acabará bien, pero aun así le pregunto:

—¿A qué te refieres?

Ensancha su sonrisa.

—¿Te apuntas a un último atrevimiento? —Me reta señala la ventana con la cabeza—. Te reto a llamar por teléfono a Noah y pedirle, por favor, que deje de enrollarse con su novia delante de tu ventana. O que cierre las cortinas, al menos.

Me falta el aire. Me gustaría mirar a mi amiga y descubrirla riéndose porque solo se trata de una broma, pero sé que habla en serio. Y que espera que le diga que sí, pese a que es una idea terrible.

—Eso es una locura. —Me niego rotundamente—. Paso. No voy a hacerlo.

—Venga, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Se me ocurren tantas cosas que estoy a punto de hacerle una lista.

—Mi dignidad quedaría por los suelos, por ejemplo. Oh, y Noah me odiaría de por vida. Sí, eso también podría pasar.

—Mi hermano es amigo suyo. Si Carter te dice algo, me echas la culpa y todo arreglado. No se enfadará. De hecho, seguro que pondrá una cara muy graciosa cuando se lo digas. Dios mío, ojalá

estuviera allí para verlo.

Dejo de pensar en que Oliver es el chico que estaba con Noah esta mañana y me centro en mi conversación con Akira.

—Pero no lo estás. Así que, ¿para qué voy a hacerlo?

—Venga, Abril. Una necesita hacer locuras de vez en cuando.

—Ya, pero no las de este tipo. Y menos todavía si involucran a Noah.

—Le vas a llamar. —Lo da por hecho.

—No, no lo voy a hacer.

—En el fondo, lo deseas. Solo necesitas un empujoncito. —Entonces, se señala a sí misma—. Tienes suerte de tenerme a mí.

Pongo los ojos en blanco. Diga lo que diga, mi respuesta seguirá siendo negativa. No porque sea un poco cobarde, sino porque no veo bien hacerle eso a Noah. El pobre ya ha aguantado bastante, entre la caída de mi sujetador y el trauma que le provoqué a su hermano. Si arremeto más contra él, me incluirá en su lista negra.

La decisión está tomada. No obstante, cuando quiero pedirle a Akira que deje de insistir, me fijo en que se ha movido. Ahora está detrás de mí.

Me doy la vuelta y me sonríe.

Entonces, me da un móvil.

—No tenías su número, así que lo he guardado en tus contactos —me dice con voz inocente. Luego, le da un golpecito al dispositivo —. Ten cuidado. Está a punto de contestar.

Tres palabras: voy a matarla.

Por desgracia, me cuesta tanto asimilar la situación que, cuando entro pánico, ya es demasiado tarde. No me da tiempo a colgar. De repente, la voz de Noah suena al otro lado de la línea, alto y claro, porque Akira ha puesto el altavoz.

—¿Hola?

Intento ponerle fin a la llamada, pero ella —que va a lograr que la odie—, me da un manotazo para impedírmelo. Luego me susurra una cosa que entiendo a medias. Decido tomármelo como un: «di algo, idiota».

Me muerdo el labio. La respiración de Noah está agitada. Imagino la cara de su novia cuando me ha cogido el teléfono.

—Eh, hola. Soy… —Me aclaro la garganta—. Soy Abril, tu vecina.

—Claro, me acuerdo de ti —responde, tan amable como siempre —. ¿Va todo bien?

Ahora mismo me daría un buen cabezazo contra la pared. ¿Por qué le he dicho mi nombre? Esto habría sido más fácil si todavía mantuviese el anonimato. Aunque, claro, tampoco habría tenido mucho sentido porque vivimos uno delante del otro. ¡Sea como sea, da igual!

Me he quedado bloqueada. No sé qué más decir. A mi lado, Akira no deja de susurrarme cosas: «Tú. Novia. Beso. Cortina. Cerrar. Ahorrarnos. Trauma». Pienso en repetirlo tal cual, pero no lo hago porque parecería una troglodita.

El corazón me va muy rápido. Dios mío, ¿qué estoy haciendo?

¿Qué diablos estoy haciendo?

Al fin encuentro la respuesta. Cojo aire y, cuando hablo, la voz suena más potente. Y ya no es Noah Carter, sino el primo del chico que me rompió el corazón.

—La verdad es que no. —Las palabras se me escapan—. Estaba estudiando en mi cuarto con una amiga y…, bueno, hemos tenido que presenciar una escena bastante desagradable. Entiendo que quieras pasar tiempo con tu novia, Noah, pero deberías probar a cerrar las cortinas. Créeme cuando te digo que a ninguno de tus vecinos, incluida yo, nos gusta veros intercambiando saliva. Como he dicho, es desagradable y asqueroso.

Tras eso, noto como se me desinflan los pulmones. No sé qué he dicho, o por qué, pero me siento orgullosa de haber cumplido el reto. Al verme, Akira sonríe y se acerca a la ventana para descorrer la cortina. Está deseando ver cómo ha reaccionado Noah, y la sigo porque, en el fondo, también quiero saber cómo le han afectado mis palabras.

Sin embargo, pronto se me borra la sonrisa de la cara. Miro a través del cristal y veo a la pareja, que sigue exactamente igual que antes. Me doy cuenta de lo que ocurre cuando caigo en la cuenta de que una persona no puede besar a otra mientras habla por teléfono y cuando Noah deja de lado su amabilidad y exclama:

—¿De qué diablos hablas? Hace un rato he salido a…

Cuelgo la llamada.

Capítulo 6
No te mueras todavía

En cuanto introduzco la combinación, la taquilla se abre de golpe. Meto la cabeza dentro, nerviosa, porque quiero sacar los libros y salir de aquí lo antes posible. El pasillo está poco transitado y me siento muy expuesta. Cualquiera podría verme desde lejos, y eso juega en mi contra, ya que he evitado a Noah durante toda la mañana.

A pesar de que al principio solo lo hacía porque es el primo de Matthew y sabía que acercarme a él me traería problemas, después de lo de ayer tengo suficientes razones para tenerle miedo. De hecho, estoy segura de que la próxima vez que le vea no podré aguantarme las ganas de huir.

No conozco mucho a Noah, pero imagino que estará muy enfadado conmigo por lo que ocurrió anoche. Yo lo estaría si las cosas hubieran sido al revés, e incluso creo que me quedo corta. Me conozco y sé que le clavaría un tenedor en la espalda o algo similar.

Solo espero que a Noah no se le ocurra hacer lo mismo porque no me gustaría llegar a casa con una herida en la espalda. Menos aún si su origen es tan difícil de explicar.

—¿Por qué dices que yo no te sirvo?

Llevo un buen rato observando el fondo de la taquilla, embelesada, pero no me doy cuenta hasta que escucho la voz de Wesley, que está a mi lado. Sacudo la cabeza, tomo los libros que necesito y los meto en la mochila antes de cerrar la puerta. Quiero salir de aquí ya.

Ando por el pasillo e intento recuperar el hilo de la conversación.

—Porque busco gente con talento —respondo desganada.

No me gusta ocultarle cosas a Wesley, pero sé que he hecho lo correcto al no contarle lo que pasó ayer. Lo mínimo que puedo hacer por Noah ahora mismo es respetar su privacidad.

—Exacto. Por eso creo que soy exactamente lo que necesitas. —Ajeno a todo lo que pasa por mi cabeza, mi amigo se señala con un dedo. Después, continúa y resalta cada palabra—: Te exijo que me entrevistes.

Arqueo las cejas. La situación es tan absurda que desde el principio he creído que era una broma. Aun así, escudriño su rostro en busca de algo que me demuestre que estoy en lo cierto. No habla en serio, ¿verdad?

Por si acaso, le dejo clara mi opinión sobre el tema.

—Tirarse pedos con la axila no es un talento, Wesley. —Hago una mueca al añadir—: Y, aunque lo fuera, jamás escribiría un artículo sobre tus gases. Es asqueroso.

Él se lleva una mano al pecho, como si mi comentario le hubiese dolido.

—¿Y tú te haces llamar cazatalentos? —Me escupe las palabras. Me encojo de hombros y se me escapa una sonrisa. Wesley pone los ojos en blanco—. Está bien. Como quieras. Si tú no sabes apreciar mi don, buscaré a alguien que sí que tenga un buen criterio. Pero espero que no vuelvas llorando cuando veas que otra periodista ha saltado al estrellato gracias a mí.

Me río.

—La única que llorará será ella cuando arruines su carrera.

—Muy graciosa. —Aunque quiere parecer enfadado, también sonríe—. ¿Te ha llegado alguna otra propuesta? —se interesa.

Niego. Ya debería de estar investigando, pero apenas he pensado en el periódico desde lo de anoche. Así es como he desperdiciado uno de los cinco valiosos días que el señor Miller me dio para escribir al artículo. Me estoy agobiando, sobre todo ahora que el único candidato que tenía en mente está fuera de mis posibilidades.

—Todavía no tengo ninguna.

—Bueno, siempre puedes preguntarle a Akira —sugiere al notar que el tema me preocupa—. Conoce a todo el instituto. Seguro que te presenta a alguien.

Solo con oír su nombre, quiero criticarla. Me controlo y fuerzo

una sonrisa para que Wesley crea que tendré en cuenta su consejo. En realidad, es una buena idea, pero lo que menos me apetece en este momento es ver a mi problemática alumna ayudante.

—Sí, vale. Lo haré. —En cuanto abre la boca, imagino qué va a decir. Pongo los ojos en blanco, burlona—. No te preocupes, Wesley. No se me olvidará mencionarle algo sobre ti también. ¿Qué te parece si empiezo por lo de que te tiras pedos con el sobaco?

Estoy bromeando. Mi mejor amigo lo sabe y me sigue el juego.

—Seguro que eso despertaría sus sentimientos por mí.

—Sentimientos como el asco, por ejemplo.

—O la admiración.

—O las ganas de vomitar.

—Deja de meterte conmigo —se queja, entre risas, y me da un suave golpe en el hombro. Entonces, se fija en la hora que marca el reloj—. Tengo examen en quince minutos y me gustaría aprovechar lo que queda de recreo para estudiar. ¿Seguimos con la discusión luego?

Eso me saca una sonrisa. Me llevo una mano a la frente y golpeo el suelo con el pie, imitando un saludo militar. Al verme, Wesley hace lo mismo.

—Que se reparta suerte y no justicia —digo, refiriéndome al examen.

Estoy bastante segura de que no ha estudiado nada.

—Amén, hermana.

Me río y Wesley camina hasta que desaparece de mi campo de visión. Me quedo sola en el pasillo.

Trago saliva. Ojalá no se hubiera ido porque ahora no sé a donde ir. Quedarme aquí está descartado: estoy en una zona de paso y hay mucha gente a la que prefiero evitar. La idea de adentrarme en los confines de la cafetería también me parece aterradora.

Al final, subo a pasear por la segunda planta. Mis últimas clases de la mañana están allí, así que lo utilizaré como excusa si me encuentro con algún profesor. Con esto en mente, camino, distraída, observo la hilera de taquillas azules que cubre la pared y empujo con ambas manos la puerta que parte el pasillo principal del instituto en dos.

Los problemas empiezan en ese momento. Escucho un «*crack*»

seguido de un golpe. La puerta acaba de chocar con alguien que estaba al otro lado y el pobre chico se ha caído de culo sobre las baldosas del pasillo.

«Ay, Dios mío. Creo que acabo de matar a alguien».

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —chillo y me llevo una mano a la boca.

El corazón, que ya me late bastante rápido de por sí, se me acelera cuando veo el rostro de la persona a la que acabo de noquear. No sé si debería echar a correr, llorar, gritar o suplicarle clemencia… Porque esa persona es Noah Carter.

Se me congelan los pulmones. Noah está tirado en el suelo y se sujeta la cabeza con una mano. Tiene los ojos cerrados. Sé que podría salir corriendo para no tener que enfrentarme a él. Estoy bastante segura de que todavía no me ha visto. Sin embargo, le he causado tantos problemas desde que nos conocimos que creo que lo mínimo que puedo hacer es disculparme.

Quiero decir algo, pero no me salen las palabras. De pronto, abre los ojos e intenta ponerse en pie. Retrocedo hasta que mi espalda choca con la puerta. El miedo que corre por mis venas se transforma en angustia cuando veo que se lleva una mano a la nariz.

Trago saliva. Está sangrando.

«Está bien, Abril. No has matado a nadie y eso es un avance, pero si dejas que Noah se desangre hasta la muerte estarás en las mismas. ¡Haz algo!».

—Deja que te ayude.

Sin esperar una respuesta, lanzo la mochila al suelo y me arrodillo frente a ella. Busco algo con lo que cortar la hemorragia: un paquete de pañuelos, una servilleta o cualquier cosa que resulte útil, pero no veo más que cuadernos y bolígrafos mordisqueados. Me muerdo el labio con fuerza antes de pasar al bolsillo delantero.

Es ahí donde lo encuentro.

Mi querido kit de emergencia.

En cuanto abro el neceser, miro lo único que podría serme de ayuda en una situación como esta. Lo agarro y siento la textura del plástico entre los dedos. A mi lado, Noah se presiona la nariz con el dorso de la mano. La sangre sale a borbotones.

Aprieto los labios. Empiezo a pensar que partir el tampón extra

absorbente en dos y meterle un trozo en cada fosa nasal no es tan mala idea. Quizá le haría parecer una enorme morsa con cuernos —nunca mejor dicho—, pero también solucionaría nuestro pequeño problema.

Tomo aire y me preparo para abrir el envoltorio. Como decía mamá: «situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas».

—Hay pañuelos en mi mochila —dice Noah de repente.

Me quedo de piedra. No suelto el tampón.

—¿Qué?

—Que los cojas —me espeta con impaciencia.

Me siento aliviada. Suspiro, guardo a toda prisa el kit de emergencia y me levanto. Como no quiero mirar a Noah, lo rodeo para llegar hasta su mochila. La abro sin pensármelo dos veces y busco en su interior. Me parece oír un coro de voces que cantan *Hallelujah* cuando por fin encuentro el paquete de pañuelos.

No es un buen momento para celebraciones. Con las manos temblorosas, saco todos los *clínex* que hay dentro, agarro a Noah de los hombros y prácticamente se los incrusto en la nariz. Refunfuña algo en voz baja, pero la sangre sigue saliendo y estoy demasiado alterada como para preocuparme por la opinión que tenga de mí ahora mismo.

¡He estado a punto de meterle un tampón en la nariz! La situación es muy, pero que muy grave.

—Ven conmigo —le pido.

De nuevo, no dejo que responda. Quizá con demasiada confianza, le tomo del brazo para llevarlo al baño de chicos. A la hora de abrir la puerta, tengo cuidado de no volver a golpear a nadie porque ya me siento bastante culpable por hacer que una persona se desangre. Luego, hago entrar a Noah.

Antes de seguirlo, echo un vistazo rápido al pasillo para asegurarme de que estamos solos. Hago una mueca. Por culpa del bailarín, el suelo está lleno de sangre. Espero que nos acordemos de limpiarlo más tarde. Si lo ve el conserje, creerá que hemos cometido un asesinato o algo parecido.

Un olor desagradable se me cuela por las fosas nasales. Me entran arcadas, pero no me quejo, sino que recorro la estancia con la mirada en busca de Noah. Está inclinado sobre el lavabo del fondo y utiliza los pañuelos que le he dado antes. Me acerco a él

muy deprisa.

—¿Sabes cómo detener la hemorragia?

Apenas puede levantar la cabeza.

—No —me dice.

—Genial, pues yo tampoco. Así que vas a tener que esperar a que lo busque en internet. —Le señalo mientras me palpo los bolsillos con la otra mano—. No te mueras todavía.

No sé cómo reacciona ante esto: si sonríe, si pone los ojos en blanco o si me lanza una mirada asesina, ya que me centro en el móvil y tecleo en el buscador a toda velocidad. La página tarda poco en cargarse. En efecto, menos para recuperar un guarda-pelotas, hay tutoriales para todo.

—Según esto, tienes que inclinarte hacia delante para que la sangre no te llegue a la garganta y apretarte los extremos carnosos inferiores de la nariz con los dedos —leo en voz alta. Bajo el teléfono—. Vale, no tengo ni idea de cuáles son los extremos carnosos inferiores porque no soy experta en narices, pero supongo que se refieren a la parte blandita. —Me desespero al ver que no hace nada de lo que le digo—. ¡Vamos, apriétate la parte blanda de la nariz!

Noah me mira como si me hubiera vuelto loca. Me dejo llevar por un impulso, me acerco a él y le obligo a inclinarse sobre el lavabo. Después, hago que suelte los pañuelos, que caen junto al desagüe, para que tenga las manos libres y poner los malditos dedos sobre la nariz ensangrentada.

—Respira por la boca —le explico mientras me alejo de él. Prefiero no fijarme en si me he manchado o no porque solo me pondría más nerviosa—. Creo que bastará con que estés así unos minutos.

De pronto, Noah se suelta la nariz y empieza a toser.

—No me fío de internet —sentencia—. Podría hacerme empeorar.

Pongo los ojos en blanco.

—Baja la cabeza y apriétate la nariz. Ya.

—No.

—Noah —le advierto.

—He dicho que no.

Entonces, estallo. Toda la ansiedad que siento se transforma en

ira y, de repente, quiero clavarle el tampón en el ojo.

—Escucha lo que voy a decirte, Noah. Yo he provocado esto y voy a solucionarlo. Así que mueve el cuello y haz lo que te digo de una vez o buscaré una forma de obligarte, y te aseguro que no será bonita. ¡No voy a dejar que te desangres por mi culpa! —exclamo. Quiero sacudirle para que reaccione—. Seguro que dejar que alguien muera por desangramiento es ilegal. ¡No quiero ir a la cárcel! Mírame, por el amor de Dios. ¿De verdad crees que yo sobreviviría en la cárcel? Estaría muerta nada más llegar. Todavía tengo mucha vida por delante. Así que cállate y hazme caso. Ahora.

Al parecer, intimido más de lo que creía, porque Noah cede ante mi insistencia. Suspira, se inclina de nuevo sobre el lavabo, se agarra los extremos inferiores de la nariz y cierra los ojos. Tomo aire para tranquilizarme, bajo los brazos —no sé en qué momento los he subido— y guardo silencio.

Él tampoco dice nada más.

De hecho, permanecemos callados durante los siguientes cinco minutos. Mientras Noah sigue las indicaciones de internet, yo me apoyo contra la pared e intento recuperar todo el oxígeno que les falta a mis pulmones. Aprovecho la oportunidad para echarle un vistazo al baño de chicos. Soy una imprudente. Menos mal que no ha entrado nadie desde que hemos llegado.

No le hago caso a Noah hasta que abre el grifo del lavabo. Le observo mientras se frota los nudillos con jabón. El agua se tiñe de rojo sobre el desagüe y el color se intensifica cuando el bailarín se lava la cara. Una vez ha terminado, cierra la llave del todo y se pasa las manos mojadas por el pelo.

Vuelve a tener una nariz bonita, limpia y sana.

Aparto la mirada porque no quiero que note que estoy pendiente de él. Acto seguido, me acerco al lavabo que está junto al suyo para limpiar la sangre que queda en mis dedos y me los seco en los pantalones. Solo entonces caigo en la cuenta de que estoy temblando.

Quiero echar a correr. Si no lo hago, es porque mis pies están anclados al suelo. Ignoro los nervios, Noah abre la boca para hablar y me preparo para que me insulte, me grite o me eche en cara lo que pasó ayer.

Pero no hace nada de eso.

—En realidad, creo que sí que sobrevivirías en la cárcel. E incluso podrías escapar, si consigues noquear a los guardias como has hecho conmigo —me susurra, con la respiración agitada. Fuerzo una sonrisa mientras me muerdo el labio—. Eres más peligrosa de lo que pareces.

A juzgar por su voz, no está enfadado conmigo. Aun así, escudriño su rostro en busca de algo que me indique lo contrario. De pronto, el estómago se me revuelve. No creo que vaya a atacarme ni tampoco que planee clavarme un tenedor en la espalda. De hecho, no sé cómo no he visto antes las ojeras oscuras que tiene bajo los ojos.

Noah va tan desaliñado que se nota que ha dormido poco esta noche. Tiene la camiseta arrugada, como si se hubiera vestido a toda prisa, y ya no queda rastro de la vitalidad que normalmente le ilumina el rostro.

Sé a qué se debe. Al mirarlo, me veo a mí misma hace meses, sufriendo por lo mismo, y me resulta imposible no preguntárselo:

—¿Estás bien?

Podría haberme mentido, pero prefiere cambiar de tema.

—Te estaba buscando —me dice—. Necesito hablar contigo sobre lo de ayer.

Me muerdo el labio. He temido la llegada de esta conversación desde que colgué el teléfono anoche. En el fondo, tenía la esperanza de haberle provocado amnesia con el portazo, pero no ha funcionado.

Quiero huir, pero algo me lo impide. Me molesta pensar que quizá sienta lástima por él.

—Lo siento —le digo sinceramente—. No sé por qué te llamé para decirte eso. No lo hice con malas intenciones, lo prometo. No tengo nada en tu contra. Lo siento si has tenido problemas con tu novia por mi culpa, o si…

—¿Estás segura de que era ella? —me pregunta con la voz dolida.

Le miro a los ojos. Hace unas horas me habría negado a decirle la verdad, pero ahora, después de lo que ha pasado, me siento tan culpable que solo quiero ayudarle y responderle con sinceridad.

—Sí.

Toma aire, asiente y baja la mirada. Sé que no soy quien le ha

roto el corazón, sino aquella chica desalmada, pero me siento mal de todos modos.

—¿Pudiste ver quién era él? —añade.

«Creía que eras tú».

—No. Solo le vi la espalda.

—¿Nada más? ¿El color del pelo, la constitución, la altura…?

Niego con la cabeza y esto hace que Noah se desespere. Camina hasta el fondo del baño y se cubre la cara con las manos.

—¿Se lo has contado a alguien? —indaga.

Está a varios metros de distancia, pero como los aseos están vacíos, le oigo.

—No. —Mi respuesta es rápida y rotunda. Prefiero dejar a Akira fuera de todo esto. Antes de que insista, agrego—: ¿Tú?

Duda a la hora de responder y esto confirma mis sospechas. Todas las preguntas que me ha hecho, junto a su reacción, me demuestran que todavía no se ha enfrentado a su novia. Supongo que es una de las muchas diferencias entre nosotros. Si hubiera estado en su lugar, ya habría interrogado a ese asqueroso infiel.

En realidad, habría ido más allá. Ya le habría arrancado la cabeza.

—Quería estar seguro antes de hacer nada —me confiesa—. De todas formas, habría sido inútil. Amanda es buena guardando secretos. No me dirá quién es el chico al que viste, por mucho que insista.

Para mis adentros, apunto el nombre en mi lista de personas odiosas: Amanda «aún-no-me-sé-su-apellido», la chica que le rompió el corazón al bueno de Noah Carter.

—¿Qué vas a hacer ahora?

No sé por qué se lo he preguntado, pero él responde de todos modos.

—No lo sé.

Entonces, mi cerebro y mi corazón actúan por separado. Mientras uno me dice que lo mejor es que me marche y lo deje estar, porque Noah es el primo de mi exnovio y no me conviene hablar con él el otro no deja de repetirme que no permita que esto quede así. Me grita sin parar: «hazlo, hazlo, hazlo».

Sin embargo, no tengo tiempo de elegir. El timbre anuncia la vuelta a clase y Noah me dedica una sonrisa triste mientras camina

hacia la puerta. Ahí es cuando, bajo los efectos de los nervios y de la impotencia, me percato de que la decisión ya está tomada.

Tal vez sea porque me recuerda mucho a la Abril de hace unos meses o quizá se deba al golpe que le he dado en la nariz —que por poco le mata y por el que todavía me siento culpable— pero lo llamo antes de que roce el pomo.

Se vuelve para mirarme por encima del hombro.

—Puedo ayudarte —le suelto, sin dejarle hablar—. Te ayudaré a descubrir con quién te engaña. —Fuerzo una sonrisa—. Te sorprendería saber lo bien que se me da investigar. Casi parezco una agente de policía.

Al escucharme, también sonríe. Camina en mi dirección, se para a unos metros de distancia y me tiende una mano. La izquierda. Es zurdo.

—Si lo haces, te prometo que conseguiré que Jason te devuelva todo lo que robó de tu habitación.

Me echo a reír. ¿Recuperar la pata que le falta a la cama? ¿Tener de vuelta los tiradores del armario? Es una oferta difícil de rechazar.

Como solo sé tomar malas decisiones, le estrecho la mano sin pensar en las consecuencias que esto podría acarrear, y le digo:

—Trato hecho.

Capítulo 7
Alevosía hogareña

Sacar a Matthew de mi vida fue como saltar al océano desde lo alto de un precipicio.

Al principio, el impacto te desgarra por dentro. Te arranca el aire de los pulmones hasta que sientes que te asfixias y el frío te congela la sangre. Te falta el oxígeno y te quedas sin fuerzas para nadar hacia la superficie. Te hundes en una masa de agua oscura, donde no encuentras ninguna salida. Te ahogas, mientras te preguntas si has tomado la decisión correcta.

Piensas en qué habría pasado de no haber sido por ti y por todos tus errores. ¿De verdad fue culpa suya todo lo que pasó o tú también tienes parte de responsabilidad? ¿Estás segura de que no se merecía una última oportunidad? Sin él, sientes que todo es más difícil. ¿Cómo vas a sobrevivir ahora que no está? ¿Quién te salvará cuando sientas que, como ahora, te ahogas?

¿Volverás a probar el aire algún día?

¿Conseguirás llegar a la superficie?

¿Encontrarás a alguien dispuesto a salvarte?

¿O tendrás que hacerlo tú misma?

Hasta que, de repente, llega un momento en el que tu piel se acostumbra al agua helada. Tus pulmones entran en un estado de apnea y entiendes que has tocado fondo porque pesas demasiado. Desde que le advertiste que algún día saltarías, has tenido unas cadenas de hierro atadas a las piernas, que te presionan los tobillos. Ha sido ese miedo a no saber cómo reaccionaría, ese temor a no saber cómo seguir adelante, lo que te ha hundido.

Ahora, sin embargo, todo ese peso se desvanece. Las cadenas se

rompen porque quieres que lo hagan y, poco a poco, subes a la superficie. Tomas mucho aire, sientes alivio y recuperas las ganas de vivir que él te había arrebatado.

Entonces, comprendes que has tomado la decisión correcta: antes vivías en lo alto de un precipicio, totalmente aislada del mundo exterior, tan cerca del sel que sentías cómo te quemabas, y ahora vuelves a ser libre.

El resultado es magnífico, pero el impacto duele demasiado. Por eso temo caer en una relación así de nuevo. Ahora que vuelvo a pisar tierra firme, he construido una muralla a mi alrededor para que nadie se aproveche de mi miedo a las alturas y me encierre en lo alto de un precipicio al saber que, por mucho que lo intente, nunca seré capaz de saltar.

Me pregunto si Noah sentirá algo similar.

No me he sacado su nombre de la cabeza desde que he visto su rostro demacrado esta mañana. Las ojeras que tenía bajo los ojos, el aspecto desaliñado y la falta de energía y de vitalidad me han torturado desde entonces. Creo que sé por qué me preocupo tanto. Hay algo en Noah, en su forma de ser y en todo lo que le está pasando que hace que me sienta muy identificada con él.

Cada vez que le miro, me recuerda a mí hace medio año, cuando sufría porque temía dejar a Matthew. Me acuerdo de cuando todavía tenía la esperanza de que las cosas no fueran tan mal como yo creía. Cuando me esforzaba en creer que solo exageraba.

Supongo que eso es lo que siente Noah. Lo supe en cuanto me dijo que todavía no se había atrevido a hablar con su novia. En el fondo, piensa que solo se trata de un error y quiere creer que es posible que no fuese ella.

Pero lo era, y algo me dice que lo sabe tan bien como yo.

Me pregunto si tardará mucho en aceptarlo.

—¿Por qué te comes las patatas fritas con el cuchillo? —Una voz me trae de nuevo a la realidad—. La gente utiliza el tenedor para eso, ¿sabes?

Pongo los ojos en blanco, suelto el cubierto, tomo otra patata con los dedos y me la llevo a la boca. Frente a mí, Akira hace una mueca de asco. No es la comida más sana del mundo, pero con todo lo que ha ocurrido esta mañana, no me ha dado tiempo a almorzar en el instituto. Me moría de hambre desde primera hora.

Por suerte, Wesley ha tenido el detalle de hablarme sobre una cafetería que hay cerca de donde vivo. He aprovechado que mi padre trabaja hasta tarde para pasarme por aquí.

Sin embargo, no contaba con que Akira se apuntaría al plan.

—¿Tienes un trauma con los tenedores o algo parecido? —añade. Permanezco en silencio, tal y como he hecho desde que hemos llegado, y ella suspira—. Escucha, Abril, sé que estás enfadada conmigo, pero…

—No estoy enfadada contigo.

Después de lo de ayer, cualquiera se habría mantenido lejos de esta problemática estudiante de último curso. Aun así, en el fondo sé que no puedo echarle toda la culpa. Ella tuvo la idea, pero yo fui quien la llevó a cabo. Nada de esto habría ocurrido si no hubiese hablado con Noah por teléfono.

Aunque, en realidad, no me arrepiento de nada.

—¿De verdad? —Akira se sorprende.

La mire fijamente antes de responder. Hoy lleva el pelo recogido con una cinta de muchos colores.

—De verdad —respondo, tomo otra patata frita y le apunto con ella—. Pero no vuelvas a meterte conmigo por utilizar mal los cubiertos. Es asunto mío.

Ella se ríe y levanta las manos en señal de rendición.

—Está bien.

Nos quedamos en silencio.

Distraída, paseo la mirada por el local. El café Daiana suele estar lleno de estudiantes del instituto. Está tan lejos de mi antigua casa que nunca se me había ocurrido venir. No obstante, ahora que ya he estado aquí, estoy segura de que volveré. Este sitio me ha cautivado. Huele mucho a café y hay chicos guapos.

Tal vez, si fuera un poco más valiente, me acercaría a hablar con alguno de ellos. Es probable que se sorprendieran al comprobar lo buena que soy a la hora de coquetear.

Me pregunto si así conocería a la persona capaz de completar la lista.

Supongo que nunca lo descubriré porque voy a quedarme aquí sentada durante el resto de la tarde y me atiborraré a patatas fritas.

Sin embargo, veo algo que me deja de piedra. Incluso con el ruido que hay en la cafetería, oigo el taconeo de unas cuñas que se

adentran en el local. Va vestida de forma sencilla, como cuando la veo en el instituto. Su largo pelo rubio le cae sobre los hombros. Inspecciona rápidamente el lugar como si buscara a alguien.

Luego, esboza una sonrisa engreída y se dirige hacia una de las mesas centrales.

Me arrepiento de haberme sentado aquí. Desde donde estoy, solo veo la espalda del chico frente al que Amanda, la novia de Noah, acaba de acomodarse.

Una espalda que se parece mucho a la que vi anoche en la habitación de mi vecino.

Trago saliva y me vuelvo hacia Akira, casi por instinto. Ella deja de prestar atención a la pareja y me mira. Algo me dice que pensamos lo mismo. Por si acaso, le pregunto:

—¿Crees que…?

Pero Akira ya se ha puesto en pie.

—Vamos a averiguarlo.

Sé que esto acabará en desastre. Aun así, no hago nada por detenerla cuando cruza la cafetería y se coloca, con disimulo, en la mesa que está junto a la de la pareja. Todo habría ido bien, de no haber sido por un pequeño detalle: ya había alguien sentado ahí.

Me entran ganas de reír. Al ver a mi amiga, el chico en cuestión abre los ojos de par en par, cierra el libro que estaba leyendo y se arrincona contra la pared. Intenta decir algo, pero solo tartamudea. Cuando lo escucha, Akira recae en su presencia. Se da la vuelta con una sonrisa y le da unas palmaditas en el brazo, como si se conocieran de toda la vida.

A juzgar por cómo la mira, no es así.

Observo la escena, divertida, hasta que Akira me hace un gesto para que me acerque. No deja de observar a la pareja. Su expresión grita: «No te lo vas a creer».

Quiero levantarme, pero el destino vuelve a jugar en mi contra. De repente, algo se interpone en mi campo de visión. Solo alcanzo a ver el rostro incrédulo de mi amiga antes de que un chico alto y de complexión atlética se acomode frente a mí.

—Eh, hola. Es una suerte que estés aquí. Quería hablar contigo.

El corazón se me acelera.

Como siempre, Noah Carter ha aparecido en el momento menos oportuno.

—¿Conmigo? —titubeo.

Asiente. Me muerdo el labio. Todavía tiene ojeras y sus ojos están más apagados que de costumbre. La única diferencia que noto, respecto a esta mañana, es que se ha cambiado la camiseta. Es posible que la otra se manchara de sangre cuando por poco le rompo la nariz.

—¿Iba en serio lo que me has dicho en el instituto? —me pregunta, mirándome a los ojos—. ¿Me ayudarás?

Asiento como una tonta.

—Claro.

—Vale, pues empecemos ahora.

Quiero decirle que no es buen momento. De hecho, es el peor momento que podía elegir, pero guardo silencio. Seguro que no sabe que su novia está aquí, a unos metros de nosotros, hablando con el chico que vi en su dormitorio, y lo primero que pienso es que debo decírselo. Me muevo un poco hacia la derecha para consultarlo con Akira.

Desde que ha llegado Noah, mi alumna ayudante se ha puesto muy nerviosa. Es como si me leyese la mente. De repente, niega con la cabeza, mueve los labios, en silencio, y me dice: «Distráelo».

Me da un vuelco el corazón. ¿Cómo voy a hacerlo? Noah solo tiene que girar un poco la cabeza para verlos. Sin embargo, también entiendo por qué me lo pide; ninguna de las dos vio el rostro del chico de la otra noche. Por tanto, aunque el acompañante de Amanda sea nuestro sospechoso, no podemos estar seguras de que sean la misma persona.

A no ser que él mismo se delate.

Finalmente, tomo una decisión. Tomo aire y, mientras me repito que esto es una mala idea, me agacho para sacar algo de la mochila. Noah tiene los ojos oscuros y muy bonitos. Los entrecierra, receloso, cuando abro el cuaderno sobre la mesa y le quito el capuchón al bolígrafo.

—¿Qué haces?

—Montar mi propio despacho de detective —respondo y escribo el título en la parte de arriba de la página—. Me gustaría haber comprado uno de esos focos que utilizan en las películas, pero no tengo presupuesto, así que usaremos la imaginación. Por suerte para ti, tengo mucha. Mira, me he inventado un nombre muy chulo para

el caso: «Alevosía hogareña». ¿A que tiene gancho?

Noah frunce el ceño. Intento distraerlo y subrayo lo que acabo de leer con un rotulador rojo.

—¿Qué?

—Te dije que se me daba bien investigar a la gente, sobre todo cuando me comporto como un agente secreto. Si queremos resolver esto, necesitaremos apuntar las pistas en algún sitio. De ahí que haya sacado el cuaderno.

Miento. En realidad, todo lo que hago es inútil. Mi único propósito es llamar su atención y parece que funciona porque no ha dejado de mirarme desde que ha llegado.

—¿Por qué utilizas palabras tan raras? —añade y sacude la cabeza—. Nunca he oído a nadie decir «alevosía».

No obstante, algo me dice que no necesita que le explique lo que significa. Se me escapa una sonrisa.

«Alevosía: sustantivo que se refiere a una traición o a una deslealtad».

—Es por si alguien encuentra el cuaderno. —Lo levanto para que lo vea bien—. Los términos complicados dificultan la comprensión lectora.

—No necesitas términos complicados para esto —responde y se inclina sobre la mesa para leer lo que he escrito—. Tu letra dificulta la comprensión lectora. Es horrible. ¿Has pensado en ir a clases de caligrafía?

Arqueo las cejas. ¿Se ha metido conmigo?

—Todo es parte del plan —digo como si fuera obvio, aunque vuelvo a mentir. Le echo un vistazo a la libreta. No sé por qué ha dicho eso. ¡Mi letra no es horrible!—. No cuestiones lo que hago, ¿entendido?

Le señalo con el bolígrafo. Noah pone los ojos en blanco y mira hacia otro lado. Me parece que la situación le hace gracia, pero no sonríe. Durante un segundo, observo a la pareja, que sigue sentada donde antes, y me preparo para recuperar la atención del bailarín, pero no me da tiempo a hablar.

De pronto, me dice:

—Anoche no dormí. —Se vuelve hacia mí y suspiro aliviada. No debo permitir que se dé la vuelta—. Me pasé la noche pensando en quién podría ser. Siempre le digo a Amanda que venga a casa

cuando acabo los ensayos, así que supuse que ese chico entró con ella. El problema es que, cuando le pregunté a mi madre si la vio llegar con alguien, me dijo que no.

Entonces, un nombre me viene a la mente y se me clava como una estaca en el cerebro: Matthew.

—Así que ya estaba dentro cuando Amanda llegó —adivino.

Tomo notas mientras intento que no me tiemblen las manos.

—Exacto. Por eso le pregunté si mi primo llevó a algún amigo a casa ese día. —Hace una pequeña pausa—. Bueno, te aviso de que va a ser más complicado de lo que creíamos porque invitó a todo el equipo.

Con eso descarto mi teoría. Pestañeo, incrédula. Nuestra lista de sospechosos acaba de multiplicarse.

—¿De cuántos chicos hablamos? —le pregunto y él arquea las cejas.

—¿No sabes cuántos jugadores tiene un equipo de fútbol?

—¿Tengo cara de saber jugar a fútbol?

—Casi tanto como de saber escapar de la cárcel.

Pongo los ojos en blanco e intento, con todas mis fuerzas, que no note que lucho por no sonreír. Noah es un chico muy raro. Me pregunto de dónde sacará fuerzas para ser tan amable después de todo por lo que ha pasado.

No quiero imaginar lo que debe de ser dormir en la habitación en la que tu novia te ha engañado.

—Once jugadores —digo una cifra al azar.

Creo que mi padre la ha mencionado en alguna ocasión.

—Tienes que sumar los diez que están siempre en el banquillo —calculo el total justo cuando él lo dice en voz alta—: Veintiuno.

Vale, esto complica un poco las cosas.

—Descartemos a todos los que sean rubios o pelirrojos. No son como tú.

Me percato, demasiado tarde, de que he metido la pata.

—Bueno, si tenemos en cuenta que me ha engañado, no creo que a Amanda le gusten los chicos como yo.

No sé cómo responder a eso. Noah no parece enfadado, sino dolido, y eso hace que se me retuerza el corazón y que se me seque la boca.

—No lo decía por eso. Confundí a ese chico contigo, así que no

tiene sentido acusar a los que no se parezcan en nada a ti —le explico a toda prisa. Trago saliva—. Noah…

Quiero decirle que lo entiendo; que, aunque no me crea, sé cómo se siente, pero me quedo callada. Me falta valor.

—Olvídalo. —Rompe el silencio. Sacude la cabeza e intenta recuperar el hilo de la conversación—: En el equipo tenemos a dos chicos rubios, a ningún pelirrojo y…

Pero ya no le escucho.

De pronto, noto movimiento al otro lado del local. Amanda se levanta mientras se ríe con malicia, ajena a nuestra presencia, y se agarra del brazo de su acompañante. Se dirigen hacia la puerta de salida. En cuanto veo el rostro del chico, se me olvida que tengo que disimular. Me quedo paralizada por la sorpresa y permito que todos se percaten de que los miro. Incluido Noah, que frunce el ceño antes de girarse. Tarda un segundo en ponerse en pie. Yo le imito, pero no me da tiempo a detenerlo. Dolido y traicionado, porque dos personas en las que confiaba le acaban de apuñalar por la espalda, Noah echa a correr detrás de ellos.

Detrás de Amanda, su novia, la chica que le ha roto el corazón, y de mi hermanastro.

Capítulo 8
Consecuencias

Papá, del uno al diez, ¿cuánta autoridad dirías que tienes en esta casa?

En lugar de responder, mi padre gruñe. Está agachado en la cocina y estudia los botones de la lavadora. Ha metido la ropa sucia hace diez minutos y todavía no ha descubierto cómo hacerla funcionar. Le he sugerido varias veces que se lo pregunte a Rose, pero se ha negado. Es muy orgulloso. Quiere hacerme creer que se vale por sí mismo, aunque ambos sabemos que no es cierto.

Aun así, se desespera. Resopla, se limpia el sudor de la frente con el brazo y pega la oreja al aparato para comprobar si funciona. Frunzo el ceño. Dudo mucho que oiga algo con la música de Jason sonando a todo volumen. Está tan alta que hace que me duela la cabeza.

—Papá —insisto para que me haga caso.

—¿Qué cuánta autoridad tengo? Bueno, considerando que lo único que hago en esta casa es fregar, limpiar y hacer la colada… —Se lo piensa antes de continuar—: Creo que ninguna, cielo.

Quiero reírme. Sin embargo, Jason cambia la canción de *rock* por una mucho más obscena que me pone de mal humor. En cuanto escucho la primera estrofa, me entran ganas de vomitar.

—Podrías decirle que baje un poco el volumen —le pido a mi padre y siento cómo me arden las mejillas. La letra es tan explícita que me incomoda—. O pedirle que apague el equipo, directamente. Son las siete y media de la mañana. Los vecinos todavía duermen y vamos a molestarlos. Además, este tipo de música no es adecuada para la gente de su edad. Seguro que le encoge el cerebro o algo

similar.

Tengo la esperanza de que me haga caso, pero papá sigue absorto en la lavadora.

—Solo tiene un año menos que tú, Abril —me recuerda, sin mirarme—. De todas formas, seguro que en el instituto le enseñan cosas peores.

Me quedo sin argumentos. Aunque me moleste admitirlo, tiene razón.

Me llevo las manos a la cara. Esta situación es frustrante. La pantalla del portátil, que está sobre la mesa de la cocina, no deja de recordarme que soy una inútil. Casi parece que se ría de mí. Llevo veinte minutos aquí sentada y lo único que he conseguido escribir ha sido el título de mi reportaje.

Me gustaría decir que Jason tiene toda la culpa, pero en el fondo sé que no es verdad. Emma, la chica sobre la que Akira me habló ayer, a la que he decidido convertir en la protagonista de mi artículo, no me inspira en absoluto. No quiero menospreciar su talento, pero dudo mucho que el señor Miller me dé un puesto en la redacción si escribo sobre ella.

—¿Estás trabajando en lo del periódico? —me pregunta papá, al ver que estoy callada. Se levanta y cruza la cocina para sentarse a mi lado y hago un puchero.

—Está quedando fatal.

—No digas eso. —Se inclina para mirar la pantalla—. ¿Sobre qué vas a escribir?

Pongo los ojos en blanco.

—Papiroflexia.

—Parece interesante.

—¿Estás de broma?

—¿Por qué no pruebas con otra cosa? —Ignora totalmente lo que acabo de decirle. Entrecierro los ojos y papá añade—: ¿Conoces al chico que vive en la calle de atrás? Es bailarín. He oído que ha ganado varios certámenes nacionales. Rose no soporta a su familia, pero él y Jason son amigos desde que eran pequeños. Podríamos decirle que te lo presente, si quieres. Seguro que no le importaría concederte una entrevista.

Eso me toma por sorpresa. Me vuelvo hacia papá e intento que no note mi nerviosismo. Me pregunto cómo reaccionaría si le

contase que ya conozco a Noah Carter y que, de hecho, nos llevamos tan bien que el otro día estuve a punto de romperle la nariz. Todo ello sin mencionar que, además, le he ayudado a descubrir que su novia le ha sido infiel y que ayer mismo averiguamos juntos con quién.

También me pregunto si se sorprendería cuando le dijese que, después de lo que ha pasado, la amistad de Jason y Noah debe de estar hecha pedazos.

—Lo haría, pero no creo que me fuera de ayuda, la verdad —respondo, haciéndome la desentendida—. A nadie le gustan esas cosas.

Miento.

En realidad, él fue mi primera opción. Cuando el profesor Miller me dio una oportunidad, pensé en escribir el artículo sobre Noah. Sin embargo, después de todos los problemas que le he causado, no me veo capaz de pedirle una entrevista. Así que mi mejor candidato está descartado por completo.

Y dudo mucho que vaya a encontrar a alguien que esté a su altura.

—Bueno, pero es mejor que la papiroflexia. A mí sí que me gustaría leer sobre ese chico —comenta mi padre, ajeno a lo que pienso. Asiento con la cabeza.

No podría estar más de acuerdo con él.

De pronto, nuestra conversación pasa a un segundo plano. Jason ha cambiado de emisora y, ahora, una estruendosa canción de *heavy metal* hace retumbar las paredes de la casa y mi dolor de oídos aumenta. Prefería las letras obscenas de antes.

Suspiro y apoyo la frente sobre el teclado del portátil. La pantalla se llena de letras mayúsculas, pero no le doy importancia hasta que el documento pasa a tener dos páginas y me levanto.

—Es insoportable —me quejo y miro al techo.

Mi padre se echa a reír. Mientras tanto, siento que he llegado al límite. No lo soporto más. Cierro los cuadernos, apago el ordenador y lo meto en la funda.

—¿Vas a algún sitio? —me pregunta.

—Al instituto.

—Es temprano. Todavía falta media hora para las ocho.

—No me importa —respondo—. Necesito salir de aquí.

Guardo también los libros y recojo los lápices que he sacado del estuche. Están desperdigados por la mesa.

—¿Has probado a hablar con él? Puede que, si le dijeses que te molesta…

«Lo haría más a menudo», termino la frase para mis adentros.

—Es imposible hablar con él. Lleva desde ayer encerrado en su habitación.

Para ser más concreta, desde anoche, cuando volvió de la cafetería. Echó el pestillo y bloqueó la puerta. Lo sé porque lo comprobé.

—Le diré a Rose que lo solucione, no te preocupes.

Cuando termino de recoger, busco los zapatos. Me siento en la silla más próxima, me calzo y me ato los cordones.

—Deberías dejar a Rose tranquila y ser más autoritario, papá —le aconsejo mientras me pongo en pie. Después, me echo la mochila al hombro—. Si no te hace caso, declárate en huelga. A fin de cuentas, tú eres quien hace la colada. Seguro que una montaña de calzoncillos sucios bastaría para ganarte su respeto.

Pone los ojos en blanco, aunque le he hecho sonreír. Estoy a punto de acercarme para despedirme, cuando la música deja de sonar. Miro hacia el techo, extrañada, y escucho pasos que provienen del piso de arriba. De pronto, Jason aparece por la escalera.

—Buenos días —saluda a mi padre. Tiene la voz ronca—. ¿Puedes llevarme a clase?

Su mirada gélida cae sobre mí. Me preparo para escuchar alguno de sus comentarios hirientes, como todas las mañanas, pero se queda en silencio.

Es la primera vez que lo veo después de lo que pasó ayer. Anoche fui a su cuarto para preguntarle si estaba bien, pero no me abrió la puerta, así que supuse que se escondía. No conozco mucho a Noah, pero sé que él y Matthew son parientes y con eso me basta: mi exnovio estuvo a punto de romperle la nariz a Wesley en varias ocasiones, aunque solo éramos amigos.

No quería ni imaginarme lo que el bailarín podría haberle hecho a Jason.

Me acosté con la certeza de que, cuando volviese a ver a mi hermanastro, tendría un ojo morado y el labio partido. O algo peor.

Sin embargo, me equivocaba. De primeras, Jason no muestra señales de haberse involucrado en una pelea; mucho menos de haber perdido una.

Físicamente, está intacto.

Aunque, por dentro, no lo creo.

Jason tiene dieciséis años. Solo mide un metro setenta y es de complexión delgada. Viste como un chico malo de película: con su característica chaqueta de cuero sintético negra y unos vaqueros desgastados. Además, se peina el flequillo hacia arriba. Todo esto, junto a la insoportable sonrisa que siempre adorna su rostro, me daba ganas de vomitar.

Sin embargo, algo ha cambiado.

—¿Puedes llevarme o no? —insiste, al no obtener respuesta.

Parece haberse percatado de por qué nos hemos quedado en silencio. De forma disimulada, se pasa los dedos por debajo de los ojos para secarse las lágrimas. Tiene el rostro enrojecido, como si fuera un niño pequeño que acaba de tener una pataleta. Parece que está destrozado.

Papá se gira hacia mí y comprendo que pensamos lo mismo.

—Está bien. —Le oigo decir—. Vamos, Abril.

Dudo un segundo, pero obedezco.

Tardamos diez minutos en llegar al instituto. Miro por la ventana durante todo el camino, distraída. Intento no pensar en mi hermanastro, en Noah y en cómo habrá ido todo entre ellos. Me repito mil veces que no me importa, que no es asunto mío y que debería ignorarlos a ambos, pero mis esfuerzos no dan resultados.

Cuando aparcamos frente al edificio, Jason abre la puerta del copiloto y se marcha sin despedirse. Papá me dirige una mirada a través del espejo retrovisor con la que pregunta qué le pasa. Me limito a encogerme de hombros, antes de bajarme del coche, porque es una historia muy larga.

Sé que no debería, pero echo a correr detrás de Jason en cuanto le veo entrar en el instituto. No consigo mantenerme al margen de esta situación. Como todavía es muy temprano, los pasillos están casi vacíos, y eso me da cierta ventaja. Mi hermanastro enseguida nota que alguien le sigue y se adentra en un corro de alumnos. Cuando quiero darme cuenta, le he perdido de vista.

Maldigo entre dientes. En el fondo, me alegro de no haberle

alcanzado. No sé qué habría hecho si lo hubiese conseguido. ¿En qué diablos pensaba?

De pronto, comprendo que perseguir a Jason no ha sido solo una mala idea, sino una decisión realmente terrible.

Solo con torcer un poco el rostro, lo veo. A unos metros de distancia, la inconfundible figura de mi exnovio se apoya contra una taquilla. Lo delatan el pelo oscuro, el cuerpo atlético y la actitud soberbia que tanto me llamó la atención cuando lo conocí. Matthew charla animadamente con sus amigos. Tiene una sonrisa en los labios.

Me basta con verle para que me den escalofríos. El corazón me late muy rápido. Su presencia me intimida y me odio por ello: no se lo merece. Mientras tomo aire, me doy la vuelta y me preparo para echar a correr. No quiero volver a hablar con él en lo que me queda de vida.

Entonces, alguien grita mi nombre a mis espaldas.

Es Noah Carter. Lo identifico incluso antes de girarme. Se separa de su primo, que recae en mi presencia, y trota hacia mí. Con su llegada, todos mis planes de escape se esfuman y Matthew desaparece de mi campo de visión.

De repente, siento que vuelvo a respirar.

—Quería hablar contigo —me dice, arrastrando las palabras—. Siento lo de ayer, me fui sin despedirme.

Sacudo la cabeza. Esas disculpas son innecesarias. Pienso en Jason y busco en el rostro de Noah todo lo que falta en el suyo: señales de pelea, arañazos o moratones, pero no encuentro nada fuera de lo normal. Si no hubiera estado allí, diría que ayer no ocurrió nada. Es como si todo siguiese igual.

Pero sospecho que no es así.

Trago saliva. Todavía me tiemblan las manos. Nos miramos en silencio hasta que me atrevo a preguntarle:

—¿Estás bien?

Se encoge de hombros.

—Creo que sí.

—Noah…

—Fue él —me interrumpe, como si necesitase contárselo a alguien—. Cuando salieron de la cafetería, les perseguí hasta que me lo dijo. Jason fue el chico al que viste en mi habitación, Abril.

Fue él.

Aprieto los labios. No sé a qué viene todo esto. No entiendo por qué Noah ha venido a contarme lo que ocurrió ayer por la tarde y tampoco por qué me siento tan mal al respecto. Aun así, no puedo quedarme callada.

—Lo siento. —Es lo único que se me ocurre—. Te prometo que no lo sabía. Si hubiera…

—No es culpa tuya. Sé que Jason no te había contado nada. No te preocupes por eso. —A pesar de todo, Noah es tan amable como siempre. De nuevo, me pregunto cómo lo consigue. Si yo estuviese en su lugar, tendría el corazón hecho pedazos. No superaría que Wesley me traicionase de esa manera—. Por cierto —añade entonces y me tiende lo que lleva en las manos—, toma. Teníamos un trato.

Me entrega una bolsa de papel marrón, de cuyo peso no soy consciente hasta que la acepto para ver qué hay dentro. En realidad, nunca llegué a fiarme del acuerdo al que llegamos el otro día, pero parece que Noah se lo tomó en serio. Sorprendida, dejo de lado los tiradores del armario y saco la pata que le falta a la cama.

Me entran ganas de reír al ver que tiene una cinta roja alrededor.

—¿Le has puesto un lacito?

El bailarín ladea un poco la cabeza y se encoge de hombros.

—Es mi forma de pedirte disculpas. Te he molestado mucho estos días.

En definitiva, no vemos las cosas de la misma forma.

—En ese caso, yo debería darte un lacito —debato y frunzo las cejas—. Ayer te golpeé con una puerta. Podría haberte roto la nariz.

Hace un gesto para restarle importancia al asunto.

—Está olvidado, tranquila.

—No es justo —protesto.

—Bueno, siempre me lo puedes devolver.

Por un momento, pienso que bromea, pero, al bajar la mirada, recaigo en que ha estirado el brazo. Entre risas, le quito la cinta al cilindro de metal que pronto volverá a sujetar mi colchón, la pongo en torno a su muñeca y le hago un nudo.

Cuando termino, aparto las manos y agarro las correas de la mochila.

—Siento haber intentado romperte la nariz, Noah —le digo con sinceridad.

Sonríe. Parece sincero.

—Disculpas aceptadas —me responde. Acto seguido, mira su nueva pulsera y frunce el ceño—. Oh, Dios mío. Eres malísima con los nudos.

Me lo tomo como una broma.

—Soy malísima en muchas cosas.

—Menos en noquear a la gente.

—Bueno, todos tenemos un talento oculto.

Amplía la sonrisa. Está más animado que antes y eso, por alguna razón, me reconforta.

—Me alegro de haberte ayudado a descubrir el tuyo, entonces.

—Casi te desangras por mi culpa —le recuerdo.

Se encoge de hombros.

—Démosle las gracias a internet, que me salvó la vida.

Me echo a reír.

—Espero que, la próxima vez que pase, te acuerdes de apretar la parte blandita de la nariz.

—¿Habrá próxima vez? —me pregunta con las cejas alzadas.

Aún sin borrar la sonrisa, sacudo la cabeza. El pelo me cae sobre las mejillas e intento arreglármelo de inmediato.

Cuando acabo, me percato de que Noah no deja de observarme en silencio, y me siento algo incómoda. Me aclaro la garganta.

—Gracias. —Creo que no entiende a qué ha venido eso, así que continúo—: No sé cómo lo has conseguido, pero es genial haberlo recuperado. Llevo días sin cerrar el armario porque no sabía si podría volver a abrirlo. ¿Cómo lo has recuperado?

Se muerde el interior de la mejilla.

—Bueno, no ha sido difícil.

Mi cerebro ata cabos a toda velocidad. Sin contenerme, exclamo:

—¡Los tenías tú! —Su silencio me confirma que estoy en lo cierto. De pronto, me arrepiento de no estar más cerca de una puerta, porque me encantaría darle un buen golpe ahora mismo—. Pero serás…

—Ahora estamos en paz —me interrumpe—. Teníamos un trato.

Le miro durante un segundo, pero, al final, cedo.

—Está bien, pero tendrás que darme otro lacito —le advierto,

señalándole.

—Trato hecho.

Nos quedamos en silencio. A nuestro alrededor, nuestros compañeros corren para no llegar tarde a la primera clase del día. El caos me recuerda a una persona y, de repente, caigo en la cuenta de que no estamos solos. Para mis adentros, suplico porque así sea y me inclino para comprobar si Matthew se ha marchado, pero nos observa desde el fondo del pasillo, apoyado contra una de las taquillas. Aparto la mirada en cuanto sus ojos se cruzan con los míos.

—Debería irme. —Me vuelvo hacia Noah y sonrío. No quiero que note que me he puesto nerviosa—. Quiero llegar pronto a clase.

No me espero a que conteste. A toda prisa, me giro y echo a andar por el pasillo. Necesito salir de aquí lo antes posible. Por desgracia, el bailarín acelera el paso, hasta alcanzarme, y se detiene frente a mí.

—Espera —me pide y levanta las manos—. Hay algo que no te he contado.

No tengo tiempo para esto. No cuando estoy tan alterada. Trato de ser amable y me dispongo a decirle que hablaremos de Jason y su exnovia en otro momento, pero añade:

—Cuando estuvimos en tu cuarto, no solo nos llevamos los tiradores del armario y una de las patas de la cama; había algo más.

Traga saliva, como si le costase pronunciar esas palabras. No obstante, solo pienso en Matthew y en que quiero irme de aquí. No me preocupa nada más.

—Si te refieres al tenedor, quiero que sepas que no lo robé a propósito —le explico muy rápido, sin medir las palabras—. Tu hermano me lo regaló, aunque entiendo que te lo hayas llevado. Tampoco quiero que me lo devuelvas. En realidad…

Mi voz se apaga cuando niega con la cabeza. Durante un segundo, parece que Noah se divierte con la situación. Sin embargo, enseguida se pone serio.

—No me refería a eso.

—¿Qué?

El corazón se me acelera. Parece nervioso. ¿Por qué parece nervioso?

—Cuando estuvimos en tu habitación, Jason me pidió que

buscase algo con lo que chantajearte. Teníamos que asegurarnos de que no le contabas a Rose lo que te habíamos hecho. Lo único que tenía que hacer era encontrar algo, cualquier cosa, que apreciases y que pudiéramos usar para que mantuvieses la boca cerrada. Jason ni siquiera me preguntó qué había escogido. Solo me pidió que lo guardase en secreto, pero no tiene sentido hacerle caso. Ya no estoy de su parte. —Hay algo en su expresión que me da muy mala espina. De repente, quiero echar a correr, y esta vez no se debe a Matthew. Contengo la respiración, hasta que casi me asfixio, cuando Noah pronuncia esas cuatro terribles palabras—: Vi tu lista, Abril.

Retrocedo. Pongo los ojos como platos e intento decir algo, pero no me salen las palabras. El corazón me va tan rápido que, de pronto, lo único que oigo son los latidos, y se me forma un nudo en el estómago por los nervios y la vergüenza.

Mientras tanto, Noah me observa. Espera una reacción más clara por mi parte, y sé que su primo sigue detrás de él y nos mira.

Si Noah ha visto mi lista, significa que, probablemente, también la haya leído. De modo que ahora conoce los veinte puntos, a cada cual más descabellado, que escribí en ella hace meses. En su día, me prometí que nunca dejaría que nadie supiese de su existencia, pero ahora alguien lo hace, y la situación es tan sobrecogedora que no sé cómo reaccionar.

¿Se lo habrá contado a alguien o guardará el secreto? De todas formas, ¿qué razones tiene para hacer lo segundo? Ni siquiera somos amigos. Desde que me conoce, su vida ha estado llena de problemas. He traumatizado a su hermano, destrozado su relación y me faltó poco para romperle la nariz. Además, su exnovia le ha engañado con mi hermanastro. Ahora tiene la oportunidad perfecta para vengarse de mí. ¿Qué mejor venganza que hablarle a todo el mundo acerca de la lista?

Me cuesta respirar. Es muy posible que piense que soy una niña ingenua y patética. En un intento de suplicarle que tenga piedad, balbuceo:

—Sé que estás muy enfadado con Jason y es normal que quieras arruinarle la vida, pero pagarlo conmigo no te servirá de nada. Me odia y no le importa lo que me pase. —Trata de interrumpirme, pero me apresuro a continuar—: De hecho, disfrutaría al verme

pasarlo mal. Destrozar mi reputación no te ayudará. Por favor, no le digas a nadie lo de la lista. Es una estupidez, ¿vale? Haré lo que sea. Si necesitas trapos sucios de Jason, te los conseguiré. ¿Qué te parecen unos calcetines usados? Mi padre hace la colada en casa. Conseguirlos no será un problema. De hecho, ahora va a ponerse en huelga y…

—No voy a decírselo a nadie —me corta.

Aunque eso me tranquiliza un poco, sigo preocupada. En momentos como este, me gustaría ser un avestruz para meter la cabeza bajo tierra y que nadie, ni siquiera Noah, me viera.

—¿Lo dices de verdad? —Asiente con la cabeza. Debería haber guardado silencio, pero sigo muy alterada, así que agrego—: ¿Por qué?

Se muerde el labio y, en ese momento, me arrepiento de no haber seguido mi instinto. Debería haber hecho caso a lo que me repetía constantemente mi cerebro, porque algo me dice que nada de esto habría pasado si me hubiese alejado a tiempo.

Pasados unos segundos, Noah Carter responde a mi pregunta.

—Porque voy a cumplir tu lista, Abril —admite—. Desde el primer punto hasta el último. Voy a hacerlos todos.

Capítulo 9
Pídeme una cita

—No puedes hacer eso.

Hasta yo misma me sorprendo de lo inmediata que es mi respuesta. Es rotunda y, por primera vez en años, me alegro de no ser de las que se piensan las cosas antes de decirlas. Sin embargo, a Noah no parece gustarle tanto como a mí. Cierra los ojos con fuerza y susurra:

—Sabía que reaccionarías así.

—Dime que estás de broma —le suplico. Quiero que se eche a reír, me dé la razón y se disculpe por ser tan mal actor.

—Lo digo en serio. —Abre los ojos y clava su mirada en la mía —. Quiero hacer tu lista, Abril. Voy a hacerla.

La forma en que termina la frase y recalca esas tres últimas palabras desencadena lo inevitable: de pronto, siento calor en las mejillas y debo luchar por controlarlo. Busco una solución a toda prisa. Necesito una forma de salir de esta, pero me he quedado en blanco y no se me ocurre ninguna.

Todavía no asimilo lo que está pasando.

—Tú no sabes… —Me tiembla la voz—. No sabes lo que eso supone.

Se encoje de hombros y me sonríe.

—Me hago una idea, la verdad.

—No deberías haberla leído —añado y me llevo las manos a la cara. Le suplico al cielo para que, ahora que no le miro, Noah decida que es un buen momento para desaparecer y se vaya de aquí —. Dios mío, esto es tan…

—¿Te has sonrojado? —me interrumpe, sorprendido. Me

observa con cierta desconfianza—. Vaya, la verdad es que me esperaba algo mucho más… violento.

Separo un poco los dedos para mirarlo. Seguro que parezco idiota, pero no me importa. Estar escondida detrás de las manos me hace sentir más segura.

—¿Qué?

—Por eso te lo he dicho aquí. Esperaba a que estuviésemos lejos de cualquier puerta, taquilla o macetero que pudieses utilizar para provocarme una contusión cerebral. Todavía sigo de una pieza, así que supongo que mi plan ha funcionado. —En cuanto termina de hablar, algo más nervioso que antes, agrega—: No quiero provocarte ni nada por el estilo. No hagas que me arrepienta de haber hablado demasiado pronto, por favor.

Imagino que quiere hacerme reír, porque no encuentro el sentido a nada de lo que dice. En realidad, todo lo que hace Noah Carter me desconcierta. Me descubro el rostro y meto las manos en les bolsillos. No quiero que vea que estoy temblando.

Luego, tomo aire por la boca. Necesito tranquilizarme.

—Mira, Noah —digo a la vez que trato de no sonar brusca—. Aprecio mucho que te hayas tomado la molestia de devolverme lo que Jason me robó. También valoro que no le hayas contado a nadie lo de la lista y que ahora quieras cumplirla, pero las cosas no son tan fáciles. Esto es una estupidez. Escribí esa cosa hace meses. No tiene sentido que…

—No sigas —me suplica—. No me digas otra vez que no. Sé que esto va a parecerte muy raro, pero necesito cumplirla. Lo necesito de verdad, Abril. Por favor.

Cuando lo miro a los ojos, comprendo que está desesperado. Entonces, veo las cosas claras. La realidad me golpea como una puerta y me siento como una tonta. Debería haberme dado cuenta antes de que esto sí que tiene sentido.

Porque Noah no lo hace por mí.

—Vas a utilizarme.

Su silencio me lo confirma. Se muerde el labio con fuerza y mi dignidad queda hecha pedazos. No es que creyera que fuese a hacer la lista porque sintiese algo por mí: acabamos de conocernos y, además, según lo que me ha contado, ayer mismo rompió con su novia. No creo que esté preparado para salir con otra chica.

Pero no puedo evitar sentirme algo ofendida ahora que conozco sus intenciones.

—Podemos utilizarnos mutuamente —me suelta, sin más, y arqueo las cejas—. Sé que me necesitas.

Ahora que los nervios han abandonado mi estómago, quiero darle una patada en la cara.

—No necesito que alguien cumpla la lista —respondo con sequedad. No voy a permitir que insinúe que estoy desesperada.

—No me refería a eso, sino al artículo. Sé que necesitas a alguien sobre quien escribirlo.

Eso me toma por sorpresa.

—¿Cómo sabes que…?

—Akira le ha dicho a todo el mundo que necesita encontrar a alguien con talento. He supuesto que sois amigas, porque os he visto juntas varias veces. Además, la conozco bien y sé que no invertiría su tiempo en el periódico del instituto, pero imaginé que tú sí. —Por la forma en que me mira, creo que acabo de delatarme —: Ahora sé que no me equivocaba.

Parece que Akira no comprendió el mensaje cuando le dije que quería escribir bajo el anonimato. Aunque eso me saca de mis casillas, presto atención a la propuesta de Noah.

Pese a que intuyo qué va a contestar, pregunto:

—¿Qué insinúas?

—Quiero que lleguemos a un acuerdo. Si tú me dejas llevar a cabo la lista, te ayudaré con el artículo.

Doy un paso atrás.

—No me parece buena idea.

—Por favor —insiste y se acerca.

Me muerdo el labio. Lo único que quiero responder es «NO» con letras mayúsculas y luminosas. Es cierto que, cuando escribí aquellos veinte puntos, lo hice creyendo que sería en vano porque nunca encontraría a alguien que los cumpliera y que, quizá, debería alegrarme porque Noah quiera intentarlo, pero no lo hago.

Él mismo lo ha admitido: quiere utilizarnos a mi lista, a todas mis ilusiones y a mí para beneficiarse. Formamos parte de su estrategia. A cambio, me dará la oportunidad de escribir un artículo que sé que será increíble. ¿De verdad estoy dispuesta a soportar eso para conseguir un puesto en el periódico? ¿Merece realmente la

pena?

Al verlo de esa forma, no, pero tampoco se me da bien tomar buenas decisiones, y siempre se me ocurren malas ideas. De pronto, pienso en que las cosas no tienen por qué ir como él se imagina.

Tal vez sea yo la que se vea beneficiada.

Solo necesito planear una buena jugada.

—Si vamos a hacer esto, será con mis reglas.

He tomado una decisión.

Noah intenta disimular, pero se nota que mis palabras le han afectado. Cierra los ojos, aliviado, y respira profundamente, como si necesitara librarse del aire que retenía en los pulmones.

—¿Eso significa que aceptas? —pregunta, como si no se lo creyese.

—Bajo mis reglas —insisto.

Levanta las manos por encima de la cabeza en señal de rendición. Ahora que sonríe, veo que tiene un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda en el que nunca me había fijado.

—Soy todo oídos.

—En primer lugar, debes saber que dejaré que te encargues de todo. Puedo soportar que utilices mi lista para darle celos a tu exnovia, pero eso no significa que vaya a ayudarte. No necesito verme involucrada en ningún drama de telenovela, así que…

—No lo hago para darle celos a nadie —me interrumpe.

Subo las cejas.

—¿Cómo dices?

Noah sacude la cabeza, como si prefiriese no hablar del tema.

—¿Cuál es la regla número dos?

Su actitud me descoloca y me hace titubear, pero me centro enseguida.

—No puedes hablarle a nadie sobre la lista. Es un secreto.

Insisto mucho en esto. Todavía me cuesta aceptar que haya alguien en el mundo que sepa que existe. No quiero ni imaginarme qué podría pasar si se extendiera el rumor.

—No diré nada. —Por suerte, parece sincero—. ¿Algo más?

—Mi lista tiene sus propias reglas. Esas también debes respetarlas.

—Pues no empezamos con buen pie. Ya me he saltado una de ellas.

Aprieto los labios. No me gusta que él también se haya dado cuenta. ¿Cuántas veces se la habrá leído para sabérsela tan bien?

—Pero hay dos más —insisto.

Entonces, Noah esboza una sonrisa burlona.

—¿Qué te hace pensar que quiero romper alguna, Abril?

Está jugando conmigo y, aunque deteste admitirlo, me pone nerviosa. Con los ojos cerrados, sacudo la cabeza e intento dejarlo pasar. Ignoro por completo la regla número dos, que determina cuántos puntos debería cumplir para besarme —sin llevarse un escupitajo—, y trato de olvidarme de que la tercera habla sobre tener una relación formal. No quiero hablar más de esto.

—Olvídalo. De todas formas, dudo que consigas completar más de dos puntos.

Lo bueno es que no me ha temblado la voz. Lo malo, por desgracia, es que solo he empeorado las cosas.

—¿Acaso no me has escuchado antes, cuando he dicho que iba a cumplirlos todos? —Me recuerda y arquea las cejas.

—Hablar es muy fácil, Noah.

—De hecho, empezaré ahora mismo.

Tras echarle un vistazo rápido al pasillo para asegurarse de que no hay profesores cerca, se cuelga la mochila por delante y saca el móvil. Trago saliva. Esto no me gusta.

Por suerte, y de manera sorprendente, antes de que pueda decir nada, el universo se pone de mi lado y la campana que anuncia el comienzo de la primera clase del día resuena por todo el instituto.

Suspiro, aliviada. Algo me dice que no tendré más oportunidades para escapar, así que me doy prisa. Con una sonrisa forzada, le doy una suave palmadita en el hombro.

—Es una lástima que tengamos que ir a clase, ¿verdad? —me lamento y dejo escapar una risita nerviosa—. En fin, nos vemos luego.

Me dispongo a darme la vuelta, pero me agarra del brazo para impedírmelo. Maldigo entre dientes; tendría que haber sido más rápida.

—Podemos arriesgarnos a llegar tarde —dice.

Estoy preparada para llevarle la contraria, cuando entiendo por qué ha sacado el móvil.

—¿Le has hecho una fotografía a mi lista? —le reprocho,

bastante ofendida.

Mientras tanto, Noah amplia la imagen.

—Le hice varias. No podía llevármela sin que te dieses cuenta —responde, como si fuera obvio. Eso me saca de mis casillas. Levanta la cabeza y me pregunta—: ¿Por qué punto debería empezar?

El pánico anula mis sentidos. En un acto reflejo, doy varios pasos hacia atrás.

—Mira, la verdad es que no lo tengo muy claro. Lo mejor es que…

—El segundo punto parece sencillo.

—Créeme, no es…

—Tú. Yo. Cita. Este sábado.

—No.

—Vale. Ahora, continuemos con… Espera, ¿qué?

Tengo el corazón desbocado y, aun así, quiero echarme a reír. ¿De verdad creía que esto iba a ser tan sencillo?

—Vas a tener que ponerle más ganas —le advierto.

Noah entrecierra los ojos al oírme. El desconcierto se adueña de su expresión durante unos segundos, hasta que parece que una bombilla se le ilumina en el cerebro y sacude la cabeza.

—Vale, creo que me he pasado. Lo siento. Nunca había tenido que pedirle una cita a una chica y, ahora que lo pienso, yo tampoco saldría con alguien que me hablase de esa manera. Soy un idiota. Mejor empiezo otra vez. —Habla muy rápido, como si se hubiera puesto nervioso, y eso casi me hace sonreír. Entonces, se aclara la garganta y lo vuelve a intentar—: Esto… Hola, Abril.

Frunzo el ceño y trato de no reírme. Lo que digo a continuación se parece más a una pregunta que a un saludo.

—Hola, Noah.

—El sábado por la tarde no tengo nada que hacer, porque mi coreógrafo está fuera y no tengo ensayo, y había pensado que quizá podríamos ir a dar un paseo, ya sabes, para conocernos y hablar sobre algo que no sean osciladores. ¿Qué te parece? Solo si quieres, claro.

De nuevo, lucho por contener una sonrisa. Así está mucho mejor. Sabía, incluso antes de que me lo propusiera, que no me quedaba más remedio que decirle que sí, pues debo cumplir con mi parte del trato si quiero que él cumpla con la suya. Sin embargo,

hacerlo me resulta más fácil ahora que ha dejado de lado esa actitud tan soberbia.

Por desgracia, Noah se toma mi silencio como una respuesta negativa e inmediatamente saca una nueva conclusión.

—Vale, lo entiendo. Eres de esas chicas a las que les gusta tomar la iniciativa, ¿verdad?

Arqueo las cejas.

—¿Perdona?

—No te ofendas, no lo decía en el mal sentido. No creo que sea algo malo. Al contrario —se apresura a decir—. En realidad, me facilita mucho las cosas. Adelante, pídemelo.

Frunzo el ceño. Definitivamente no entiendo cómo funciona este chico.

—Que te pida, ¿el qué?

—Una cita. —Aún estoy perpleja y su tono de voz se vuelve impaciente—: Vamos, hazlo de una vez. Pídeme una cita para que pueda decirte que sí —añade, alargando la última silaba.

La situación es incoherente. Abro la boca, pestañeo varias veces y arrugo la frente, mientras busco una manera de enfrentarme a esto sin acabar con mi dignidad. Pero no encuentro ninguna.

—No voy a hacerlo —respondo. Es lo único que se me ocurre.

—Te recuerdo que tenemos un trato.

—Lo sé, pero no quiero hacer eso.

—Bueno, pues no hay trato.

—No, no. Sí que quiero que haya trato.

—Creo que no nos estamos entendiendo —añade con el ceño fruncido—. Si de verdad quieres que complete la lista, deja de rechazarme.

—Está bien. He cambiado de opinión. Me encantaría tener una cita contigo, Noah.

—Es una lástima, porque ahora retiro la propuesta —canturrea. Se nota que disfruta sacándome de quicio—. Estoy esperando, Abril. ¿No tienes nada que decirme?

Ahí es cuando me arrepiento de haber aceptado este estúpido trato.

Detesto a Noah Carter. Al menos, eso creo. Pero solo quedan tres días para que se acabe el plazo que me dio el señor Miller y sé que él es la única oportunidad que tengo de escribir algo bueno para el

periódico. Necesito conseguir esa plaza como sea.

Necesito recuperar esa parte de mí.

Solo por eso, y mientras intento convencerme de que merecerá la pena, me armo de paciencia y dejo de lado mi instinto asesino —que hace que quiera volver a golpearlo con una puerta en la cara— para hacer lo que me pide.

—Está bien. —Resoplo y cierro los ojos con fuerza—. He decidido que voy a escribir el artículo sobre ti, así que nos vemos esta tarde. Es una cita —añado, con rapidez.

Espero que con eso sea suficiente, pero Noah sonríe y niega con la cabeza.

—Antes de nada, tendré que consultar mi agenda —me advierte, mientras finge pasar las páginas de una libreta invisible. Acto seguido, hace una mueca y alza la mirada—. Vaya, lo siento, pero esta tarde no me viene bien.

Esa es la gota que colma el vaso. Cuando lo escucho reír, me doy la vuelta y echo a andar a toda prisa por el pasillo. Por desgracia, tarda muy poco en alcanzarme.

—Eh, ¿adónde vas?

—Púdrete.

—Solo era una broma. —Se interpone en mi camino para detenerme. Intento rodearlo porque quiero llegar a la clase—. Hoy entreno hasta tarde, pero intentaré escaparme antes de tiempo. ¿Me recoges a las ocho?

Ahora sí que freno en seco. ¿Qué ha dicho?

—¿Estás de broma?

Parece casi más confundido que yo.

—¿Qué pasa? Me pides una cita, ¿y creías que iba a ir a recogerte? —No tengo argumentos contra eso. Mientras tanto, Noah sonríe—. Eso pensaba. En fin, nos vemos luego. Tú organizas lo de esta tarde. Intenta no llevarme a ningún sitio que sea perjudicial para mi salud, ¿vale? Sé considerada. Gracias.

Me mira por última vez y se va. Me quedo en el pasillo mientras observo cómo se aleja y se me ocurren infinidad de insultos. Después, suelto un suspiro. Todavía estoy alterada y admito que me siento un poco mal por haber accedido a hacer algo así. En el fondo, sé que estoy siendo muy egoísta.

Porque mi plan solo me beneficiará a mí.

Ese pensamiento me persigue durante el resto del día. Las últimas horas de clase las paso distraída mientras finjo tomar apuntes y evado las preguntas de Wesley, que parece haberse percatado de mi mal humor. Sin embargo, no asimilo la verdadera gravedad de la situación hasta que, unos minutos antes de las ocho, salimos mi dignidad y yo de la casa número 32.

Rodeo la calle cargada con la mochila, los cuadernos y el portátil. Solo tardo unos minutos en llegar hasta donde vive Noah. Quiero echarme atrás, pero sé que es demasiado tarde para ello, así que subo las escaleras del porche, me planto frente a la puerta y llamo al timbre.

Mientras espero, me armo de paciencia porque sé que voy a necesitarla para soportar a este chico durante toda la tarde. Pero, como siempre, las cosas van peor de lo que me esperaba.

Porque no es Noah quien me abre la puerta, sino Matthew.

Capítulo 10
Tienes un concepto horrible de una cita

No sé hacer planes. Creo que por ese motivo todas las ideas que se me ocurren, aunque al principio parezcan buenas, acaban en desastre. Me gusta pensar que no es culpa mía, sino de la mala suerte que me persigue allá a donde voy. Aun así, nunca he dejado de intentarlo. Planifico cosas sin cesar.

Un ejemplo de esto último es Noah Carter. Más bien, lo que tramo en contra de Noah Carter.

Como sé la facilidad que tengo para estropearlo todo, he estructurado mi plan en dos fases muy sencillas. He llamado «entrevista» a la primera y «huida» a la segunda, y he dejado un espacio en blanco debajo por si añadía una tercera para aligerar mi remordimiento de conciencia.

Las instrucciones son sencillas. Asistir a mi cita con Noah, hacerle unas cuantas preguntas y conseguir toda la información que necesito para escribir el artículo. Después, desaparecer de su vida sin más.

Me ocuparé personalmente de que no vuelva a saber nada de mi lista ni de mí jamás, aunque eso signifique pasar los recreos encerrada en el baño del instituto.

Sin embargo, no contaba con los posibles inconvenientes.

En especial, ese que mide un metro ochenta y que acaba de abrir la puerta.

Mi relación con Matthew no fue bonita y, a pesar de que han pasado seis meses, estar cara a cara con él todavía me trae malos recuerdos. Trago saliva e intento que no se dé cuenta de que la ansiedad me ha paralizado. Como siempre que estamos cerca, siento

que el pánico se adueña de mi cuerpo, como si quisiera llegarme al corazón y hacerlo explotar.

Mientras tanto, él me observa con una sonrisa en los labios. Tiene unos ojos realmente feos, del color de la tierra húmeda, que se agrandan cuando sube las cejas.

Esta situación no me gusta nada. Más bien, me aterroriza.

Pero no dejaré que lo sepa.

—Abril Lee —pronuncia mi nombre y saborea cada una de las sílabas que lo componen—. Quién lo diría. Ha pasado mucho tiempo.

Miente y ambos lo sabemos. Habla como si no nos hubiésemos visto esta mañana mientras hablaba con Noah en el pasillo, y supongo que quiere que crea que, para él, nuestra ruptura es algo lejano, aunque solo hayan pasado unos meses.

De nuevo, me veo eclipsada por sus aires de superioridad. Matthew parece tan seguro de sí mismo que hace que me sienta intimidada. Toda la situación, en general, me resulta humillante. Hace relativamente poco que lo dejamos y ahora estoy frente a su puerta, intentando decir algo, pero no me salen las palabras.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con sorna.

La forma en que me mira, como si creyese que he venido a verlo, me saca de mis casillas. Obligo a mi voz a salir de dondequiera que se haya escondido.

—Busco a Noah.

—A Noah —repite y arquea las cejas. Seguro que piensa que es mentira.

—¿Está en casa?

Ignoro lo mucho que me incomoda su cercanía y me inclino para contemplar el interior de la casa. Por desgracia, Matthew es mucho más rápido y cierra la puerta casi del todo, hasta que solo puedo ver su rostro.

—¿Había quedado contigo? —inquiere de repente.

Aprieto los puños. Ojalá tuviese un tenedor bien afilado ahora mismo.

—No es asunto tuyo.

—Habíais quedado —afirma. Curva los labios en una sonrisa—. Mira, no quiero ser yo quien te diga esto, pero no está en casa. De hecho, todavía le falta mucho para llegar. Qué cosas, ¿no? Que

haya quedado contigo, aun sabiendo que tenía cosas que hacer… Me parece que pretendía dejarte plantada desde el principio. —Chasquea la lengua—. Una lástima.

En cuanto acaba su pequeño discurso, noto que algo se resquebraja en mi interior. No es tanto por la cita, sino por lo abochornada que me siento en este momento. Quiero confiar en Noah y pensar que nunca sería capaz de hacerme algo así, pero no me veo capaz.

La sonrisa de Matthew es tan grande que le ocupa toda la cara. No tengo motivos para seguir aquí, de modo que obligo a mis piernas a moverse para que me saquen de esta casa lo antes posible. No pienso hablar más con él. Eso sería darle la atención que busca, y no se la merece. No después de todo lo que me hizo pasar.

No voy a dejar que me humille de nuevo.

—Es una técnica curiosa, la verdad —comenta a mis espaldas, pero no me detengo.

—Adiós, Matthew.

—Aprovechas que mi primo ha roto con su novia para lanzarte a sus brazos. Se me ocurren muchas formas para describir a las mujeres que hacen eso, pero, dado que a ti ni siquiera te ha funcionado, creo que buscaré una nueva. «Patética» estaría bien.

Sé que debería ignorarlo, pero no lo aguanto más y freno en seco. De repente, ya no necesito un tenedor. Me conformaría con tener a mano una buena piedra.

—Mira… —empiezo a decir, con la rabia que me corre por las venas y me doy la vuelta, pero no me deja continuar.

—Entiendo que todavía no hayas superado lo nuestro, pero esto ha ido demasiado lejos. ¿Enrollarte con mi primo para ponerme celoso? Incluso para alguien como tú, eso es caer muy bajo.

Pestañeo, aturdida. No sé qué me sorprende más: que crea que hay algo entre Noah y yo o que piense que de verdad hago esto por él.

—No eres el centro del mundo, Matthew. Olvídame de una vez.

Da unos cuantos pasos hacia mí.

—Bueno, hasta hace poco era el centro del tuyo —me recuerda.

Me gustaría poder oponerme a sus argumentos, pero, por desgracia, es cierto. Sin embargo, ya no lo es. Nunca más.

Estoy cansada de esta conversación. De nuevo, en un penoso

intento por escapar, me doy la vuelta. Justo entonces, un chico de pelo oscuro asoma la cabeza por encima de la valla que rodea la casa. Al verlo, el corazón me salta de alegría.

Noah Carter me devuelve el aire a los pulmones con su presencia.

—Siento llegar tarde. Mi coreógrafo ha alargado la clase y me ha costado mucho escaparme sin que Karinna me viese salir. Va a enfadarse bastante cuando se dé cuenta de que me he ido. Espero que, vayamos donde vayamos, sea un sitio alejado de la academia, porque saldrá a arrancarme la cabeza en cuanto vea que me he saltado los ensayos para estar contigo. —Habla tan rápido como de costumbre. Mi expresión debe reflejar que no entiendo la mayoría de lo que dice, porque se apresura a explicármelo—: Karinna es mi pareja de baile. Está obsesionada con los ensayos y créeme cuando te digo que no le gustará ni un pelo tener que practicar sola nuestra coreografía. —Esboza una pequeña sonrisa—. En fin, me alegro de que sigas aquí y de que hayas venido. No sabía si aparecerías después de lo de esta mañana. Lo siento por eso también.

Me da demasiada información de golpe. La cara de Matthew es un poema y yo trato de tragarme la ansiedad que me tortura, pero Noah no se percata de ello. Pasa junto a mí, sube las escaleras y deja la bolsa de deporte frente a la puerta. Entonces, le da unas palmadas en la espalda a su primo.

—Bueno, te presento a mi cita de esta tarde —canturrea, divertido y me señala con la cabeza—. No está nada mal, ¿verdad?

Conozco a Noah lo suficiente como para saber que solo bromea. No obstante, admito que me reconforta que actúe de esa manera. Ha hecho que Matthew se trague sus palabras, aunque haya sido sin querer.

—¿Tu cita es ella? —Mi exnovio sube las cejas y me apunta con un dedo.

Me pregunto dónde estará Tom ahora mismo, porque a este chico le vendrían bien un par de clases de buenos modales.

Noah se encoge de hombros y yo no dejo de mirarlo. Tiene el pelo ligeramente húmedo y viste unos vaqueros ajustados azules y una camiseta de color negro con el logo de una banda impreso en el pecho.

—En realidad, sería más correcto decir que yo soy su cita.

Espero que hayas cuidado bien de ella mientras yo no estaba. —Baja de nuevo las escaleras para llegar hasta mí sin dejar de sonreír —. ¿Has decidido dónde vas a llevarme, Abril?

Digo lo primero que se me ocurre porque sé que Matthew pensará que su presencia aquí me trae sin cuidado, y rezo porque Noah me siga el juego.

—A la academia.

Él levanta las cejas.

—¿Vas a dejar que me arranquen la cabeza en nuestra primera cita?

—¿No te convence la idea?

—Solo si me prometes que lo grabarás y lo subirás a internet. Ganaríamos una fortuna.

—Con algo de suerte, quizá bastaría para comprarte una cabeza nueva.

—Me gusta como piensas. —Sus ojos marrones se clavan en los míos, burlones—. Será un placer hacer tratos contigo, Abril.

A diferencia de mi exnovio, yo sí que he entendido la referencia. Fuerzo una sonrisa y, mientras siento la penetrante mirada de Matthew sobre mí, le hago un gesto a Noah para que nos marchemos. Tal vez haya ganado este asalto, pero ha sido pura suerte y debería irme cuanto antes.

Por suerte, el bailarín está de acuerdo conmigo. Me pide que espere mientras sube sus cosas, pero su primo se ofrece a hacerlo en su lugar, para sorpresa de todos. Sin haber puesto un pie en la casa, Noah se lo agradece y le hace una advertencia relacionada con Tom y su costumbre de pintar cosas obscenas en las paredes antes de seguirme.

—¿Hablabas en serio cuando has dicho lo de llevarme a la academia? —me pregunta, una vez que hemos doblado la esquina de la calle—. Porque si Karinna te ve, seguro que querrá matarte también.

Sacudo la cabeza.

—Ni siquiera sé dónde está.

—Algún día te llevaré.

—¿Qué te hace pensar que me gustaría ir?

Lo miro de reojo. Está inquieto y camina rápido. Se coloca frente a mí con las manos en los bolsillos y camina de espaldas.

—El punto número siete —responde, y no hace falta que añada nada más. Me dispongo a contestar, cuando frunce el ceño—. Por cierto, ¿estás bien?

De inmediato, me invaden los nervios. ¿Se habrá dado cuenta de la tensión que había entre Matthew y yo? ¿Habrá sido mi alivio al verlo llegar demasiado obvio? ¿Sabrá algo sobre la relación que tuve con su primo hace unos meses, o no se lo habrá contado nadie?

De todas formas, ¿acaso importa? No volveré a hablar con él después de esta tarde. Lo que ha pasado hace unos minutos, en la puerta de su casa, es prueba suficiente de que Noah Carter solo me traerá problemas. Cuanto más lejos estemos el uno del otro, mejor.

Sin embargo, él se refería a otra cosa.

—Déjame llevar algo —me pide y extiende las manos—. Vas muy cargada y yo tengo las dos manos libres. Haces que me sienta mal conmigo mismo.

He estado tan ocupada pensando en Matthew y en lo mucho que lo detesto que no me había dado cuenta de eso. No quiero separarme del portátil, así que le tiendo la mochila. Es pequeña y se ve realmente ridícula cuando Noah se la echa al hombro, pero no digo nada y a él no parece importarle, así que andamos.

Caminamos en silencio hasta que llegamos a nuestro destino. Me hubiera gustado volver al café Daiana, aunque solo hubiera sido para degustar sus espectaculares patatas fritas, pero ir allí con Noah solo serviría para traerle recuerdos de lo sucedido con Jason y Amanda, y necesito que se concentre en la entrevista. De modo que callejeamos un poco más hasta que localizamos un local que, aunque no tiene tan buenos cocineros, no nos hará pensar en infidelidades.

—Así que tu concepto de cita consiste en traerme a un cuchitril algo… descuidado, en el que sirven chocolate y café amargo —comenta a medida que nos adentramos en el establecimiento. En lugar de responder, tomo asiento en una de las mesas más céntricas —. Desde luego, creo que no dejaré que vuelvas a tomar la iniciativa en estas cosas.

Noah se acomoda frente a mí a la vez que observa todo lo que nos rodea. Busco un bolígrafo en la mochila mientras espero a que se encienda el portátil.

—¿Qué quieres tomar? Yo invito. —Levanto la cabeza para

mirarlo—. Vamos, te lo debo. Me quedé con tu lacito.

Quiero sonreír, pero mi plan sigue en marcha y debo mantener un rostro neutro. Sin embargo, apenas he traído dinero, de forma que acepto su propuesta y él se levanta para pedir en la barra. Cuando vuelve, cargado con dos grandes tazas de café, ya he terminado de preparar todo lo que necesitaremos para la entrevista.

Me inclino y coloco el móvil, que usaré como grabadora, en el centro de la mesa.

—Me siento como si fuera el sospechoso de una película policiaca. —Me tiende mi bebida, se sienta de nuevo frente a mí y rodea la suya con las manos—. ¿Va a interrogarme, inspectora?

Pongo los ojos en blanco.

—Empecemos de una vez. —Leo las primeras líneas del cuaderno—. Necesito que me des tu nombre completo, edad y centro de estudios.

Noah se ríe porque sabe que me saca de quicio, y da un sorbo al café para hacerse el interesante. Entonces, justo cuando el líquido negruzco le llega al paladar, arruga la frente y pone cara de asco.

—Dios mío, esta cosa está horrible.

Miro hacia otro lado para no reírme. No tiene remedio.

—Céntrate, Noah.

—Pero si ya lo sabes todo: Noah Carter, casi dieciocho y, por si todavía no te has dado cuenta, voy al mismo instituto que tú.

Parece aburrido y su actitud me pone bastante nerviosa. No obstante, tomo aire y escribo la información en el portátil. Lo sabía todo, es cierto, pero eso no justifica su comportamiento.

Va a acabar con mi paciencia.

—¿Cuándo empezaste a bailar?

—¿A bailar?

—¿Vas a cuestionar todo lo que digo? —le reprocho con las cejas arqueadas.

—No es eso —se excusa—. Es solo que…, bueno, no sabía que la entrevista sería sobre ese tema. Nadie en el instituto sabe que bailo. Lo llevo en secreto y me gustaría mantenerlo así de momento. Creía que querías escribir sobre mí porque se me da bien la tecnología. —Hace una pausa y me mira a los ojos, más serio que nunca—. No puedo hablar sobre el baile. Lo siento.

El corazón me da un vuelco. Parece sincero y eso me forma un

nudo en el estómago y me roba el aire. En efecto, esta mañana no me he preocupado en preguntarle cuál era su talento secreto porque hacía tiempo que lo conocía. Supuse que él creería que me había enterado en clase o que lo había dado por hecho al oírlo hablar de su coreógrafo.

Esto me ha tomado por sorpresa.

—¿Escribiré un artículo sobre tecnología? —le pregunto, y la voz me sale ocho tonos más aguda. Noah asiente fríamente con la cabeza.

—Sobre osciladores.

—Pero…

—Que oscilan.

Me basta con ver su sonrisa para entender lo que ocurre.

—Voy a darte un puñetazo.

Al escucharme, se echa a reír. Me toma el pelo y no voy a tolerarlo. Molesta, empiezo a recoger las cosas para irme, pero Noah me agarra de la muñeca para impedir que me levante.

—No te enfades. Solo era una broma —me dice, como si creyera que es divertido. Me arde el brazo bajo su agarre y lo sacudo para que me suelte—. Empecé a bailar cuando cumplí cinco años. ¿Qué más quieres saber?

Tomo una gran bocanada de aire e intento tranquilizarme. Me consuela pensar que, después de esta tarde, no tendrá otra oportunidad para sacarme de mis casillas.

—¿Cuántas horas ensayas al día?

—Muchas. Oye, ¿cómo eres capaz de entender lo que pone ahí? —añade y se inclina para mirar el cuaderno—. Parecen jeroglíficos.

—¿Cuántas horas? —insisto.

—Ya he respondido a esa pregunta.

—Dame un número, Noah.

—Depende. Si preparamos alguna coreografía para participar en un certamen, solemos ensayar el doble cuando se acerca la fecha. De todas formas, mi coreógrafo siempre me obliga a quedarme un poco más cuando se va todo el mundo. Pon una hora y media al día, como mínimo. Más bien dos. —Esto sí que es información útil. Estoy preparada para continuar, pero entonces se acuerda de algo —: Por cierto, ahora que he mencionado los jeroglíficos, hay cosas en tu lista que no entiendo.

Desbloquea el móvil, que está sobre la mesa, y pulsa el icono de la galería. La fotografía de la lista aparece en la pantalla. Me muerdo el labio con fuerza mientras la ansiedad me aborda. No me apetece hablar de ella ahora mismo.

—¿Karinna es tu pareja de baile? —inquiero para intentar distraerlo, pero es en vano.

—Efectivamente. ¿Por qué el número veinte está incompleto?

—¿Cuánto tiempo hace que ensayáis juntos?

—¿Te quedaste sin tinta en el bolígrafo o algo así?

Aprieto el cuaderno, desquiciada.

—Yo hago las preguntas.

—Tienes un concepto de cita horrible, ¿sabes? —comenta mientras se deja caer sobre la mesa de brazos cruzados—. Me interrogas y ni siquiera dejas que yo haga lo mismo contigo.

Pongo los ojos en blanco. Menuda estupidez.

—Esto ni siquiera es una cita de verdad.

«Solo me aprovecho de tu talento para conseguir un puesto en el periódico», añado para mis adentros. Noah sube una ceja.

—¿Eso significa que tendré que repetir el número dos?

—En absoluto —respondo a toda prisa—. Retiro lo dicho. Es una cita y la he organizado yo, así que cállate y responde a mis preguntas de una vez.

Sueno tan autoritaria que no le queda más remedio que obedecerme. Suspira, se incorpora, apoya los codos sobre la mesa y se rasca la barbilla.

—Hace años que bailo con Karinna. Nos emparejaron porque somos de la misma estatura y tenemos la misma edad, aunque algo me dice que no nos han cambiado nunca porque soy el único que la soporta. —Esboza una pequeña sonrisa, que desaparece en cuanto ve que tecleo—. No pongas eso en el artículo. Me mataría.

Sacudo la cabeza. No conozco a Karinna, pero estoy segura de que ocurre todo lo contrario: dudo que haya mucha gente que soporte a este chico.

—No te preocupes. No iba a hacerlo.

—Está bien. —Mira la pantalla del móvil—. Por cierto, ¿te han dicho alguna vez que haces las emes al revés?

—Siguiente pregunta: ¿te dedicas a esto de forma profesional?

—Anda, las enes también.

—Noah…

—Y las eñes. —Levanta la cabeza—. Para entender esto, voy a tener que dar la vuelta a la imagen.

Cierro los ojos, respiro y me repito más de veinte veces lo importante y lo necesario que es tener paciencia.

—Responde a mi pregunta.

—Creo que sí. He participado en muchos certámenes, pero no sé si lo haré en un futuro. Me encanta bailar, pero quiero ir a la universidad y estudiar una carrera. —Enseguida vuelve al tema que le interesa—: No tengo que cumplir los puntos en orden, ¿verdad?

Es muy insistente. Como me da un poco de pena, resuelvo algunas de sus dudas para que se quede satisfecho y me deje continuar con la entrevista.

—No, no hace falta que sea en orden. ¿Qué bailas, en concreto?

—Practico danza contemporánea. ¿Cuál sería un buen momento para intentarlo con el siguiente punto?

—Nunca. ¿Qué es la danza contemporánea?

—Es como el *ballet*, pero mucho más moderno. Si me das tu número de teléfono, te enviaré algunos vídeos.

Casi se me escapa una sonrisa.

Niego con la cabeza.

—Buen intento.

—Gracias. Se me dan bien estas cosas. —Sus trucos no funcionan conmigo, pero no le importa. Mira la imagen por última vez antes de clavar sus ojos en los míos—. ¿Qué te parece el número catorce?

Desearía tener la lista conmigo porque no recuerdo en qué consistía ese punto en particular. Aun así, la idea de que cumpla uno más no me gusta nada.

—No es un buen momento. ¿Quién organiza las coreografías?

—En la academia tenemos a una persona que se encarga de eso. De todas formas, Karinna y yo siempre aportamos ideas. —Apaga el móvil, lo deja sobre la mesa y examina mi rostro con interés—. Intentémoslo con algo sencillo. ¿Me dejas adivinar tu color favorito?

Me recoloco en el asiento, incómoda.

—¿Cómo se llama tu coreógrafo?

—Danny. —Me mira—. Seguro que es el azul.

—El punto catorce hace referencia a algo más… importante que

mi color favorito.

Resopla con fastidio.

—Vale, está bien. Pero es el azul, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

—A todo el mundo le gusta el azul.

—No tengo una mente tan básica, Noah —respondo, pero es mentira, porque sí que la tengo y me encanta ese color.

Se lleva una mano al pecho, como si le hubiera roto el corazón.

—¿Insinúas que soy un «básico»? —Dramatiza, ofendido—. Hablaré con mis abogados sobre esto.

Odio admitirlo, pero me saca una sonrisa. Me muerdo el labio para ocultarla, aunque es demasiado tarde porque Noah se ha dado cuenta. Satisfecho, se echa hacia atrás e imita mi gesto.

—Así que tu color favorito es el azul —comento para romper el silencio y considero la idea de incluir algunos de sus gustos personales en el artículo, pero Noah sacude la cabeza.

—No, en realidad es el rojo. Trataba de hacerte sonreír.

Siento un molesto cosquilleo en el estómago y evito mirarlo a los ojos.

—El rojo, entonces —respondo y finjo que tecleo.

—El rojo oscuro, como el color de tu camiseta —apunta y me señala con la cabeza.

No miro hacia abajo porque no quiero parecer idiota, pero me muero de ganas de hacerlo.

—Me habría puesto otra de haberlo sabido.

Ahora soy yo la que le hace sonreír.

—Eres un amor —responde en tono sarcástico.

Me fijo en sus ojos y en el hoyuelo que se le forma en la mejilla izquierda, pero enseguida comprendo que mi comportamiento está fuera de lugar. Me gustaría que no fuera tan bueno conmigo, porque eso me complicará la puesta en marcha de la segunda fase del plan. Cohibida, me aclaro la garganta y miro el cuaderno.

Estoy a punto de hacerle otra pregunta cuando Noah se inclina sobre la mesa, de brazos cruzados, y me dice:

—¿De verdad te gustaría aprender a bailar?

Trago saliva. Presta especial atención a ese punto porque parece estar escrito para él. Cierro los ojos e intento recordar por qué hago todo esto: si es el primo de Matthew, solo me traerá problemas.

Me convenzo de que quiero y debo alejarme de él lo antes posible, y ruego que funcione.

—Sigamos con la entrevista —le pido, en lugar de responder.

De mí depende que nunca tenga la oportunidad de cumplir ese punto de la lista.

Capítulo 11
Me llaman Rabia

—No es suficiente.

El señor Miller deja caer el artículo, impreso en dos folios a doble cara, sobre la mesa del despacho. Frunzo el ceño. No me creo que me lo diga a mí, así que miro por encima del hombro por si hay alguien más detrás de nosotros, pero estamos solos.

—Es… interesante —añade y se acaricia el bigote—, pero no es suficiente. No me sirve.

Ahora que sé que habla de mi artículo, sus palabras me sientan como una patada en el estómago. Sobre todo, porque he trabajado en él durante todo el fin de semana para que estuviese perfecto.

—¿A qué se refiere? —pregunto con la voz temblorosa.

—Por lo que me ha contado, usted planea escribir una columna anónima en el periódico. —Se levanta y camina hacia una de las esquinas de la habitación, donde hay un globo terráqueo que es casi más grande que mi cabeza—. El problema, señorita Lee, es que no hay nada en su artículo que justifique su interés por conservar el anonimato.

Frunzo el ceño. Lo dice porque no estuve aquí el año pasado y desconoce el nivel de egocentrismo que pueden alcanzar algunos. Todavía tengo mensajes sin responder, que recibí durante el curso pasado, de gente que creía tener talento y que exigía protagonizar uno de mis reportajes.

A eso se debe el anonimato: no permitiré que me ocurra de nuevo. Esta vez quiero ser yo quien busque a mis candidatos, aunque tarde una eternidad en dar con cada uno de ellos.

—¿Cuál es realmente su opinión sobre Noah Carter? —continúa

el señor Miller, antes de que yo pueda decir nada, mientras hace girar el globo terráqueo con un dedo—. ¿Ha llegado a conocer algo más allá de su faceta de bailarín? ¿Sabe qué opina sobre los bailes más actuales? ¿Le ha contado qué es lo que más detesta de su *hobbie*? ¿Cree que le aguarda un buen futuro como bailarín? ¿Se siente acogido en el centro? ¿Sus padres aprueban lo que hace o, por el contrario, lo animan a dejarlo y a centrarse en sus estudios? Todo el mundo sabe quién es ese chico, a qué se dedica y cuál ha sido su trayectoria. No quiero publicar una noticia que hable de lo mismo. Necesito algo más. Una exclusiva que atrape al lector y lo deje a la espera de saber quién será su próxima… víctima. ¿Entiende a lo que me refiero?

Pestañeo. La verdad es que no del todo, aunque me hago una idea.

—¿Quiere que sea subjetiva? —me aventuro, y él asiente con la cabeza.

—La sección de actualidad del periódico está repleta de noticias frías y distantes, y quiero que usted me ofrezca algo diferente y más personal. Algo jugoso. Pero, eso sí, siempre con discreción. Enfoque su artículo como prefiera, pero no publicaré nada que ridiculice a uno de mis alumnos. No estamos tan desesperados.

Arqueo las cejas. Poco a poco, comprendo lo que quiere, aunque no estoy de acuerdo con él. En mi opinión, la información que obtuve ayer es más que suficiente. He escrito un artículo corto y cautivador. No sé cómo pretende que lo vuelva más personal. ¿Cuál es mi opinión sobre Noah Carter? Bueno, ¿y si le cuento que me parece un chico insoportable y que, además, es primo de mi exnovio, señor Miller?

—Me parece que no lo entiende —me apresuro a decir—. En mi antiguo instituto…

—En su antiguo instituto, por suerte para usted, yo no dirigía el periódico escolar —me interrumpe y cruza la habitación para acercarse a mí—. Pero aquí, lo hago. De manera que, si quiere ganarse un puesto, se adaptará a lo que le pido. No tengo nada más que añadir, señorita Lee.

El corazón se me acelera al reprimir las ganas de protestar. He arriesgado tanto para escribir este artículo que me molesta que menosprecie tanto mi trabajo. Si no insisto más, es porque no

quiero arriesgarme a perder esta segunda oportunidad.

Necesito entrar en el periódico. Cierro los ojos y tomo aire para tranquilizarme.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Todo el que necesite. En caso de que le haga falta, contará con la ayuda del resto de los miembros de la redacción. Tiene un puesto en el equipo.

Abro los ojos de par en par, y los labios arrugados del señor Miller se curvan en una sonrisa. Tiene la cintura apoyada sobre el escritorio y me observa desde allí, con los brazos cruzados.

—¿Lo dice de verdad? —le pregunto, emocionada. No me lo creo.

Él asiente con la cabeza.

—Se lo ha ganado. No obstante, como ya le he dicho, no publicaré ninguno de sus artículos hasta que me traiga uno que sea lo suficientemente bueno. Le permito formar parte del periódico porque creo que tiene potencial. No haga que me arrepienta de mi decisión. No existen las terceras oportunidades.

Me levanto de un salto. De pronto, siento tanta euforia que solo quiero gritar como loca.

—No lo haré —le aseguro. Retengo el impulso de abrazarlo. Podría denunciarme o algo similar—. Gracias, de verdad.

El señor Miller le resta importancia con un gesto.

—No es nada. Solo tráigame un artículo antes de que acabe el curso —me pide, con cierto retintín. Luego, señala la puerta del despacho con la cabeza—. Ahora márchese. Tengo cosas que hacer.

Algo me dice que podría cambiar de idea en cualquier momento. Por temor a que me arrebate aquello por lo que tanto he luchado, le doy las gracias por última vez y salgo de la redacción. Creo que nunca me había sentido tan orgullosa de mí misma. Espero que Wesley y Akira no tarden mucho en llegar al comedor porque necesito contarles lo que ha pasado para celebrarlo con ellos.

Para mi desgracia, en cuanto pongo un pie en el pasillo y veo a la persona que me espera allí, la realidad me golpea como una pared de hormigón.

Se me borra la sonrisa.

—Eh, hola. —Noah aparta la mirada de sus zapatillas al oírme llegar. Trato de ignorarlo, paso por su lado y avanzo por el pasillo,

pero no me libro de él—. El otro día hablé con Wesley y me contó que hoy ibas a enseñarle el artículo al señor Miller. He venido a preguntar cómo ha ido porque…, bueno, ya sabes, escribiste sobre mí.

Lo miro de reojo. Debo admitir que tiene mucho mejor aspecto. Seguro que ha dormido bien estos días porque ya no queda ni rastro de las ojeras que marcaban sus ojos. En este momento, Noah me parece tan atractivo como el día que nos conocimos, cuando lo vi bailar desde la ventana.

Miro al frente de inmediato. Ahora que han saboteado mi plan, caigo en la cuenta de que hay dos cosas que impiden que me aleje de Noah Carter: la primera es que necesito una exclusiva y la segunda, que me sigue a todos lados.

—Solo escribí el artículo sobre ti porque no me quedaba más remedio —espeto para romper el silencio. Él pone los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. ¿Le ha gustado o no?

—Supongo. —Agarro los tirantes de la mochila y me muerdo el labio—. Dice que estoy dentro del equipo.

Cuando me vuelvo a mirarlo, descubro que me observa. Esboza una sonrisa de oreja a oreja; casi parece tan emocionado como lo estaba yo hace unos minutos.

—Eso es genial. Sabía que lo conseguirías. —Me da unos golpecitos con el codo y, aunque me cuesta, me contagia la sonrisa —. No he leído el artículo, pero estoy seguro de que es increíble. Y no lo digo porque vaya sobre mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Tienes el ego por las nubes.

—Oye, pero si sonríes y todo.

—Cállate.

—Debes de tener fiebre —añade—. Esto no es normal en ti.

—Me caes mal, Noah —le digo, aunque mi sonrisa no desaparece y eso me delata.

—Repítelo hasta que te lo creas —se burla sin inmutarse. En el fondo, me alivia que no se haya ofendido. Como ya es habitual, aprieta el paso, me adelanta y camina de espaldas para quedar cara a cara—. Cambiando de tema, tengo una propuesta que hacerte. Ahora que somos amigos…

No me resisto a interrumpirlo.

—No somos amigos.

—¿Compañeros de lista?

—¿En serio?

—Compañeros de lista —confirma. Mi sonrisa crece, pero miro hacia otro lado para que no lo vea. Entonces, continúa—: Bueno, pues ahora que lo hemos aclarado, he pensado en una cosa. Wesley me ha dicho que siempre vuelves sola a casa y, ya que somos vecinos, me parece una estupidez. Podríamos ponernos de acuerdo e irnos juntos a partir de ahora. Solo si quieres, claro. —De inmediato, agrega—: Antes de que me digas que no, te prometo que no seré insoportable. Además, estaré callado la mayor parte del camino. Son todo ventajas. —Alzo las cejas y él se lleva una mano a la nuca—. Bueno, dejémoslo en que lo intentaré.

De nuevo, me entran ganas de reír, pero las oculto. Aunque sé que aceptar su propuesta conlleva salirme del plan por completo, la verdad es que quiero decir que sí. Mi casa está a veinte minutos de aquí y el camino se me hace muy largo desde que Wesley no viene conmigo. No creo que la compañía de Noah se equipare a la suya, pero será menos aburrido.

Me muerdo el labio. A pesar de que ya he tomado una decisión, prefiero que piense que todavía lo estoy considerando. En el momento en que me dispongo a contestar, me fijo en su mirada, que siempre me ha resultado muy familiar, y recuerdo a Matthew.

¿Él también está incluido en esto? Porque puedo soportar pasar tiempo con Noah, pero me gustaría mantenerme tan alejada de su primo como pueda. ¿Cómo voy a permitir que mi exnovio y el chico que quiere completar la lista me acompañen a casa? Sería una locura.

—Piénsatelo —insiste al ver que no contesto—. Aunque espero que aceptes, porque sería muy incómodo tener que cambiarme de acera si coincidimos por el camino.

Esta vez no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Sé que está en lo cierto. Aun así, prefiero que hablemos de otra cosa.

—¿Desde cuándo conoces a Wesley? —pregunto. Siento mucha curiosidad.

—Vamos juntos a clase de matemáticas, pero no supe que erais amigos hasta que me lo dijo. —Mueve la cabeza y me mira—. Me

cae bien, aunque es un poco raro. ¿Sabes si tiene algo con Akira Roe?

Eso me toma por sorpresa. Entiendo que Noah piense que Wesley sea un poco peculiar, pero no sé de dónde ha sacado lo de Akira.

—No que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—He intentado presentarle a su hermano, Oliver, esta mañana, pero ha salido corriendo.

—Suena a algo que Wesley haría —confirmo, y Noah se echa a reír.

—Cuando se trata de Oliver, suena a algo que haría cualquiera —me corrige—. El hermano de Akira es un poco… exagerado, en ese sentido. La sobreprotege en exceso. No me extraña que la pobre esté cansada de él. Yo también lo estaría.

Cuando llegamos al comedor, el único rincón del instituto que no detesto, Noah me acompaña hasta la fila que se ha formado frente a la barra de los cocineros. Nuestra conversación ya se ha extinguido y el silencio es tan insoportable que, durante un segundo, pienso que pondrá una excusa para marcharse con sus amigos, pero no lo hace.

Sus ojos se encuentran con los míos, fuerzo una sonrisa y paseo la mirada por el comedor. Analizo los rostros de mis compañeras y espero dar con el de una chica muerta de celos, pero no hay ni rastro de Amanda. Frunzo el ceño. Creía que, si Noah seguía aquí conmigo, era porque esperaba que su exnovia nos viera juntos, aunque parece que ella tiene cosas más importantes que hacer.

Me dejo llevar por el instinto, lo encuentro al otro lado del comedor y se me revuelve el estómago. Jason.

—No te recomiendo que pidas el puré de zanahoria —comenta Noah, que me empuja con suavidad para hacernos avanzar en la cola—. No sé a ti, pero a mí me huele a pies.

Asiento con la cabeza y finjo que presto atención, aunque no dejo de mirar a mi hermanastro. Sentado en una de las mesas que hay al fondo de la estancia, completamente solo, Jason reordena las verduras de su plato con el tenedor. De vez en cuando, levanta la cabeza para observar a sus amigos, que están en la otra punta del comedor.

Justo en la mesa donde Noah almuerza.

—No se ha acercado a los chicos desde que discutimos. —Por su forma de hablar, sé que se ha puesto serio. Trago saliva y, mientras me recrimino por no haber sido más discreta, me giro hacia él—. Es algo que aprecio, en realidad. Es muy considerado por su parte que no intente robármelos a ellos también.

Se nota que está resentido. No quiero que saque conclusiones equivocadas, así que me apresuro a intervenir.

—No siento pena por él. —Quiero convencerme de que digo la verdad. No debería de sentirme así respecto a Jason: es una persona odiosa que ha hecho cosas desagradables y, para colmo, piensa que yo también lo soy—: Lo que hizo fue horrible. No me da pena, Noah.

Se queda callado durante unos minutos, sin dejar de observarlo. La preocupación se adueña de su mirada. Cuando por fin reacciona, su respuesta no se parece en nada a lo que esperaba oír.

—A mí sí. —Entonces, la persona que iba delante de nosotros se marcha. Noah hace un gesto para invitarme a pasar antes que él—: Vamos, te toca.

Me lo pienso un momento, pero le hago caso. Me adelanto y me inclino sobre la barra para pedir la comida. El cocinero me sirve un plato de pasta con tomate y esbozo una sonrisa de agradecimiento antes de alejarme. Sé que mis amigos deben de estar sentados donde siempre y que debería irme con ellos, sin embargo, Noah todavía no ha terminado de pedir y algo impide que me vaya sin despedirme.

Cuando llega a mi lado, veo que está más triste.

—¿Nos vemos después?

Ni siquiera sé por qué he dicho eso si se supone que me cae mal. Aprieta los labios.

—¿Te importa que me siente con vosotros para comer? —me pregunta. Su mirada oscura pasa de Jason a mí—. Matthew no está y no quiero sentarme solo con los chicos. Son muy pesados. Solo hablan de fútbol.

Acto seguido, esboza una sonrisa que no parece muy sincera. Me ha puesto una excusa terrible y ambos lo sabemos. Aun así, asiento con la cabeza y dejo que me siga hasta nuestra mesa.

Poco antes de llegar, me fijo en que está vacía. Akira y Wesley no han llegado aún. Por tanto, tendré que pasar tiempo a solas con

Noah y, aunque debería sentirme intimidada, la verdad es que estoy pendiente de otra cosa. Soy bastante observadora y no he pasado por alto la verdadera razón por la que ha querido almorzar conmigo.

A unos metros de nosotros, Jason se levanta y se acerca a sus amigos. En ese momento, comprendo que su amistad es de verdad, aunque ahora este rota. Noah todavía se preocupa por mi hermanastro, por mucho que intente ocultarlo. Por eso está aquí. A pesar de todo lo que ha pasado, todavía lo cuida.

En cuanto llegamos a la mesa, dejo caer la bandeja y me siento en el banco de siempre. Noah se acomoda frente a mí y observa a Jason con disimulo. Está mucho más callado que otros días, más serio, y siento la obligación de decir algo.

Por suerte, otras dos personas se detienen junto a nosotros.

Akira y Wesley son tan oportunos que querría levantarme y comérmelos a besos.

—Sentimos llegar tarde. Hemos tenido…, eh, una reunión de alumnos ayudantes. Tenemos unos estudiantes de segundo a los que se les va un poco la cabeza. —Como siempre, ella es quien habla primero—. Nos dan muchos problemas.

Entre tanto, mi mejor amigo mira a Noah, que les sonríe, y arquea las cejas antes de volverse hacia mí.

—Veo que no te has aburrido —comenta con cierto interés. Sé que después me pedirá explicaciones, pero, de momento, se limita a ser el imbécil de siempre—: Abril Lee haciendo amigos. Han debido de alinearse los astros. Es un milagro. —A continuación, se dirige al bailarín—. De verdad, que se relacione con los demás es algo que pasa cada, no sé, ¿cuatro siglos?

Noah estalla en una carcajada. Molesta, pongo los ojos en blanco mientras ellos se acomodan en la mesa. Como Akira se sienta a mi lado, a Wesley no le queda más remedio que irse al otro banco.

Temo que el ambiente se vuelva incómodo, por lo que me preparo para hacer las presentaciones correspondientes. No obstante, Noah propone un nuevo tema de conversación al que mi amigo se une de inmediato. Ambos se enzarzan en una discusión amistosa sobre qué puré sabe peor, si el de zanahoria o el de espinacas, y se ríen juntos como si se conocieran desde siempre.

Resoplo, aliviada. Mientras tanto, Akira se toquetea el labio

inferior.

—¿Cómo ha ido?

Da un respingo.

—¿El qué?

—La reunión —le aclaro, extrañada.

Parece que la he devuelto a la realidad de golpe.

—No ha sido nada del otro mundo, en realidad —me contesta a toda prisa—. Hemos hablado sobre… cosas de alumnos ayudantes. Sí, eso. Te lo contaría, pero es realmente aburrido.

Suelta una risita nerviosa. Arqueo las cejas. Su comportamiento no augura nada bueno. Antes de que pueda hacer algún comentario al respecto, se le tensan los hombros.

—Mierda —susurra, con la vista fija en la puerta del comedor. Me vuelvo y le sigo la mirada.

He visto a ese chico en varias ocasiones. Acompañaba a Noah aquella mañana, cuando me saludó desde su mesa en la cafetería, y aparecía en la foto que mi alumna ayudante me enseñó una tarde en mi casa. Sin embargo, verlo en persona es incomparable. Ahora mismo solo se me ocurre una palabra para describirlo: «impresionante», y no lo digo en el buen sentido.

Con sus dos metros de altura, la presencia de Oliver Roe me intimida tanto que trago saliva al ver que se acerca a nosotras. Lleva una camiseta blanca que contrasta con su oscura piel y se ajusta a los músculos de sus brazos, que son casi tres veces más anchos que los míos. Por el volumen de las piernas, el diámetro de los hombros y lo trabajado que tiene el cuerpo, deduzco que debe de haberse pasado toda la vida en el gimnasio.

Parece un enorme armario empotrado con cara de muy pocos amigos.

—Akira —pronuncia y se detiene junto a su hermana.

Al oír su voz, Wesley deja de masticar. Alza la cabeza para mirarlo, dobla tanto el cuello que temo que se le rompan las vértebras, y traga con dificultad el trozo de sándwich que tenía en la boca.

Por suerte para él, mi alumna ayudante responde de inmediato.

—¿Por qué no te vas con tus amigos y me dejas en paz, Oliver?

El aludido arquea las cejas, sorprendido ante la brusquedad de sus palabras. Después, señala a Noah con la cabeza.

—He venido a por Carter.

Como era de esperar, mi vecino solo complica las cosas.

—Yo me quedo.

—Debes estar de broma. —Noah niega y su amigo resopla, molesto—. Bueno, pues yo también.

Quiero ponerme en pie y obligar al bailarín a irse lejos de aquí, pero no lo hago porque me da miedo moverme.

Oliver se acomoda junto a Noah, y Wesley, que está sentado al otro lado del banco, pesa tan poco en comparación con él que me sorprende que no haya salido catapultado hacia el techo. Se agazapa lejos de mi vecino y me dirige una mirada con la que me pide, casi a gritos, que lo saque de aquí.

—¿A qué se debe este cambio de mesa, Carter?

Noah me señala con el tenedor.

—Tengo una nueva amiga.

Estoy al borde de un ataque de nervios. La mirada de Oliver recae sobre mí y me pregunto si la oscuridad de sus ojos será lo último que verán sus víctimas cuando les da una paliza.

—Hablando de nuevas amigas… —Akira sonríe y me da un codazo en el brazo, como si supiéramos algo que los demás no—. Oliver, esta es la chica que quería presentarte. Se llama Abril.

Ante estas palabras, le piso el pie con tanta fuerza que casi le rompo los dedos.

—¿Intentas robarme el puesto? —interviene Wesley, que se dirige hacia mi alumna ayudante. Intenta parecer tranquilo, pero le tiembla la voz—. Porque yo soy el que se encarga de eso.

Akira pone los ojos en blanco.

—El caso —continúa— es que Abril es una chica realmente fascinante. Es guapa, inteligente, divertida y, además, está soltera. Todo un partidazo, ¿no crees?

Al oírla, Noah sonríe y alza las cejas sin levantar la mirada del plato. Prefiere no hacer ningún comentario al respecto. Mientras tanto, yo me siento como si me quisieran vender en un anuncio de la teletienda.

—Yo me llamo Oliver —añade el chico. Asiento enérgicamente. Él se inclina y mira a mi mejor amigo—. Aunque la gente me conoce como Rabia.

Wesley toma aire.

—No digas estupideces —se interpone Akira—. Nadie te llama así.

—Bueno, tus exnovios lo hacían.

Trago saliva. ¿Por qué diablos habla en pasado?

Necesito ayuda. Como estoy desesperada, acudo a la única persona que se me ocurre: Noah. Clavo los ojos en los suyos y rezo porque note que estoy entrando en pánico. Entonces, como si quisiera tranquilizarme, hace acto de presencia.

—No os creáis nada de lo que dice —bromea y golpea a su amigo en la espalda—. En el fondo, Oliver es como un gran osito de peluche.

Ante esto, Oliver gruñe. Me gustaría saber cómo se ha atrevido Noah a burlarse de él, si Rabia le atravesaría la cabeza de un puñetazo sin apenas esfuerzo.

—Cierra la boca, Carter.

—Por cierto, ¿te he presentado a Wesley?

Vale, he cambiado de idea. Ahora soy yo quien va a darle un puñetazo.

Al otro lado del banco, mi amigo da un respingo. Noah me mira de nuevo.

—Es un buen tío —añade. Si trata de hacer que me sienta mejor, no funciona—. Saluda, Wes —le incita y se vuelve hacia él.

Mi amigo duda un segundo, pero después modula la voz para que suene más grave y le tiende una mano a Oliver.

—Eh. —Es lo único que dice, como si fuera un simio.

Rabia le devuelve el saludo. Algo me dice que le aprieta la mano con demasiada fuerza.

—¿Eres amigo de mi hermana? —indaga, muy despacio.

—No es asunto tuyo —se apresura a responder Akira.

Casi escucho cómo crujen los huesos de Wesley.

—Bueno, yo… —Intenta explicarse, pero nadie le hace caso. Cuando Oliver lo suelta, se sienta a toda prisa.

—Ya sabes que me gusta saber quiénes son tus amigos.

Noah pone los ojos en blanco, pero no dice nada. Supongo que el comportamiento de su amigo le parece tan absurdo como a mí.

—Bueno, pues Wesley lo es. —Observo, atónita, cómo la chica se inclina para dirigirse a él—. De hecho, somos muy amigos. ¿A que sí?

Creo que me he perdido. La mirada de Akira permanece fija en la de su hermano, desafiante. Un silencio incómodo se adueña de la mesa y se prolonga hasta que Wesley, que se ha cansado de la situación, se pone en pie.

—Tengo que irme —anuncia. Le tiembla la voz—. Lo siento.

Después, sale del comedor. Mi sexto sentido de mejor amiga me anima a seguirlo, pero no soy bastante rápida y Akira lo hace en mi lugar.

Capítulo 12
De vuelta a casa

—Sé que estás ahí, Wesley. Sal de una vez. —Al no obtener respuesta, suspiro y le echo un vistazo al pasillo para asegurarme de que estamos solos—. Vamos, déjate de estupideces. Oliver no está cerca.

Entonces, escucho cómo alguien desbloquea la puerta de uno de los baños. Mi amigo asoma la cabeza desde el que está más al fondo, con expresión recelosa. En cuanto me ve, su rostro refleja alivio. Sale de su escondite a toda prisa y se acerca al lavabo. Yo entro del todo en los aseos y cierro la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto en venir?

—¿Qué diablos haces escondido en el baño de chicas?

Nos miramos el uno al otro durante un segundo. Al final, habla primero.

—No me quedaba otra opción. Este es el único sitio donde sabía que Oliver no me buscaría. Además, no puedes echarme nada en cara, porque he estado aquí encerrado. No he visto nada fuera de lo normal. Casi nadie utiliza este baño. Solo han entrado dos chicas que han hablado sobre Matthew, sobre lo guapo que es y sobre ese aura misteriosa que las vuelve locas.

Alzo las cejas. No me aguanto las ganas de reír.

—Dime que estás de broma.

—Ojalá pudiera.

—¿Un aura misteriosa? ¿En serio?

—No sabes cuánto me alegro de que hayas superado esa fase. Si tuviera que escucharte hablar sobre él a todas horas, me pegaría un tiro.

Pongo los ojos en blanco. Tras dedicarme una última sonrisa, Wesley se gira hacia el espejo y vuelca toda su atención en su reflejo. Se pasa las manos por el pelo rubio como el oro, que lleva bastante despeinado, y se recoloca el flequillo.

Desvío la mirada.

—Oliver se ha marcado un farol. No va a hacerte nada, lo sabes, ¿verdad?

De su garganta brota una risa amarga.

—Tienes razón. Seguro que no me hará nada, aparte de decapitarme.

—No exageres —le pido, aunque puede que esté en lo cierto.

—Viste cómo me miraba en el comedor. Acabará conmigo. Me arrancará la cabeza y luego la utilizará como pelota para jugar al baloncesto, y todo porque…

—¿Sales con Akira?

Ha sonado como una acusación. En el fondo, le guardo cierto rencor por no habérmelo contado.

Wesley hace una mueca.

—No exactamente.

—Pero os habéis besado. —Ante su mirada sorprendida, añado —: ¿Reunión de alumnos ayudantes? ¿Crees que nací ayer?

Se muerde el labio. Ya no tiene escapatoria.

—Está bien, fue una mala excusa —admite, avergonzado—. De todas formas, solo nos besamos una vez.

Arqueo las cejas. No me lo creo.

—Wesley…

—Bueno, quizá fueron dos.

—Wesley.

—Vale, a lo mejor alguna más.

—¡Wesley!

—¡Deja de interrogarme!

Me río. A través del espejo, veo como se le enrojecen las mejillas. Todo esto es nuevo para mí porque Wesley no habla conmigo sobre chicas. Es bastante reservado en lo que a ese tema se refiere. De hecho, Akira es la primera chica sobre la que le he oído divagar y me alegro de que, por fin, se haya ganado su aprecio.

Aunque, en realidad, también me ha tomado bastante por sorpresa. Hace unas semanas, las cosas eran muy diferentes. Ella lo

aborrecía.

Me pregunto si solo fingía.

—Bueno, supongo que eso significa que se han acabado las indirectas por Instagram —comento, divertida, y me impulso con los brazos para sentarme sobre el lavabo. Como ha dicho él, estos baños apenas se usan y siempre están más limpios que los demás. No hay restos de papel higiénico o jabón tirados por el suelo.

—Desde la tumba no se pueden enviar indirectas —aclara mi amigo y pongo los ojos en blanco. Otra vez.

Acto seguido, se acerca al cubículo que hay frente a mí, abre la puerta y se pone de puntillas para mirar por la pequeña ventana que hay sobre el inodoro. He estado aquí lo suficiente como para saber que da directamente a la calle. En concreto, a la entrada del instituto.

—Oliver no va a hacerte nada —le aseguro—. Confía en mí. Hablaré con Noah.

Me basta con mencionarlo para que saque conclusiones precipitadas. La forma en que me mira, con las cejas arqueadas, no me gusta en absoluto.

—Así que Noah Carter —comenta—. ¿Desde cuándo sois amigos?

—No somos amigos.

—Entonces creo que tenéis una conversación pendiente. Deberías dejarle las cosas claras. Lleva sentado ahí fuera un buen rato y algo me dice que te espera.

Me muerdo el labio con tanta fuerza que me hago daño. Wesley es mi mejor amigo, me conoce mejor que nadie y se da cuenta de que oculto algo. Al final, se lo cuento todo. Le explico cómo nos conocimos, lo que ocurrió con Jason, le digo lo de la revista y lo que opina el señor Miller sobre el artículo, pero en ningún momento menciono la lista.

Mi mejor amigo me escucha con atención. Lo único que se le ocurre decir, una vez que he terminado, es:

—No veo el problema.

En ningún momento he mencionado que haya un problema y me molesta que lo haya notado.

—Es familia de Matthew. Son primos.

—No fastidies —replica y hace una mueca.

—En conclusión: no puedo ser su amiga. Solo me traería problemas.

—¿Por qué piensas eso? —indaga con el ceño fruncido—. No he hablado mucho con Carter, pero no me parece un mal tipo. Además, debes conocerlo mejor para escribir el artículo. Lo que hizo Matthew no tiene nada que ver con él. Son personas diferentes. Si dices que es amable contigo…

—Lo es —admito, aunque me molesta hacerlo en voz alta—. Mucho.

Wesley esboza una media sonrisa.

—Entonces, no sé a qué esperas. Vamos, vete de una vez. —Como no me muevo, se acerca para tomarme del brazo y me arrastra hasta la puerta—. Fuera de aquí. Y asegúrate de que Oliver esté lejos antes de enviarme un mensaje, ¿vale?

Me empuja para sacarme del baño. Molesta, pongo las manos sobre las suyas e intento frenarme con los pies.

—¿Para qué quieres que te escriba un mensaje?

—Para saber cuándo puedo salir de aquí sin que mi vida corra peligro. No quiero que me hagan papilla, gracias. Adiós.

Al tener más fuerza que yo, tarda unos segundos en sacarme al pasillo y cierra la puerta antes de que pueda replicar. Cierro los ojos, me paro a pensar durante un minuto y llego a la conclusión de que, aunque me cueste admitirlo, quizá tenga razón.

Tal vez estaba equivocada y no debería haber metido a Noah y a su primo en el mismo saco.

Al menos, todavía no.

Cuando me doy cuenta, estoy saliendo del instituto. El sol me da en la cara al poner un pie en el exterior y el ambiente es tan fresco que me siento viva de nuevo. Bajo las escaleras con rapidez y llamo la atención de uno de los únicos estudiantes cuyo rostro reconozco.

Noah Carter, que estaba apoyado sobre el grueso pasamanos mientras toqueteaba el teléfono móvil, se endereza al oírme llegar. Se me revuelve el estómago porque he comprobado que Wesley no se equivocaba. Me estaba esperando.

—Eh, hola. Antes no me has dado una respuesta clara, así que he pensado que…

No le permito terminar. Le dedico una sonrisa, tomo el mismo camino que todos los días y le hago un gesto para que me

acompañe. Tarda unos segundos en reaccionar y, al momento, me arrepiento por haber sido tan poco directa: como tenga que volver a por él, me moriré de la vergüenza.

Por suerte, no me decepciona y, poco después, llega a mi lado.

—Espero que no fuese una indirecta para que me cambiase de calle —me dice con ese sentido del humor que tanto le caracteriza. Me río mientras niego con la cabeza.

—No lo era.

—Mejor, porque habría sido muy incómodo. —Lo miro de reojo. En cambio, él es menos discreto y me observa sin disimular—. Por cierto, creo que acabo de cumplir el punto número uno.

Me encojo de hombros porque, aunque parezca sorprendente, no me importa. Era uno de los puntos más sencillos y sé que lo habría cumplido tarde o temprano.

Tiene un don para hacer reír a la gente.

—Está bien. Lo doy por válido.

Arquea las cejas. Está bastante más asombrado que yo.

—Vaya, pero si estás de buen humor.

—Mi mejor amigo ha sobrevivido a su primer encuentro con Rabia —bromeo mientras giramos a la derecha al final de la calle—. Tengo motivos para estar contenta.

Con esto, se ríe.

—Me dijiste que no salía con Akira.

—Y no lo hace. Todavía.

—Harían buena pareja —opina.

—¿A que sí?

—¿Wesley y tú sois amigos desde hace mucho?

Hago otro apunte mental: Noah también sabe hablar con la gente.

—Desde siempre. No recuerdo cómo era mi vida antes de conocerlo.

—Qué guay —responde—. Tenéis una amistad de toda la vida, como en las pelis.

Habla de ello con normalidad, pero, aun así, noto que se me resquebraja un poco el corazón. Apostaría mi ordenador portátil a que Noah tenía una que ahora está hecha pedazos.

—Supongo. —Para que no nos quedemos en silencio, añado—: Por cierto, veo que has desistido en tus intentos de pasar el camino.

En cuanto formulo la frase, Noah vuelve a sonreír y, por alguna razón, me siento bien conmigo misma.

—Me gusta hablar contigo —confiesa. Lo miro de reojo. Lleva las manos metidas en los bolsillos—. Además, ¿te has fijado en que esta es la primera vez desde que nos conocemos, que no me rechazas?

Pongo los ojos en blanco, aunque admito que me parece divertido.

—No iba a rechazarte cuando me pediste una cita.

—Pero lo hiciste.

—Porque eres muy impaciente.

—Qué va.

—Y te comportaste como un auténtico idiota.

—Bueno, no tengo argumentos contra eso. A veces soy insoportable —repone con una mueca. Me mira a los ojos—. Lo siento si te molestó.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza. Me metería con él si quisiera, pero no lo hago.

—No te preocupes por eso. —Luego, bromeo—: Pero fue horrible que después me obligases a invitarte a salir.

—Para nada. Esa fue la mejor parte. Lo hiciste bien, aunque admito que esperaba algo más… impactante. Tenlo en cuenta para la próxima vez.

Arqueo las cejas. Curiosamente, el camino de vuelta a casa se me hace mucho más corto que de costumbre.

—No habrá próxima vez.

—Es cierto —coincide y me toma por sorpresa—. Esta vez, lo justo sería que te la pidiese yo.

—En ese caso, más te vale esforzarte, porque te rechazaré a menos que me lo supliques de rodillas.

Se ríe y me fijo en que tiene una risa realmente contagiosa.

—Tomo nota. —Pasados unos segundos, añade—: Me caes bien, ¿sabes?

Hace un par de días, habría mentido en voz alta para no tener problemas, pero después de la conversación que he tenido con Wesley quiero ser sincera.

—Tú a mí también. —Noah me mira en silencio y me aclaro la garganta antes de continuar—: Aunque no puedo negar que, a

veces, eres insoportable.

Esboza una sonrisa. A continuación, se palpa los bolsillos de los pantalones y saca el teléfono móvil de uno de los de atrás.

—Quiero completar el número diez —me informa, al notar que lo observo.

Mi cambio de actitud es inmediato.

—No puedes completar dos puntos el mismo día.

—¿Eso quién lo dice?

—Yo —respondo, como si fuera obvio—. Es mi lista. Yo pongo las reglas.

—Es una suerte que se me dé tan bien romperlas. —Desliza el dedo por la pantalla y se detiene en la mitad de la imagen.

Entonces, lee en voz alta:

—Punto número diez: «Me cuente algo que nunca le haya dicho a nadie».

Aprieto los labios. Noah podría haber escogido cualquiera de los dieciocho puntos que le quedan por cumplir. Si estuviese en su lugar, habría empezado por los más sencillos: habría propuesto pasar una tarde cocinando juntos o habría insistido en ir al cine o a ver una obra de teatro. Incluso el número cuatro, que consiste en visitar su lugar favorito de la ciudad, habría estado bien para este momento.

Sin embargo, Noah tiene una forma de ser que rompe con todos mis esquemas. Por eso ha escogido uno de los puntos más difíciles; uno que implica confiar en la otra persona.

Es decir, en mí.

¿Por qué debería confiar en mí?

—¿Estás bien? —me pregunta.

No me percato hasta entonces de que llevo un buen rato mirándolo en silencio. Sacudo la cabeza.

—Sí, sí. Perdona. —Fuerzo una sonrisa—. Adelante.

Toma aire y se prepara para hablar. Aguardo en silencio, aunque creo que va a tomarme el pelo —como hace la mayoría de las veces — y a contarme alguna estupidez que me haga sentir vergüenza ajena.

Sin embargo, dice:

—Me sorprendió lo que hiciste el otro día con Matthew.

Me pongo alerta. Hago un repaso rápido de los hechos, de todo

lo que ha ocurrido estas últimas semanas en busca de algo que pueda haberme delatado. Busco algún comportamiento que haya estado fuera de lugar.

Pero no encuentro nada.

—¿Cómo? —respondo, como si no supiera de qué me habla.

—No me creo que vaya a contarte esto —confiesa. Suelta una risa amarga, sacude la cabeza y se muerde el labio. Luego, baja un poco la voz—. Matthew vive conmigo desde hace meses. Lo quiero, pero es una persona… complicada. Se cree tan inalcanzable que todo el instituto se lo ha creído. La gente piensa que no me doy cuenta, pero sé que todo el mundo se acerca a mí para llegar hasta él. Por eso, me sorprendió que te marchases conmigo el otro día. Cuando vi que hablabas con él en mi casa, creí que me pedirías que nos quedásemos. Que me utilizabas para eso. —Me mira de reojo—. Pero no lo hiciste.

Abro la boca y pienso en qué decir. Es muy triste que Noah tenga esa concepción de sí mismo. Al final, fuerzo una sonrisa.

—Bueno, teníamos una cita.

—No serías la primera que me ha dejado plantado —se burla de sí mismo. Me cuesta creer que eso sea cierto.

—Eres un fracaso —bromeo, aun así.

—Vaya, gracias.

—Pero bailas muy bien y quería que fueses la primera persona sobre la que escribía en el periódico. Además, tu primo me cae fatal.

Hablo sin pensar en si mis palabras tendrán consecuencias. ¿Qué importa que sepa que odio a Matthew? Se daría cuenta tarde o temprano.

—¿Peor que yo? —me pregunta y arquea una ceja.

—Tú eres un imbécil, pero te soporto.

—Más que eso. Te caigo bien.

—Que no se te suba a la cabeza.

Casi hemos llegado a mi casa. Me sorprendo al darme cuenta de que el camino no solo se me ha hecho más corto, sino también más ameno.

—¿Por qué te cae mal?

Busco algo en su rostro que me indique que finge. ¿De verdad no sabe nada de lo que pasó entre nosotros? Matthew nos ha visto

juntos más de una vez. ¿Cómo es posible que todavía no se lo haya contado?

Supongo que de la misma forma que pienso hacerlo yo. Solo tengo una cosa clara: no seré yo quien le cuente esa historia. Reprimo el rencor que siento hacia él y me encojo de hombros.

—Por lo que has dicho antes. Se cree inalcanzable. Además, tiene algo que no me convence. No sé, serán cosas mías.

Debo de ser muy buena actriz, porque Noah no pregunta nada más. Caminamos en silencio. En el momento en que me dispongo a proponer un nuevo tema de conversación, que no tenga relación con Matthew ni con nuestro pasado, veo que se detiene.

Lo miro. Hemos llegado al final de la calle. Su casa está hacia la izquierda; la mía, un poco más adelante.

—Yo me voy por aquí —me informa mientras esboza una de sus características sonrisas—. Nos vemos mañana.

Separo los labios para despedirme. Durante un segundo, cientos de palabras luchan por salir de la garganta. Quiero agradecerle que se haya ofrecido a acompañarme a casa, ya que el trayecto habría sido mucho más aburrido sin él, pero me quedo callada, como siempre.

Cuando quiero darme cuenta, ya se aleja de mí.

No me queda más remedio, así que cruzo la calle y sigo mi camino. Acabo de notar que sonrío y, en el fondo, me alegro de haberme despedido así de él. En busca de una distracción, saco el móvil del bolsillo y lo desbloqueo.

La conversación con Wesley aparece en la pantalla. Hemos hablado esta mañana. Ahora está en línea y, de inmediato, me llega un nuevo mensaje.

«Tengo una noticia que darte: es un hecho que, lo admitas o no, soy el mejor amigo del mundo entero. No acepto réplicas».

Arqueo las cejas. Me dispongo a teclear una respuesta, cuando agrega: «He pensado en lo que has dicho antes y le he pedido a Akira que me ayudase a conseguir información. Sé que ella no debería saber nada de esto, pero la necesitamos: es realmente buena a la hora de interrogar a la gente».

Se envían grabaciones.

Parpadeo mientras miro el teléfono, atónita.

«Espero que sepas que grabar a la gente sin su consentimiento es

ilegal», escribo. «Podrías acabar en la cárcel por esto».

Wesley debe de estar pendiente del móvil, porque responde enseguida.

«Solo si la policía se entera. Confío en que me guardarás el secreto».

Pongo los ojos en blanco, aunque sonrío. Le contesto con dos emoticonos que se ríen a carcajadas y descargo el archivo de audio que me ha enviado. El móvil vibra de nuevo; parece que tiene que enviarme bastantes grabaciones. En cuanto llego a casa, me encierro en la habitación y las escucho.

Las reproduzco en bucle a lo largo de toda la tarde. Decenas de desconocidos hablan sobre Noah como si fueran sus amigos, aunque algo me dice que no lo son, y tomo nota de todos los de talles que me parecen importantes. Cuando acabo, estoy derrotada y lo único que he sacado en claro es que todos coinciden en lo mismo.

Para la mayoría de los alumnos del instituto, Noah Carter no es más que el primo de…

Sin querer, me dejo llevar por todo el odio que siento por Matthew y, de pronto, descubro cómo enfocar el artículo.

Capítulo 13
Tras una exclusiva

Cualquiera que me conozca un poco estaría de acuerdo conmigo en que nunca se me ocurre ninguna buena idea. De ahí que mi vida sea tan desastrosa. Todo lo que digo o hago me perjudica de algún modo. O bien me hace pasar por una situación bochornosa o va más allá y me hace sufrir, como hizo Matthew.

Sin embargo, a veces, cuando navego río abajo y me dejo llevar por la corriente de las malas decisiones, tengo la suerte de desembocar en un océano que me hace bien. Todos los errores que he cometido y todas las meteduras de pata me hacen crecer y traen cosas nuevas a mi vida.

Me pasó con la lista, por ejemplo, que me ha mantenido alejada de los imbéciles como Matthew desde que la escribí.

Y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, me pasó con Noah Carter.

Desde que cumplió el décimo punto de la lista y me contó que creía que la gente se acercaba a él por interés, las cosas entre nosotros han cambiado. Sobre todo, después de que comprendiera, tras escuchar los audios, que sus sospechas eran ciertas.

Noah y Matthew son familia, pero sus personalidades chocan tanto que me pregunto cómo se llevan bien. Mientras uno es abierto y divertido, el otro es mucho más reservado. A Noah le gusta hablar con todo el mundo. He notado que le sonríe a la gente sin parar y que es amable con cualquiera que se cruce en su camino. En cambio, Matthew hace todo lo contrario y, por eso, no entiendo por qué todos lo admiran tanto.

Cuando lo miro, solo veo a un engreído que se cree el rey del

mundo. No obstante, soy la única, aparte de mi mejor amigo, que piensa de esa forma. Para los demás, Matthew Blackwell es el sinónimo de la perfección. Alguien inalcanzable. Los chicos lo veneran y las chicas suspiran por él, como en esas telenovelas románticas que vemos los adolescentes y, en realidad, siento lástima por ellas.

No saben dónde se meten.

Me encantaría incluir algo al respecto en uno de mis artículos. Sin embargo, sé que lo mejor es mantenerme al margen. Desde el principio, quise centrar el reportaje en Noah y no dejaré que su primo le robe ni una pizca de protagonismo.

—Vaya, así que por fin te has dignado a dejar de lado tu ajetreada vida de periodista para hacerme una visita. Menuda sorpresa. —Pongo los ojos en blanco porque no ha sido idea mía, aunque, al final, esbozo una sonrisa. Noah se hace a un lado para dejarme pasar—. Gracias por venir. No sabía si responderías al teléfono.

Ambos sabemos que si me hubiese visto en esta misma situación hace unas semanas, le habría colgado. Creo que hemos pasado tanto tiempo juntos, entre los paseos de vuelta a casa y las largas charlas que compartimos entre clase y clase, que he pasado de tolerarlo a considerarlo algo parecido a un amigo.

Además, no puedo negar que llevarme bien con él tiene ciertas ventajas. Ahora que Wesley no se separa de su novia, es un alivio tener a alguien con quien hablar en el comedor. También me he percatado de que Noah es una persona muy fácil de conocer. Siempre que estamos juntos, descubro nuevos datos que añadir a mi exclusiva.

Prefiero pensar que esa es la única razón por la que he accedido a venir.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunto mientras me adentro en la casa. Aunque la distribución de las habitaciones debe de ser parecida, la decoración no tiene nada que ver con la de nuestro dúplex. Los suelos son mucho más claros y las paredes están pintadas de colores más vivos.

—Necesito tu ayuda.

Arqueo las cejas. Me giro y veo que cierra la puerta.

—¿Para qué?

—Bueno, ha pasado mucho tiempo desde que completé el último punto.

He ahí una mala decisión que no me traerá nada bueno: desearía no haber aceptado cuando Noah me propuso ese trato tan absurdo. Ser su amiga me parecería mucho más sencillo si no me atacaran los nervios cada vez que utiliza el móvil. Vivo en tensión constante porque me aterroriza que, de pronto, cumpla otro punto.

Por suerte, no ha completado ninguno más estos días. De hecho, hemos hablado tan poco de la lista que incluso pensaba que se había olvidado de ella.

Pero estaba equivocada.

—¿Cuál vas a hacer? —pregunto con las cejas arqueadas. Estamos en su casa y eso debería darme alguna pista, pero prefiero dejar que me lo diga.

Sin embargo, se limita a sonreír.

—Ahora lo verás. —Señala una puerta con la cabeza—. Vamos.

Caminamos juntos por el pasillo. Me guía hasta una amplia habitación que deduzco que utilizan como comedor. Hay una mesa cuadrada de madera a la derecha, rodeada de sillas, y la cocina se abre al lado izquierdo. La separa una encimera alargada de color blanco que está llena de bolsas de comida, como si alguien acabase de volver de hacer la compra.

—Perdón por el desorden —dice Noah a mis espaldas.

—No te preocupes, mi casa está peor.

—Seguro que es culpa tuya. Rose está obsesionada con la limpieza.

Se me escapa una sonrisa. Me dispongo a contestar, pero no me presta atención. Me ha dejado sola en la cocina y se ha acercado al sofá que hay junto a la mesa del salón. Parece que busca algo entre los cojines.

—¿Qué pasa? —pregunto con el ceño fruncido.

—He dejado a mi hermano aquí hace dos minutos y ahora no está. —Inspecciona la sala con la mirada antes de recaer sobre mí —. No me preocuparía de no ser por el silencio.

Arrugo la frente. Mientras tanto, Noah lo busca debajo de la mesa y detrás de las cortinas, pero no hay ni rastro del pequeño.

—¿Qué hay de malo en el silencio?

—Significa que trama algo.

Me echo a reír. Colaboro y rodeo la barra de la cocina por si a Tom se le ha ocurrido esconderse allí. Noah está muy lejos y no ve que me sobresalto cuando abro uno de los armarios y un niño castaño asoma la cabeza. Sus ojos marrones me observan alerta y se lleva un dedo a los labios para pedirme que guarde silencio.

Le dedico una sonrisa y retrocedo.

—Deberías buscar detrás de las macetas —sugiero a Noah.

Él me mira desde el otro lado del salón.

—¿Detrás de las macetas?

—Si yo fuera un niño, me parecería un buen escondite.

—Seguro que siempre te encontraban a la primera —bromea, aunque me hace caso y se acerca a la cocina para mirar detrás de la planta que hay junto a la barra.

Entonces, Tom decide que ha llegado la hora de actuar. Sale de su escondite a toda prisa, se arrastra hasta llegar a la barra y se sube encima como si fuera un ninja. Abro los ojos de par en par. No obstante, antes de que le pida que tenga cuidado, el niño coge carrerilla y salta sobre la espalda de su hermano, al que toma por sorpresa.

—¡Piensa rápido! —chilla.

Enrosca los brazos alrededor del cuello de Noah, que tarda poco en reaccionar y lo agarra por las muñecas. Al principio, pienso que Tom lo está asfixiando, pero pronto comprendo que, en realidad, lo hace para evitar que el niño se caiga. Observo, divertida, cómo fingen pelear por todo el salón. Noah gira sobre sí mismo y su hermano se ríe a carcajadas.

Ambos forcejean durante un rato, hasta que Noah se rinde y se deja caer de rodillas. Hace ruidos raros, como si se muriera de forma muy dramática, y se deja caer sobre las frías baldosas de la cocina. Después, da varios golpes al suelo con la mano, como se hace en los combates de boxeo.

Tom sonríe, victorioso, antes de soltarlo.

—¡He ganado! —exclama, como si fuera lo mejor que le hubiera pasado en la vida.

Su hermano se echa a reír. En cuanto consigue quitarse al niño de encima, se levanta.

—La próxima vez no te lo pondré tan fácil —le advierte mientras se sacude el polvo de los pantalones—. Me has pillado por

sorpresa.

—Ha sido gracias a Abril. —Tom me señala con la cabeza—. Ahora es mi cómplice.

Sin quererlo, me he ganado la atención de los dos hermanos. Noah me mira y arquea las cejas; yo me encojo de hombros.

—Creía que éramos amigos —me reprocha.

—Tu hermano me cae mucho mejor.

—¿Cuál va a ser mi premio por la victoria? —nos interrumpe el niño.

El bailarín hace una mueca. Camina hasta la pila de bolsas que hay sobre la barra y rebusca algo en ellas. A continuación, le ofrece una zanahoria.

—¿Para qué quiero yo esto? —pregunta el pequeño. Al parecer, su premio no le hace ninguna gracia.

—Es una espada.

—Tengo cinco años, Noah, pero no soy tonto. Sé que es una zanahoria. —Sus ojos recaen sobre algo que hay a mi espalda—. ¿Puedo comer golosinas?

—Es casi la hora de cenar.

Tom hace un puchero.

—Por favor —insiste—. Solo unas pocas.

Apuesto a que Noah confía en él tan poco como yo, pero cede de todas formas.

—Está bien, pero no se lo digas a mamá.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Vuelvo a reírme. Tom se lleva una mano a la frente, como un militar, y echa a correr hacia el armario que hay detrás de mí para buscar una bolsa de gominolas que es muy probable que nunca vuelva a su sitio. Luego, se marcha al comedor y nos deja solos en la cocina.

Noah camina hasta mí. Está despeinado por la «pelea», pero no le da importancia.

—Tu hermano es genial —admito.

Sonríe con el comentario. De repente, me descubro pensando en que me gusta el hoyuelo que aparece en la mejilla izquierda cada vez que lo hace.

—Seguro que piensa lo mismo de ti. —Toma una de las bolsas y la vacía sobre la barra—. ¿Estás lista para ponerte manos a la obra?

Arqueo las cejas.

—¿Voy a ayudarte a guardar la compra?

—Quiero que cocines conmigo. —Al ver mi expresión, añade—: No me mires así, está en tu lista. Además, los sábados siempre estoy solo en casa. Soy muy malo con estas cosas y estoy bastante seguro de que Tom necesita comer varias veces al día, ya sabes, para crecer y todo eso. Ya me entiendes.

Tengo sentimientos encontrados. Debería estar alterada porque Noah intenta cumplir otro punto de la lista, pero solo quiero echarme a reír.

—¿Me has llamado para que te ayude a hacerle un sándwich a tu hermano? —pregunto divertida.

—No exactamente. —Busca dentro de las bolsas hasta que da con los ingredientes. Entre ellos, distingo harina, aceite y sal—. Vamos a hacer una *pizza*.

—No sé cómo se hace una *pizza* —le advierto.

—Bueno, yo tampoco, pero confío en tus habilidades para buscar la receta en internet.

Aunque todo apunta a que esto acabará mal, algo me impide negarme. Vuelvo a reír, pongo los ojos en blanco y le ayudo a sacar la comida que hay en las bolsas. Aparto los productos que necesitaremos. Después, dejo que Noah meta el resto en el frigorífico mientras busco la receta en internet. Cuando doy con ella, el bailarín llega a mi lado con dos telas coloridas en las manos.

—Te dejo elegir —me dice.

Son delantales. Ambos diseños me gustan, pero me decanto por el que proclama mi supuesto amor por los macarrones con queso y le dejo a Noah el que tiene un cartel que dice: «Soy la mujer más poderosa de esta casa». Se lo coloca con orgullo y me observa hasta que me ato el mío.

Pasamos el resto de la tarde entre recipientes y rodillos de cocina. Noah hablaba en serio cuando dijo que se le daban mal estas cosas, así que, por mucho que insiste en colaborar, le pido que se aparte y me deje ocuparme de la masa. Sigo las instrucciones al pie de la letra antes de amasar la mezcla con los dedos. Mientras tanto, Noah permanece a mi lado mientras repasa cada uno de mis movimientos y critica mi forma de cocinar, como si él no lo hiciera peor que yo.

Tom no vuelve a la cocina hasta que nos oye discutir porque no sabemos cómo adornar su cena. Se acerca, se sienta sobre una de las encimeras y nos propone que echemos gominolas sobre la masa en lugar de tomate, queso y jamón.

La forma en que lo dice, como si hablase en serio, hace que me entren ganas de reír. Mi mirada busca la de Noah. A él no le ha hecho tanta gracia, pero esboza una sonrisa cuando cae en la cuenta de que me río, y un cosquilleo desagradable me aborda el estómago.

Aparto la mirada. Con la excusa de que ya he hecho suficiente, dejo que ellos se encarguen de adornar la *pizza* antes de meterla en el horno. Sentada en una de las sillas de la barra, apunto en las notas del móvil un par de conceptos que me gustaría tratar en el artículo. Luego, entro en la galería y selecciono la foto que hace unos días le hice a la lista.

Después de esta tarde, puedo afirmar que Noah ha cumplido el veinticinco por ciento de la lista. Acaba de tachar el número tres, con el que suma cuatro puntos cumplidos en total. Es un detalle que no debo pasar por alto, sobre todo porque cada vez le quedan menos para alcanzar la decena y para poder anular la segunda regla.

La verdad es que me da miedo lo que pueda pasar a partir de ahí.

—Eh, estás muy callada. ¿Va todo bien?

La voz de Noah me trae de vuelta a la realidad. Toma asiento a mi lado y me encojo de hombros.

—Sí. Solo pensaba en que es posible que hayamos cocinado algo incomestible.

De reojo, veo que sonríe.

—Deberíamos haber tenido en cuenta las sugerencias de Tom.

—¿*Pizza* con esponjitas de azúcar? ¿Estás loco? Le habría dado una indigestión.

—Bueno, pero habría sido divertido.

—Eres un hermano horrible.

—Solo era una broma. —Choca su hombro con el mío suavemente y me saca una sonrisa. Luego, se palpa los pantalones —. Por cierto, tengo algo para ti.

Arqueo las cejas. Sin dejar de mirarme, Noah se saca un papel del bolsillo y lo desdobla antes de ponerlo sobre la mesa. Al verlo

de lejos, me percato de cómo están distribuidas las oraciones y pienso que se trata de la lista, pero no es así. Frunzo el ceño mientras lo tomo y lo examino con detalle.

Repartidos en veinte líneas, hay más de una decena de nombres y apellidos que supongo que pertenecen a alumnos del instituto. Noah ha escrito a qué se dedican en su tiempo libre. Tanto *hobbies* sin futuro como habilidades que los harán alcanzar el estrellato; todo está allí.

El corazón me da un vuelco. Es una lista de gente con talento.

—Creí que te sería de utilidad. —Le escucho decir. Aparto la mirada del papel para clavarla en sus ojos—. Sé que has llegado este año al instituto, que no conoces a mucha gente y que debe de ser difícil encontrar nuevos candidatos sobre los que escribir. He apuntado a todos los que conozco. Si te interesa alguno de ellos, dímelo. Puedo presentártelos. No hay ningún problema, de verdad.

Me quedo paralizada. Debe de haber invertido un tiempo muy valioso en esto. Me fijo en cómo me sonríe mientras espera a que responda. Quiero darle las gracias, pero no me salen las palabras.

En lugar de eso, sacudo la cabeza y pregunto:

—¿Por qué haces esto?

—Ya te lo he dicho. Creí que te sería de ayuda —contesta con el ceño fruncido.

—En mi lista no hay ningún punto que pida que te intereses por mis cosas. No debes fingir que lo haces.

Espero a que se ponga a la defensiva, pero niega con la cabeza.

—No finjo.

Le sostengo la mirada, desafiante. Parece sincero y, en el fondo, quiero creer que lo dice de verdad. Aprieto los labios, fuerzo una sonrisa de agradecimiento y acaricio el papel con los dedos. Cada día que pasa, tengo más claro que voy a enfocar la exclusiva de manera correcta.

—Gracias —respondo, aunque me cuesta arrancármelo de la garganta. Él sonríe.

Nos miramos durante unos segundos, en silencio, hasta que el pitido del horno nos trae de vuelta a la realidad. Sobresaltado, Noah se levanta para apagarlo. Creo que ha llegado el momento de irme a casa, de modo que recojo las cosas. Sin embargo, cuando se da la vuelta y ve lo que pretendo, de sus labios no sale una despedida.

En lugar de eso, dice:

—¿Por qué no te quedas? —Señala la *pizza*, que humea sobre el plato—. No tengo a nadie con quien compartirla.

—No creo que podamos comer los tres de ella —le aclaro.

Debo de haber dicho exactamente lo que esperaba porque esboza media sonrisa y se encoge de hombros.

—Tom ha cenado antes de que vinieras.

—Creía que estábamos cocinando para él.

—Bueno, quizá se me olvidó mencionar que no era así.

¿Por qué sonrío?

—No puedo creerlo —pronuncio y me siento frente a la barra—. Me has engañado cruelmente para que te cocine una *pizza*.

Noah se echa a reír.

—Qué menos que ofrecerme a compartirla contigo.

Termina la frase y me coloca el plato delante. Luego se sienta junto a mí y se apresura a coger el trozo más grande.

Esa noche, me encierro en mi habitación al llegar a casa. Con el pijama puesto, me siento frente al escritorio, enciendo el portátil y abro un archivo en el que hace semanas que no escribía. Se trata de la primera versión del artículo que redacté. Lo releo y comprendo a qué se refería el señor Miller.

He aprendido tanto sobre Noah durante estos últimos días que entiendo por qué pensaba que estaba incompleto. Necesito una exclusiva y, por suerte para ambos, creo que ya la tengo.

Tecleo de madrugada hasta que me duelen los dedos. Poco a poco, dejo constancia de todos lo que he vivido estas últimas semanas y enumero todas las razones por las que considero que Noah Carter es mucho más que «el primo de» nadie.

Por la mañana, me percato de los estragos que la falta de sueño ha provocado en mi rostro. Cuando me miro al espejo, al levantarme, los círculos morados que tengo bajo los ojos son tan intensos que me resigno a utilizar corrector. No suelo maquillarme para ir a clase, pero hoy lo haré si eso evita que me confundan con una muerta viviente.

Como todos los días, me encuentro con papá en la cocina. Nos

sentamos a desayunar, charlamos sobre temas triviales y esperamos a que Jason baje porque últimamente papá insiste en llevarlo al instituto.

Busco a Noah por todos lados durante las tres primeras horas del día. A la hora del recreo, como no lo encuentro, pregunto a sus amigos, pero ellos tampoco saben dónde está. Eso deshace mis ilusiones, pues quería que fuese la primera persona en leer mi artículo.

No obstante, a cuarta hora me toca literatura y me veo obligada a hablar con el señor Miller. Cuando suena la campana, nos quedamos a solas en la clase, voy hasta su mesa y le tiendo el USB.

—Estaba deseando leerlo —me dice, y conecta el dispositivo al ordenador. Aparta la mirada de la pantalla y se fija en mí—. ¿Me ha traído lo que le pedí?

No dudo en asentir. Abre el archivo y lo lee en voz alta. Una sonrisa aparece en sus labios a medida que avanza por las líneas que redacté ayer de madrugada. Cuando llega al final, se vuelve hacia mí y rezo porque su opinión sea menos destructiva que la última que me dio.

Por suerte, lo es. El señor Miller me dice que le ha gustado mi exclusiva, que es suficiente y anuncia que mañana será publicada en la página web del periódico.

Primero debemos corregirla, por lo que me aconseja que no cante victoria todavía. Sin embargo, en cuanto abandono el despacho y me encuentro a Akira en el pasillo, siento tanta adrenalina en el cuerpo que debo contener las ganas de chillar.

—Pareces contenta —observa y rodea la gran carpeta de alumna ayudante con los brazos—. Algo me dice que mi periodista favorita ya tiene un puesto en el periódico. —Se acerca para abrazarme y finge secarse una lágrima—. Estoy tan orgullosa de ti, Bambi.

Estoy de tan buen humor que ni siquiera me molesta que utilice ese ridículo apodo. En su lugar, cambio de tema de inmediato. Valoro mucho que Akira se alegre por mí, pero quiero celebrar este logro con otra persona.

—¿Has visto a Noah? Lo he buscado durante todo el día —le explico, sin dejar de sonreír—. Le pregunté a Oliver por él esta mañana, pero me dijo que no sabía nada. Me gustaría que leyera el artículo antes de que se publique. Es que, bueno, es sobre él y…

—Lo he visto —me interrumpe—. Pero créeme cuando te digo que no quieres hablar con él ahora.

Frunzo el ceño. Eso no me lo esperaba.

—¿Qué? ¿Por qué?

Mi amiga me agarra del brazo, me arrastra hasta nuestra próxima clase y evita la pregunta. Permito que lo haga, aturdida. Creo que me he perdido algo.

—Akira —insisto.

—Si tantas ganas tienes de hablar con él, adelante, hazlo, pero te advierto que les cortarás el rollo —me dice. Se me debe de dar bien exteriorizar los sentimientos sin palabras porque enseguida nota que no sé de qué me habla. Pone los ojos en blanco—. No me creo que no hayas oído los rumores. Todo el mundo lo sabe. Ha vuelto con su novia, Abril. Vuelve a salir con ella y tú eres la última en enterarte.

Capítulo 14
Las reglas ocultas de la lista

—¡Sal de ahí de una vez!

Pongo los ojos en blanco y subo el volumen de la música hasta que apenas oigo los gritos de Jason. Imaginármelo al otro lado de la pared, más enfadado que nunca, hace que sonría. Me inclino sobre el lavabo y me aplico corrector en la zona de las ojeras. He dormido mal estos días y me está pasando factura.

—¡Abril! —Vuelvo a escuchar.

Estoy a punto de volver a girar la rueda del reproductor, cuando mi hermanastro aporrea la puerta con fuerza. Sobresaltada, permito que el lápiz corrector se me escurra entre los dedos y suelto un gruñido.

—Púdrete, Jason.

Con mucha paciencia, soporto sus gritos durante los cinco minutos que tardo en maquillarme. Me aplico un poco de polvo en las mejillas antes de cerrar el estuche y sonreírle al espejo. Desde allí, una joven castaña me devuelve la mirada. Ya no parece una muerta viviente, así que supongo que mis esfuerzos han merecido la pena.

Cuando salgo del baño, con la mochila al hombro, descubro que Jason todavía no se ha ido. La diferencia entre este baño y los de nuestras habitaciones es que aquí hay espejos. Aunque hace tiempo que le pido a Rose que me deje comprar uno para mi dormitorio, insiste en que no hay espacio suficiente. Es una mujer un poco rara. Según ella, en el de Jason pasa lo mismo.

Como consecuencia, no hay día en el que no nos peleemos por el baño. Al verme, mi hermanastro se levanta del suelo y me mira con

mala cara.

—Creía que estabas hibernando —protesta con su característico desdén. Como todavía no me he apartado de la puerta, añade—: Muévete. Tengo que retocarme la barba.

Arqueo las cejas. Por mucho que se ponga chaquetas de cuero y pantalones desgastados para parecer mayor, no puede ocultar su cara de niño.

—¿Qué barba?

—Muy graciosa. Ahora, largo. —Me río. Me dispongo a apartarme de la puerta, pero me detengo al oír lo que dice a continuación—: Espero que sepas que, aunque te maquilles, siempre parecerás una bruja. Estás tirando el dinero. Asúmelo de una vez y deja que acaparar mi jodido baño. Tengo cosas que hacer.

Mi cara es todo un poema. Jason esboza una sonrisa burlona, como si le enorgulleciese dejarme sin palabras, y empuja para quitarme del medio. Sin embargo, no voy a dejar que gane tan fácilmente. Como declaración de guerra, corro para encerrarme de nuevo en el baño, echo el pestillo y me apoyo contra la madera.

Él aporrea la puerta desde fuera.

—¡Eres una hija de…!

No llego a escuchar el final de la frase. Subo el volumen de la música hasta que me duelen los oídos y miro por la única ventana que tiene la habitación. Por suerte, estamos en el primer piso. Solo tardo unos segundos en pasar las piernas sobre el alféizar, como si fuera un ninja, y dejarme caer sobre el jardín delantero de la casa.

Después, emprendo mi camino hacia el instituto con una sonrisa en la cara. Me pregunto cuánto tiempo tardará Jason en darse cuenta de que me he ido.

Ahora que papá trabaja por las mañanas, nuestro paseo matutino en coche ha pasado a la historia. Es una suerte que no me importe caminar sola. Aunque me gustaría tener algo de compañía, solo conozco a dos personas que vendrían conmigo y ambas están ahora en mi lista negra.

La primera es Jason, pero creo que no necesito explicar por qué. Dudo mucho que llegásemos al instituto sin matarnos por el camino.

Sin quererlo, me detengo frente al lugar donde solía esperar a la segunda.

Dos llamadas perdidas y cuatro mensajes de texto. Desde ayer al mediodía, cuando me marché a casa sin esperarlo, el nombre de Noah Carter no ha dejado de aparecer en la pantalla de mi teléfono. Sé que no debería haberme ido sin avisar, pero eso no significa que vaya a disculparme. Tampoco creo que lea nada de lo que me ha escrito. No se me ocurre ninguna razón para hacerlo.

En lo que a mí respecta, Noah se ha convertido en alguien a quien evitar. De hecho, podríamos decir que huyo cada vez que lo veo. Al menos, eso es lo que dice Akira, aunque su opinión no me importa. No conoce toda la historia. Por eso no me creyó cuando le dije, en cuanto me enteré de la noticia, que me alegraba mucho de que Noah hubiese vuelto con su novia.

Según ella, me pongo de mal humor siempre que hablamos de ellos. Insinúa que me molesta que estén juntos de nuevo, pero no podría estar más equivocada.

En realidad, las vidas de esos dos me importan un pimiento. Lo único que quiero es que, ahora que ha conseguido lo que quería, Noah borre de una vez la foto que le hizo a mi lista en su día y que se olvide de ella y de mí tan pronto como sea posible.

Trato de no pensar en todo ello durante las primeras horas del día. Cuando llega la hora del almuerzo, me siento con mis amigos en el lugar de siempre. Sin embargo, por mucho que Akira y Wesley intentan que esté cómoda, siempre que estoy a solas con ellos, siento que sobro. Abrumada, inspecciono el comedor y mi mirada se cruza, de manera furtiva, con la de Noah.

Trago saliva. Él no aparta la mirada, aunque tampoco se sienta con nosotros. En su lugar, se va a otra mesa con Oliver y el resto de los jugadores del equipo.

Me convenzo de que, aunque me cueste creerlo, me hace un favor.

Tardo menos tiempo que de costumbre en almorzar. No quiero seguir aquí, por lo que me despido de mis amigos y salgo de la cafetería. Mientras avanzo por el pasillo, reviso, distraída, el cuaderno de anotaciones. Al final, encuentro la página donde escribí todas las razones que menciono en el artículo.

Leerlas me revuelve el estómago. Cierro los ojos, consternada. De repente, como si acabase de teletransportarme, me encuentro frente a la redacción del periódico. Sin darme cuenta, me choco con

la chica que se interpone entre la puerta y yo.

—¡Lo siento! No miraba por donde iba. Disculpa si…

—Alevosía. —Escucho de pronto. La chica se agacha para recoger el cuaderno y me lo tiende tras leer la palabra que está escrita en mayúsculas en la parte superior de la página—. Dícese de una traición, una pérfida o una deslealtad. Es un término curioso. Si sabes cómo usarlo en una frase, creo que nos llevaremos bien. —Cuando agarro la libreta, me tiende una mano y se presenta—: Soy Michelle. Diccionario andante, correctora y redactara del periódico escolar. No te preocupes por el golpe, ha sido culpa mía. Suelo distraerme mucho cuando leo —añade y levanta el libro abierto que lleva en las manos—. ¿Estás bien?

Me apresuro a asentir y le estrecho la mano. Estoy bastante segura de que nunca la había visto. Es una chica delgada, que oculta sus ojos oscuros bajo unas grandes gafas de pasta. Lleva el pelo, rubio y rizado, recogido en una coleta.

—Soy Abril —me presento. Ella ensancha la sonrisa.

—Lo sé. El señor Miller nos habló de ti. Eres nueva en el equipo, ¿verdad?

—Algo así.

—¿A qué te dedicas, exactamente?

Dudo a la hora de responder. ¿Debería guardar o no el anonimato?

—Soy la correctora suplente —miento, solo por si acaso.

Michelle frunce el ceño.

—Suplente, dícese de una persona que puede suplir a otra, en caso de que sea necesario, en un cargo o una actividad. —Recita la definición como si la leyera directamente del diccionario. Después, arruga todavía más el ceño—. Soy la única correctora que tiene el periódico. No necesito una suplente.

Mierda. Abro la boca y la cierro varias veces, mientras pienso en qué decir.

—Pero todo buen maestro tiene un aprendiz. —Al final, recurro a mi portentoso ingenio—. Lo mío no es nada serio, lo prometo. Solo quiero aprender, nada más.

Pese a que se muestra recelosa al principio, mis brillantes dotes para la actuación la convencen. Esboza una sonrisa y entrelaza un brazo con el mío.

—Se te ve entusiasmada —observa—, así que te daré una oportunidad. Pero te lo advierto, cariño, el mundo de la corrección es indudablemente complicado. Estudio la definición de cada palabra que leo o escucho para ampliar el vocabulario y hacer más cultos nuestros escritos. Por desgracia, el señor Miller insiste en que el periódico debe «adaptarse a todo el alumnado» y por eso nos obliga a utilizar un lenguaje más coloquial. ¿No te parece estúpido? Disculpa mi descortesía, pero ese hombre es un paleto. —Pone los ojos en blanco, exasperada—. En fin, manos a la obra.

Me gustaría saber qué le ha hecho pensar que estoy entusiasmada. Antes de que pueda contestar, Michelle me arrastra por el pasillo como si fuésemos amigas de toda la vida. Intento frenarme con los pies; no puedo irme sin hablar antes con el señor Miller. Solo quedan unas horas para que publiquen mi artículo y ya no estoy tan segura de que quiera que Noah sepa todo lo que escribí sobre él.

Si quiero modificarlo, tengo que hacerlo ya.

—¿Dónde vamos? —pregunto, mientras me resisto.

—Voy a presentarte al resto del equipo. Son gente agradable, aunque espero que tengas mucha paciencia. Es un auténtico calvario que siempre cometan las mismas faltas de ortografía.

Cuando llegamos al pasillo principal, entiendo que vamos directas a la cafetería. Considero la idea de rendirme e ir a hablar con el señor Miller en otro momento. No obstante, distingo un rostro conocido a lo lejos.

De inmediato, me invade el pánico, agarro a Michelle del brazo y la arrastro de vuelta a la redacción. Como hago desde ayer, huyo de Noah Carter antes de que él recaiga en mi presencia.

—No me apetece conocer a nadie ahora mismo —titubeo, y contengo el impulso de cerrar la puerta a mi espalda. Sería muy sospechoso.

—No seas tonta. Te caerán bien, ya verás.

Cierro los ojos con fuerza y suplico al cielo, casi mil veces seguidas, que Noah no nos escuche.

—Me apetecería hacer otra cosa, como… no sé, leer el diccionario. Hace tiempo que no lo hago —sugiero y dejo escapar una risita nerviosa.

Michelle esboza una sonrisa. Parece que la idea le gusta.

—Me parece fantástico. —Acto seguido, se pone seria y me señala con un dedo—. Pero yo me pido leer desde la L hasta la Z. Son mis términos preferidos.

Accedo sin dudarlo. Esta chica está un poco loca.

—Como prefieras.

Me siento aliviada. Parece dispuesta a hacer lo que le pido. No obstante, la mala suerte siempre me pisa los talones. Cuando abre la boca de nuevo, en lugar de recitar una de sus definiciones, pronuncia el nombre de la persona a la que menos me apetece ver ahora mismo.

—Noah Carter. —Me basta con imaginar dónde se dirige su mirada, que pasa por encima de mi hombro, para que me asalten los nervios—. Tu nombre es sinónimo de problemas. ¿Qué te trae por aquí?

Escucho su risa a mi espalda. Aunque lucho contra las ganas que tengo de girarme, pierdo la batalla. Su mirada conecta rápidamente con la mía. Está apoyado contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos. Sé que espera que sonría, pero no lo hago, y frunce el ceño.

—Michelle —pronuncia, sin dejar de observarme—. ¿Estáis ocupadas?

—La verdad es que sí. Estábamos a punto de…

—¿Te importa si te la robo un momento?

Me señala con la cabeza para aclarar que se refiere a mí. Miro a la chica y ruego en silencio porque diga que no. Ella arruga la frente.

—No sé qué decirte —contesta. No entiende nada—. Es mi aprendiz de diccionario.

Pero Noah no se deja convencer con facilidad.

—Te prometo que le haré recitar algunas definiciones por el camino. Vamos.

Dicho esto, enrosca los dedos en torno a mi muñeca y salimos juntos de la redacción. Ahora que estamos a solas en el pasillo, el corazón me late aún más rápido. Dejo que me lleve un poco más lejos antes de sacudir el brazo para que me suelte.

Entonces, se vuelve hacia mí tan rápido que me pilla desprevenida.

—¿Por qué me evitas?

Aprieto los labios.

—Define «evitar».

—He intentado hablar contigo desde ayer, pero huyes cada vez que me acerco. Te fuiste sola a casa, sin avisarme, y te esperé aquí como un imbécil porque no sabía que te habías ido. Ni siquiera me cogiste el teléfono. Tampoco respondes a mis mensajes. Eso es «evitar a una persona» y no tengo ni idea de por qué lo haces. —Como siempre que se altera, habla tan rápido que me cuesta entender lo que dice. Toma aire antes de continuar—: Quería sentarme con vosotros en el comedor, pero me he ido con Oliver porque creía que estabas enfadada conmigo. Iba a dejarte tranquila, ¿sabes? Es lo que hace la gente cuando pasan estas cosas. El problema es que no soy capaz. No soporto pensar que me odias por una razón que desconozco. ¿He hecho algo que te ha molestado? Si es así, dímelo. Intentaré solucionarlo, supongo, o no sé. Yo solo… no sé.

Sus oscuros ojos se clavan en los míos cuando baja los brazos y respira. Escudriño su expresión, pero no descubro nada que no sepa ya: espera una respuesta.

Me he comportado como una idiota.

—Olvídalo, Noah —le pido. Soy sincera cuando añado—: No has hecho nada malo.

Es la verdad, aunque haya intentado convencerme de lo contrario. Me doy la vuelta, decidida a dejar todo esto atrás, pero me agarra del brazo para impedirlo.

—Entonces, no entiendo por qué has dejado de hablarme —protesta. Está más perdido de lo que creía—. ¿Te caigo mal o algo similar? Quiero decir, sé que piensas que a veces soy insoportable, pero…

—No me caes mal —respondo, como si fuera absurdo. Ahora que me ha soltado, intento irme de nuevo, pero me rodea y se detiene frente a mí.

—Vale. Entonces, no te vayas.

—Tengo clase.

—Vuelve a evitarme. —Se lleva las manos a la cabeza y suspira —. Dios mío, todo esto es absurdo.

—Lo es —coincido. Me he cansado de guardarme lo que pienso —. ¿Qué sentido tiene que seamos amigos? Tengo mi artículo y tú

has conseguido lo que querías. Nos hemos utilizado mutuamente. Fin del trato. No hay más.

Se queda perplejo.

—¿Qué?

—En realidad, me alegro por vosotros. —No sé si lo pienso de verdad o si lo digo porque sí, pero me arranco las palabras de la garganta, una a una—: Por ti, más bien. Se notaba que la querías. Es genial que todo haya vuelto a la normalidad.

Espero que sea él quien mencione la lista, pues prefiero que no sepa que he pensado en ello. No obstante, algo cambia en su expresión. De pronto, me percato de que estoy observando su boca.

—Así que es eso —se limita a decir.

—¿Qué ocurre?

—Y yo que pensaba que me odiabas.

—¿Por qué sonríes? —Frunzo el ceño—. Noah —insisto.

—A la gente le encanta meterse en la vida de los demás. Supuse que tú no te creerías los rumores, pero veo que me equivocaba —articula, y me siento desconcertada ante la burla—. Amanda y yo no hemos vuelto, Abril. La verdad es que dudo mucho que lo hagamos.

Pestañeo.

—¿Cómo?

Se mete las manos en los bolsillos. Viste unos vaqueros, como casi siempre, y una camiseta con un logo en el centro. El corazón se me acelera y, de repente, deseo arrancármelo del pecho para romper todas sus esperanzas con un martillo.

—Para salir con alguien, primero necesito confiar en esa persona. Amanda se enrolló con mi mejor amigo, a mis espaldas, y tuvo la poca decencia de hacerlo en mi habitación. ¿Cómo iba a plantearme volver a estar con ella? —Sacude la cabeza—. Me volvería loco.

Vale, admito que eso tiene bastante sentido, aunque sigo asimilando lo que acaba de pasar. Lo miro durante un segundo antes de buscar sus ojos.

No quiero que sepa que, por algún motivo, lo que ha dicho me ha tranquilizado, así que respondo lo primero que me viene a la cabeza.

—Cuando hablas así, casi pareces una persona madura.

—Te dije que no hacía esto para darle celos a nadie, pero no me creíste. Espero que esto sea prueba suficiente.

—No me importa si lo haces para darle celos o no —le aclaro—. Tampoco me importaría que hubieses vuelto con ella. Es tu vida. Haz lo que quieras.

Arquea las cejas. La situación le divierte y eso me pone de los nervios.

—¿Por eso me has evitado?

—Te evitaba porque me caes mal.

—¿Has escrito el artículo sobre eso? ¿Sobre lo mal que te caigo?

Me sostiene la mirada en todo momento.

—No voy a decírtelo.

—Está bien.

—Tampoco pienso dejar que lo leas.

—Sabes que seré el primero en hacerlo.

Pongo los ojos en blanco. En el fondo, sé que tiene razón. Tras dedicarme una sonrisa burlona, Noah echa a andar por el pasillo. El corazón se me llena de alegría porque estoy a punto de perderlo de vista, pero se detiene sin haber avanzado apenas dos metros.

Luego, se vuelve hacia mí.

—Ahora que lo pienso, no entiendo cómo pudiste pensar que había vuelto con ella. Sobre todo, si tienes en cuenta las reglas ocultas de la lista.

—¿Reglas ocultas? —repito. Eso es nuevo.

—No puedes intentar enamorar a una persona si sales con otra. Sería de muy mal gusto —me dice. Vuelve a sonreír como despedida mientras se aleja por el pasillo—. Nos vemos luego, Abril.

Capítulo 15
Verdaderas intenciones

El resto de la mañana transcurre con normalidad. Poco antes de que terminen las clases, descubro que el señor Miller no ha venido a trabajar hoy, lo que explica por qué no he conseguido dar con él en todo el día. Un alumno de primer curso intenta compartir conmigo su teoría acerca de cuál podría ser la razón de su ausencia, pero me voy en cuanto menciona algo sobre las uñas de los pies y rezo por no volver a verlo en la vida.

No dejo de pensar mientras saco de la taquilla todos los libros que necesito llevarme a casa. Con el señor Miller fuera de servicio, la última oportunidad que tenía de modificar el artículo antes de que se publique se ha ido al traste. Podría pedir ayuda a Michelle, pero prefiero que nadie más sepa que soy la autora.

Reconozco que me disgusta pensar que lo que escribí vaya a salir a la luz. Pese a que ayer me parecía una idea fantástica porque quería que todos supieran que Matthew no es el centro del mundo, la situación ha cambiado.

No quiero ni imaginarme la cara de Noah cuando lea la exclusiva.

No después de lo que ha ocurrido hace unas horas.

No después de que haya admitido que está intentando que me enamore de él.

Aunque ese es el objetivo de la lista, la declaración no debería de haberme tomado por sorpresa. Aun así, no he dejado de pensar en ello desde entonces. De todas formas, sé que es inútil; Noah es muy impredecible y no creo que yo sea capaz de averiguar qué pretende con todo esto.

Por eso me consuelo al pensar que, de momento, no ha conseguido lo que se propone. Y no lo conseguirá. Nunca.

Por desgracia, una parte de mí no está de acuerdo con lo que dicta el cerebro. Lo noto cuando, una vez fuera del instituto, se me escapa una sonrisa al encontrarme con él en las escaleras. Me espera, como siempre, para volver juntos a casa.

A medida que me acerco, me reprocho que no debería sentirme así. Me pregunto qué veneno será más efectivo a la horade exterminar aquello que me revolotea en el estómago.

—Empezaba a creer que ibas a evitarme de nuevo —me dice a la vez que me dedica una de sus bonitas sonrisas. Me dispongo a responder cuando Oliver, que aparece de repente, da un paso hacia delante y le da una palmada en la espalda a su amigo.

—¿Nos vamos?

Alzo las cejas.

—Así que tenemos compañía —comento.

La idea me desagrada y no me molesto en disimularlo. El hermano de Akira no es un mal chico, pero no me gusta cómo trata a Wesley.

Al oírme, Rabia se vuelve hacia mí. Arruga la frente y, aunque su mirada me intimida, no rompo el contacto visual. Para rebajar la tensión del ambiente, Noah se aclara la garganta.

—Oliver se queda hoy en mi casa. Tenemos que entregar un trabajo mañana. Se portará bien durante el camino, no te preocupes —bromea antes de hacerme un gesto para que camine.

Obedezco porque no me queda más remedio. Si hubiese sabido que Oliver vendría con nosotros, me habría inventado una excusa para volver sola. O me habría marchado sin decir nada, como hice ayer. Puede que eso lo hubiera confundido, sobre todo después de lo ocurrido esta mañana, pero tampoco me habría importado.

Quizá Noah habría pensado que, ahora que sé lo que pretende, he decidido alejarme de él de forma definitiva.

Aunque, ¿no era ese mi plan desde un principio?

Me siento tan incómoda que el trayecto se me hace mucho más largo de lo normal. Aunque Noah intenta que participe en la conversación, sus esfuerzos no dan resultado. Se nota que es muy amigo de Oliver porque hablan sobre cualquier tema con facilidad y yo camino junto a ellos, sonrío de vez en cuando e intervengo solo

cuando los escucho decir mi nombre.

Sin embargo, el ambiente cambia a medida que nos acercamos a mi calle. Tras cruzar una plaza bastante transitada, pasamos junto a un bloque de apartamentos amarillos que Oliver conoce muy bien. Todas las persianas están bajadas, excepto una.

Suelta un gruñido.

—Creo que ya sé por qué Akira no quería que hiciésemos el trabajo en casa —le dice a Noah, aunque yo también los escucho—. Seguro que está con él.

No paso por alto el odio que transmiten sus palabras y arqueo las cejas.

—Veo que todavía no le gusta que estén juntos —observo sin poder contenerme.

Él niega con la cabeza.

—No salen juntos. Akira sabe que lo tiene prohibido.

—¿Disculpa?

—Ese chico no me gusta. Mi hermana se merece algo mejor. —Luego, hace una mueca—. Se estarán besando en el sofá del salón. Por favor, es asqueroso.

Me molesta que hable así de Wesley. Me dejo llevar por mi instinto de mejor amiga, y comento:

—Prohibirle a tu hermana que salga con chicos está un poco anticuado, ¿no? —Noah me lanza una mirada de advertencia. Sabe que me he adentrado en terreno peligroso, pero lo ignoro—. Wesley es un chico increíble. Además, Akira le gusta mucho. No encontrarás a nadie que la cuide mejor que él.

En cuanto oye esto último, Oliver se vuelve hacia mí.

—Yo la cuido mejor que cualquiera —gruñe.

—Eso lo decidirá ella.

—La próxima vez que vea a Wesley, le daré una paliza.

—Oliver —interviene Noah, pero es demasiado tarde.

—No lo harás —le aseguro—. Al menos, no si puedo evitarlo.

Se ríe y arquea las cejas, divertido. Intenta ridiculizarme, pero este tema me molesta y no dejaré que se salga con la suya.

—Tú vas a evitarlo —se burla.

Aprieto los puños y las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Sí.

—Chicos, hemos dicho que nos portaríamos bien —susurra Noah, aunque ambos lo ignoramos.

—Que seas una chica no significa que no pueda darte una paliza, ¿sabes? —Oliver me lanza una mirada intimidatoria—. No tengo reparo en hacer esas cosas.

Me ha amenazado y nadie lo ha pasado por alto. Al ver que la situación se nos va de las manos, Noah se prepara para intervenir de forma más rotunda. Entonces, hago algo que nadie, ni siquiera yo misma, se espera.

Me armo de valor, aprieto el paso, rodeo al bailarín y me detengo frente a Oliver. Es mucho más alto que yo, pero no dejo que su altura me frene.

—Hazlo —articulo cada sílaba con lentitud—. Adelante, pégame. Vamos, Oliver, utiliza esa fuerza de la que tanto presumes. —Me cruzo de brazos—. Sé que no lo harás, porque en el fondo sabes que tengo razón.

Me he metido en un buen lío. Oliver resopla, como los toros, y algo me dice que está a punto de correr hacia mí y lanzarme a la otra punta del mundo de un puñetazo. Sin embargo, permanezco firme. No cedo, a pesar del miedo que siento y de la ansiedad que me aprieta los pulmones.

A pesar de todo, no me dejo intimidar, porque creo que sé cómo funcionan los chicos como Oliver.

Solo espero no estar equivocada.

—Vamos —insisto.

Aprieta los puños. De pronto, Noah se cuela en mi campo de visión y le pone una mano en el pecho a su amigo.

—No vas a hacerlo —dice. No sé si es una advertencia o si lo da por hecho.

Oliver niega con la cabeza, aunque no relaja la mandíbula.

—No —escupe, sin dejar de mirarme—. Pero porque no quiero que llore. —Luego, se vuelve hacia Noah—: Aunque deberías decirle que se meta en sus puñeteros asuntos.

Me mira por última vez antes de retomar el paso. Aliviada, me giro para ver cómo se aleja de nosotros. Todas las células de mi cuerpo quieren organizar una fiesta para celebrar que sigo viva. Me duele el pecho porque llevo un rato sin respirar.

Suelto todo el aire de golpe. Antes de que pueda moverme, Noah

me agarra del brazo para que me dé la vuelta.

—Te has vuelto loca —me espeta, como si yo no lo supiera—. ¿A qué ha venido eso?

—No soporto que se meta con Wesley.

Seguro que se esperaba mi respuesta, pero, aun así, se hace el sorprendido. Espira, niega con la cabeza y alza la vista al cielo.

—Y luego te preguntas por qué digo que eres peligrosa.

—Lo siento si te ha molestado —me disculpo. A fin de cuentas, acabo de pelearme con su mejor amigo.

—Has hecho bien. Yo también pienso que Oliver exagera con todo esto. Aunque ahora está enfadado y es posible que destroce nuestro trabajo si insisto demasiado. No voy a darte las gracias por eso.

El corazón me late muy rápido. Quiero pensar que se debe a la adrenalina del momento, pues me niego a aceptar que el hecho de que Noah me haya agarrado por la muñeca tenga algo que ver. Por si acaso, sacudo el brazo para que me suelte. Después, meto las manos en los bolsillos de los pantalones.

Sonrío con los labios apretados.

—Gracias —añado—, por intervenir.

Él niega con la cabeza.

—No es necesario. Habrías podido tú sola con él. Si me he involucrado, ha sido porque me preocupaba la salud física de Oliver. —Al ver que subo las cejas, esboza una sonrisa—. Si las cosas se hubieran puesto feas, podrías haberlo golpeado con una puerta. Sé por propia experiencia que es muy desagradable.

No me aguanto las ganas de reír. Ha conseguido lo que se proponía. Sonríe orgulloso y me hace un gesto para que pase por delante de él. Andamos juntos durante todo el camino.

Aunque vamos en silencio, no me siento incómoda. Cuando llegamos a nuestro barrio, Oliver nos lanza una mirada por encima del hombro, gira hacia la izquierda y va directamente a llamar al telefonillo de Noah. Este último, en cambio, me acompaña hasta la esquina de la calle para despedirnos allí.

Nos miramos en silencio. De pronto, un tintineo me llega a los oídos y Noah se saca el móvil del bolsillo. Retrocedo para darle intimidad.

Una sonrisa se le dibuja en el rostro al encender la pantalla.

—Vaya, qué coincidencia —comenta y alza la mirada—. Me ha llegado un correo electrónico del blog del periódico del instituto; han subido una nueva entrada.

Se me seca la boca. Mi artículo.

—¿Qué clase de persona se suscribe a esas cosas? —bromeo. Quiero quitarle hierro al asunto para que no note mi nerviosismo.

—Si te digo la verdad, creo que soy el único.

—Seguro que le caes bien al señor Miller. —Noah se echa a reír. Me pongo seria y aprieto los labios—: No lo leas ahora, ¿vale? Espera a que me haya ido.

Sacude la cabeza.

—Conozco a gente dentro de la redacción —me aclara—. Lo he leído esta mañana.

Se me revuelve el estómago e intento decir algo, pero me quedo callada y me muerdo el labio. Pienso en cada una de las líneas que escribí y no sé si quiero saber qué opina al respecto o si siento vergüenza. Quizá ambas.

Noah se humedece los labios. Aparto la mirada de ellos y lo miro a los ojos.

—¿De verdad piensas todo eso de mí? —me pregunta.

—Eso depende de lo que vayas a decir ahora —añado en lugar de contestar.

Ladea la cabeza y sonríe.

—Crees que soy buena persona.

—Sí, lo creo.

Da un paso hacia mí.

—Que me preocupo por la gente que me rodea.

—Es verdad.

Otro más.

—Que soy divertido.

—Eso era solo para rellenar espacio, que no se te suba a la cabeza.

Se acerca un poco más.

—Te gusta que sonría a todas horas —añade.

—No he dicho que me guste.

Arquea las cejas.

—Entonces, debería intuir que no te gusta.

—Tampoco he dicho eso.

Aprieto los labios. La distancia entre nosotros no es excesivamente corta, pero a mí me parece que está demasiado cerca.

—Siempre que sonríes a una chica de esa manera, parece que intentas ligar con ella —comento. Aunque se sorprende al principio, Noah esboza una sonrisa.

—Bueno, a veces lo intento de verdad.

No sé a qué ha venido eso, pero vuelvo a sentir un cosquilleo en el estómago. Mi cerebro, que me advierte que estoy entrando en zona peligrosa, es el que me obliga a dar un paso atrás. El ambiente cambia cuando pregunto:

—¿Por qué haces esto?

Frunce el ceño.

—¿El qué?

—Mi lista. Si no es para poner celosa a Amanda, ¿por qué la haces?

Su sonrisa desaparece y frunce los labios.

—No lo sé.

—Noah —insisto.

—Supongo que me pareció un reto. A todo el mundo le gustan esas cosas.

Entrecierro los ojos. No me lo creo.

—Esa respuesta es una mierda.

—¿Qué quieres que diga?

—La verdad.

Insistiré hasta que lo haga, pero, por suerte, no se hace de rogar. Suspira, baja la mirada al suelo y luego la sube hasta mi rostro.

—La lista me ayudó en su momento —reconoce. No entiendo a qué se refiere, pero no le interrumpo—: Me daba algo en lo que pensar. Paso muchas horas solo al día, tanto cuando bailo como cuando estudio en casa. Siempre tengo mil cosas en la cabeza. Necesitaba algo que me distrajera. Algo en lo que pudiera concentrarme para evitar pensar en lo que pasó.

Trago saliva. Odio admitirlo, pero sus palabras son como puñales.

—Así que me utilizabas para olvidarla.

—Utilizaba tu lista —me corrige—. Lo hacía. En pasado. Pero eso se ha acabado, porque ya la he olvidado. Lo prometo.

—Aun así, todavía quieres completar todos los puntos. —No debería, pero me siento aliviada cuando asiente—. ¿Por qué?

—No lo sé. Porque me gusta, supongo. Me gusta porque implica pasar más tiempo contigo. —Frunce el ceño, como si él tampoco lo entendiese, y me mira a los ojos—. Me gusta pasar tiempo contigo, Abril.

Ante eso, me cruzo de brazos. Noah me sostiene la mirada e intento averiguar qué opino sobre lo que acaba de decir. Me gustaría que no fuera así, pero me siento muy halagada. Sospecho que se debe a que, en el fondo, yo también me lo paso bien cuando estamos juntos.

Aunque no me creo que él piense lo mismo. En realidad, no me creo nada de lo que dice. Proviene de una familia de mentirosos.

—Este sería un buen momento para que me dijeses que a ti también te gusta pasar tiempo conmigo —murmura. Como no contesto, hace una mueca—. Está bien. Olvídalo. Seguro que piensas que soy patético —añade, y me apresuro a negar con la cabeza.

¿Por qué no dejo de compararlos? ¿Por qué creo que Noah tiene las mismas intenciones que su primo? ¿Por qué hago a ambos responsables de los errores que cometió uno de ellos?

—Si pensase eso, lo habría puesto en el artículo. —Sonrío con los labios apretados—. No se me dan bien estas cosas, así que tendrás que conformarte con saber todo lo que escribí es verdad.

Dudo que entienda lo que quiero decir, pues ni siquiera yo lo hago. Por suerte, vuelve a sorprenderme. Ya no está serio y eso hace que me sienta mucho mejor conmigo misma.

—Es suficiente. —Me tranquiliza con su sonrisa—. He conseguido que pienses eso de mí y solo he completado cinco puntos. Desde luego, tengo motivos para sentirme orgulloso.

Pongo los ojos en blanco, aunque no dejo de sonreír. Al parecer, sabe que ha cumplido el punto número trece hace un rato, cuando ha evitado que Oliver me pegara, o que yo le golpeara a él.

—Eres un engreído.

—¿Por qué no vienes esta tarde a la academia? —me propone. Se balancea con los pies de atrás hacia delante—. Oliver se irá a las seis, mi madre y Dana trabajan, Matthew tiene entrenamiento y tengo que llevarme a Tom al ensayo. Me vendría bien que alguien

lo vigile para que no haga de las suyas. —Entonces, me mira de arriba abajo, sin dejar de sonreír—. Aunque, ahora que lo pienso, quizá sea él quien tenga que vigilarte a ti.

—Muy gracioso —respondo y finjo haberme ofendido. No puedo negar que me gusta la propuesta. Noah ladea la cabeza y se mete las manos en los bolsillos.

—¿Nos vemos luego?

Todo mi cuerpo me pide a gritos que acepte, pero me limito a encogerme de hombros, como si en realidad no me importase.

—Está bien. Tampoco es que tenga nada mejor que hacer.

Noah me observa, divertido.

—Se te da fatal hacerte la difícil, que lo sepas.

Eso me toma por sorpresa. Me acerco para darle un golpe en el hombro, pero se aparta rápidamente y corre, sin dejar de reírse, hasta Oliver. Mientras cruzo la carretera de camino a casa, veo a este último hacer un gesto al bailarín que imita a un pescador que recoge lo que ha pescado con la caña.

Noah se ríe y le da un empujón antes de adentrarse en la vivienda.

Capítulo 16
El arte de ser predecible

—Si te hago una pregunta, ¿me dirás la verdad?

La dulce voz de Tom me trae de vuelta a la realidad. Sacudo la cabeza e intento centrarme, pero no aparto la mirada de la persona a la que llevo observando desde que he llegado.

Noah está a unos metros de nosotros y se mueve frente a uno de los grandes espejos que cubren las paredes del estudio. Sigue los pasos que su compañera, una chica que se ha presentado como Karinna, realiza con elegancia. Verlos bailar es increíble. No sabía que la danza contemporánea fuera tan bonita. Ambos se mueven con ritmo por toda la habitación, al son de una canción que suena a través de los altavoces.

Según he oído, solo tienen la mitad de la coreografía. Han practicado una de las piruetas durante un tiempo porque no les sale bien. Ahora han vuelto a empezar desde el principio.

Cuando Karinna enreda las piernas alrededor de la cintura de Noah, que la agarra para estabilizarse y que ella se incline hacia atrás, aparto la mirada.

—A ver, sorpréndeme —respondo al niño.

—¿Eres la novia de mi hermano?

Vale, eso no me lo esperaba.

—No.

—Pero te gusta.

—¿Qué?

—No dejas de mirarlo —dice, como si eso fuera prueba suficiente. Voy a discrepar, cuando añade—: Cuando seas su novia, ¿me regalarás un guarda-pelotas?

—Haz los deberes, Tom.

Niega con la cabeza y suspiro. Estamos sentados en la parte baja de las escaleras que conducen al estudio, de forma que Noah y Karinna nos dan la espalda. Desde aquí tengo una perspectiva de la sala bastante generosa. Veo las barras del fondo y distingo la luz que se refleja sobre la madera del suelo. Sin embargo, hace un rato que quiero marcharme.

Tal vez sea una niñera desastrosa y me saca de quicio que Tom se niegue a estudiar o, tal vez, deba echarle la culpa al hormigón de los escalones, que me congela el trasero. El caso es que daría lo que fuera por irme. Llevo aquí casi una hora sin moverme mientras ellos danzan por toda la sala.

Y me siento como una intrusa.

Cuando Noah me pidió que viniese a verlo ensayar con la excusa de que necesitaba que cuidase de su hermano pequeño, creí que estaríamos solos. O que vendría mucha más gente. Debería haberme imaginado que Karinna era la única que también estaba invitada. No puedo quejarme. Es una chica muy dulce que me sonríe cada vez que cruzamos miradas, pero, a la vez, hace que mi presencia aquí me parezca irrelevante.

Todavía no entiendo por qué Noah ha insistido tanto en que nos quedásemos. Podría haberme llevado a Tom al parque o haber esperado fuera con él, en el pasillo, hasta que terminasen.

Cualquier cosa me habría hecho sentir menos incómoda.

—Por favor —insiste el niño—. Es que necesito uno de verdad.

Arqueo las cejas. Tiene un gran libro abierto sobre los muslos, pero, en lugar de escribir, pintarrajea las esquinas.

—¿Para qué demonios quieres tú un guarda-pelotas?

—Necesito algo que las mantenga en su sitio. Cuando juego, ruedan por todos lados. Es desquiciante.

Es evidente que no hablamos de lo mismo, pero, aun así, se me escapa una sonrisa. Nunca había oído a un niño de su edad utilizar el término «desquiciante».

—Tu hermano me ha dicho que tienes que hacer los deberes. —Yo tampoco voy a ceder—. Así que, vamos, ponte manos a la obra.

—¿Se enfadará contigo si no los hago? —me pregunta, aterrado —. ¿Dejarás de gustarle?

—Por décima vez, no le gusto a tu hermano.

—Claro que sí, y a ti te gusta él. Puedo convencerlo para que te regale un anillo, si quieres, pero primero tendrás que darme mi guarda-pelotas.

Le arrebato la libreta de las manos y paso a la siguiente página.

—Deberes. Ahora —digo muy seria. Él pone los ojos en blanco.

—Eres muy aburrida. ¿Por qué no me dices la verdad?

—Tom, no seas pesado.

—Si Noah no te gustase, no estarías aquí.

—Me pidió que viniera. Necesitaba a alguien que cuidase de ti —respondo mientras copio los apuntes de su profesora en una hoja en blanco. Una vez que he terminado, se la tiendo—. He venido a vigilarte. Ahora cállate y trabaja.

—A mi hermano también se le da muy bien mentir —responde. Ahora que tiene toda mi atención, señala la puerta del estudio, que está unos escalones por encima de nosotros—. Siempre que vengo aquí con Noah, me quedo fuera con Greatel. Es la dueña del estudio y me da galletas de chocolate para merendar. Noah le dijo que me cuidarías esta tarde. —Me he quedado sin palabras. Orgulloso, Tom lanza la libreta al suelo y se cruza de brazos—. No has venido aquí a vigilarme, así que no voy a callarme ni a trabajar.

La canción que sonaba por los altavoces llega a su fin y el estudio se queda en silencio. Me muerdo el labio y miro a Noah. Me fijo en los músculos de la espalda, que se le marcan a través de la camiseta negra, y en cómo se pasa una mano por el pelo, frustrado, cuando Karinna le reprocha los fallos.

La escena me devuelve al día en que nos conocimos. Una pequeña sonrisa se me dibuja en los labios, aunque me pongo seria enseguida. Karinna se acerca a Noah para susurrarle algo al oído y le da un golpe en el pecho. Él se ríe antes de seguirla hasta el reproductor mientras se queja en voz alta. No escucho nada de lo que dicen, pero tampoco creo que sea necesario.

Aparto la mirada, por instinto. ¿Qué me pasa?

—Tom ¿te apetece que demos un paseo?

Me giro con la esperanza de encontrarme con el inocente rostro del niño. Sin embargo, a mi lado no hay nadie. Al menos, ya no.

Sobresaltada, me arrodillo e inspecciono toda la estancia desde lejos. Cuando lo doy todo por perdido y pienso en cómo voy a decirle a Noah que no encuentro a su hermano pequeño, diviso su

diminuto cuerpo al fondo de la sala, junto al equipo de música.

Tom se ha detenido cerca de los bailarines y, como no se mueve, deduzco que está escuchando la conversación. No debe de gustarle lo que oye, porque vuelve a mi lado pasados unos segundos, con la nariz arrugada.

—Será mejor que nos vayamos —me advierte mientras se sienta a mi lado—. Están discutiendo.

Los miro por el rabillo del ojo. Noah se ríe a carcajadas.

—Discutiendo —repito. Siendo sincera, no me lo creo.

Tom asiente.

—Karinna está enfadada con mi hermano. La he oído decir que piensa romper todos los espejos del estudio. Al parecer, Noah está muy distraído hoy.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—No deja de mirarnos.

Eso me toma por sorpresa. De inmediato, siento que la vergüenza me abruma y me duelen las mejillas. No tengo un espejo delante, pero seguro que me he puesto roja. Me muerdo el labio con fuerza.

¿Habrá notado que yo también he estado pendiente de él?

Ante mi silencio, Tom esboza una sonrisa traviesa. Se nota que es hermano de Noah porque, como él, parece disfrutar al ponerme nerviosa.

—En fin, ¿cuándo me darás mi guarda-pelotas?

Por suerte, el destino me salva de esta situación. Al otro lado de la sala, Karinna se levanta del suelo, deja al bailarín sentado frente al equipo de música y echa a andar hacia nosotros. Ha colocado todas las cosas al pie de las escaleras. Cuando llega, se agacha para recoger su chaqueta y se la pone.

Estamos en noviembre y empieza a hacer frío.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta mientras se sube la cremallera—. No somos malos, ¿verdad?

Esbozo una sonrisa. Los he visto realizar la coreografía completa varias veces antes de desconectar.

—Sois geniales. —Lo creo de verdad, aunque sé que hablo desde la ignorancia—. ¿Os presentáis a un certamen?

—Más o menos.

—Seguro que ganáis.

Sacude la cabeza y se ríe.

—No es tan sencillo. —Al oírla, siento vergüenza porque he hablado sin saber. No obstante, se me olvida cuando añade—: Me caes bien, Abril, pero preferiría que no lo hicieras. —Señala con la cabeza a Noah, que charla con Tom sentado en el suelo—. Hemos trabajado mucho en esta coreografía y nos sale bien, pero hoy se ha equivocado muchas veces. Voy a tener que vetarte la entrada a este sitio. No es nada personal.

Me río para disimular que me siento incómoda. No me creo nada de lo que dice. Karinna debe de estar exagerando, igual que ha hecho Tom. A fin de cuentas, Noah me ve todos los días en el instituto y no soy nada del otro mundo.

Escondo las ganas que tengo de marcharme, me meto las manos en los bolsillos y señalo a Noah con la cabeza, como antes ha hecho ella.

—Debería… —Karinna no me deja terminar.

—Sí, claro. De todas formas, me voy ya. —Me sonríe mientras se echa la bolsa de deporte al hombro. Tiene los dientes blancos y perfectos. Me despido con una sonrisa antes de caminar hacia él. Sin embargo, enseguida vuelvo a escuchar su voz a mi espalda—. Oye. —Me giro hacia ella—. Si lo necesitas, dile a Tom que Greatel ha comprado galletas. Créeme, funcionará.

Prefiero no saber por qué habla como si me hiciera un favor. Le doy las gracias de todos modos, antes de dirigirme hacia el fondo del estudio. La puerta chirría cuando abandona la estancia y el ruido alerta a los hermanos, que, por fin, recaen en mi presencia.

Noah me sigue con la mirada hasta que llego a su lado.

—Deberías haberme traído antes —comento y me cruzo de brazos—. Verte ensayar me habría servido para el artículo.

—¿Eso significa que, si pudieras, ahora cambiarías algo de lo que escribiste?

—Pondría que bailas muy bien.

Desconozco a qué vienen estas ganas de ser sincera con él, pero me alegro de no haberlas reprimido. Al oírme, Noah esboza una sonrisa.

—En realidad, creo que pusiste algo similar.

—Bueno, pero lo hice porque debía. Ahora sé que es de verdad.

Pone los ojos en blanco, sin dejar de sonreír. De pronto, alguien se aclara la garganta junto a nosotros. Tom está sentado frente al reproductor de música y toquetea la antena que capta las señales de radio.

—Tengo hambre —se queja y me río. Este niño representa cómo me siento a todas horas.

Entonces, recuerdo lo que ha dicho Karinna. Noah parece leerme la mente.

—Ve fuera. Greatel habrá hecho…

—¡Galletas! —exclama. Acto seguido, se levanta y corre hacia las escaleras del estudio como si llevase años sin probar bocado.

Nos quedamos solos. Aprieto los labios, trato de ocultar los nervios y me vuelvo hacia Noah. Él también se ha puesto de pie y se sacude el polvo de los pantalones. Lo observo hasta que termina.

Entonces, me mira. Todavía estoy de brazos cruzados.

—Bueno… —digo, pero me interrumpe.

—Bienvenida a mi lugar favorito de la ciudad —anuncia, con una gran sonrisa. Levanta las manos y lo señala todo a nuestro alrededor—. Es una pena que estén a punto de echarnos.

El corazón se me acelera. Acaba de cumplir otro punto. Con este, ya van seis; más de un cuarto de la lista.

—Supuse que sería este. —Prefiero no mencionar que me aterroriza que complete la lista tan rápido—. Aunque tenía la esperanza de que me sorprendieras, la verdad.

Mientras hablo, echo un vistazo a lo que me rodea. La sala está tan iluminada por los focos del techo que apenas se nota la ausencia de ventanas.

—Siento haberte decepcionado, entonces.

—No es culpa tuya que seas tan predecible.

En realidad, Noah es la persona más espontánea que he conocido nunca. Supongo que lo sabe y se limita a poner los ojos en blanco antes de encaminarse hacia las escaleras. Una vez allí, rebusca entre sus cosas. Va descalzo y la camiseta se le ajusta cuando se inclina para ponerse las zapatillas.

Trago saliva. No debería prestarle tanta atención y me fuerzo a mirar hacia otro lado.

Pero ya es demasiado tarde.

—No me molesta que me mires, pero, al menos, intenta

disimular —dice. A continuación, se endereza y clava los ojos en los míos.

Aunque quiero, no rehúyo su mirada. Examino las facciones de su rostro. En ellas, me encuentro con algo que todavía me confunde.

—Deja de hacer eso —le pido.

Noah arruga la frente.

—¿Qué?

—Estás sonriendo así otra vez. Para.

Mis palabras le recuerdan la conversación que hemos tenido esta mañana. Ahora que sabe que estoy pendiente de ellos, Noah curva los labios todavía más.

—Supongo que sabes por qué lo hago —se aventura a decir mientras da un paso hacia mí—. Según tú, soy bastante predecible.

—Más bien, diría que eres como un libro abierto.

«Uno con mil compartimentos secretos, frases escritas en tinta invisible y páginas llenas de palabras incomprensibles», completo para mis adentros. No sabía que se me daba tan bien mentir.

Arquea las cejas y se acerca tan rápido que me toma por sorpresa. Una alarma se enciende en mi cerebro y, por instinto, retrocedo hasta que la barandilla de la escalera se me clava en los riñones. No obstante, esto no lo detiene y me veo acorralada entre su cuerpo y la pared.

A juzgar por cómo se ensancha su sonrisa, ha notado que estoy nerviosa. Apoya las manos sobre la barra metálica, una a cada lado de mi cadera, de forma que la distancia entre nosotros es cada vez menor. Trago saliva.

—¿Qué diablos crees que haces? —le pregunto en un susurro.

Ahora mismo, el corazón me late tan rápido que se me podría salir del pecho y atravesar el suyo. Aun así, me sorprende descubrir que no me disgusta esta sensación.

—No lo sé, dímelo tú.

Cuando sube las cejas, retándome para que responda, entiendo que juega conmigo. Al parecer, haberme referido a él como «predecible» ha herido su ego. Quiere que me trague mis palabras, pero no se lo pondré fácil.

—¿Sabes qué otra regla oculta tiene la lista? —pregunto sin dejar de mirarlo a los ojos.

«Si te acercas demasiado, es probable que te lleves otro portazo

en la cara».

Pero no me deja presumir de mi ingenio, pues comprende a qué me refiero.

—Si quieres que me aparte, solo tienes que pedirlo.

—Quizá sí que quiero que lo hagas.

—¿De verdad?

Intenta disimularlo, pero su sonrisa desaparece con lentitud. Entonces, me doy cuenta de que nuestra conversación ha perdido el sentido. Tengo la mirada clavada en su boca, de hecho, hace tiempo que no dejo de observarla. Se me seca la garganta.

—No.

En ese mismo instante, me arrepiento de haberlo dicho en voz alta.

No está acostumbrado a que sea sincera y se sobresalta al oír la respuesta. Tarda unos segundos en asimilarlo y curva los labios en otra sonrisa. Ese hoyuelo que tanto me llama la atención se pronuncia en su mejilla. Espero, nerviosa, a que actúe, a que decida que ha llegado el momento de alejarse —o de acercarse aún más—, pero no hace nada. Permanece junto a mí, como si supiera que con eso es suficiente.

Como si fuera consciente de lo rápido que me late el corazón.

Como si eso le gustase.

Entonces, confiesa:

—No sabes cuánto me alegro de que hayas dicho eso.

Advierto que hemos llegado a un punto determinante en la conversación. Le pongo las manos en el pecho para mantener las distancias y siento la tela de la camiseta contra mis dedos y cómo su corazón late a la par que el mío. O incluso más fuerte o rápido.

Lo miro. Dentro de mi cabeza, una vocecita me llama idiota y me reprocha que no sé lo que estoy haciendo. En el fondo, tiene toda la razón.

Hace tiempo que todo esto se me ha ido de las manos. Estar con Noah me confunde tanto que siento que el cerebro se me parte en dos. Antes, solo existía la parte racional, que insistía en que intimar con él me traería problemas. La misma que me pedía a gritos, que me alejase de él, que acabase con nuestra amistad y cortase el contacto de raíz.

No obstante, debo admitir que no siempre pienso de esa manera,

porque hay cosas que hace semanas que trato de ocultar. Por ejemplo, que Noah me parece un chico atractivo desde que nos conocimos; que me gusta su sonrisa, la forma en que se ríe y como siempre encuentra las palabras adecuadas para todo; que fui completamente sincera a la hora de escribir el artículo, porque en él incluí todo lo que no me atrevo a decir en voz alta; que creo que es una buena persona, que se preocupa por los demás y se pasa la vida haciendo felices a quienes lo rodean.

Con todo esto, Noah es alguien que me hace sentir como si caminase sobre mi propia zona de peligro. Alguien que podría hacerme caer otra vez y conseguir que saltara desde lo alto de la muralla si camino muy cerca del borde.

Eso me asusta, pues todavía no he olvidado por qué la construí. Los recuerdos, que siguen grabados a fuego en lo más profundo de mi memoria, me torturan e insisten en que no permita que eso vuelva a suceder. No puedo ser vulnerable de nuevo.

Cuando abro los ojos, que he cerrado en algún momento, Noah sigue tan cerca como antes. Trago saliva en cuanto advierto que me mira la boca.

Sin pensarlo, digo:

—No me beses.

Siento cómo la vergüenza se adueña de mis mejillas y, de inmediato, las noto calientes. El corazón me late muy rápido. Aunque creía que mis palabras harían que se sintiera tan incómodo como yo, me equivocaba.

Al escucharme, Noah parece despertar de un trance. Sacude la cabeza, me mira durante un segundo y, tras asimilar lo que acabo de decir, sonríe.

—¿Qué te ha hecho pensar que iba a besarte? —inquiere en un susurro. Aun así, no se aparta. Sigue tan cerca que seguro que me ha robado el aire que les falta a mis pulmones—. Me dijiste que debía respetar las reglas.

De pronto, recuerdo que tengo algo a lo que aferrarme.

—Las reglas —musito y cierro los ojos. Prefiero no ver cómo se ríe de mí—. Eso es. No puedes besarme hasta que hayas cumplido diez puntos. No puedes.

Sin embargo, sueno tan poco convencida que parece que es a mí a quien intento recordar que existen unas normas. La sala se ha

quedado en silencio y siento la necesidad de abrir un ojo para comprobar cómo le ha afectado el rechazo. Sin embargo, me encuentro con su sonrisa. ¿Habrá notado lo mucho que me tiembla la voz?

Sin darme una respuesta, retrocede un paso para poner distancia entre nosotros. El oxígeno regresa a mis pulmones y caigo en la cuenta de que he contenido la respiración todo el tiempo. Mientras tanto, no dejo de mirarlo. Sus ojos trasmiten algo que no consigo descifrar.

Trago saliva. Soy consciente de lo que ha pasado, de las consecuencias que tendrá y de lo que habría ocurrido si no hubiera dicho nada.

De repente, me arrepiento de haber escrito esa regla.

Creo que quiero que me bese.

Aquí y ahora.

Como era de esperar, no lo hace. En su lugar, aparta las manos de la barra y me da más espacio. Me apoyo en ella en busca de algo que me ayude a mantener el equilibro. Mientras evito su mirada, intento calmar la tempestad que se ha originado en mi cabeza. Cierro los ojos y me ato a lo alto de la muralla con fuerza porque sé que he estado a punto de saltar.

Cuando los abro, Noah se ha arrodillado frente a las escaleras. Me quedo donde estoy y guardo las distancias. Enseguida se da cuenta de que lo observo y arquea las cejas.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma —comenta, divertido.

La ansiedad desaparece y me enfado de verdad. No puede hablar en serio. ¿Cómo se atreve a bromear después de lo que ha pasado?

De repente, quiero arrancar la barandilla y darle con ella en la cabeza.

—Has estado a punto de saltarte una de las reglas —le recuerdo con frialdad.

—Pero no lo he hecho.

—Bueno, si hubiera sido por ti…

Vuelve a sonreír de esa forma que tanto detesto.

—Cómo me conoces.

Su respuesta despierta a las mariposas que viven en mi estómago. Lo miro con desconfianza mientras recoge, se acerca y

me ofrece una mano.

—Vámonos —me pide, pero no me muevo. Él sacude la cabeza —. No te preocupes por la lista. Sé respetar las reglas. De todas formas, solo me quedan cuatro puntos. Podré esperar, créeme.

Dudo, pero, al final, asiento. No le doy la mano, así que Noah aprieta los labios y mete las manos en los bolsillos. Luego, me hace un gesto para que lo siga. Mientras abandonamos el estudio en busca de Tom, no dejo de pensar.

Me clavo las uñas en las palmas.

«Átate a lo alto de la muralla hasta que no te queden fuerzas».

Eso es lo que me preocupa. Noah dice que podrá esperar, y le creo.

Pero ya no sé si yo podré.

Capítulo 17
Una cita de verdad

A principios de diciembre, cuando solo quedan unas semanas para las vacaciones de Navidad, los profesores nos bombardean con exámenes finales. Los días han pasado muy rápido y casi parece que fue ayer cuando papá organizó nuestra primera cena en familia. Ha pasado mucho tiempo desde que nos reunió por última vez, sin embargo, y es un alivio. Por un motivo u otro, Jason y yo siempre discutimos y, con todo el estrés de los exámenes, lo que menos me apetece hacer ahora mismo es pasar tiempo con él.

Como es mi último año de instituto, la asignatura de educación física no es obligatoria, de manera que, en lugar de someterme a las agotadoras pruebas que se realizan a finales del trimestre, me quedo en la biblioteca. Debería de repasar literatura, pero llevo unos minutos asomada a la ventana, desde donde veo a Noah correr alrededor de la pista de atletismo.

Hemos hablado bastante desde lo que pasó en el estudio. Y con «bastante» me refiero a todos los días. Como siempre almuerza en nuestra mesa, se ha hecho amigo de Wesley.

Cuando suena el timbre, Noah se detiene y sigue a sus compañeros hasta el gimnasio. Aparto la mirada y recojo las cosas. Necesito pasar por la taquilla para sacar el libro de matemáticas, así que me doy prisa. Es viernes y estoy de buen humor. Solo quedan un par de horas para que esta tortura termine y, por fin, me vaya a casa.

Akira me aborda en el pasillo mientras cierro la taquilla.

—Necesito hablar contigo.

—Sí, claro. Dime —respondo a la vez que guardo el libro en la

mochila.

—Somos amigas, ¿verdad? —pregunta y se muerde el labio—. De esas que se lo cuentan todo.

Me temo lo peor. A nuestro alrededor, centenas de alumnos pululan por los pasillos y aprovechan los cinco minutos que tenemos de descanso entre clase y clase.

—¿Qué has hecho? —Intento prepararme para todo.

Pero Akira niega con la cabeza.

—No es eso. Quería preguntarte una cosa. —Juguetea con un rizo oscuro que se le ha salido de la coleta—. Antes de nada, quiero que sepas que no estoy enfadada. Es comprensible que no quieras hablar conmigo de estas cosas. Yo no lo hice, aunque tenía mis razones. Si te hubiera contado que Wesley me gustaba, se lo habrías dicho. Lo sé porque yo habría hecho lo mismo si fuera su mejor amiga. —Frunzo el ceño. No entiendo nada. Akira se aclara la garganta antes de continuar—: Pero eso no significa que no puedas confiar en mí. Soy buena a la hora de guardar secretos, te lo aseguro. De modo que, lo siento, pero tengo que preguntarlo: ¿qué hay entre Noah Carter y tú?

Oculto una sonrisa. Me extraña que Akira haya tardado tanto en sacar el tema. Aunque ha sido demasiado dramática. Que puedo confiar en ella, dice. Pasamos mucho tiempo juntas en el instituto, pero eso no significa que seamos tan amigas. No creo que tengamos una amistad basada en la confianza ni nada similar.

Más bien, hablamos de temas triviales y nos reímos juntas de vez en cuando. Akira no es, ni por asomo, alguien a quien acudiría si tuviese problemas. Tampoco le contaría mis mayores secretos. Nunca le hablaría de la lista, por ejemplo.

Pero es una chica. De hecho, aparte de Michelle (la amante de los diccionarios), es la única que no me mira por encima del hombro cuando nos cruzamos por el pasillo, y necesito hablar de esto con alguien que no sea Wesley porque estoy bastante segura de que se reiría de mí.

—No lo sé. —Creo que es la mejor forma de definir lo que ocurre entre nosotros—. Es… raro.

«Cualquiera que accediese a mi cabeza y supiera cómo me siento cuando Noah está cerca, diría que me gusta. El problema es que no quiero. No puede gustarme».

Pero Akira no puede leerme la mente, así que sonríe y me señala con un dedo.

—Eso me suena a que tienes una historia muy larga que contar.

Me río.

—Vaya, eres buena.

—Ni te imaginas cuánto.

Caminamos juntas por el pasillo. Mientras que yo camino como una persona normal, agarrada a las correas de la mochila, ella salta de un lado a otro, como si hubiese comido mucho azúcar. Aunque lleva ropa de deporte, no la he visto correr junto a los demás. Me pregunto qué excusa habrá puesto para librarse de la prueba.

—¿Qué quieres saber?

—¿Estás de broma? —cuestiona, como si hubiese dicho la cosa más estúpida del mundo—. Todo. Lo último que sé es que estabas ayudándolo a descubrir con quién lo engañó Amanda. Que, por cierto, qué lío. He visto a Noah y Jason almorzar juntos desde primer curso. Todo el mundo sabía que eran amigos. —No puedo ocultar mi descontento y enseguida se arrepiente de lo que ha dicho —: Prefieres no hablar del tema, lo entiendo. Hablemos sobre cómo diablos has pasado de «ayudarlo» a acaparar todo su interés.

Sacudo la cabeza. Por mucho que intento evitarlo, siento ese cosquilleo tan desagradable que se ha adueñado de mi estómago en las últimas semanas.

—No digas tonterías. No estoy… —Pero no me deja terminar.

No tiene sentido negar lo evidente. Día tras día, con cada cosa que hace, Noah me demuestra que está interesado en mí. Mucho, a decir verdad. Sin embargo, no creo que sienta nada que vaya más allá de la atracción física.

Me agarro a lo alto de la muralla e intento convencerme de que quiero que solo sea eso.

—¿Bromeas? —De nuevo, mi alumna ayudante me mira como si fuese idiota. Menos mal que no está dentro de mi cabeza—. Pero si te sigue a todas partes. Bueno, y tú a él. Espero que te acuerdes de mí cuando enviéis las invitaciones de la boda.

Pongo los ojos en blanco.

—No exageres.

—Pero te gusta, ¿verdad? —Al oír eso, me pongo nerviosa. Parece que habla muy en serio—. No me mires así. Leí el artículo.

Seguro que ahora tiene el ego por las nubes. Escribiste cosas muy bonitas.

Se me revuelve el estómago. Durante un segundo, pienso: «¿Lo hice?». Me percato de que sí y no me arrepiento de nada. Por mucho que oyese hablar sobre el artículo, aunque me llegasen críticas o la gente se burlase de lo que escribí —cosa que, por suerte, nadie ha hecho todavía—, estaría orgullosa de mi trabajo.

A veces, uno necesita que le recuerden lo mucho que vale. Si escribí todo eso, fue porque quería que Noah lo leyera. Porque sabía que lo necesitaba.

—Noah no es egocéntrico —replico y arrugo la nariz—. Bueno, a veces sí, pero creo que lo hace a propósito.

—Vaya, parece que lo conoces muy bien.

—Somos amigos.

—Amigos. Ya.

No paso por alto el tono que ha utilizado.

—Akira —le advierto. Ella me sonríe.

—Cuéntame, ¿os habéis besado ya? —Cuando niego con la cabeza, algo avergonzada, se hace la sorprendida—. No me fastidies. ¿A qué estáis esperando?

—Ya te lo he dicho. Somos amigos.

—Y un cuerno. —Cuando trato de replicar, añade—: Bueno, ahora que lo pienso, es normal. Noah es bastante tímido, en cuanto a estos temas se refiere. Supongo que le costará lanzarse y todo eso.

Se me escapa una sonrisa. No me creo que haya dicho eso. Pienso en cuando Noah me dijo que quería completar la lista, en lo directo que fue y la facilidad con la que me pidió una cita, y en cómo habla siempre que estamos juntos. También recuerdo cómo se acercó a mí hace semanas en el estudio.

Miro a la chica de reojo.

«Los rumores son malos, Akira. Te hacen creer que conoces a alguien, cuando no es así».

Pero no se lo digo. En su lugar, me encojo de hombros.

—Supongo. —No resisto las ganas de añadir—: Aunque lo intentó una vez.

Akira se vuelve hacia mí. Tiene los ojos tan abiertos que parece que se le vayan a salir de las órbitas.

—¿De verdad? ¿Qué pasó?

Esta parte es complicada. Clavo la mirada en el suelo.

—Lo rechacé.

Parpadea.

—¿Qué?

—Le pedí que no me besase. Literalmente, le dije: «No me beses».

Tras sacudir la cabeza para salir de su asombro, fuerza una sonrisa y me da una palmada en el hombro.

—Si no querías que te besase, hiciste bien en decírselo. ¡Tú decides sobre tu cuerpo y Noah Carter tendrá que aprender a vivir con ello! Di que sí, hermana —exclama y da un pequeño salto, pero todo cambia cuando advierte mi expresión—. A no ser, por supuesto, que quisieras besarlo. Porque entonces serías idiota.

Abro la boca para contestar y, como no se me ocurre nada, niego con la cabeza varias veces seguidas. No me gusta lo que insinúa. Por desgracia, mi amiga me conoce bien y sabe cómo interpretar mi silencio. Suspira, anda más rápido y me deja atrás.

—Claro que querías —afirma—. De verdad que eres idiota.

Me río, como si ahora fuera ella quien dice cosas sin sentido, y corro para alcanzarla. Cuando llego a su lado, me mira como si me considerase la persona más tonta del universo. Creo que tiene razón. Lo soy. Aun así, le doy un suave empujón con el hombro y finjo que estoy molesta. Ella me lo devuelve entre risas. Llegamos al final del pasillo y torcemos a la derecha.

Entonces, cruzo la mirada con un rostro conocido que me sonríe a lo lejos.

—Hablando del rey de Roma… —canturrea Akira. Le clavo el codo en las costillas para que se calle.

Noah se despide de sus amigos y camina hacia nosotras. Esta mañana, su atuendo consiste en unos vaqueros oscuros y un jersey Corinto que me recuerda que pronto será Navidad. Cuando sonrío, intento creer que es porque me gustan la época navideña y los regalos, las comidas familiares que tanto detesto y la nieve helada, pues me niego a pensar que el mero hecho de verlo tenga ese efecto en mí.

Sin embargo, cuando llega a mi lado, me asaltan los recuerdos de lo que sucedió hace un tiempo en la academia y siento un nudo en el estómago. De repente, quiero echar a correr, aunque no sé si

para alejarme de él o para hacer todo lo contrario.

Prefiero decantarme por la primera opción.

Busco a tientas el brazo de Akira para entrelazarlo con el mío, pero la chica ha desaparecido. Miro en todas direcciones y, en el momento en que la encuentro, me sonríe desde el otro lado del pasillo, sube los pulgares y se va.

Maldigo entre dientes. A veces me saca de mis casillas.

—Hola, estaba buscándote.

En cuanto escucho su voz a mi espalda, me doy la vuelta. Noah me observa con sus grandes ojos oscuros y me dedica una sonrisa.

—Déjame adivinar, ¿vas a pedirme que escriba otro artículo sobre ti?

—Casi —responde con una mueca. Me echo a reír. Lo he dicho a propósito y él lo sabe. Desde que publicaron la exclusiva, la gente lo mira de otra manera, y me gusta ser la responsable de ello—. En realidad, venía a hacerle una propuesta a mi admiradora secreta.

Arqueo las cejas.

—¿Tu admiradora secreta?

—Gracias a lo que escribiste, ahora todo el mundo cree que tengo una.

—Bueno, no puedes decir que es «secreta» si conoces su identidad.

—¿Acabas de admitir que me admiras?

Sonrío. Me ha pillado, aunque ha sido culpa mía. Debería haberlo pensado dos veces antes de hablar. Sin embargo, la situación no me incomoda. Al contrario, me parece divertida.

—Me gustaría escuchar esa propuesta —replico e ignoro su comentario. Entonces, parece recordar por qué ha venido. Se muerde el labio, sonríe ligeramente y se pasa una mano por el pelo.

Si no lo conociera, diría que está nervioso.

—Es verdad. —Baja la mirada durante un segundo y, después, me mira a los ojos. Tiene unos iris bonitos, oscuros y muy brillantes —. Quería invitarte a salir. Esta noche. Conmigo. En una cita o, bueno, como quieras llamarlo.

El corazón se me acelera e intento disimularlo lo mejor que puedo.

—Ya cumpliste ese punto de la lista —le recuerdo.

—Eso no vale. Te obligué a que me la pidieras. Esta vez es

distinto porque puedes rechazarme si quieres. O también puedes no rechazarme. Lo importante es que quiero que sea real. Una cita de verdad. Tu lista no tiene nada que ver con esto. —A continuación, arruga la nariz—. Además, me llevaste a un sitio bastante cutre donde el café era horrible. Me niego a aceptar eso como nuestra primera cita.

Me muerdo el labio. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pasé por algo como esto y la falta de práctica debería bloquearme, pero no es así. He salido con varios chicos a lo largo de mi vida y, mientras que con ellos siempre me ponía nerviosa o me sentía un poco incómoda, con Noah todo es distinto.

Él hace que parezca fácil.

Eso no significa que no me saque de quicio a veces, ni tampoco que no se me acelere el corazón cuando está cerca, pero hay algo en su forma de ser que me transmite seguridad. La manera en que me habla, sin titubear, hace que quiera actuar como él, que olvide los miedos y me arriesgue.

Ni siquiera sé si esto tiene sentido. Tampoco me importa. Sea como sea, me gusta mucho esa sensación, y eso me asusta.

—¿Debería tomármelo como un no? —añade, al notar mi silencio. Frunce el ceño—. ¿He sido demasiado prepotente? Espero que no, porque llevo días ensayando. Bueno, no como tal, pero ya me entiendes. Aunque, si me he pasado otra vez, puedo…

—No es eso. —Sacudo la cabeza. Aunque odie admitirlo, sonrío de nuevo—. Estaba acordándome de una cosa. Antes de que vinieras, hablaba con Akira sobre ti. Me ha dicho que se te da bastante mal hablar con las chicas. Que eres tímido.

Ahora que sabe que no voy a rechazarlo, se relaja. Al parecer, lo he tenido varios minutos en ascuas. Siento lástima por él y me arrepiento de no haberme dado cuenta antes. No obstante, no dice nada al respecto.

—¿Estás de acuerdo con ella? —inquiere y sube una ceja. Es una pregunta estúpida.

—No —contesto—. ¿Por qué piensa eso de ti?

—No me conoce. Además, no me comporto igual con todo el mundo. Hablar contigo es mucho más fácil. Puedo ser yo mismo —confiesa. Me siento muy halagada. Quiero decirle que a mí me pasa lo mismo, pero sigue hablando—: A veces tengo miedo de que los

demás me critiquen si hago o digo algo que no les gusta. Pero no me pasa contigo. Tú me criticas haga lo que haga.

Me cuesta unos segundos entender que bromea. Pongo los ojos en blanco.

—Te había quedado bonito, pero lo has estropeado.

—En realidad, lo primero iba en serio. No soy igual con los demás que contigo. —Esa frase da razones de sobra a mi corazón para que lata con fuerza. Nos quedamos un rato en silencio y nos miramos el uno al otro, hasta que Noah sacude la cabeza para romper el contacto visual. Su voz me trae de vuelta a la realidad—. En fin, nos vemos esta tarde.

Acto seguido, se aleja por el pasillo. Su huida me toma por sorpresa, de modo que tardo unos segundos en echar a correr detrás de él.

—Espera, espera —le pido y freno un poco para caminar a su lado—. Ni siquiera te he dicho que sí.

—Bueno, pero tampoco has dicho que no.

No puedo ni quiero hacer nada contra eso. Me trago una sonrisa.

—Al menos, dime adonde planeas llevarme.

—Al cine. Nunca llevaría a una chica allí en nuestra primera cita, pero está en tu lista. —Me mira de reojo—. Y creo que ambos tenemos prisa por que complete los puntos que faltan.

Me quedo sin aire. No hemos vuelto a hablar sobre la lista desde lo que ocurrió en el estudio. Siento vergüenza y me arden las mejillas. Sacudo la cabeza con violencia.

—Yo no tengo prisa —respondo, por si tenía dudas. Me observa, divertido.

—Repítelo hasta que te lo creas.

Quiero replicarle, pero le conozco lo suficiente como para saber que no servirá de nada. Resoplo molesta. Como tiene las piernas mucho más largas que yo, tengo que apretar el paso para no quedarme atrás.

—¿A qué hora pasarás a recogerme? —le pregunto para cambiar de tema.

—No voy a recogerte. —Me sobresalto ante la brusquedad de sus palabras. Por suerte, se da cuenta y me mira—. Lo siento. Es que…, bueno, en tu casa vive gente a la que prefiero no ver. Supongo que lo entiendes.

—Lo hago. No te preocupes. —Intento pensar en una solución—: Podemos vernos en la esquina de siempre, si quieres.

Pero él niega con la cabeza.

—¿Y perder la oportunidad de que una chica guapa llame a mi puerta? Ni de broma. Esas cosas pasan pocas veces en la vida. Vendrás a recogerme.

—Eso no te lo crees ni tú.

—El cine empieza a las ocho, así que te espero a las siete y media.

—A veces eres insufrible, ¿lo sabes? —Lo dejo pasar porque, en realidad, no me importa dar un rodeo para llegar a su casa. Solo le he replicado por llevarle la contraria—. Bueno, ¿tengo que ir arreglada?

—¿Qué clase tienes ahora?

—Matemáticas. ¿Por qué?

—Por nada. Respecto a lo otro, tranquila, irás bien con cualquier cosa.

—No es verdad.

—El cine está a oscuras.

—Muy gracioso.

—Ahora en serio, no tienes nada de lo que preocuparte. Siempre estás increíble. Incluso con una sudadera llena de agujeros y un tenedor escondido tras la espalda. —Se vuelve hacia mí—. Por cierto, algún día tendrás que explicarme a qué vino eso.

«Ay, si tú supieras…».

Aprieto los labios. Prefiero no pensar en ello.

—¿Por qué vamos al cine? —cuestiono. Siento mucha curiosidad —. Podríamos ir a otro sitio. Quiero saber adonde llevarías a una chica en vuestra primera cita.

Noah chista y niega con la cabeza.

—Tendrás que esperar para eso. De momento, me he centrado en cumplir diez puntos.

Parece realmente convencido. Intento picarlo.

—Te veo con ganas de saltarte la segunda regla.

Sin embargo, Noah es mucho mejor que yo cuando se trata de estas cosas.

—No te imaginas cuántas.

De inmediato, siento los nervios en el estómago, el cerebro se

pone alerta y el corazón se me acelera. Aun así, no respondo. Me convenzo de que no siento lo mismo que él y de que estoy un poco confundida. Nada más.

Continuamos en el pasillo, aunque avanzamos más lento, como si la siguiente clase no estuviera a punto de empezar. Queda muy poco para que lleguemos a mi aula y ninguno quiere que esta conversación termine.

—Iremos al cine otro día —insisto. Noah se echa a reír.

—Ni siquiera hemos tenido una cita de verdad y ya me pides otra —bromea—. A ti sí que se te ve con ganas.

¿He mencionado ya que odio que me saque de quicio?

—Voy a darte un puñetazo.

De pronto, frena en seco y me agarra del brazo para que haga lo mismo. Nos quedamos quietos y nos miramos a los ojos.

Todavía sonríe de esa forma que tanto me molesta. Estoy preparada para discutir.

—Solo estoy tomándote el pelo. En realidad, me encantaría tener más de una cita contigo. Iremos a todos los sitios que se nos ocurran. Pero la primera será en el cine porque lo has incluido en tu lista. —Me dedica una sonrisa, que hace aparecer el hoyuelo, y me da unas palmaditas en la espalda—. Haberlo pensado mejor.

Me guiña un ojo antes de caminar hacia su clase y me percato de que me ha acompañado a mi aula. Para su desgracia, esto no apacigua mi malestar.

—Te odio —susurro. No pretendo que lo escuche, pero lo hace de todas maneras.

Antes de perderse al fondo del pasillo, levanta una mano y exclama:

—¡No es verdad!

—¿A dónde vas tan arreglada?

Doy un respingo al escuchar la voz de Rose. Sobresaltada, me agarro a la barandilla de las escaleras y miro hacia el piso de abajo. Lee el periódico en la mesa de la cocina como todas las tardes. Se

ha recogido el pelo en un moño descuidado y las gafas que utiliza para trabajar se le han resbalado hasta la punta de la nariz.

Trago saliva y bajo los escalones que me faltan. Luego, echo un vistazo a mi atuendo. No entiendo a qué ha venido esa pregunta. En realidad, no me he arreglado. Llevo los mismos vaqueros que esta mañana, solo me he cambiado de jersey. Además, a excepción del rímel, no me he maquillado.

—¿Haces guardia? ¿Te lo ha pedido mi padre? —inquiero.

Ella se ríe y sacude la cabeza.

—¿Con quién has quedado?

Me acerco al frigorífico. No entiendo por qué todos se interesan tanto en mi vida últimamente.

—Con nadie especial. Es un amigo del instituto.

Jason me hace la vida imposible, pero su madre no tiene la culpa. Esa es la única razón por la que Rose me cae bien. No obstante, si de verdad cree que voy a hablar sobre chicos con ella, se equivoca.

—Noah Carter —dice entonces. Saco la cabeza del refrigerador y la miro. Da un sorbo a la taza de café, sin dejar de mirar el periódico—. Te acompaña a casa desde hace semanas. Os veo pasar cuando vuelvo del trabajo.

Genial. Saco la botella de la nevera, tomo un vaso del armario y lo lleno de agua.

—No me acompaña a casa. Vive en la calle de atrás.

—Lo sé. Créeme, conozco a esa familia.

No lo dice en un tono agradable.

—Parece que no te caen muy bien —comento.

No solo eso. Si no recuerdo mal, papá me dijo que los Carter siempre le han parecido insoportables a mi madrastra.

—Son una familia problemática. Ni siquiera sé cómo han sacado a esos pobres niños adelante. Siento lástima por ellos. —Me mira de reojo—. No han crecido en un ambiente normal.

Alzo las cejas. No entiendo nada.

—¿A qué te refieres?

—Lo descubrirás tarde o temprano. No soy nadie para contártelo. Podrían decir cosas horribles de mí. —Suelta un suspiro, como si hablar sobre esto le robase las fuerzas—. Pero Noah es un buen chico. Solo creo que deberías ir con cuidado. No es lo peor

que encontrarás en esa familia.

—Ya —respondo, aunque en realidad querría decir que sé cuidar de mí misma y que sus advertencias me traen sin cuidado.

No quiero hablar más del tema. Doy la conversación por terminada, me bebo el agua que queda en el vaso y lo dejo en el fregadero. Unos minutos después, tomo las llaves y salgo de la vivienda número 32. Mientras bajo las escaleras del porche, compruebo la hora en el reloj. Solo quedan unos minutos para las siete y media.

De camino a casa de Noah, pienso en lo que ha dicho Rose. Admito que siento cierta curiosidad por saber por qué se molesta tanto cuando habla sobre esa familia, pero no se lo voy a preguntar. Lo único que me queda es esperar. Con algo de suerte, me enteraré algún día.

Me olvido del tema porque no es un buen momento para pensar en algo así y subo las escaleras del porche de los Carter. Esbozo una sonrisa antes de llamar al timbre.

Sin embargo, mi expresión cambia enseguida. Cuando Noah abre la puerta, descubro que, aunque haya sido sin querer, acaba de completar otro punto de la lista.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —me pregunta al verme. La decepción hace que sus ojos parezcan más oscuros—. ¿Cuándo ibas a contarme que saliste con mi primo?

Capítulo 18
Un puñado de ilusiones

—¿Cómo te has enterado?

Me arrepiento de inmediato de haber reaccionado así. Noah está frente a mí, apoyado sobre el marco de la puerta, y la decepción se refleja en sus ojos oscuros.

Me invade un sentimiento terrible porque es evidente que él esperaba que no fuese cierto, pero nunca le habría mentido. Me he quedado paralizada.

Mientras tanto, Noah me observa en silencio. Doy por hecho que va a pedirme que me vaya, porque eso es lo que haría cualquiera en su lugar. No obstante, vuelve a demostrarme que tiene una mentalidad distinta a la del resto. Suspira y me hace una señal para que le siga al interior de la casa.

Camino con las piernas temblorosas. Cruzamos el recibidor, se detiene a cerrar la puerta y me conduce a la sala de estar. A diferencia de la última vez que vine, cuando me engañó para que cocinásemos juntos, hoy todo está en silencio. Trago saliva. Se me retuerce el estómago por los nervios, pero la sensación no me parece agradable.

La habitación está amueblada con dos sofás, un par de estanterías y una televisión de plasma. Aparte de eso, mire donde mire, solo veo cajas llenas de cosas. Me pregunto si alguien se estará mudando. Me deja atrás, se sienta en un sofá y señala algo que hay sobre la mesita de café.

El corazón me da un vuelco. Es un álbum de fotos.

—Debías de ser importante para él. No suele guardar recuerdos de sus exnovias.

Percibo la amargura con la que pronuncia las palabras. Acto seguido, se inclina y abre el álbum por una página al azar. Me acerco lentamente con temor a lo que pueda encontrarme. Cuando por fin veo las fotografías, noto que se me revuelve el estómago.

Son dos, y en ambas aparecemos Matthew y yo.

Una es del día de mi decimosexto cumpleaños. Lo sé porque, a la izquierda, veo el gran pastel de chocolate que mi padre compra todos los años. Estoy subida a la espalda de Matthew, al que rodeo el cuello con los brazos, mientras se ríe a carcajadas. Da la sensación de que éramos felices. Siento náuseas al pensar en lo ciega que estaba por aquel entonces.

Por desgracia, ya no hay forma de volver atrás. Mi mirada recae sobre la segunda fotografía, que es mucho más difícil de digerir porque nos estamos besando.

La ansiedad intensifica las ganas de vomitar. No lo soporto más. Cedo ante un impulso y cierro el álbum con tanta fuerza que me sorprende no haber atravesado la mesa.

—¿De dónde ha salido esto?

Noah se estremece ante la desesperación que llena mi voz. Por suerte, se recompone rápidamente y señala una de las cajas.

—Matthew vivirá aquí durante un tiempo. Mi madre le dijo que podía traer todo lo que necesitase. Lo encontré mientras lo ayudaba a guardar las cosas. —Clava la mirada en el suelo—. No sabe que te lo he enseñado, si es lo que te preocupa.

Sin embargo, el dolor que siento en el pecho no desaparece. Poco a poco, me he percatado de la gravedad del asunto. Tenía la esperanza de no volver a ver esas fotografías, pero aquí están: recopiladas en un álbum que no sabía que existía.

Un álbum que Noah ha encontrado.

Se me encoge el corazón. Así es como lo ha descubierto. Las ha visto. Las ha visto todas.

De manera automática, lo miro. Sigue en el sofá, con la cara oculta tras las manos. A diferencia de esta mañana, ahora lleva una camisa blanca que, aunque no es excesivamente elegante, se nota que reserva para este tipo de ocasiones. Me duele imaginarlo preparando nuestra cita poco antes de que este estúpido álbum lleno de recuerdos cayese en sus manos.

—Noah —susurro, aunque lo he dicho sin pensar. Necesito

arreglar esto—. Lo siento. Debía habértelo dicho. Es cosa del pasado.

«Al menos, eso creo. El problema es que Matthew todavía me intimida y tú estás completando la lista que escribí por su culpa».

Al oírme, se descubre la cara y me mira a los ojos. El silencio me agobia. Por suerte, no tarda en hablar.

—Lo hiciste por él, ¿verdad? —me pregunta. Advierto el dolor en sus palabras. Se pone las manos en las rodillas, sin dejar de observarme—. Me dejaste completar tu lista por eso. Querías acercarte a Matthew para recuperar lo que sea que tuvieseis y sabías que pasar tiempo conmigo te facilitaría las cosas. Me has utilizado para acercarte a él —sentencia. A continuación, traga saliva—. Por favor, sé sincera. Si es así, quiero saberlo. Necesito saberlo.

Cruzo la sala y me acerco a él.

—¿Qué? No. No, no, no. —Alterada, sacudo la cabeza varias veces—. Noah, de verdad que…

Me siento a su lado, pero se levanta de inmediato. Su rechazo me duele, resquebraja mi dignidad y me deja sin palabras. Así que permanezco en silencio, con el corazón a toda velocidad, mientras camina de un lado a otro.

—No pasa nada —me dice, y se detiene—. Hicimos un trato. Nos utilizaríamos mutuamente. Está bien. No pasa nada —repite. Me da la sensación de que quiere convencerse a sí mismo.

Pero no es así. En realidad, nada está bien. Hace semanas, cuando todavía nos estábamos conociendo, completó el décimo punto de la lista y me contó cómo se sentía respecto a su primo. Me dijo que creía que todo el mundo se acercaba a él por mero interés y que le sorprendía que yo fuese diferente. Eso me inspiró a escribir el artículo.

Todavía soy diferente con respecto a ello. Lo soy.

«Escúchame, Noah. Si somos amigos, no es porque quiera acercarme a Matthew. Al contrario, me alejaba de ti por su culpa».

Sin embargo, no me siento capaz de decírselo. Tendría que darle demasiadas explicaciones. No reparo en que he guardado silencio unos minutos hasta que vuelvo a oír su voz.

—Acabemos con esto —dice. No parece enfadado, más bien, es como si me lo pidiera por favor—. Busca otra forma de conseguir lo

que quieres. No puedo ayudarte con algo así.

No lo soporto más. Pese a que a mi yo de hace meses le hubiese gustado oír a Noah decir esas palabras, la persona que soy ahora piensa de otra forma. Ojalá no fuera así, pero me asusta que perdamos lo que tenemos. Es el miedo a que todo acabe el que me impulsa a acercarme de nuevo a él.

Ni siquiera pienso antes de hablar.

—El problema es que no quiero nada de eso —admito, y me adelanto a sus argumentos—: Sé que acordamos que nos utilizaríamos el uno al otro, pero nunca fue mi intención. No te he usado para acercarme a Matthew. Te creí cuando me dijiste que habías olvidado a Amanda; ahora te toca a ti.

Noah intenta hablar, pero se queda callado. Le sostengo la mirada y rezo porque entienda que soy sincera. Destensa los hombros, aunque no tanto como me gustaría, y sacude la cabeza.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Lo siento. —Es lo único que digo, pues no tenía razones para ocultárselo.

—Deberíais haberlo mencionado. Cualquiera de los dos. Tenía derecho a saberlo. —Se pasa una mano por el pelo y se descoloca el flequillo. Luego, desvía la mirada—. Ahora entiendo por qué reaccionaba así siempre que hablaba de ti.

—¿Qué? —La frase que realmente quiero decir es: «¿Le has hablado de mí?».

De nuevo, sus ojos oscuros encuentran los míos.

—Todavía está enamorado de ti, Abril.

—No es cierto. —Siento escalofríos con solo pensarlo.

—Lo es. No sé cuánto tiempo hace que lo dejasteis, pero todavía te quiere.

Doy varios pasos hacia atrás.

«No me quiere, nunca me quiso. Lo que tuvimos no fue amor. Eso no se le hace a alguien a quien quieres».

—Te equivocas.

—Confía en mí. Sé de lo que hablo.

—Confío en ti. —«Más de lo que nunca confié en Matthew»—. Pero no es cierto. Y, aunque lo fuera, no serviría de nada.

Intenta disimular, pero veo un atisbo de esperanza en sus ojos. No obstante, desaparece cuando sacude la cabeza.

—No digas eso —pronuncia tras aclararse la garganta—. Él todavía quiere estar contigo. Sé que he dicho que no te ayudaría, pero lo haré si me lo pides. Si tú también quieres…

Le cuesta decirlo. Aunque se sienta traicionado, Noah quiere hacer lo que cree que es correcto, lo que cree que me hará feliz. Siento como el corazón se me llena de una emoción que desconozco.

Debe de sufrir mucho al ser tan buena persona.

Entonces, comprendo que los únicos sentimientos de los que puedo hablar con seguridad son los míos.

—Yo no. Ya no siento nada.

Él levanta la mirada.

—¿De verdad?

—Sí. Lo que hubo entre nosotros es cosa del pasado. Aunque pudiera, no volvería a estar con él. Jamás. Hablo en serio, Noah.

Sé que he vuelto a hablar de más, pero es culpa suya. Su mirada tiene algo que me atrapa y hace que quiera ser sincera con él y explicarle qué ocurrió entre nosotros. Sin embargo, no lo hago.

Noah tarda unos segundos en procesar mis palabras. Después, frunce el ceño.

—Te hizo daño —comenta en un susurro, aunque es más una pregunta que una afirmación.

De nuevo, entro en zona peligrosa. Un nudo me aprieta la garganta. Me siento en el sofá mientras me repito que debo ser fuerte para no ceder. Por muchas ganas que tenga de contárselo, no puedo. Es mejor que viva en la ignorancia.

—No quiero hablar de ello. —Para que no se confunda, añado—: No sería justo.

Noah frunce el ceño y se acerca a mí. No sabe a qué me refiero.

—No importa. Seguro que no hubo nada de «justo» en lo que pasó. No tienes razones para preocuparte por él.

—Hablaba de ti —admito—. Matthew es un miembro de tu familia y no quiero que vuestra relación cambie por mi culpa. Sé que lo quieres. Lo que pasó no tiene nada que ver contigo. Si dejo que te entrometas, te perjudicará. —Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos—. Deja que te mantenga al margen, ¿vale?

Conozco a Noah lo suficiente para saber que no se rinde con facilidad. Es muy cabezota y siempre se sale con la suya. Sin

embargo, esta vez, ocurre algo distinto. No insiste ni me presiona, sino que asiente con la cabeza y yo me siento aliviada. Cierro los ojos, suelto un suspiro y me dejo caer sobre el respaldo del sofá.

Para mis adentros, me felicito por haber llevado tan bien la situación. Ahora mismo no me apetece hacer nada, excepto tranquilizarme y respirar.

Como es habitual, él tiene otros planes.

De repente, el sofá se hunde a mi lado y todo mi cuerpo entra en tensión. Noah se acerca hasta que nuestras rodillas se tocan. Siento el calor que irradia su cuerpo. Entonces, me toma la muñeca y la coloca sobre su pierna a la vez que alza la mirada. Me estremezco cuando repasa las líneas de mis manos con las yemas de los dedos.

Abro un ojo para mirarlo. Está demasiado concentrado como para darse cuenta, pero mi corazón late cada vez más rápido.

—Gracias —me susurra—, por preocuparte por mí.

Trago saliva. Tiene unos ojos preciosos.

—¿Todavía estás enfadado? —pregunto.

—No, tranquila.

Siento un gran alivio.

—Menos mal.

Se me ha escapado, pero no me importa. Noah esboza una sonrisa y me mira a los ojos.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Depende.

Las caricias ascienden hasta las puntas de mis dedos. Retengo el impulso de entrelazar nuestras manos.

—Si dices que ya no sientes nada por Matthew…

—No lo hago —lo interrumpo, pero habla como si no me hubiese escuchado.

—¿Debería hacerme ilusiones?

Sus palabras se traducen en un atrevido: «¿Sientes algo por mí?».

Me quedo sin aire. Estoy acostumbrada a que sea directo, pero esto me ha pillado desprevenida. No respondo enseguida porque temo a las consecuencias. Sé que cuando lo pronuncie en voz alta, ya no habrá marcha atrás. Todo lo que siento se volverá real y no sé si estoy preparada para ello.

Necesito ganar tiempo. Intento parecer tranquila.

—¿Debería hacérmelas yo?

Noah pestañea. Le tiembla la sonrisa, aunque se recupera al instante.

—No respondas a una pregunta con otra. Es de mala educación.

—Contéstame.

—Yo he preguntado primero.

—Me da igual.

—A mí no. Dilo.

Esto último me descoloca. Por suerte, recuerdo lo que ha dicho esta mañana: que quiere completar todos los puntos que pueda, e hilo los hechos con una facilidad sorprendente.

Se refiere al punto diecisiete: «Consiga que admita que me gusta (cosa que es difícil)».

Esbozo una sonrisa burlona.

—No quiero.

—Bueno, yo tampoco lo voy a decir —me asegura, como si me importase.

—No hace falta. A ti se te nota mucho.

—¿Cómo dices?

Acabo de darme cuenta de que hemos entrelazado las manos. Sus dedos me aprietan los nudillos y dibuja círculos con el pulgar sobre la piel. Sin embargo, no me siento incómoda. Al contrario, su confianza hace que yo también me arme de valor.

—Admítelo, Noah —bromeo. Como era de esperar, me sigue el juego.

—¿Qué quieres que admita?

—Sorpréndeme.

—Creo que eres preciosa.

Desde luego, lo ha conseguido. Los nervios me asaltan y me quedo sin fuerzas para discutir. Me preocupa que se tome mi silencio como un rechazo, pero se echa a reír. Me he sonrojado y eso le hace gracia.

Si no tuviera la mano atrapada por la suya, le pegaría un buen golpe en la cara con una tabla de planchar.

Entonces, Noah se pone en pie. Su mano abandona la mía e inmediatamente me seco la palma sudada en los pantalones. Cuando lo miro, se ha arrodillado frente a la estantería que hay bajo la televisión.

—No te lo tomes a mal, pero esta cita es una mierda —confiesa,

y arqueo las cejas. Le encanta romper la magia del momento.

—Menos mal que la has organizado tú.

—En realidad, me alegro de que se nos haya pasado la hora del cine. Todas las películas que echaban eran muy malas.

—¿Y querías llevarme a ver una película mala?

Me encojo en el sofá mientras él rebusca entre los estantes. Al oírme, se detiene un segundo para mirar por encima del hombro.

—Te lo habrías pasado bien de todos modos —dice.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Según tu artículo, soy un chico muy divertido.

Pongo los ojos en blanco. Nunca debería haber escrito eso.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un engreído?

Sonríe. Admito que me gusta que todo vaya bien entre nosotros.

—Me lo dices una o dos veces al día.

—Me parecen pocas. —Aparco la broma para preguntar—: ¿Qué haces?

En ese momento, encuentra lo que estaba buscando. De la estantería saca varias carcasas de colores, las apila y se levanta para ponerlas sobre la mesa. No me resulta complicado identificar los títulos que se leen en las cubiertas. Noah se coloca junto a mí y pone los DVD en fila para que los vea bien.

—Elige una —me pide.

Arqueo una ceja. Ha habido un cambio de planes.

—Así que tu concepto de «cita» consiste en encerrarme en tu casa y obligarme a ver una película —observo y repito lo que me dijo el día de la entrevista.

—No te quejes. Si lo comparamos con la última, esta cita está bastante bien. —Pero, en el fondo, tampoco parece estar muy convencido. Tímidamente, añade—: Si no te apetece, podemos…

—Era una broma.

Para que me crea, me levanto del sofá y me sitúo a su lado. Nuestros hombros chocan cuando me inclino para leer el título de la película que está más lejos y una sonrisa me aparece en los labios al sentir cómo se tensa. Supongo que, por mucho que se esfuerce en ocultarlo, Noah también se pone nervioso de vez en cuando.

—¿Qué te parece esta? —propongo, y le tiendo la carcasa que tengo en las manos.

Él me mira sorprendido.

—¿Quieres ver una película de terror?

—¿Te da miedo? —replico, burlona.

—Para nada. Quiero que sepas que, si es una excusa para que te abrace, basta con que me lo pidas.

Resoplo con fastidio sin dejar de sonreír.

—Lo que menos me apetece ahora mismo es que me abraces.

Por si acaso, lo miro para asegurarme de que no se lo ha tomado en serio. El bailarín no me decepciona y sonríe.

—Como seas siempre tan cariñosa, al final me haré ilusiones —bromea, pero percibo sinceridad en sus palabras. Aunque hayamos dejado pasar el tema, tengo la sensación de que espera una respuesta.

Me levanto.

—Bueno, eso tampoco estaría mal.

—¿Cómo dices?

—Respecto a lo de antes, sí. Quizá deberías hacerte ilusiones.

Noah sonríe. He tenido que arrancarme esas palabras de la garganta, pero ha merecido la pena.

—Tú también —admite—. Desde el primer día.

—Me gustaría decir lo mismo, pero el primer día me pareciste un borde —le recuerdo y arrugo la nariz.

Él se ríe y me da un suave golpe en la pierna. También se levanta del suelo.

—Cómo te gusta estropear el momento.

—Pon la película de una vez.

—Vale, vale.

Levanta las manos y cede ante mi insistencia. No quiero tomarme demasiadas confianzas en una casa que no es la mía, así que lo observo mientras se agacha frente a la televisión. Toquetea unos botones, mete el disco en el reproductor y lanza el mando al sofá. Después, va hasta la cocina y vuelve cargado de bolsas de aperitivos. Parecen palomitas.

También baja las persianas. La habitación está sumida es la oscuridad cuando empieza la película.

Arqueo las cejas. Creo que lo del cine era una excusa y que, en realidad, esto era lo que tenía planeado.

Aun así, no comento nada. Noah se acomoda en medio del sofá y está muy pendiente de la película. Por eso, no se da cuenta de lo

mucho que me cuesta elegir dónde quiero sentarme. Como siempre, mi parte más racional me insta a alejarme tanto como pueda; no obstante, esa estúpida voz de la razón ya me cansa.

Me dejo caer a su lado. Mis piernas quedan bastante cerca de las suyas y temo, durante un segundo, que mi cercanía le incomode. El corazón se me acelera. Me pregunto cómo me pedirá que me aparte, si de forma disimulada o si hará uso de esa desvergüenza que tanto le caracteriza. Sin embargo, guarda silencio.

Poco después, me pasa un brazo por los hombros.

Se me escapa una sonrisa. La película ha empezado, pero no le presto atención. No me centro en nada que no sea el calor que emite su cuerpo junto al mío.

—Disimulas muy mal —murmuro. Sé que me mira—. Podrías haber fingido que bostezabas o algo así.

Se revuelve a mi lado. Me preocupa que mi comentario le haya molestado, pero, en su lugar, se ríe.

—Como en las películas. —Hace una pausa y hablamos en susurros—. Por cierto, creía que no querías que te abrazase.

—Y no quiero. Eras tú quien se moría de ganas de hacerlo.

—Si quieres, me aparto —murmura, cerca de mi oído.

No ha desmentido nada de lo que he dicho, pero no le culpo. En el fondo, yo tampoco quiero que se separe de mí. Su cercanía me reconforta.

De modo que me trago el orgullo, me arrimo a su cuerpo y evito contestar.

—Lo único que quiero es ver la película.

Noah sonríe y no añade nada más.

El resto de la tarde transcurre con tranquilidad. Hacia las nueve de la noche, cuando la protagonista está a punto de adentrarse en la casa encantada por segunda vez, unos ruidos que provienen del piso de arriba nos recuerdan que no estamos solos. Matthew baja las escaleras a toda prisa mientras charla con alguien por teléfono y se detiene para mirarnos desde la puerta.

Es posible que Noah todavía piense en lo de antes, porque se tensa. Pego los labios a su oreja para preguntarle algo acerca de la película. Necesito distraerlo hasta que Matthew desaparezca.

Por suerte, tarda poco en hacerlo. Un efímero haz de luz llena la estancia cuando abre la puerta para salir y aprovecho para mirar el

álbum. Intento no darle importancia, pero es inútil. Estoy muy enfadada. Ojalá pudiera llevármelo a casa para quemarlo en la chimenea.

Y a su dueño con él.

Porque Noah tiene razón en una cosa: cuando estábamos juntos, Matthew nunca quiso revelar nuestras fotografías. No creo que haya sido casualidad que su primo haya encontrado un álbum repleto de ellas.

Capítulo 19
Destruyendo las barreras

Solo le quedan dos puntos.

Hace unos meses, si alguien me hubiera dicho que Noah llegaría tan lejos con la lista, me habría echado a reír. Supongo que por eso acepté cuando me propuso ese trato tan absurdo. Estaba convencida de que, cuando todo terminase, sería yo quien habría salido ganando. Escribiría un artículo para el periódico y dejaría que cumpliese, si acaso, con algunos de los puntos más fáciles de la lista. Después, todo se habría acabado.

Adiós a Noah Carter y a todos los problemas que podría traerme.

Sobra decir que las cosas escaparon a mi control.

Empezamos con una cita, después me hizo reír y me invitó a su casa para que cocinásemos juntos. También me contó cómo se sentía respecto a Matthew, su primo, y me llevó al estudio, que es su lugar favorito de la ciudad. Descubrió uno de mis peores secretos y me defendió delante del abusón que tiene como amigo.

Con todo esto, Noah ha completado siete de los veinte puntos que componen la lista. Lo que ocurre es que he decidido sumar uno más. Ahora ya son ocho.

El otro día no fuimos al cine ni al teatro, es cierto, pero me divertí tanto con el maratón de películas que sentí que le debía algo a cambio. Así fue como di por válido un punto que ni siquiera existía, y eso me aterroriza. Noah aún no lo sabe y no creo que se lo cuente nunca, la verdad, pero ha hecho algo que creía imposible.

Ha cambiado la lista.

Lo ha revolucionado todo. Tiene una personalidad espontánea con la que siempre me sorprende. Estar con él es sinónimo de no

saber qué pasará a continuación y no entiendo por qué me atrae tanto. También me gusta que sea ingenioso y tenga una forma de pensar tan diferente a la de todo el mundo. Admiro que sepa escuchar y que confíe en los demás.

No se enfadó conmigo cuando se enteró de que había salido con Matthew. Tampoco me presionó, aunque estaba en todo su derecho, cuando dije que prefería no hablar del tema. Comprendió que todavía no estoy preparada y lo dejó pasar.

Por todo esto, considero a Noah una amenaza de clase P. I. E. Es un nombre bastante original que se me acaba de ocurrir y significa algo parecido a: «Posible e Irremediable Enamoramiento». Me hubiese gustado encontrar unas siglas que no tuviesen nada que ver con la apestosa extremidad inferior de los seres humanos, la verdad, pero no hay otra forma de describir lo que ocurriría si no me alejo de él ahora que estoy a tiempo.

Tal es la gravedad del asunto que solo le quedan dos puntos para anular la segunda regla de la lista y, mientras que una parte de mí se tortura al pensar en qué ocurrirá entonces, la otra desea que ese momento llegue pronto.

Las vistas desde lo alto de la muralla se han vuelto nítidas y cada vez tengo más ganas de saltar para descubrir cómo se ve el mundo desde abajo.

—Mueve el culo y lárgate de una vez, ¿quieres? Vas a hacer que llegue tarde a clase. Ya conoces las reglas. Tienes que salir tú primero. No quiero que nos vean llegar juntos al instituto. —Jason hace una mueca mientras se prepara un sándwich de queso. Antes de colocar la segunda loncha, me echa un vistazo por encima del hombro—. Arruinaría mi reputación, ¿entiendes?

Pongo los ojos en blanco. Aunque me encantaría responder con un comentario ingenioso, sé que su intención es llamar la atención y no le daré lo que busca. Hago oídos sordos, me reacomodo en la silla y me concentro en leer, por segunda vez consecutiva, la lista que Noah me dio hace más de un mes, cuando fuimos a su casa.

Está llena de gente con talento. He pasado días en busca de alguien que me llame la atención. Sin embargo, de estos veinte candidatos, solo hay dos que me interesan. El primero es un escritor del instituto que ha publicado su primer libro y, el segundo, una banda de música compuesta por cinco adolescentes que viven en la

ciudad. Necesito un artículo para el mes que viene, así que espero que Noah consiga que alguno de ellos me conceda una entrevista.

Jason se aclara la garganta al ver que le ignoro. Irritada, levanto la cabeza. Está apoyado en la encimera de brazos cruzados. Lleva su característica chaqueta de cuero negro —con la que parece un pequeño motero— y se ha peinado el flequillo hacia arriba, como hacen los chicos malos de las películas.

—¿Qué quieres? —increpo, seca.

—Ya te lo he dicho. Vete de una vez.

—Déjame en paz, Jase.

Gruñe al escucharme y sonrío.

—No vuelvas a llamarme así.

—Si tanta prisa tienes, sal tú primero —le propongo mientras doy la vuelta al papel. Hay otro nombre que me llama la atención —. No tienes que preocuparte por mí. Créeme, yo tampoco quiero que me vean aparecer contigo. Mis amigos creerían que eres mi nueva mascota y tendría que dar muchas explicaciones.

Sonrío aún más. Vale, debo admitir que he sido ingeniosa. Se nota que la práctica hace al maestro. Dentro de poco, ni siquiera se atreverá a llevarme la contraria.

Pone los ojos en blanco, recoge la mochila del suelo y se la echa al hombro. Sin embargo, no se va, sino que se acerca al fregadero para servirse un vaso de agua.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta entonces, despreocupado.

Arqueo las cejas. ¿Desde cuándo le interesa mi vida?

—No te importa.

—Sé que sois amigos. Noah y tú. Mamá me lo ha contado.

Me sobresalto al oírlo. Es la primera vez que hablamos de él desde lo que pasó. No obstante, cuando me vuelvo a mirarlo, Jason no parece preocupado. Al contrario, actúa como si nada le importase y eso me hace apretar los puños. De pronto, estoy furiosa.

—¿Tienes algún problema? —le espeto.

Niega con la cabeza y mete el vaso en el lavavajillas.

—Solo era un comentario. Relájate. ¿Acaso estás en tus días?

Además de ridícula, esa frase ha sido muy machista. Rose debería de solidarizarse con la humanidad y encerrar a su hijo en casa para siempre. «El mundo necesita tomarse un respiro de la gente como tú, Jason», pienso. Pero no lo digo en voz alta porque,

de nuevo, sé que solo intenta provocarme.

Discutir con él es una pérdida de tiempo. No se merece mi atención.

Como no me ha oído replicar, canta victoria. Me muerdo el labio y lo ignoro mientras veo cómo se pasea, orgulloso, hasta la puerta de la cocina. Quiero que desaparezca de una vez. Por desgracia, se detiene cuando sus dedos rozan el pomo.

—Largo —le ordeno, con tanto desdén como siempre.

Entonces, se da la vuelta. Ha dejado de sonreír.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No —respondo, aunque me ignora.

—Sé que todavía me odia, pero necesito saberlo. Está bien, ¿verdad?

Se refiere a Noah. Algo ha cambiado en su expresión: sus ojos parecen tristes y se muerde el labio con tanta fuerza que es muy posible que se haya hecho daño. Al verlo así, solo se me ocurre una palabra para describirlo: vulnerable.

Por algún motivo, me molesta que actúe de esta manera. Todo lo que ha pasado es culpa suya. No tiene razones para estar afligido.

Incapaz de contenerme, espeto:

—No lo sé. —Frunce el ceño. Sueno más dura de lo que pretendo y añado—: ¿Cómo estarías tú si descubrieses que tu novia te engaña con tu mejor amigo, Jason?

Hasta a mí me sorprende el odio que reflejan mis palabras. Sin embargo, lo entiendo. Noah se ha convertido en una persona importante para mí y siento la necesidad de defenderlo.

Supongo que Jason ve las cosas de la misma manera, porque reacciona ante mi comentario como si lo mereciera. Aprieta los labios y me dedica una última mirada antes de salir de la cocina. Pronto, desaparece por el pasillo.

Me pregunto si se disculpó por lo que hizo.

Me pongo de puntillas para ver por encima de la multitud. Es miércoles, solo quedan unos días para que empiecen las vacaciones

y, mire a donde mire, solo veo caras de felicidad. Acabo de terminar el último examen del trimestre y estoy bastante orgullosa del resultado. Aún no me han dado todas las notas, pero sé que tengo una media de notable alto.

Si me mantengo así durante todo el curso, tendré una plaza asegurada en la carrera de periodismo.

Al fondo del comedor, veo a Jason, que se ríe junto a sus amigos. Supongo que Noah almorzará con nosotros, porque no se han sentado juntos desde que discutieron. Lo hace varias veces a la semana para que mi hermanastro no pierda el contacto con los chicos. Creo que esa es una de las razones por las que lo admiro.

El mundo entero habría marginado a Jason si él hubiera querido. No obstante, Noah es demasiado bueno para permitirlo, y por eso come en nuestra mesa. A pesar de todo lo que ha pasado, se preocupa por el que antes era su mejor amigo.

Después de la conversación que hemos tenido esta mañana, sé que la preocupación es mutua.

Por eso no he podido sacarme sus nombres de la cabeza en todo el día. Lo que le he dicho antes a Jason me ha atormentado desde la hora del desayuno. Aunque creía estar haciendo lo correcto, ahora me planteo si de verdad ha sido así. Quizá no debería haberle contestado de esa forma. Tal vez tendría que haberle dicho que estaba equivocado, que, en realidad, Noah no lo odia, o puede que hubiese bastado con un «sí, está bien. Ya lo ha superado. Gracias por preocuparte, Jason».

Lo he hecho con la intención de defender a Noah. Sin embargo, ni siquiera me atrevo a mencionarle nada al respecto.

Suspiro, trato de no pensar en ello y me dirijo a nuestra mesa de siempre. A medida que me acerco, distingo a alguien. Noah está sentado en uno de los bancos y pincha con el tenedor las verduras que tiene en el plato. Sonríe en cuanto me ve.

Mis labios imitan los suyos. Dejo la bandeja sobre la mesa y me acomodo a su lado. Esta mañana lleva el flequillo despeinado, de punta y hacia arriba. Me gusta cómo le queda, aunque no se lo digo.

—Hola —me saluda—. Me alegro de que te hayas cambiado de sitio. Me aburría que estuvieras tan lejos.

Frunzo el ceño.

—¿Perdón?

—Siempre que almuerzo con vosotros, te sientas allí —me explica y señala el banco que hay al otro lado de la mesa—. Justo en frente de mí. He querido que te mudases a mi lado desde el primer día. Has tardado más de lo que esperaba, pero es un progreso. —Esboza una sonrisa burlona y me mira a los ojos—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Coquetea conmigo. Finjo desinterés y aparto la mirada hacia la bandeja.

—Si tantas ganas tenías de sentarte conmigo —desvío la pregunta, mientras abro la botella de agua—, podrías haberte cambiado tú.

Niega con la cabeza.

—Esperar ha sido mucho más emocionante. Además, todavía me acuerdo de cuando me dijiste que te gustaba tomar la iniciativa —bromea. Pongo los ojos en blanco. Acto seguido, me pregunta—: Por cierto, ¿qué tal el último examen del último primer trimestre de instituto de tu vida?

Le cuesta un poco pronunciarlo y casi se lía con las palabras. Me trago una sonrisa.

—Me han hecho la misma pregunta veinte veces hoy.

—A mí me importa de verdad. ¿Cómo te ha ido? He oído que era difícil.

No lo era. Al menos, no para él. Noah va a la clase de matemáticas avanzadas, como todos los que quieren estudiar una carrera de ciencias. Las mías son muy fáciles si las comparamos con las suyas.

Aun así, me gusta que se preocupe por mí.

—Bastante bien. Sacaré un notable como mínimo.

—Como en tecnología —me recuerda con una sonrisa.

—De no ser por ti, habría suspendido.

—No seas tonta. El examen lo hiciste tú.

Lo miro de reojo. Tiene parte de razón. Quedamos para estudiar durante una semana entera y, la verdad, le queda mucho para ser un buen profesor. Se desespera enseguida y no se explica nada bien. Pero me llenó la librera de *pósits* con definiciones que creía que me ayudarían a estudiar —él siempre los usa— y todavía los guardo todos, aunque las clases hayan terminado, porque me traen buenos recuerdos.

Pero eso no lo sabe.

—¿Y tú? ¿Cómo te ha ido el de literatura?

—Mal. No soporto a esa profesora. He dejado una pregunta a medias.

—Vaya, entonces tendrás que conformarte con un nueve y medio. Qué horror.

Choca el hombro con el mío con suavidad. Me río.

—No te burles de mí.

Solo bromeo. En realidad, admiro lo exigente que es consigo mismo. Conozco a mucha gente de nuestra edad que alardea de sus malas notas, como si suspender un examen los convirtiese en unos antisistema. A veces, Matthew lo hacía, pero jamás he escuchado a su primo decir algo así.

Noah no es como los demás y esa es una de las muchas cosas que me gustan de él.

Nos miramos durante un segundo, en silencio. Después, sonrío.

—¿Quieres saber una cosa? —le pregunto y arquea las cejas.

—Claro. Sorpréndeme.

—Quiero saber dónde llevarías a una chica en vuestra primera cita.

Hoy me siento más confiada que de costumbre y le sorprendo de verdad. De pronto, sonríe. Veo en sus ojos que le gusta lo que oye.

—¿Insinúas que debería invitarte a salir otra vez?

—No insinúo nada. —Tomo la botella de agua y la cambio de sitio. Quiero parecer desinteresada, distraída e indiferente—. Pero debes saber que últimamente estoy muy ocupada. Quizá, si tardas demasiado en decidirte, cuando me lo pidas ya tenga planes.

Me observa con mirada burlona. Ambos sabemos que miento. Me esperan tres semanas de vacaciones y, además de dormir y trabajar en futuros artículos, no tengo nada más que hacer.

Noah apoya el codo sobre la mesa y se inclina para que nadie más escuche la conversación. Me gusta la forma que tiene de aislarnos de todo lo que nos rodea. Podría cerrar los ojos e imaginar que estamos solos si no fuera por el ruido de la cafetería.

—¿Qué clase de planes? —indaga.

—Pues cualquiera. Tengo muchas cosas que hacer, ya te lo he dicho.

—Tienes que coser todos los agujeros que hay en la sudadera

con la que te presentaste en mi casa el día que nos conocimos. Ahora que lo pienso, no debería robarte tanto tiempo. Estás descuidando tus obligaciones.

Me sonrojo y Noah se ríe. Gruño, molesta. A veces, no lo soporto.

—¿Dejarás de meterte conmigo algún día? —me quejo.

—Lo dudo. Me parece muy divertido. Además, verte enfadada es adorable. —El corazón me da un vuelvo al escucharlo. Sin embargo, al mirarlo de reojo, descubro que su sonrisa ha desaparecido—. Creía que te había dicho que no podré quedar durante las vacaciones. Mi familia y yo siempre las pasamos fuera de la ciudad. Quedan unos días para que nos vayamos, pero Karinna quiere que cuadrupliquemos los ensayos hasta entonces porque no nos veremos hasta que vuelva. Lo siento.

Reconozco que eso desmonta un poco mis planes. Aun así, disimulo. No quiero que Noah piense que debe darme explicaciones. Además, al ver su expresión, deduzco que a él tampoco le gusta que no vayamos a vernos hasta que empiecen las clases.

«Más te vale no ser de los que tardan en contestar a los mensajes solo para hacerse el interesante, porque, si lo haces, te bloquearé».

—No pasa nada. —Fuerzo una sonrisa y bromeo—: ¿Tres semanas enteras sin verte? Tranquilo, sobreviviré.

—En el fondo, me echarás de menos.

Claro que lo haré, pero no lo admitiré en voz alta.

—No más que tú a mí.

Mi respuesta le hace gracia. Amplía la sonrisa y se gira del todo para mirarme a la cara.

—De todas formas, quiero que me reserves un sábado por la noche. En concreto, la noche del sábado once de enero. Tercera cita. Todavía tengo que pensar qué haremos, así que no preguntes.

Levanto las cejas. Eso será unos días después de que volvamos a clase. Creo que nunca me habían pedido una cita con tanta antelación, pero me gusta la idea.

—No me importa lo que hagamos —confieso.

Me sorprende pensar en lo sincera que soy. Noah niega con la cabeza.

—A mí no. Me he propuesto batir un récord. Quiero cumplir varios puntos esa noche —me confiesa—. Tres, de hecho. Los que

me faltan para llegar a diez.

Me pongo nerviosa, pero intento ocultarlo.

«En realidad, son los que crees que te faltan para llegar a diez».

Noah no sabe que di por válido el octavo punto de la lista. Todavía no me he atrevido a decírselo y, como he mencionado antes, dudo que lo haga algún día. Tendría que darle demasiadas explicaciones. Me consuelo al pensar que, en parte, eso me beneficia. De esta manera, le costará más anular la regla número dos y dispondré de más tiempo para pensar en qué ocurrirá entonces.

Sin embargo, en mis momentos de menos lucidez, siempre pienso en lo mucho que me gustaría cambiar más puntos de la lista. Los suficientes como para saltar desde lo alto de la muralla sin romper ninguna norma y atreverme a ser yo quien lo bese primero.

¿Cómo reaccionaría Noah si hiciese algo así ahora?

Mi corazón se aferra a la idea de que no me rechazaría, pero prefiero esperar. Me dejo llevar por los miedos y rezo porque nunca pase.

—¿Estás bien?

Su voz me trae de vuelta a la realidad y veo que me ha puesto una mano en la rodilla. Me da un pequeño apretón y, con eso, me desbloquea el corazón. Cuando le miro, debe de ver lo que siento reflejado en mi interior, porque se echa atrás con nerviosismo.

Antes de pedirle que no lo haga, se aparta.

—Lo siento —se disculpa—. No sé por qué… No debería… Lo siento.

Quiero decirle que no se disculpe, que su gesto no me ha molestado, pero solo soy capaz de decir:

—Vale.

Noah aprieta los labios y asiente. A continuación, se aleja para darme un espacio que, en realidad, no necesito. Me cierro en banda. Él avanza, poco a poco, con la intención de reducir la distancia que todavía hay entre nosotros y, en cambio, yo solo pongo barreras. Le coloco piedras en el camino porque me asusta que siga adelante.

Ni siquiera entiendo por qué lo hago.

Pero me he dado cuenta de una cosa: estoy cansada de no hacer lo que quiero.

Me dejo llevar por un impulso y me arrastro por el banco para

acercarme a él. Percibo que se tensa, pero todo cambia cuando entrelazo nuestros dedos. Su toque hace que se me erice la piel. Me quedo quieta durante un segundo, a la espera de que se aparte, pero no lo hace.

Aliviada, le miro y sonrío. Estoy a punto de añadir algo, cuando otras dos personas llegan a la mesa.

Akira se deja caer en el asiento con tanto entusiasmo que me sorprende no haber salido despedida.

—¡Traigo buenas noticias! —exclama.

Arqueo las cejas. De reojo, compruebo que Noah todavía me observa.

—¿Qué buenas noticias?

Wesley se acomoda junto a, como suele llamarla él, su casi novia, con cara de pocos amigos.

—No son buenas noticias para ti, créeme —me advierte y Akira le da un golpe en el brazo.

—No digas eso. Abril tiene que venir.

—¿Ir a qué? —pregunto.

—Se rumorea que se está organizando una fiesta para despedir las vacaciones de Navidad. Es en una nave a las afueras de la ciudad. Todo el mundo está invitado. Nosotros también. Así que iremos. No acepto un no como respuesta. Tienes todas las vacaciones para decidir qué te pondrás. Más te vale ir guapa.

Noah se revuelve a mi lado. Ante mi silencio, mi mejor amigo me dedica una mirada de autosuficiencia. Me conoce tan bien que ya sabía cómo iba a reaccionar incluso antes de que me lo contaran.

—Te lo dije —añade a la vez que me señala con un dedo y se vuelve hacia Akira—. No vendrá.

—No me gustan las fiestas —me justifico.

—Esta sí que te gustará. No puedes faltar —insiste ella. Cuando voy a preguntarle por qué tiene tanto interés en que asista, añade—: Es el cumpleaños de Noah.

Eso no me lo esperaba. Frunzo el ceño y me vuelvo hacia el bailarín, que me sostiene la mirada. Durante un instante, me pregunto por qué no me lo ha dicho y, entonces, recuerdo que nadie planea una cita con tanta antelación, ni siquiera Noah.

—No tienes que venir si no quieres —me susurra.

Su mano todavía rodea la mía y me gusta la sensación.

Quiero contestar, pero es Wesley el que me da explicaciones. Me basta con oír ese nombre para entenderlo todo.

—La organiza Matthew.

Por lo que estará allí.

—Por eso será una pasada. Ese chico tiene muchísimos amigos. Es como una leyenda en el instituto. Noah lo sabe. A fin de cuentas, vive en su casa —continúa Akira, tan entusiasmada como siempre. Se inclina sobre la mesa—. Vas a venir, ¿verdad? No puedes perderte algo así.

Se me revuelve el estómago. De inmediato, me giro hacia Noah. Ahora entiendo por qué no me había hablado sobre su cumpleaños. Después de la conversación que tuvimos, sabe lo incómoda que me sentiría. Ha preferido renunciar a verme en la fiesta que hacer que me sintiese obligada a asistir. Como siempre, piensa en los demás antes que en sí mismo.

A la hora de responder, no me lo pienso dos veces.

—Claro que iré —confirmo. Quiero que todos sepan que no hay forma de que me eche atrás. Al oírme, Noah me aprieta la mano. Me vuelvo hacia él y sonrío para quitarle importancia al asunto—. No me mires así. Tampoco lo hago por ti. Solo es para acabar bien las vacaciones.

Con esto, le hago sonreír.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—No tienes que hacerlo si no…

—Me muero de ganas de ir, Noah.

«Para estar contigo».

—Genial —susurra y se acerca un poco—. Nunca me ha gustado celebrar mi cumpleaños, pero creo que me harás cambiar de opinión. Será genial tenerte allí.

Se me escapa una sonrisa. Creo que acabo de mejorar las expectativas que tenía respecto a esa noche. Ser valiente ha merecido la pena.

A partir de ahora, no permitiré que Matthew influya en mi vida. Si me quedo en casa, le otorgaré un poder sobre mí que no quiero que ejerza. No me importa que sea él quien organice en la fiesta; como ha dicho mi amiga, todos están invitados y habrá mucha gente que se merece mi atención más que Matthew.

Como Wesley y Akira, por ejemplo.

O Noah.

Sobre todo, Noah.

Ahora que estamos en silencio, busco a mi mejor amigo con la mirada. Me observa con una sonrisa burlona en los labios. No sé si está orgulloso de la decisión que he tomado o si se ríe de mi cara de tonta. Quizá ambas.

Molesta, tomo un trozo de lechuga del plato y se lo lanzo a la cara.

—No me mires así —me quejo. Akira estalla en carcajadas mientras Wesley se frota el ojo que le he llenado de mayonesa.

—Voy a dejar de ser tu amigo —me espeta.

—Me harías un favor.

—Ahora vuelvo —murmura Noah e interrumpe nuestra conversación.

Acto seguido, se levanta del banco y aprovecho que me ha soltado la mano para secarme el sudor en los pantalones. Sigo al bailarín con la mirada hasta el fondo del comedor, donde agarra a alguien del brazo y lo arrastra hasta nuestra mesa.

Se me para el corazón. Con sus dos metros de altura, Oliver parece demasiado pesado para alguien como Noah. Sin embargo, no se rinde con facilidad y sé que lo traerá hasta aquí. Me vuelvo hacia Wesley.

—Creo que debería echar a correr —me susurra, más pálido que la puerta de un frigorífico.

Me pongo en pie.

—Voy contigo.

Por desgracia, Noah se detiene junto a nosotros antes de que nos movamos. Intento pensar en una excusa que nos salve de esta, pero me quedo helada cuando me encuentro con los ojos de Oliver. Todavía recuerdo el intenso episodio que viví hace unas semanas. He mantenido las distancias con él desde entonces.

Pero ya no tenemos escapatoria.

Noah le empuja para que dé un paso adelante. Toda la mesa se queda en silencio.

—Chicos, creo que Oliver tiene algo que deciros —declara a la vez que esboza una sonrisa. La mirada de Rabia no abandona la mía. Continúa en silencio. El bailarín le da un codazo—. Vamos,

Oliver. Comparte con nuestros amigos la conclusión a la que has llegado.

—Ellos no son mis amigos —gruñe.

—Dilo, Oliver. Están esperando.

Rabia suspira y se vuelve hacia Wesley. El primero aprieta los puños y las venas de los brazos se le marcan. Estoy segura de que, si quisiera, levantaría la mesa con una sola mano y nos lanzaría a la otra punta del comedor. No obstante, hace algo muy distinto.

Toma aire y le susurra a mi mejor amigo:

—Lo siento.

Noah frunce el ceño, pues apenas se le ha entendido.

—¿Qué has dicho? —insiste y se lleva una mano a la oreja—. No te hemos escuchado bien. ¿Te importaría repetirlo?

Rabia rechina los dientes.

—Carter, te juro por Dios que te aplastaré la cabeza.

Pero Noah no se inmuta.

—Vamos, repítelo.

—Lo siento —vuelve a decir Oliver. A continuación, se vuelve hacia su hermana—. No debería haberme entrometido en vuestra… relación. Aunque tu nuevo amigo me parezca un perro sarnoso, tengo que respetar tus decisiones. Sabes cuidar de ti misma. Todavía pienso que te mereces algo mejor, que lo sepas, pero me mantendré al margen hasta que te des cuenta tú sólita. —Vuelve a dirigirse a Wesley—: Y tú, perro sarnoso, no me caes nada bien, pero creo que me equivocaba contigo. Lo siento. Ya está. ¿Contento? —añade, con cierto retintín, mirando a Noah.

La sonrisa de este último me parece contagiosa. Ha sido una disculpa bastante cutre, pero suficiente. Wesley parece aliviado, y yo sé que, a partir de ahora, su relación con Akira irá como la seda. Me alegro por ellos, pero la felicidad desaparece pronto.

Noah niega con la cabeza y añade:

—Aún no. —Me señala con disimulo—. Te falta ella.

De inmediato, Oliver me escudriña con la mirada. Trago saliva, pero me mantengo firme; no permitiré que me intimide. Me observa durante unos segundos antes de volver a dirigirse a su amigo.

—Ella no entraba en el trato —protesta entre dientes.

—Bueno, ahora sí —responde Noah, y Oliver aprieta los puños.

—No te ayudaré a impresionar a tu chica, Carter. Púdrete.

Sus palabras nos sobrecogen a los dos. Alterado, Noah le golpea el brazo y me mira para comprobar si lo he escuchado, pero actúo como si nada hubiera ocurrido y sonrío a mis amigos. Casi me parece oírle suspirar. Oliver ha susurrado, pero yo estaba prestándoles demasiada atención y me he enterado de lo que decían.

El comentario me habría sacado una sonrisa de no haber sido porque todavía temo por mi vida.

—Hazlo —insiste Noah.

Espero que Oliver se niegue de nuevo, pero no lo hace.

—Abril —pronuncia mi nombre con asco y fuerza una sonrisa irónica—, siento mucho que seas una cotilla y te metas donde no te llaman.

—Oliver —gruñe Noah.

—Tampoco debería haberte amenazado el otro día —continúa el chico, de mala gana—. En el fondo, supongo que tenías… Tenías…

—¿Qué tenía?

—Carter, no vas a salir vivo de esta.

—Dilo de una vez.

—Tenía razón, ¿de acuerdo? —Se gira hacia mí—. Tenías razón.

Aprieto los labios. Sé que no lo piensa de verdad. No obstante, Noah parece orgulloso de lo que ha conseguido, por lo que no digo nada al respecto. Le da unas palmaditas a su amigo en la espalda y a mí se me escapa una risita.

—Muchas gracias, Rabia. Creo que estamos en paz.

—Que te jodan.

Oliver nos dedica una mirada desdeñosa antes de marcharse.

De inmediato, la mesa entera estalla en vítores. Wesley aplaude como si acabase de presenciar el mejor espectáculo de su vida, y Akira felicita al bailarín porque «sabe manejar a su hermano mejor que nadie». Entre risas, Noah les da las gracias y se sienta a mi lado. Yo me limito a esbozar una sonrisa, que crece cuando me toma de nuevo de la mano. No me lo esperaba.

—¿Qué? —inquiere. Ha notado que lo observo.

Frente a nosotros, la «pareja» vuelve a estar pendiente de sus asuntos.

—Admirable —resumo.

—No es para tanto. Oliver me debía un favor. Convencí a la

chica que le gusta para que le diese su número —me explica. Me acaricia la mano con el pulgar—. No creo que sirva de mucho, pero es un avance.

—Lo es.

Sonríe todavía más. Antes odiaba que hiciera eso, pero he cambiado de opinión. Luego, pasa una pierna por encima del banco para sentarse a horcajadas sobre él. De esta forma, nos mirarnos el uno al otro. Se acerca un poco más.

—Hablemos sobre nuestra tercera cita —propone y ladea la cabeza—. ¿Alguna vez te has escapado de una fiesta?

Me echo a reír. Reconozco que me encanta la idea. Por desgracia, todo se tuerce antes de que lo diga en voz alta. La conversación cesa al otro lado de la mesa y, cuando me vuelvo hacia Wesley, descubro que mira a mi espalda.

Mejor dicho, a alguien que está detrás de mí.

—Érica. —Mi mejor amigo escupe su nombre y no me queda más remedio que girarme—. ¿Qué haces aquí?

En cuanto mi mirada recae sobre su figura, se me seca la boca. Érica es una chica alta y delgada, que lleva el pelo a la altura de los hombros. Es de un color rojizo, parecido al de las tejas. Al ser un año mayor que nosotros, ya debería de estar en la universidad, pero su largo historial de suspensos la mantienen atada a este instituto. En momentos como este, desearía que fuera una alumna más aplicada.

Para no tener que volver a verla nunca.

Porque hacerlo me trae muy malos recuerdos.

Érica es la chica con la que Matthew me engañó. La misma que, cuando se enteró de lo ocurrido, en lugar de darle calabazas, se puso de su parte y me hizo la vida imposible durante meses.

Todavía cree que es mejor que yo y su forma de sonreír es prueba de ello.

—Wes —le saluda con voz inocente—. Veo que todavía eres tan amable como siempre. Es un alivio que los años no te hayan cambiado, cielo.

—¿Qué quieres? —La increpa mi amigo, seco.

—En realidad, venía a saludar. —Me toma un mechón de pelo y juguetea con él, como si fuésemos amigas—. Abril, cariño, me enteré hace poco de que te habías cambiado de instituto. No me

creo que no hayamos coincidido. Con la de cosas que tenemos que contarnos… Dime, ¿has encontrado ya un sustituto?

Actúa como si Noah no estuviese a mi lado, pero sé que nos ha visto cuando su sonrisa se amplía. Con cierta violencia, sacudo el brazo para librarme de su agarre. Él frunce el ceño, aunque me suelta sin decir nada. Leo en sus ojos que no entiende lo que ocurre.

—¡Premio! —exclama Érica, y lo mira como si fuera a puntuarlo del uno al diez, como hace Akira—. Noah Carter. Es un buen partido, lo admito. Sobre todo, si tienes en cuenta quiénes son sus amigos. Seguro que estar con él te permite, ya sabes, saludar de vez en cuando al capitán del equipo. Todavía quedamos, por si te lo preguntas. Justo como lo hacíamos mientras él salía contigo. —Ha sido un golpe bajo, pero no me duele. Al ver que no reacciono, vuelve a intentarlo—. Pero supongo que no te importa, ¿verdad? Al menos, ya no. Ahora tienes otras distracciones. —Intenta acariciar el hombro a Noah, pero él se aparta con rapidez—. Escuché lo que pasó con Amanda. Una lástima. Hacíais buena pareja.

Él aprieta la mandíbula. Seguro que piensa lo mismo que yo…

—Ya. —Se limita a responder y mira hacia otro lado.

—Voy a darte un consejo. Si fuera tú, me andaría con mucho cuidado. No sabes con quién tratas. —Aprovecha que nos hemos separado para sentarse entre nosotros, con los pies hacia fuera—. Esta chica de aquí —añade y me da un pequeño golpe en el brazo —, es mucho más… retorcida, de lo que parece. ¿A que sí, Abril?

Intento responder, pero no me salen las palabras. A mi espalda, escucho cómo Akira se acerca a mi mejor amigo para preguntarle:

—¿De qué diablos habla?

Él hace un gesto para que guarde silencio.

—Supongo que Matthew te lo habrá contado. Esas cosas no se superan fácilmente —prosigue Érica, que se mira las uñas. Habla con tranquilidad y eso me irrita—. Al principio, solo eran visitas exprés a la casa del otro. Pasaban mucho tiempo a solas, en clase y fuera del instituto, y se escribían mensajes a todas horas. Tu primo solía pedirme consejo, ¿sabes? Le preocupaba que su novia tuviera tanta confianza con alguien que no era él, no sé si me entiendes. Le recomendé que cortase el problema de raíz, pero no me hizo caso y acabó con el corazón roto. —Se vuelve para mirarme. Ahora sus ojos relucen con odio—. Seguro que todavía lo haces. Intentas

engañarnos a todos con la excusa de que solo sois amigos, pero, seamos sinceras, Abril, nadie se lo cree. Noah solo es el siguiente en tu lista. Cuéntame, ¿se lo has dicho ya? ¿Te has atrevido a contarle lo mal que lo pasó. —Matthew por tu culpa? ¿Noah sabe que te veías con Wesley a sus espaldas? ¿O has preferido guardar el secreto porque todavía lo haces?, suelta una risa nasal—. Si yo fuera tú, me avergonzaría de mí misma. ¿Acaso no sabes cómo llamamos aquí a las chicas que salen con varios chicos a la vez?

La ansiedad me estalla en el pecho y me quedo sin fuerzas para respirar. Alguien me pide que me tranquilice porque nada de lo que dice es cierto. Creo que es Wesley, pero no le hago caso. Akira aparta la mirada cuando me vuelvo hacia ella y eso me rompe por dentro.

¿Ha creído a Érica? ¿De verdad piensa que soy ese tipo de persona?

Se me sube el corazón a la garganta. Me acuerdo de todas las discusiones que tuve con Matthew sobre el tema y me enferma pensar que le ha contado a todo el mundo su propia versión de la historia. Creo que voy a vomitar.

No lo soporto. Ni siquiera me atrevo a mirar a Noah.

Antes de que me machaque más, recojo mis cosas y salgo de la cafetería. No espero que nadie me siga, y quizá por eso nadie lo hace.

Capítulo 20
Hacernos felices

—Vale, no me lo puedo creer.

—¿Qué pasa?

Como nadie responde, echo el cuello hacia atrás para mirarlo. Estoy tumbada bocarriba sobre el sofá oscuro que ocupa casi toda la nueva sala de estar de mi casa, con las piernas sobre el respaldo y la cabeza casi apoyada en el suelo. En esta posición, lo veo todo del revés y me mareo un poco. No obstante, estoy tan cómoda que no quiero moverme.

Wesley se encuentra a unos metros de mí, agachado junto a la estantería donde mi hermanastro guarda sus videojuegos. Examina una de las carcasas. Cuando se gira para enseñármela, tiene los ojos como platos.

—Jason tiene la versión *deluxe* de mi videojuego favorito —me comenta, atónito—. ¿Cómo diablos la ha conseguido? Estuve tres horas atascado en una puñetera cola virtual y ni siquiera pude añadir el producto a mi cesta. Esto es increíble. No entiendo por qué ese crío te cae tan mal. En mi opinión, tiene muy buen gusto.

Resoplo con fastidio. Su entusiasmo me hace gracia, pero no me río. Se supone que hablábamos sobre nuestro maratón cinéfilo de fin de año. La hemos hecho desde que éramos pequeños. Su familia nunca celebra Nochevieja, así que siempre cena con nosotros y pasamos el resto de la noche viendo películas.

Creía que, cuando creciéramos, nuestra tradición quedaría en el olvido, pero no me gustan las fiestas, sobre todo si conllevan beber alcohol, y los padres de Wesley no confían lo suficiente en él como para dejarle tener, como dicen ellos, una «noche de descontrol», por

lo que aquí seguimos.

Solo recuerdo una ocasión en la que no lo celebramos. Fue el año pasado. Matthew se pasó una semana enfadado conmigo porque no entendía que fuese a pasar Nochevieja con alguien que no fuera él. Intenté convencerle para que se uniera a nuestra noche de películas, pero no le gustó la idea. A Wesley tampoco, así que al final la cancelamos.

Poco después, descubrí que los planes que mi novio tenía para esa noche tampoco me incluían. Se coló en una discoteca con sus amigos con la excusa de que hacía tiempo que lo organizaban, que ya había comprado la entrada y que no podía echarse atrás con tan poca antelación. Yo me fui a la cama temprano, sin cenar, y me negué a hablar con papá cuando me preguntó si estaba bien.

«Ni contigo ni sin ti». Las cosas siempre eran así con Matthew.

Por suerte, este año será diferente. Con Akira fuera de la ciudad —al parecer, todo el mundo, excepto nosotros, pasa las navidades fuera— y Noah ignorándome, nuestra pequeña tradición es lo único que nos queda si queremos pasar una Nochevieja en condiciones.

Vale, no es que me ignore, ni yo a él. Simplemente no hemos vuelto a hablar desde lo ocurrido con Érica. Ayer empezaron las vacaciones y estos últimos días no he ido a clase porque sabía que era una pérdida de tiempo. Los profesores siempre nos cuentan cosas innecesarias —que luego no aparecen en los exámenes— y no me apetecía madrugar para escucharlos.

En total, han pasado cuatro días desde la última vez que vi a Noah. Mañana es Nochebuena y, si no recuerdo mal, esta noche se va de la ciudad. Me molesta pensar en que lo echo de menos porque no sé cómo pasaré tres semanas más sin él si ya no me lo saco de la cabeza.

«Dime, Abril, ¿has encontrado ya a un sustituto?».

Tampoco le he escrito. Supongo que, en el fondo, es porque tengo miedo de que no quiera saber nada de mí después de lo que pasó.

Me llevo las manos a la cara. Odio esta situación. Necesito olvidarme de él, así que miro a Wesley y le pregunto:

—¿Me estabas escuchando?

Está demasiado ocupado como para responder, así que asumo que no. Hace un rato que hablo de todas las películas que quiero

que veamos y él tendría que haberlas anotado en el móvil, pero está haciendo fotos a los videojuegos de Jason.

Me está poniendo de mal humor. Fastidiada, agarro el cojín más cercano y se lo lanzo a la cabeza.

Mi puntería es tan precisa que me falta poco para darle al CD que tiene en las manos. Por suerte, mi mejor amigo se lo esconde tras la espalda y el almohadón impacta contra su pecho.

—¡Ten cuidado! —me chilla, con la voz aguda, tras mirarme con reproche—. Podrías haberlo roto, indecente. Menos mal que tengo buenos reflejos.

Revisa a toda prisa el videojuego para asegurarse de que todo sigue en orden. Parece que tenga ganas de abrazarse a él y no volver a soltarlo nunca.

—¡No me hacías caso! —exclamo, molesta—. Tenemos que preparar lo de Año Nuevo. Soy la única que se preocupa por hacer una lista de películas. Al menos, finge que me prestas atención.

—Bueno, eso hago.

—¿Mientras revisas los videojuegos de Jason? —Alzo las cejas.

Él se encoge de hombros.

—Has dicho que bastaba con que fingiera.

—Púdrete.

—Fingir es lo máximo que puedo hacer por ti, ya que es la primera vez que me dejas entrar en tu nueva casa. —Dolido, se separa de su preciado tesoro para colocarlo en la estantería y sacar otro videojuego. No debe de ser de su interés, porque lo guarda al instante. Entonces, se gira hacia mí—. Este sitio es increíble. Estoy en todo mi derecho de sorprenderme con las cosas que hay. Además, me has obligado a entrar por la ventana. Como vuelvas a echarme algo en cara, te tiro del sofá.

No sé estar enfadada. Al final, me muerdo el labio para ocultar una sonrisa. Rose me suele emparejar con cualquier chico que ve a mi alrededor, incluido Wesley. Por esa razón, le he pedido que se cuele por la ventana del baño. No sé cómo lo haremos en Año Nuevo, pero prefiero dejar los interrogatorios para entonces.

Además, reconozco que ha sido divertido verle saltar como un ninja inexperto sobre el alféizar. Sobre todo, después de haber descubierto que Rose no estaba en casa.

—En realidad, deberías darme las gracias —replico—. Por lo

menos he conseguido que te movieras un poco. Deberías hacer más ejercicio.

Frunce el ceño. Este tema siempre le molesta.

—Retira eso —me ordena.

—No puedo. Eres muy vago, admítelo.

—No es verdad.

—Claro que lo es.

—Vale, he tenido suficiente. Me voy. —Hace ademán de querer levantarse. Como sé que bromea, suelto una carcajada.

—Acuérdate de salir por la ventana —canturreo.

—Saldré por la que utilizaste para espiar a Noah Carter antes de que empezara el instituto. ¿Qué te parece?

El calor me sube a las mejillas. Para evitar contestar, le lanzo otro cojín. En esta ocasión, va directo a su cara e impacta contra su nariz. Wesley se tambalea, pero de inmediato estalla en carcajadas. No me extraña que se lleve tan bien con Noah. Los dos son igual de tontos.

De una forma u otra, siempre pienso en lo mismo. Suspiro y me reacomodo en el sofá. Apoyo la cabeza en el reposabrazos y subo las piernas hasta que me veo las zapatillas. Solo con oír su nombre, recuerdo lo que pasó hace unos días y me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Has hablado con él? —Wesley me conoce mejor que nadie y sabe que no lo he hecho. Aprieto los labios.

—No desde lo que pasó con Érica. —Hago una mueca. Detesto todo lo que tenga que ver con esa chica. Mi amigo chista con desaprobación y muevo la cabeza para mirarlo—. ¿Qué pasa? ¿Crees que está…?

—No creo que esté enfadado, si es lo que te preocupa. Pero han pasado cuatro días —me interrumpe. Me siento culpable porque sé que tiene razón—. Me gusta ese chico para ti, ¿sabes?

Llevo la vista al techo. Intento disimular, pero siento mariposas en el estómago. He perdido la cuenta de todas las citas que Wesley me ha organizado durante este último año, pero nunca me había dicho algo así.

Tampoco lo hizo mientras estaba con Matthew.

—¿Por qué?

—He visto cómo se comporta cuando está contigo. Siempre he

creído que te merecías a alguien que te tratase así. Seguro que se ha dado cuenta de que eres la mejor chica del instituto —bromea y me saca una sonrisa. Cuando me dispongo a contestar, añade—: Vino a hablar conmigo unos días antes de vuestra cita, ¿sabes? Quería saber qué tipo de películas te gustaban. Se supone que no tenía que decirte nada, pero no sé guardar secretos. Deberías haber visto la cara que puso cuando le dije que tus favoritas eran las de terror.

Me río, aunque desconozco si es porque me hace gracia o porque necesito disimular que se me acelera el corazón. Todavía me acuerdo de cómo palideció cuando escogí una de las únicas películas de miedo que había entre las que me propuso. Solo tardé media hora en darme cuenta de que Noah odia ese género. Aun así, no puso pegas cuando le dije que quería ver la segunda parte.

—¿De verdad habló contigo? —pregunto.

—De verdad. Me interrogó durante un buen rato.

—No deja de ser el primo de Matthew —comento, como si eso fuera a quitarle valor a lo que hizo, pero ni siquiera yo creo que lo haga. Antes de que Wesley me ataque, me explico—: No quise contarle lo que pasó entre nosotros. Después de lo del otro día, seguro que piensa que las cosas fueron de otra manera. Creerá que yo lo engañé a él. No quiero que me vea como la mala de la película.

—No eres la mala —me recuerda. Entonces, deja de mirar las estanterías para observarme—. Habla con él y explícaselo todo. Si es necesario, incluso dile que me busque. Le daré más de mil razones por las que jamás te tocaría ni con un palo.

—Muy gracioso —gruño y él se echa a reír. Vuelve a prestar atención a los videojuegos—. ¿Cómo se lo ha tomado Akira? Tampoco he hablado con ella.

—Érica puede decir todo lo que quiera. Akira confía en mí. Hablé con ella y lo solucionamos, pero está muy enfadada contigo porque no le hayas dicho antes que saliste con el misterioso capitán del equipo.

Finjo una arcada.

—¿Le contaste lo mal que nos fue?

—Prefiero que seas tú quien le cuente que Matthew fue un capullo contigo. Déjale claro que, aunque haya pasado mucho tiempo, todavía lo es. Cuanta más gente lo sepa, mejor.

Asiento. Estoy de acuerdo con él. Más de una vez he querido escribir algo de forma anónima y publicarlo en redes sociales, donde todos lo vieran. Las chicas de nuestro instituto tienen a mi exnovio en un pedestal porque no saben que es una tortura salir con él. Siento que es mi deber advertirlas.

Pero, de momento, creo que lo mejor es que vaya poco a poco. Empezaré con Akira y seguro que ella hará que se expanda el rumor.

Sin embargo, ahora mismo eso no me preocupa. Miro al techo y pienso cómo me marché del comedor el miércoles pasado. Tenía la esperanza de que alguien me siguiese, como pasa en las películas, pero me llevé una decepción tremenda. Me alegro de que Wesley no lo hiciera, porque dejar a Érica a solas con Akira y el bailarín habría sido una locura.

Aunque supongo que, en el fondo, él no era la persona que deseaba que viniese detrás de mí, sino Noah.

Cierro los ojos con fuerza. Dios mío, soy patética. Muy patética.

—¿Qué diablos me pasa? —me quejo en voz alta. No entiendo por qué pienso tanto en ello. ¿Por qué me preocupa tanto su opinión? ¿Por qué tengo la necesidad de decirle que no siento nada por mi mejor amigo? ¿Por qué temo que las palabras de Érica le hayan afectado? ¿Por qué me asusta tanto que pueda haberla creído?

¿Por qué debería importarle a él, de todas formas, lo que haya entre Wesley y yo?

—Lo que te pasa tiene nombre. Es una palabra de cuatro letras, pero no quiero que me pegues, así que me conformo con decirte que creo que estás preocupada. —Asiento e ignoro su primer comentario. Resopla y se sienta junto a mí en el sofá— insisto en que deberías hablar con él. Las cosas se solucionan así, ¿sabes?

—Tienes razón —concuerdo. Me aprieto las manos—. Mañana lo llamaré.

—Mañana, ¿por qué?

«Porque mañana ya estará fuera de la ciudad y quizá, así, me arme de valor».

Gracias al cielo, Wesley no sabe en qué pienso. Subo las cejas como si esa me pareciera la única opción viable.

—No voy a ir hoy —le advierto.

—Deberías. Has pasado cuatro días sin hablar con él. Si no creyó a Érica en su momento, lo hará cuando se dé cuenta de que lo evitas.

—No lo evito —replico, aunque es mentira.

—No tiene sentido dejar que se preocupe por ello —continúa—. Ambos sabemos que nada de lo que Érica dijo era verdad. Habla con él y acláraselo cuanto antes.

Me muerdo el labio. Odio admitirlo, pero creo que está en lo cierto. Dejo escapar un suspiro, levanto un poco el trasero y saco el móvil del bolsillo. Wesley me observa mientras lo desbloqueo.

—¿Qué haces? —Demanda.

—Llamarlo.

De pronto, me arrebata el teléfono de las manos. Chillo e intento recuperarlo, pero tiene buenos reflejos y esquiva todos mis ataques.

—¿Estás de broma? Vives al lado de su casa. Mueve el culo y ve en persona. Ahora.

—Estás loco si piensas que voy a hacer eso.

—Claro que vas a hacerlo.

No permite que le replique. Se pone en pie y tira de mí para obligarme a hacer lo mismo. Me resisto tanto como puedo. Es mucho más fuerte que yo, pero espero que, si se lo pongo muy difícil, me deje tranquila.

—¡Ni siquiera está en casa! —exclamo. He encontrado la excusa perfecta—. A estas horas, debe de estar ensayando en el estudio.

—Genial, así no verás a su primo. Muévete.

Al final, consigue que me ponga de pie. Menos mal que no sigo en pijama, porque me arrastra hasta el recibidor, sin darme la oportunidad de cambiarme de ropa o de peinarme, y me echa de mi propia casa.

—Wesley… —lloriqueo, pero no funciona.

De repente, estoy en el porche. Él sale detrás de mí y cierra rápidamente la puerta. Lo miro con mala cara mientras se alisa la camiseta, orgulloso. A decir verdad, no sé cómo me siento ahora mismo. Estoy enfadada, nerviosa y asustada al mismo tiempo. ¿De dónde voy a sacar el valor para presentarme en la academia así, sin más, y pedir a Noah que hable conmigo?

Me da miedo que sea cierto. No quiero llegar allí y descubrir que se creyó todo lo que Érica dijo sobre mí. Me asusta que crea que soy

así.

Como si me leyera la mente, mi mejor amigo se acerca para darme una palmada en la espalda.

—Hazme el favor de seguir mi consejo por una vez en tu vida. Ya me lo agradecerás más tarde, créeme —me dice y fuerza una sonrisa. Dudo que sea cierto, pero, aun así, bajo las escaleras.

En realidad, no estoy del todo segura de que Noah siga en la academia a estas horas. Antes, solo necesitaba ponerle una excusa a Wesley para que me dejase tranquila. No obstante, cuando nos despedimos al final de la calle de Rose, camino hasta el estudio. Si voy a casa de mis vecinos y Matthew está allí, no creo que aguante las ganas de arrancarle la cabeza.

De modo que me dirijo hacia la sala de ensayos con un nudo en el estómago. Como apenas recuerdo la dirección, paro a varias personas al azar para que me indiquen por dónde ir. Ahora que sé lo divertido que es caminar con los hermanos Carter, hacerlo sola me agobia. El silencio me tortura durante todo el trayecto y no me queda más remedio que pensar.

Por suerte, solo tardo media hora en llegar. Me detengo frente al edificio de paredes marrones que Noah me presentó como su lugar favorito de la ciudad. Son más de las nueve, así que apenas hay gente en la calle. El frío de diciembre se me cuela en los riñones. Tomo una bocanada de aire y empujo la puerta de cristal antes de que pueda echarme atrás.

En el interior hay una mezcla de colores blancos y anaranjados. A la izquierda, está el mostrador tras el que Greatel, la dueña del estudio, una mujer que cuida de Tom siempre que viene, estaba la última vez. Sin embargo, no hay ni rastro de ella. Miro hacia las escaleras que conducen al segundo piso y me fijo en el sótano. Busco a alguien que tenga intención de echarme, pero la habitación está vacía.

Trago saliva. Un tenue haz de luz se cuela por debajo de la puerta de la sala de ensayo. Camino hasta ella, temblorosa. Cuando

la abro, espero encontrar a Noah y Karinna practicando su coreografía.

Pero solo queda una persona.

Noah Carter está sentado en el suelo, estirando después del ejercicio. Va vestido completamente de negro, con una camiseta lisa y un pantalón de chándal. Como está inclinado hacia adelante, una pequeña franja de piel queda al descubierto sobre su cintura y me obligo a apartar la mirada. No es un buen momento.

Aún no ha recaído en mi presencia. Si quisiera, podría irme y darlo todo por perdido. Con algo de suerte, quizá, cuando volvamos a clase, ya nos habremos olvidado de esto y todo seguirá como antes entre nosotros. Verle así me recuerda al día que nos conocimos. Entonces, pienso en qué hubiera pasado ni nunca se me hubiera caído ese sujetador en su patio.

Fue una experiencia horrible, pero, de no ser por eso, no habríamos hablado.

Nunca creí que encontraría a alguien que estuviese dispuesto a completar la lista. Menos aún que sería por casualidad y que el chico en cuestión viviría al lado de mi casa. No pensé en que me gustaría tanto la experiencia. Aunque, sobre todo, si hay algo que nunca me planteé, es que algún día temería que se rindiera.

Por desgracia, ese momento ha llegado.

Le doy demasiados problemas. Entre esto, mi pasada relación con Matthew y la lista, no entiendo cómo todavía me soporta. Si yo estuviese en su lugar, habría cortado esto de raíz. Ya habría encontrado, como dice Érica, a una sustituía. «Estar con cualquier otra chica te resultaría mucho más fácil, Noah. No entiendo por qué quieres pasar tiempo conmigo».

«Pero, por favor, no dejes de hacerlo».

Detesto sentirme así. Ojalá pudiera mentir y decir que nada ha cambiado, pero la verdad es que mi vida es mejor desde que Noah forma parte de ella. Por eso no quiero que esto se acabe.

Me armo de valor, cuento hasta tres en silencio y me aclaro la garganta. Desde el otro lado del salón, Noah se vuelve hacia mí. Llevo unos minutos aquí, pero no se ha dado cuenta hasta ahora. Cuando sus ojos encuentran los míos, percibo confusión en ellos. No sabe por qué o a qué he venido. Y yo tampoco.

Tal vez debería irme, pero no lo hago.

—Noah. —Fuerzo una sonrisa. Bajo las escaleras y mis pisadas resuenan por toda la habitación. Él se pone de pie.

—Eh —me saluda como siempre mientras se sacude el polvo de los pantalones. Acabo de fijarme en que va descalzo—. ¿Qué haces aquí?

«No lo sé».

Como no se mueve, soy yo la que se acerca. Llevo unas botas oscuras que taconean con fuerza sobre el suelo de madera. Aun así, camino hasta que estoy a unos centímetros del bailarín.

—¿Dónde está Karinna?

Cuatro días sin vernos y eso es lo primero que se me ocurre preguntarle. Bien.

—Hoy tenía que irse antes —me explica.

No paso por alto la seriedad con la que se dirige a mí.

—¿Podemos hablar? —pregunto, aunque solo es para parecer educada, porque voy directa al grano—. Siento no haberte escrito estos días, pero…

—No estás obligada a escribirme si no quieres.

Eso me duele. Tiene razón. Supongo que ese es el motivo por el que él tampoco lo ha hecho.

—No es eso —respondo de todas formas—. Lo que pasó el otro día…

—¿El otro día?

—Lo de Érica. —Estoy segura de que se acuerda—. El caso es que quería que supieras que nada de lo que dijo es cierto. Si crees que…

—Espera un momento —me interrumpe y arquea las cejas—. ¿Has venido a pie, sola desde tu casa, que está a media hora de aquí, solo para decirme que no sales con Wesley? ¿Has venido porque eso te preocupaba?

«Vale, ya sé que soy patética. Gracias por recordármelo, Noah».

Me sonrojo. La verdad es que, al verlo de esa forma, mi comportamiento parece absurdo. Más que eso: ridículo. Vergonzoso. Asumo que se ríe de mí. ¿Qué pretendía al venir a darle explicaciones? No las necesita porque lo que ha pasado no le importa. Porque tampoco salimos juntos ni nada parecido.

Lo único que he conseguido con esto ha sido demostrarle que mi concepto de «nosotros» es diferente al suyo. De pronto, me siento

idiota.

—No he venido a pie desde casa —miento. Necesito que crea que este tema me afecta tan poco como a él—. Solo pasaba por aquí y pensé que… ¿Sabes qué? Mejor olvídalo. Solo era una tontería. De todas formas, debería irme. Tengo cosas que hacer.

Me meto las manos en los bolsillos y las aprieto contra las piernas mientras me persigue con la mirada. Me observa durante unos segundos, como si creyese que voy a retractarme, y, al no hacerlo, suspira.

—Está bien —dice.

Después, me rodea y se arrodilla frente a las escaleras. Guarda la botella en la mochila y se calza las zapatillas. Mientras se enfunda la chaqueta, advierto que me ignora. Actúa como si ya me hubiese ido.

Con los labios fruncidos, recorro la distancia que me separa de los escalones. Solo he subido la mitad cuando escucho su voz a mis espaldas.

—Abril —me llama. No me queda más remedio que darme la vuelta—. Eres nueva en el instituto y por eso no lo sabes, pero jamás confiaría en alguien como Érica. Le gusta difundir rumores falsos sobre todo el mundo. Es mejor no creerse nada de lo que dice.

Una pizca de alivio me llena el pecho. Solo por si acaso, le pregunto:

—¿Eso quieres decir que no estás enfadado?

—¿Creías que estaba enfadado?

—No —miento, de nuevo—, pero la gente suele ofenderse por tonterías. Después de lo que oíste, creí que tú…

—Pues no, no estoy enfadado —me interrumpe.

—Vale.

Aprieto los labios. Nos quedamos en silencio y no puedo ignorar la tensión que todavía reina en el ambiente. Por mucho que Noah insista en que no le pasa nada, siento que algo va mal. Está mucho más distante que de costumbre. Tanto que, por primera vez desde que nos conocemos, su compañía me incomoda.

Señalo la puerta con la cabeza.

—Debería… —Dejo la frase en el aire y baja la mirada.

Sube las escaleras y dice:

—En realidad, sí que hay algo que me molestó.

Lo sabía. Ahí está la razón por la que no me ha escrito durante los últimos días. Me vuelvo hacia él y espero que inicie una discusión. Pienso en la cantidad de cosas que podría echarme en cara. Tal vez se ha dado cuenta de que le traigo demasiados problemas. Quizá está a punto de devolverme la lista.

Sea lo que sea, quiero que acabe cuanto antes.

—¿El qué? —demando.

Nos quedamos en silencio y Noah busca mi mirada.

—Tienes agallas. Lo sé desde que te conocí. He visto cómo perseguías al señor Miller para que te diese un puesto en el periódico. No dudaste en plantarle cara a Oliver porque no te parecía bien que criticase a Wesley. Cuando algo te importa, luchas hasta que lo consigues y no permites que nadie se interponga en tu camino. Así que, ¿por qué diablos te quedaste callada cuando Érica dijo todo eso sobre ti?

Se me acelera el corazón. Ha dado en el clavo. Busco una respuesta a toda prisa, pero me he quedado en blanco.

—No lo sé.

—Tenías miedo —asume—, pero no de ella.

—Noah… —Intento decir. Bajo rápidamente las escaleras, pero no me deja terminar.

—Ni siquiera me miraste antes de irte porque estabas asustada. De mí. Te daba miedo lo que pudiera pensar. ¿De verdad creías que confiaría en ella? ¿Qué elegiría su palabra antes que la tuya? ¿Que tenía razones para enfadarme por algo así? —Me mira a los ojos. En ellos, veo señales de lo molesto que está—. ¿Quién te hizo creer eso, Abril? ¿Quién te hizo pensar que debes sentirte culpable por tener amigos?

Esta vez no hablo. Sé que, si lo hago, se me romperá la voz y no quiero que él esté presente cuando ocurra. Se me forma un nudo en la garganta y, por mucho que intento tragármelo, solo me ahogo más rápido. Tiene razón. Me ha demostrado que hace meses que me miento a mí misma porque no lo he superado todavía. Todavía soy débil y no lo soporto.

No es necesario que pronunciemos su nombre. Ambos sabemos quién es la respuesta a esa pregunta.

No estoy preparada para enfrentarme a ello. Con más ganas que nunca, troto escaleras arriba. No quiero llorar, pero me cuesta.

Retengo un sollozo y las lágrimas se me escapan. Ha pasado mucho tiempo. Se supone que debería haber olvidado esto. Que no debería de doler, pero lo hace.

Y lo odio. Lo odio. Lo odio. Lo odio.

—Espera. —Noah me alcanza cuando entro en la recepción. El mostrador todavía está vacío. Me agarra del brazo para que me detenga—. No te vayas, por favor. Lo siento.

Sacudo la cabeza. Es incongruente que se disculpe cuando, en realidad, soy yo quien tiene toda la culpa. Siempre tengo la culpa.

—No me apetece hablar ahora. —Es lo único que digo.

—Vale. Entonces, no hablaremos. —Se detiene frente a mí e intenta mirarme a los ojos, pero mantengo la cabeza gacha. No quiero que me vea llorar—. Ven a bailar conmigo —me pide.

Alzo la mirada. Habla más en serio que nunca y, de repente, el corazón me late deprisa. Ese es el séptimo punto.

—No creo que…

—Por favor —insiste.

Me quedo en silencio. Entonces, me toma de la mano y nos lleva de vuelta al estudio. Cuando nos detenemos junto al equipo de música, las luces resaltan todas las facciones de su rostro.

Imagino que debe ocurrir lo mismo con las mías, una imagen que no debe de ser demasiado agradable, pero Noah me mira como si pensase todo lo contrario.

—Bienvenida a mis clases particulares de baile, señorita Lee —improvisa y me suelta la mano. Se inclina para hacer una reverencia exagerada. Luego, sus ojos escudriñan mi rostro y frunce el ceño—. Antes de comenzar, debo advertirle sobre la existencia de unas reglas. En esta clase, todos los que tengan una sonrisa tan bonita como la suya están obligados a enseñarla a todas horas. Es cuestión de protocolo. Así que más le vale sonreír ahora mismo o me veré obligado a expulsarla de la clase.

Me echo a reír, aunque todavía tengo los ojos llorosos. No he podido evitarlo. Noah me observa durante un segundo, antes de secarme las lágrimas con los dedos. Va hacia el equipo para encenderlo y se acerca de nuevo cuando una canción que no conozco empieza a sonar por los altavoces. Me tiemblan tanto las manos que me sobresalto en el momento en que las entrelaza con las suyas.

—Yo no sé hacer piruetas —le advierto, sin pensar, porque me acuerdo de lo ágil que me pareció Karinna y no quiero arriesgarme a acabar en el hospital.

Ahora es él quien se ríe. Sacude la cabeza.

—No haremos piruetas.

—Tampoco se me da bien…

—No te pongas nerviosa —me interrumpe en un susurro—. Es fácil.

No creo que su concepto de «fácil» sea el mismo que el mío.

Asiento de todas maneras. Lo que él no entiende es que, en realidad, no me altera bailar, sino hacerlo con él. Por eso, mi corazón va a toda velocidad. Desconozco cómo voy a seguir sus pasos, si lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en que sus dedos se aferran a los míos y en que los centímetros que nos separan me parecen demasiados.

Para darme algo de confianza, Noah sonríe y mueve nuestros brazos en círculos, de atrás hacia adelante. Frunzo el ceño. Entonces, la música acelera el ritmo y todo lo demás pasa a un segundo plano. Tira de mí y me hace girar sobre los talones.

Cuando regreso a sus brazos, me retiene con una mano sobre mi cintura. Entrelaza la otra con una de las mías y las levanta exageradamente, hasta que están casi en vertical. Aunque nunca he tenido buena coordinación, él hace que todo parezca fácil.

No domino las reglas del baile, pero estoy segura de que se las ha saltado todas. Nos hace girar por todo el salón mientras me atrae hacia él y me empuja al mismo tiempo. Lo único que hago es reír, pero no porque esté nerviosa, sino porque lo estoy pasando muy bien.

—¿Qué tipo de baile es este? —inquiero.

Seguro que se lo ha inventado.

—Yo lo llamo el «*Noah-dance*».

Lo sabía. Me coloca las manos en la parte baja de la espalda y me empuja suavemente para acortar la distancia que nos separa. La música suena, pero dejo de prestar atención. Me aclaro la garganta.

—¿Esto es necesario? —Hago la pregunta con los ojos cerrados.

Está tan cerca que sospecho que, si los abriera, le miraría los labios.

—¿Dudas de lo que hago?

—No creo que esas manos deban estarían abajo.

En realidad, están colocadas sobre la cintura, un lugar que no está fuera de lo normal. Me parece oír cómo se ríe.

—No conoces las normas del «*Noah-dance*» —bromea.

—No, pero conozco las mías.

Me sudan las manos. Abro los ojos y, como me temía, no consigo mantener la mirada lejos de su boca.

—¿Y las respetas? —pregunta a medida que se acerca más—. ¿Todas ellas?

—Sí —respondo, aunque en mi cabeza solo veo la palabra «no» en letras mayúsculas.

Sin dejar de mirarme, Noah se inclina hacia mi rostro. Siento sus dedos en la espalda y no me gusta la forma en que se me acelera la respiración. No me gusta porque sé lo que significa y porque, en el fondo, me encantaría que supiera que cumplió el octavo punto hace semanas y que, después de lo de hoy, ya lleva más diez.

No es necesario que rompa ninguna regla. Aunque, llegados a este punto, creo que no me importa. Lo que escribí es absurdo.

Aun así, me armo de valor y, como si quisiera convencerme de elle, añado:

—Las respeto más que a nada.

Noah examina mi rostro durante un segundo en busca de algo que desmienta mis palabras. Lo encuentra antes de lo que esperaba y sonríe.

—Admítelo en voz alta —me pide, y no se refiere a lo mucho que respeto las reglas—. No haré nada hasta que lo admitas.

Lo sabe. Sabe que lleva más de diez. Las ganas que siento de hacerlo casi me sacan las palabras de la boca. Por suerte, las retengo a tiempo. Habla sobre el punto diecisiete. Ya lo mencionó el otro día, en su casa, y me negué a pronunciar esas palabras. Sigo fiel a mi actitud de entonces.

—No te pondré las cosas tan fáciles, Noah.

—Contigo las cosas nunca son fáciles —replica y suspira.

Acto seguido, aparta las manos de mi cintura y da unos pasos hacia atrás. Recupero el aire, aunque el corazón me castiga porque piensa que he tomado la decisión equivocada. Desde que nos conocemos, Noah ha hecho tantas cosas por mí que he perdido la cuenta. Me gusta. Mucho. Y quiero decírselo, pero no soy capaz.

Necesito encontrar otra forma de darle las gracias. Está agachado junto a las escaleras mientras guarda sus cosas. Sin pensarlo, le toco el hombro y lo abrazo en cuanto se da la vuelta. Tarda unos segundos en reaccionar, durante los que temo que me rechace, pero sus brazos me rodean la cintura y su respiración se me cuela en el cuello.

Siento un gran alivio. Admito que es una sensación agradable y lo estrecho con tanta fuerza que podría asfixiarlo sin querer.

—Gracias —le susurro, pero no me parece suficiente. Antes de que responda, añado—: Tenías razón. No debería haber dejado que Érica me pisotease. Algún día te contaré todo lo que pasó, te lo prometo. Mereces saberlo —pronuncio, y espero estar lista pronto para hacerlo. Trago saliva—. Pero, de momento, tendrás que conformarte con saber que no hay nada entre Wesley y yo. Ni lo habrá nunca. No lo veo de esa manera.

Hablo con la mejilla pegada a su pecho. Es mucho más fácil ser sincera si no me mira a los ojos. Por desgracia, me pone las manos sobre los hombros para separarnos un poco, lo suficiente para que quedemos cara a cara. Después, pregunta:

—¿Cómo lo ves, entonces?

—De forma distinta a como te veo a ti —respondo con total seguridad, como si no me resultase difícil pronunciar esas palabras. Al ver que no dice nada, me aclaro la garganta—. Él tampoco siente nada por mí. Si quieres, puedes preguntarle.

Noah sacude la cabeza.

—Confío en ti. Si dices que solo sois amigos, está bien —me asegura. Odio admitirlo, pero estoy mucho más tranquila—. De todas formas, no creo que Wesley sea una amenaza. Más bien, es un aliado. Se nota que te quiere y espera que seas feliz.

Arqueo las cejas.

—¿Crees que estar contigo me haría feliz? —le pregunto.

—Creo que podemos hacernos felices el uno al otro.

Su sonrisa hace que me dé un vuelco el corazón. Nunca lo diré en voz alta, pero las cosas son distintas desde que Noah entró en mi vida. Diferentes en el mejor de los sentidos. Por eso creo que tiene razón. Como no sé qué responder, me quedo en silencio. Le paso los dedos por el flequillo y se lo aparto de la frente. Tiene el pelo más suave de lo que esperaba. Al final, también sonrío.

Cierro los ojos mientras me separo de él. ¿Qué me pasa?

—Noah —le digo.

—¿Sí?

—Por favor, prométeme que no eres de los que tardan en contestar a los mensajes solo para generar interés.

Cuando vuelvo a mirarlo, veo que sonríe. Arquea las cejas.

—Te prometo que no soy de los que tardan en contestar a los mensajes solo para generar interés.

—Vale, menos mal. Y una cosa más.

—Dime.

—Voy a echarte de menos durante las vacaciones.

No he podido evitarlo, pero me gusta que sonría al escucharlo. Aprieto las manos contra las piernas, nerviosa. Frunzo los labios y le hago un gesto para que salgamos del estudio, porque no quiero volver sola a casa. Se ríe y asiente.

Camino hacia las escaleras segura de que camina detrás de mí. Sin embargo, me toma de la muñeca, otra vez, para que no me aleje.

—Antes de eso —me dice—, yo también necesito pedirte una cosa.

Levanto las cejas.

—Claro. Dime.

—Puede que te parezca egoísta, y quizá sea porque no sé cómo fue todo eso para ti, pero no soporto que nos compares. No me pongas su etiqueta. No sé qué te hizo Matthew, pero no merezco que me eches la culpa. No soy como él, te lo prometo. De hecho, somos mucho más distintos de lo que crees. —Traga saliva. Su mirada no abandona la mía—. Deja que te lo demuestre, por favor.

En cuanto le escucho, mi cerebro se acelera. Pienso en mi mejor amigo y en lo mucho que Noah lo respeta. En que me ayudó a defenderle delante de Oliver y en cuando me dijo que envidia nuestra amistad. En cómo se preocupa por mí, en que se interesa por mis aficiones, en la lista que me dio para ayudarme con el periódico y en lo cómoda que me siento cuando estamos juntos.

Pienso en todo lo que hace que Noah sea Noah y, entonces, lo comprendo.

—No necesito que me demuestres nada —le aseguro—. Ya lo has hecho.

Me fijo en su sonrisa y entiendo por qué la mencioné en el artículo. Noah me mira de arriba abajo. En estos momentos parece feliz y sospecho que me siento de la misma manera.

—Por cierto, ¿he dicho ya que me encanta tu camiseta?

Con el ceño fruncido, me echo un vistazo y me río. No me había dado cuenta de que llevo la camiseta que me puse el día de la entrevista y nuestra «primera cita». No sé qué me parece más sorprendente: que se haya acordado o pensar en lo mucho que me habría reído si alguien, en aquel entonces, me hubiera dicho que algún día Noah y yo estaríamos como ahora.

Capítulo 21
El cumpleaños de Noah Carter

Cuando estás en tu último año de instituto, las vacaciones de Navidad consisten en pasar el día fuera de casa con los amigos antes de que la universidad os separe. Por desgracia, a excepción de Wesley, todos mis amigos se han ido de la ciudad, así que tengo que soportarlo todos los días. Viene a casa todas las tardes y Rose se ha acostumbrado tanto a verlo que ya no nos pregunta si salimos juntos.

La noche de Año Nuevo, papá y ella se unen a nuestro maratón cinéfilo y vemos películas hasta el amanecer. Como ahora somos más, nos tocan menos bolsas de palomitas a cada uno. Sin embargo, no le doy importancia porque, por primera vez desde que nos mudamos, casi me siento como en casa. Queda espacio para alguien más en el sofá, pero Jason se encierra en su cuarto después de cenar y no responde cuando subimos a preguntarle si quiere acompañarnos.

Noah hablaba en serio cuando me dijo que no tardaría —al menos, no a propósito— en contestar a mis mensajes. Nos escribimos a todas horas durante las primeras semanas, hasta que una noche, como echo de menos su voz, me arriesgo a llamarlo por teléfono. Cuando responde, le hablo sobre Rose y papá, sobre que Wesley intenta —sin éxito— que Jason le preste algunos de sus videojuegos, sobre nuestra comida de Navidad y sobre todo lo que se me ocurre, en realidad.

Aunque dudo al principio, también le explico cómo fue nuestra noche de películas. Noah se ríe cuando le cuento que papá se durmió cuando empezamos *Polar Express*, una de mis películas

favoritas, y le llenó el hombro de babas a Wesley. Luego, me dice que le hubiese gustado estar aquí para verlo.

La verdad es que a mí también.

El resto de las vacaciones pasan en un suspiro. Mi portátil está muy viejo, pero nunca lo he mencionado, así que me sorprendo cuando mi padre aparece una mañana con una caja envuelta en papel de regalo.

—Espero que te dure hasta que acabes la universidad —me dice, y me hace gracia porque, si tenemos en cuenta que el anterior lo he utilizado desde que tenía diez años, sé que así será.

Mi nuevo ordenador cuenta con un teclado precioso que me da ganas de escribir. Corrijo el segundo artículo antes de que acaben las vacaciones y se lo enseño al señor Miller el primer día de clase. En esta ocasión, he escrito sobre un chico de mi edad que publicó su primer libro hace unos meses. Creo que mis palabras le llegan al corazón porque acepta publicarlo sin objeciones.

Cuando quiero darme cuenta, estamos a once de enero. Es sábado por la noche y la fiesta de cumpleaños de Noah está a punto de comenzar. Akira me envía mensajes sin parar. Derrotada, presiono el lector de huella para desbloquear la pantalla y selecciono la fotografía que me ha enviado.

En ella, aparece con un vestido oscuro que se ajusta a sus caderas. Si mis cálculos no fallan, este es el cuarto conjunto que se prueba. Necesita mi ayuda para escoger cuál ponerse, pero estoy tan indecisa como ella. Creo que todos los vestidos que me ha enseñado son perfectos.

Supongo que es porque es muy guapa.

Miro la imagen con detalle. Se ha maquillado bastante y ha recogido sus bonitos rizos oscuros en un moño elegante. Quizá demasiado elegante. A su lado, me siento bastante cutre. Llevo unos pantalones negros, muy ajustados, y una americana blanca. Me he puesto el cinturón por fuera, a la altura del ombligo, porque Akira dice que, sin él, mi cuerpo cuadrado parece una caja de dónuts, y no quiero ir al cumpleaños de Noah pareciendo una caja de dónuts.

Me miro al espejo y resoplo. No voy a cambiarme, así que le escribo para recomendarle que se ponga unos pantalones y se suelte el pelo. Al menos, seremos cutres juntas.

He aquí las consecuencias de pedirme consejo sobre moda.

Dejo el teléfono sobre la mesa del recibidor y me aplico máscara de pestañas. Suelo maquillarme aquí desde que Jason me declaró la guerra por el baño. Entrar ahí conlleva empezar una discusión, y, últimamente, es lo que menos me apetece. Por desgracia, este sitio también tiene sus desventajas.

Una de ellas es papá, que me observa desde hace un rato en silencio desde la puerta del pasillo.

—Vas muy arreglada —comenta y se cruza de brazos—. Me gustaría saber a quién vas a ver.

—Me arreglo por y para mí, papá.

Una media sonrisa le aparece en el rostro, aunque algo me dice que se esperaba esa respuesta. Cuando ya estoy lista, cierro la máscara de pestañas y la guardo en el estuche.

—Cuando dices esas cosas, me recuerdas a tu madre.

Entro en *shock* y las manos se me paralizan sobre la cremallera. Aprieto los labios y me vuelvo hacia él. Sigue apoyado sobre la puerta y, por mucho que me resista, me contagia su sonrisa. Papá me habla de ella a menudo. Siempre me dice que es porque no quiere que sus recuerdos se pierdan, porque necesita que sea una persona que estuvo y no una que ya no está.

Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Pasó hace tanto que todos mis recuerdos están borrosos. Antes, cuando pensaba en ella, sentía que la había olvidado por completo y solo me quedaba el dolor de su pérdida. Fue entonces cuando papá empezó a compartir sus historias conmigo. Gracias a él, ahora la conozco mejor que nadie.

A veces pienso que, si quiero tanto a mi madre, es porque la veo a través de los ojos de un hombre que la amó. Papá nunca ha querido contarme nada acerca de su muerte. Sé que todavía le cuesta hablar de ello. Lo único que recuerdo es el blanco de las paredes de los hospitales. Eso, y que ambas los odiábamos.

En realidad, creo que yo tampoco he superado su muerte. Nunca creo que lo hagamos. Solo hemos aprendido a vivir con su ausencia, y eso basta. Hemos seguido adelante. Ahora, papá sale con Rose y es feliz con ella y estoy convencida de que mamá se alegraría si lo supiera.

—¿Me parezco a ella? —le pregunto. Ya sé la respuesta porque me lo ha dicho muchas veces, pero me gusta oírlo.

—No sabes cuánto. —Entonces, esboza una sonrisa burlona, camina hasta mí y me pasa los dedos por los labios—. Tu madre también se maquillaba fatal.

Vale, eso no me lo esperaba. Resoplo y lo empujo para que se aparte. Papa sale del recibidor entre risas. Lo ignoro para revisar el teléfono, que vuelve a sonar. Akira me ha enviado una fotografía de su colección de pintalabios porque no sabe cuál usar. Pongo los ojos en blanco.

Esto ha ido demasiado lejos.

Yo: No lo pienses más. Ponte uno oscuro y listo.

Me responde de inmediato.

Akira: ¿Bromeas? Es una idea terrible. Le dejaría la boca roja a Wesley durante una semana.

Hago una mueca. Desde que escuchó las insinuaciones de Érica, aunque afirma no haberla creído, Akira hace mucho hincapié en el tiempo que pasa besando a mi mejor amigo. Al principio, no me molestaba, pero, ahora, sus comentarios son tan desvergonzados que me hacen sentir incómoda.

No necesito tanta información.

Me dispongo a redactar una respuesta, cuando me llega otro mensaje:

Akira: Al final, no me pondré pintalabios. Si aceptas un consejo, creo que deberías hacer lo mismo.

Arqueo las cejas.

Yo: ¿Yo?

Akira: Bueno, así podrías sorprender al cumpleañero. Tú ya me entiendes.

El calor me sube a las mejillas. Avergonzada, tecleo un «no» en mayúsculas antes de bloquear el móvil. Luego, apoyo las manos

sobre la mesa del recibidor y me muerdo el labio con fuerza. Akira me envía mensajes, pero no me apetece leer cómo se ríe de mí, así que finjo que no existen.

Ella no lo sabe, pero no he dejado de pensar en ello durante las vacaciones. Después de que me enseñase a bailar aquella noche en el estudio, ya ha cumplido más de diez puntos de la lista. Estoy convencida de que lo sabe, aunque no ha dicho nada al respecto, pero no me he atrevido a preguntárselo. Me da miedo que, si lo hago, me sonsaque más información de la necesaria y le cuente, sin querer, que cambié un punto de la lista por su culpa.

Sigo encerrada en mi muralla y las paredes me agobian cada vez más. Deseo subir, pasear por el área de peligro y saltar sin paracaídas porque confío en que no me dolerá llegar al suelo. Mis normas han servido para mantener una distancia entre nosotros que me gustaría que disminuyera de una vez por todas.

Frunzo los labios y compruebo la hora en el móvil. Son más de las diez. Seguro que los invitados ya están llegando a la fiesta. No he hablado con Noah desde ayer, cuando nos reencontramos en nuestra esquina, después de haber pasado más de tres semanas sin vernos. Las ganas de estar con él me consumían y creía que, cuando estuviésemos frente a frente, correría a abrazarle o algo similar, como en las películas, pero no fue así.

En su lugar, lo saludé y le pregunté cómo estaba, como si no hubiésemos hablado todos los días. Se limitó a sonreír y, entonces, me recriminé por ser tan cobarde, porque creo que merece la pena correr riesgos por alguien como Noah.

Al final, me pongo pintalabios. Sin embargo, entre todo mi repertorio, elijo el único que sé que no se quita con facilidad.

Oigo música cuando todavía me quedan unas calles para llegar a la nave. Con el frío de enero que me cala hasta los huesos, me abrazo a mí misma y aprieto el paso. No me gusta caminar sola por la noche, así que siento un gran alivio en cuanto veo el edificio a unos metros frente a mí.

A medida que me acerco, la multitud se hace cada vez más grande. Una canción latina suena por los altavoces con tanta fuerza que hace que me duelan los oídos. Le echo un vistazo al exterior, en busca de mis amigos. Había quedado aquí con Wesley, pero no hay ni rastro de él ni de Akira.

Por eso, y porque tengo frío, entro por mi cuenta.

Nada más hacerlo, un calor asfixiante se adueña de mi cuerpo. Jadeo en busca de aire y me abro paso entre la gente. Como estamos a oscuras, avanzo con cuidado para no tirar ninguna botella ni pisar una bolsa de hielo. Estoy acostumbrada a esquivar multitudes por las aglomeraciones que se forman a la salida del instituto, pero esto me agobia mucho más.

Se me revuelve el estómago, sobre todo porque siempre que veo a un chico moreno de espaldas, temo que, al darse la vuelta, sea Matthew.

Al pensar en ello me entran ganas de irme. Sin embargo, aparto esa idea de mi cabeza y acelero el paso. No dejaré que su presencia me arruine la noche. Solo le daría lo que busca. Además, todavía quiero ver a Noah.

Me encamino hacia una de las esquinas, donde la multitud es menos sofocante y dispongo de aire suficiente para poder respirar. Entonces, saco el móvil del bolsillo para llamar a Wesley y saber dónde está, pero no me responde. Akira tampoco y empiezo a sacar conclusiones. ¿De verdad van a dejarme sola toda la noche?

Resoplo, molesta. Voy a matarlos.

Frunzo los labios y miro a mi alrededor. Enseguida diviso un rostro conocido y el corazón me salta de alegría. La chica mide un metro setenta y su largo pelo oscuro le cae sobre los hombros. Me acerco a toda prisa. Parece más perdida que yo.

—¡Michelle! —exclamo, pero no me oye porque la música está muy alta. Se sobresalta cuando la tomo por el hombro y se da la vuelta—. ¿Qué haces aquí?

No parece el tipo de persona que disfruta con este tipo de fiestas. Aunque yo tampoco lo soy, pero tengo mis razones para estar aquí. La correctora del periódico, en cambio, actúa como si se sintiera fuera de lugar. Me muerdo el labio mientras inspecciono su atuendo. ¿Lleva pantuflas?

—Es culpa del señor Miller —me responde y se inclina sobre mi

oreja—. Me dijo que una buena periodista siempre está donde esté la multitud. En fin, es un idiota. Qué sabrá él de periodismo. No lo estudió en la universidad. —Pone los ojos en blanco, como si la existencia del profesor le irritase—. De todas formas, creo que debería irme ya. Si te soy sincera, no me apetece socializar con ninguno de los sacos de hormonas que Noah tiene como invitados.

Asiento y fuerzo una sonrisa. Me reiría, pero seguro que piensa que yo soy uno de esos «sacos de hormonas» de los que tanto se queja.

—Por cierto, ¿has visto a Noah?

Algo que me gusta de Michelle es que no le importa por qué lo busco. Señala un punto entre la multitud que nos rodea y tardo un instante en dar con la persona que me interesa.

Noah está a unos metros de nosotras y saluda a unos chicos que no conozco. Habla con ellos como si se conociesen desde siempre. Oliver, que está a su lado, le da una palmada en el hombro mientras hace una broma que les hace estallar en carcajadas. Se nota que este es su ambiente porque actúa con seguridad, como si le gustase ser el centro de atención. Es curioso que seamos tan diferentes en ese sentido.

Se me escapa una sonrisa. Quiero acercarme, pero no me atrevo a interrumpirlos y, al final, me quedo donde estoy. Aparto la mirada de ellos y me vuelvo hacia Michelle.

Estoy a punto de sacar un nuevo tema de conversación, cuando me percato de que no me presta atención y observa al grupo de amigos de Noah.

—Ahí está mi cita de esta noche —pronuncia con amargura—. Del uno al diez, ¿cuán desconsiderado sería irme sin que se percate y dejarlo plantado?

Frunzo los labios.

—Eso depende de quién sea.

—Prométeme que no te reirás —me pide y se gira hacia mí. Asiento y suspira—. Es Oliver Roe. —Al ver mi expresión, añade—: Antes de que digas nada, quiero esclarecer, dícese de la acción de explicar algo, que no fue idea mía. Noah Carter me manipuló para que accediese a darle mi número. ¡Me dijo que su amigo era muy inteligente! —chilla, indignada, y señala a Oliver con la cabeza—. No sé a ti, pero a mí ese chico no me parece nada inteligente. De

hecho, dudo que le funcione alguna neurona tras el tiempo que pasa frente al espejo. Está decidido. Me voy a casa, pero antes quiero golpear a Noah Carter, con tu permiso.

Dicho esto, esboza una sonrisa irónica y camina hacia ellos. No quiero quedarme sola, de modo que atrapo su muñeca para retenerla. Aunque se tambalea, mantiene el equilibro y se vuelve hacia mí. Me aclaro la garganta.

—Ponte a la cola —bromeo—. Hay mucha gente que quiere matar a Noah.

Ante esto, Michelle sonríe.

—Tú la primera, imagino. —Aunque no sé por qué lo piensa, le doy la razón. Me da una palmada en el brazo con suavidad—. En ese case, espero que, cuando termines, le coloques la cabeza en el sitio. No eres la única que quiere gozar de ese privilegio.

Suelto una risita nerviosa. Esta conversación es tan violenta que me perturba. No obstante, hablar con Michelle sobre decapitar bailarines es mucho mejor que estar sola.

Pero mi suerte se acaba en un pestañeo.

—Oh, no —musita, con la vista fija en los amigos de Noah. Mueve la cabeza hacia mí rápidamente—. Si alguien pregunta por mí, dile que me he ido del país.

A continuación, corre y desaparece entre la multitud. Pese a que grito su nombre, no me escucha. Tardo poco en perderla de vista y me pongo nerviosa porque me ha dejado sola y desamparada entre toda esta gente.

Me cruzo de brazos.

Genial.

Considero la idea de ir en su busca, pero, entonces, veo que Oliver se dirige hacia las afueras de la nave, que es por donde ella se ha ido, y comprendo que tienen una conversación pendiente. Supongo que como su mejor amigo se ha dado a la fuga, podré felicitar al cumpleañero.

Curiosamente, ambos hemos tenido la misma idea.

—¿Qué hace una chica como tú en una fiesta tan aburrida como esta? —Escucho detrás de mí. Reconozco su voz por encima de la música y del ruido que crece en torno a nosotros, incluso antes de darme la vuelta—. Si no te conociera, diría que has venido a ver a alguien.

Noah se ha colocado junto a mí. Esta noche está mucho más atractivo que de costumbre. Lleva una camisa oscura que se le ajusta a los hombros y remarca los músculos de la zona. Me muero por verle la espalda porque tengo una obsesión con esa parte de su cuerpo. Se me acelera el pulso y aparto la mirada. ¿En qué diablos estoy pensando?

Siento que cuelgo de un hilo realmente fino, que me mantiene atada a lo alto de mi muralla. Y quiero caer. O, tal vez, ya esté en ello. En silencio, repaso su boca con la mirada. Sonríe y, aunque hace unos meses jamás me lo habría planteado, quiero pensar que es por mí.

Me pregunto cómo reaccionaría si le dijera que puedo y quiero besarlo. Ahora mismo.

Ojalá fuera tan valiente…

—¿Qué te hace pensar que he venido a ver a alguien? —inquiero, burlona.

Amplía la bonita sonrisa que le adorna los labios. Me gustaría saber si conoce el efecto que ese gesto provoca en la gente, en mí, o si lo ignora por completo.

—He oído que me has echado de menos durante las vacaciones.

—Bueno, digamos que sufro la necesidad de meterme contigo una vez al día, como mínimo. Y si es en persona, mucho mejor.

Se echa a reír. Mientras tanto, intento disimular mi descontento. Ojalá nunca hubiese admitido que le iba a echar de menos. Se le ha subido un poco a la cabeza.

—Qué considerada —bromea. Acto seguido, se acerca a mi oído. La respiración se me corta cuando siento la suya sobre la piel—. ¿Por qué no nos vamos de aquí?

Está demasiado cerca. Con la intención de poner un poco de distancia entre nosotros, presiono las manos contra su pecho.

—¿Quieres escapar de tu propia fiesta? —cuestiono y arqueo una ceja. Noah sonríe y sacude la cabeza.

—Quiero que demos un paseo. Vamos, es por allí.

Me quedo en silencio y se toma la libertad de tomarme de la mano. Sus dedos se cuelan dulcemente entre los míos y, tras lanzarme una mirada, los entrelaza por completo. Entonces, tira de mí para llevarme a la puerta.

En cuanto salimos de la nave, el frío invernal me invade los

pulmones. Aspiro con todas mis fuerzas, aunque me congele, porque el olor a alcohol y a sudor de la fiesta por fin se disipa. A mi lado, Noah esboza una sonrisa. Seguro que, como yo, también se asfixiaba ahí dentro.

Sin querer, miro nuestras manos, que siguen entrelazadas. Espero que me suelte, pues ya no tiene sentido que sigamos así, pero no lo hace. Le observo, me muerdo el labio y tiro de él en la primera dirección que se me ocurre. Noah me sigue sin titubear.

Si es así, confieso que a mí también me apetece dar un paseo. De hecho, me gustaría caminar el resto de la noche, aunque no creo que me atreva a decírselo. Menos mal que no llevo zapatos de tacón.

La luna ha desaparecido y el cielo está poblado de estrellas. Las observo mientras andamos en silencio por las solitarias calles de la ciudad. La música todavía se escucha, pero, de pronto, estamos tan lejos que solo oímos el leve murmullo de una canción. Noah va a mi lado, sumido en sus pensamientos. No hablamos de nada y es curioso que no me sienta obligada a romper el silencio.

Nos encontramos con unas grandes escaleras de hormigón, que se parecen a las del estudio, y Noah se sienta y me atrae hacia él para que me acomode a su lado. Subo unos escalones por encima. Ahora que me ha soltado la mano, apoya los codos sobre el peldaño de arriba y se recuesta para ver las estrellas.

Me inclino hacia delante, con la barbilla apoyada en los dedos. Así no puedo mirar el cielo, pero lo veo a él y con eso me basta.

Me aclaro la garganta para llamar su atención.

—¿Crees que tus invitados se enfadarán conmigo? —le pregunto con una sonrisa—. Creo que he secuestrado al cumpleañero.

Él se relame los labios. Aparto la mirada de ellos tan rápido como puedo.

—En primer lugar, creo que yo te he secuestrado a ti —aclara, y me señala con un dedo. Luego, mira la hora en su móvil—. De todas formas, todavía no es mi cumpleaños. Faltan veintitrés minutos para las doce. Además, seguro que ya te has dado cuenta, pero la fiesta no es para mí. No conozco ni a la mitad de los invitados. Todos han venido a ver a Matthew, como siempre.

Habla con amargura, como si de verdad se lo creyese. Me muerdo el labio. Podría sacar un nuevo tema de conversación,

intentar distraerlo de algún modo, pero necesito demostrar que se equivoca.

—No es cierto —contesto y Noah alza las cejas—. Mucha gente ha venido para estar contigo. Deja de pensar que Matthew nos gusta más que tú.

He sido un poco brusca, pero este tema me saca de quicio. No soporto que Noah piense que es inferior a su primo.

Espero que se ponga a la defensiva, pero me pregunta:

—¿Quién crees que ha venido solo para verme?

Los nervios se hacen evidentes en mi estómago. Para mis adentros, pronuncio «yo» una y otra vez.

—Mucha gente —respondo sin más.

—Menciónname a dos personas.

—Akira y Wesley. —Son los primeros que se me ocurren—. Te aseguro que no han venido por Matthew. Creen que es un idiota. Están aquí porque les caes bien y es tu cumpleaños.

Noah me desafía con la mirada.

—¿Alguien más?

—Oliver. Es tu mejor amigo.

—¿Y?

—Michelle, por ejemplo. Dudo que crea que tu primo tiene neuronas.

—Sigue sin bastarme.

—¿Qué más quieres que diga?

—¿A quién has venido a ver tú? —espeta, aunque ya conoce la respuesta. Aparto la mirada, avergonzada. Se ríe—. Eres adorable, ¿sabes? —añade, y me lo tomo como un cumplido. Sacude la cabeza —. Con respecto a lo de antes, no creo que nadie se enfade y, aunque alguien lo hiciera, no me importaría. Tú eres la única invitada que me importa. Por eso estoy aquí fuera, contigo, en lugar de estar allí. —Señala la calle donde se encuentra la nave y arruga la nariz—. Bueno, por eso y porque ahí dentro huele fatal.

Debido a los nervios, me río. Luego, nos quedamos en silencio. El ambiente se vuelve incómodo porque hace frío y no dejo de pensar en algo que me aterra hacer. Lo he traído solo por si acaso, ya que no me veía capaz de dárselo, pero oír lo que piensa acerca de su fiesta me ha hecho cambiar de opinión.

Me vuelvo hacia él y le toco el hombro. Él me mira.

—Te he traído un regalo —le digo—. No es nada especial, la verdad. Si no te gusta, no pasa nada. De todas formas, quiero que sepas que colaboré en el regalo grupal. Espero que te hayan comprado algo bonito. Esto es solo un detalle. Yo…, bueno, no sé.

Me dedica una sonrisa.

—Adelante.

El corazón se me acelera. Con las manos temblorosas, rebusco en el bolso hasta que encuentro el folio amarillento, doblado y arrugado, donde he escrito tantas cosas sinceras. Se lo tiendo sin mirarlo a la cara.

Noah lo abre con cuidado.

—Es el primer borrador del artículo que escribí. Pensé en pasarlo a limpio antes de dártelo porque siempre dices que odias mi caligrafía, pero habría perdido su encanto —le explico a toda prisa, antes de bajar la voz—. Lo he firmado. Lo siento si te parece una tontería.

Espero que me dé la razón, pero permanece en silencio. Me armo de valor y me vuelvo hacia él. Entonces, descubro que sonríe y mi mundo se tiñe de rosa. Me embriaga una sensación que no creo haber sentido nunca: su felicidad es contagiosa y, de repente, estoy eufórica.

Sin embargo, todo cambia cuando me lo devuelve.

—No creo que sea una tontería.

—¿No lo quieres? —le pregunto.

—Quiero que me lo leas.

—¿Qué?

—En un rato será mi cumpleaños. Hazlo, por favor.

Quiero negarme, pero hay algo en su forma de pedirlo que me hace ceder. Con los ojos cerrados, rebusco, a toda prisa, la valentía que necesito. No obstante, no la hallo por ninguna parte.

Nunca había leído mis escritos delante de nadie y estoy muy nerviosa. Aun así, creo que, si de verdad quiero dejar de ser una cobarde, este es un buen momento para empezar.

Cuando abro los ojos, Noah me observa. Me aferró a la tranquilidad que me transmite su mirada, como si eso me hiciera sentir mejor y, sin pensarlo, leo:

A sus dieciocho años, Noah Carter ha batido un récord y me

ha hecho pasar por la entrevista más complicada de mi vida. Quedamos una tarde para hablar y, media hora después, solo había apuntado su nombre completo, su edad y su centro de estudios, algo que no me era de mucha ayuda, pues ya conocía esa información.

Entonces, comprendí que, con él, las cosas no funcionan igual que con los demás, porque tiene una personalidad espontánea que descolocaría a cualquiera que creyera saber cómo funciona el mundo. Un ejemplo sencillo: si te acercaras a cualquier adolescente de diecisiete años y le preguntases por su edad, a menos que Jueras el gerente de una discoteca, te diría que tiene diecisiete años.

Pregúntaselo a alguien como Noah y te dirá que tiene casi dieciocho, aunque todavía queden meses para su cumpleaños, porque él es así y porque cada día que vivimos es un regalo y no debemos desperdiciar ninguna experiencia.

Ahora que lo conozco, comprendo qué es tener un buen sentido del humor. Se ve a simple vista que le encanta hacer felices a quienes le rodean. Siempre trata de hacer reír a los demás y sonríe a todas horas, como si estuviese convencido de que su sonrisa es reparadora y contagiosa. Aunque, a veces, creo que tiene toda la razón.

Noah es un chico inteligente, aplicado y trabajador. Saca buenas notas en los exámenes, pero no es de los que presumen de ello, lo que es un alivio, la verdad, porque quienes lo hacen me parecen bastante desagradables. También es ambicioso; persigue sus sueños como si la vida le fuese en ello. No me ha contado todavía cuáles son, pero espero que lo haga algún día, porque seguro que son increíbles.

Además, es muy sociable. Habla con todo el mundo y nunca le he visto excluir o mirar a nadie por encima del hombro. Creo que eso lo convierte en una buena persona. Pone todo su esfuerzo en su pasión, algo que me parece admirable. No sé mucho sobre danza, pero opino que es buen bailarín. Muy buen bailarín…

Cuando llego a la mitad del artículo, frunzo los labios y alzo la mirada. Noah me observa mientras hablo, con los ojos llenos de algo que no descifro. Me pregunto si estas palabras le parecerán tan

vacías como a mí. Han pasado muchas cosas desde que las escribí. Tantas, que ahora me parece insuficiente.

Esta noche voy a ser valiente y voy a hacer todo lo que quiero. Tomo una bocanada de aire, doblo el papel en dos e improviso totalmente mi discurso.

—Noah Carter es… atrevido —resumo. Por mucho que intento evitar su mirada, me busca con tanta ansia que me encuentra. Sube las cejas y me anima a continuar—. Sabe lo que quiere y no se rinde hasta que lo consigue. Actúa como si siempre estuviese seguro de sí mismo. Ambos sabemos que no siempre es verdad, pero lo disimula de maravilla. En cierto modo, con eso consigue que una también tenga más confianza en sí misma. Lo digo porque me ha pasado. Él ha hecho que me pase.

»Es fácil hablar con alguien como Noah porque no puede estar callado ni cinco segundos —añado, y se ríe mientras se muerde el interior de la mejilla—. Como he dicho antes, es divertido, pero también lanzado y respetuoso. Se preocupa por los demás sin esperar nada a cambio. Odia las películas de terror, algo que supone un punto en su contra, porque no entiendo cómo pueden parecerle aburridas, pero su color favorito es el rojo y eso es genial porque el azul es de básicos. También sabe dar buenas definiciones, sobre todo acerca de cosas que oscilan, y baila muy bien. Nunca creí que nadie inventaría una coreografía para mí, y él lo hizo. A veces, se comporta como un auténtico imbécil, pero, en el fondo, sé que solo quiere que sonría. Eso lo convierte en un buen chico. —Fuerzo una sonrisa. Todavía me tiemblan las manos y mi mirada no abandona la suya—. Noah, creo que eres un chico increíble.

No sé cuándo, ni cómo, pero mi voz de la razón ha desaparecido. Me he dejado llevar y ahora me siento vacía. Ya no acumulo aire ni sentimientos en mi interior. Nunca había sido tan sincera con alguien.

Me aprieto las manos con fuerza mientras espero a que rompa el silencio.

—¿Y bien? —Demanda.

Doy un respingo.

—Y bien, ¿qué?

—¿Quieres un autógrafo?

—He olvidado mencionar que siempre te comportas como un

auténtico imbécil.

Imagino que solo bromea, pero estoy demasiado alterada como para soportarlo. Acabo de hacer algo que me ha costado mucho esfuerzo y no me creo que eso sea lo único que va a decir. Necesito espacio, así que me pongo en pie. Antes de que descienda el primer escalón, Noah tira de mí y me obliga a sentarme de nuevo.

Mis rodillas quedan pegadas a las suyas. Me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él. Ninguno se atreve a romper el silencio. Solo pienso en que la noche me parecerá muy fría a partir de ahora si me suelta. Por suerte, no lo hace. Suspiro mientras siento que mis músculos se relajan.

Me gustaría que mi corazón volviese a bombear con normalidad, pero es pedir demasiado. Noah controla la velocidad de los latidos.

—Gracias —susurra entonces. Esbozo una sonrisa.

—No hay de qué.

—¿Sabes? —añade y se recoloca en el escalón. Muevo la cabeza para mirarlo a los ojos—. No estoy de acuerdo con una cosa. No soy tan atrevido como crees. Si lo fuera, te lo habría dicho antes.

Me despido de mi respiración, pues sé lo que está a punto de ocurrir. Sé qué va a confesarme. No hay ni una sola parte de mí que no quiera escucharlo.

—¿Decirme qué? —pregunto, muy despacio.

—Me gustas, Abril. Desde hace mucho. Hace semanas que quiero decírtelo y creo que ocultarlo más no sirve de nada. Me gusta todo de ti. Por eso quiero completar la lista. Porque me gustas. Me pareces maravillosa.

Todo desaparece a nuestro alrededor. En cuanto escucho esas palabras, la fiesta, la música y los invitados se esfuman del mundo. La alegría me estalla en el pecho y disipa todos los miedos a los que me aferraba. Su manera de decirlo, como si fuera la verdad más pura que existe, me hace sentir querida. Me devuelve todo lo que alguna vez me quitaron y sé que está dispuesto a darme más. Mucho más.

No recuerdo haberme sentido así antes. Ahora sé que tengo el control, que puedo hacer o decir lo que quiera. Podría besarlo o completar el punto diecisiete y decirle que me vuelve loca y que me gusta incluso más que yo a él.

No sé qué me apetece más ahora mismo.

Por desgracia, el tiempo se me acaba.

De repente, su móvil emite una melodía parecida al sonido de una alarma. Tras dedicarme una mirada, Noah me suelta y se inclina para sacarlo del bolsillo. El aire frío choca con mi espalda y me provoca escalofríos. Coloca el teléfono sobre la pierna, con la pantalla encendida. En ella, cuatro números anuncian la llegada de la medianoche.

Son las doce. Ya es mañana.

No oculto la sonrisa. Noah no me mira, pero sé que es solo porque no le he respondido. Entrelazo nuestras manos y apoyo la cabeza en su hombro. A diferencia de mí, que estoy congelada, él tiene la piel caliente. Siento que se relaja.

—Feliz cumpleaños, Noah —le susurro—. Felices dieciocho.

Mientras hablo, me percato de que faltan meses para mi cumpleaños, pero ya sé cómo quiero celebrarlo: exactamente así. Quiero cumplir los dieciocho a su lado.

Capítulo 22
Confesiones nocturnas

Las estrellas brillan sobre nosotros mientras recorremos las calles de la ciudad y nos alejamos de la fiesta tomados de la mano. Cuando oigo la música de nuevo, me percato de que caminamos en círculos, pero ninguno de los dos dice nada al respecto.

Noah anda sumido en sus pensamientos. Me ha contado cómo celebraba los cumpleaños antes de que Matthew se mudase a su casa. Al parecer, siempre se reunía con sus mejores amigos en la misma pizzería. Me río cuando me explica que ellos le hacían los mejores regalos y pienso en bromear y decir que es muy materialista, pero cambia de tema y lo dejo pasar.

Me resulta fácil hablar con él y por eso, a veces, no mido las palabras. Hemos hablado sobre que ambos odiábamos el colegio y le he contado que me emocioné cuando me dieron un papel en la obra de teatro que representamos en primaria.

Muestra interés al principio, aunque todo cambia cuando le explico el papel que me tocó interpretar. Entonces, se ríe tan fuerte que sus carcajadas resuenan por toda la calle, y yo resoplo, molesta. Parece que una no puede hacer de cepillo de dientes sin que se le pierda el respeto.

Pero no me enfado, porque me gusta hacerle reír.

Sin embargo, nuestra última conversación ha acabado hace rato y, ahora, caminamos en silencio. Avanzamos rodeados por la luz de las farolas, que le oscurece las facciones. Pese a lo serio que está, me parece atractivo. Noah es un chico muy guapo, divertido e inteligente, y me siento afortunada siempre que pienso en que le gusto y que por eso está aquí conmigo.

Le gusto. Me lo ha dicho. Le gusto a Noah.

Ahora, necesito dar con el momento oportuno para decirle que ese sentimiento es más que correspondido.

Con la intención de llamar su atención, estiro el brazo para separarme de él y giro sobre los talones. Improviso el único paso que recuerdo de nuestra coreografía. Noah lo comprende enseguida, me ayuda a dar una vuelta completa sobre mí misma y el claxon de un coche suena a nuestras espaldas. Entre risas, subo a la acera y me acerco a él hasta que nuestros hombros chocan.

—¿Practicando el «*Noah-dance*»? —cuestiona a la vez que alza las cejas. Me siento orgullosa por haberle hecho reír—. Creía que no te gustaba.

—No me gusta, pero me has sacado de la fiesta y me he quedado con ganas de bailar. Si no puedo hacerlo allí, lo haré aquí —bromeo.

La danza no es una de mis pasiones, pues siempre hago el ridículo. Nunca tendré la coordinación suficiente para realizar un par de movimientos seguidos.

—Pero si bailas fatal —me recuerda, como si no lo supiera.

—Mira quién habla.

—¿Insinúas que soy mal bailarín?

—Los verdaderos profesionales no cometen tantos errores. Karinna me contó que no dejabas de equivocarte.

Hace una mueca, aunque se recupera al instante y sonríe.

—Bueno, eso fue culpa tuya. —No entiendo por qué lo dice, así que me mira y confiesa—: Deseaba que fueras tú la que bailase conmigo.

De pronto, siento mariposas en el estómago y sonrío. Tener las manos entrelazadas me parece insuficiente; me gustaría que me abrazase para aislarme del frío que nos acompaña esta noche, pero no se lo pediré. Aunque sé que no me rechazaría, necesito que sea él quien tome la iniciativa.

Le miro de reojo. «Me gustas, Noah, pero no sé cómo o cuándo decírtelo. Suelo limitarme a contestar con un “tú a mí también” cuando los chicos me confiesan estas cosas, pero creo que tú te mereces algo más. Me asusta que me parezcas tan diferente al resto».

—De todas formas, cuando nos viste bailar, solo ensayábamos.

Ojalá vinieras a ver algún certamen. —Noah habla, ajeno a todo lo que pasa por mi cabeza—. Seguro que te gustaría. Allí, la gente es arte. Todos tienen mucho talento.

—Punto número diecinueve: «Me invite a ir a algo que sea importante para él» —señalo, burlona, aunque me encanta la idea.

Debe de ser precioso. Al acompañarle, le daría el mismo apoyo que me brindó cuando empecé a escribir para el periódico. Me gustaría que fuese mutuo.

Al escucharme, su sonrisa se amplía.

—Me has pillado —responde y levanta las manos—. Aunque lo decía de verdad. Disfrutarías mucho al ver uno. El próximo se celebra en unos meses. ¿No puedes hablar con el señor Miller y decirle que vas a documentarte para escribir o algo así?

—¿Quieres que vuelva a escribir un artículo sobre ti?

Levanto las cejas, divertida, para que no se percate de que tendré en cuenta la idea. Sé que le haría ilusión tenerme allí y, solo por eso, perseguiré al señor Miller hasta que acceda a dejarme ir. Si Noah quiere que le acompañe, lo haré.

Él se ríe.

—No creo que pudiera ser mejor que el primero —admite, antes de cambiar de tema. Tira de mis dedos para atraerme hacia él. No deja de mirarme con ese brillo tan peculiar en los ojos. Quiero saber qué significa—. Seguro que ya lo sabes, pero esta noche estás preciosa —susurra, como si fuera un secreto.

En un intento de disimular cómo se me acelera el pulso con esas palabras, reacciono de la única forma que sé: con una broma.

—¿Estás ligando conmigo? —le pregunto. Me tiembla la voz, pero rezo porque no lo note. Él sonríe todavía más.

—¿No te has dado cuenta hasta ahora?

Me ha tomado por sorpresa. Esbozo una sonrisa, sacudo la cabeza y pongo los ojos en blanco. Actúo como si lo hubiese dejado pasar, pero sus palabras me provocan un cosquilleo en el estómago. Abandono el papel de chica sin sentimientos y le pregunto:

—¿De verdad lo crees?

Noah me mira. El cielo le había distraído.

—¿El qué?

—Lo que has dicho antes —respondo y me muerdo el labio.

—¿Lo del artículo? Claro que no. Cualquier cosa que escribas

será increíble. Solo era una broma. Lo he dicho porque el primero trataba sobre mí y, según tú, soy muy egocéntrico. —Quiere hacerme reír, pero sus intentos son en vano. Niego con la cabeza.

—No me refería a eso.

De inmediato, descubre sobre qué hablo. Permanece callado durante unos segundos y me arrepiento al momento. No quiero que piense que necesito sus cumplidos, porque no es así, pero soy nueva en esto y, a veces, me vendría bien saber si bromea o si dice la verdad.

Estoy a punto de cambiar de tema, cuando Noah rompe el silencio.

—Lo otro también. Creo que esta noche estás, y que eres, preciosa, Abril. Cualquiera que tenga ojos me daría la razón.

No creo que sea cierto, porque no todo el mundo piensa igual, pero Noah lo hace y no necesito nada más. La felicidad que me crece en el pecho se refleja en mi sonrisa. Este sería un buen momento para decirle todo lo que siento por él, si supiera cómo empezar. Me asusta liarme con las palabras y decir cosas sin sentido.

Al final, me dejo llevar por el miedo y me lo guardo todo de nuevo.

Y saco mi escudo favorito.

—Gracias —le susurro. A continuación, bromeo—: Me gustaría decir lo mismo de ti, pero tu cara me gusta tan poco como siempre.

Espero que se ría, pero no lo hace. De pronto, me suelta la mano. El aire me congela el sudor de los dedos.

—¿Sabes qué? Creo que debería celebrar mi cumpleaños con otro invitado —sentencia y eso hace que me invada el pánico.

—No digas eso. Lo de antes no iba en serio. Solo bromeaba. Lo prometo.

Se vuelve hacia mí, sorprendido.

—No pasa nada. Ya lo sé. Yo también te tomaba el pelo. —Sigo nerviosa, así que fuerza una sonrisa para tranquilizarme. Después, se señala el rostro con un dedo—. ¿Cómo no va a gustarte esto? Modestia aparte, mi cara está muy bien hecha. Es irresistible.

Se me escapa una sonrisa. De una manera u otra, siempre consigue disminuir la tensión del ambiente y hacer felices a quienes lo rodean. Eso me gusta, no solo porque funciona conmigo, también

porque veo cómo beneficia a los demás.

La música suena más fuerte a medida que nos acercamos al final de la calle. De pronto, lo único que nos separa de la nave es una carretera que está repleta de gente. Los amigos de Matthew se han unido tarde a la fiesta y, ahora, la multitud ha crecido de manera considerable. Me muerdo el labio y me mentalizo de que se ha acabado lo bueno. Es la hora de volver al mundo real.

Sin embargo, Noah me agarra del codo antes de cruzar la calle.

—¿Podemos dar la vuelta? —me pide al ver la muchedumbre—. No me apetece entrar todavía.

Reconozco que la idea me atrae, pero no puedo pasar por alto un pequeño detalle.

—Es tu fiesta de cumpleaños, Noah.

—Dejó de serlo cuando Matthew invitó a gente a la que prefiero no ver.

Es fácil saber a quién se refiere. Un mal presentimiento se me instala en el pecho y lo oscurece todo. Fuerzo una sonrisa y le indico con un gesto que tomemos un desvío. Noah parece aliviado. Caminamos juntos hacia el parque, aunque no nos tomamos de la mano.

Esta tarde, Jason ha salido de casa hacia las ocho. Se había arreglado más que de costumbre, pero nunca imaginé que fuera a presentarse en la fiesta. Al menos, no después de lo que le hizo a Noah y cómo eso afectó a su relación. Que haya venido me parece muy egoísta. Aun así, no he olvidado la conversación que tuvimos antes de las vacaciones.

No debería sentir pena por Jason, pero Noah todavía se preocupa por él, y eso me complica las cosas. Me duele ponerme en su lugar. Si yo hubiese perdido a mi mejor amigo, me habría vuelto loca.

Me aclaro la garganta para evitar que regrese el silencio. Nos adentramos en un parque donde los árboles todavía están llenos de luces navideñas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Sin que te enfades o pienses nada raro.

—No me gusta cómo suena eso —replica y sube las cejas, pero cede—. ¿Qué quieres saber?

—¿Lo echas de menos? A Jason. Casi nunca hablas de él.

Quiero echarme atrás y decir que no hace falta que responda, pero permanezco firme porque necesito saber si mis sospechas son ciertas. Aunque intente disimular, lo conozco bien y sé que le ha dolido la pregunta. Se encoge de hombros.

—Supongo. Era mi mejor amigo.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Cómo Oliver?

—Más que Oliver. Jason era como mi hermano pequeño. Nos conocemos desde que éramos unos críos. Me mudé cerca de su casa y, desde entonces, fuimos juntos a todos lados. Al principio, mi madre lo adoraba, pero, después, empezó a caerle mal, y no la culpo. Todavía piensa que estuve a punto de repetir curso por su culpa.

Intento esbozar una sonrisa. He tocado un tema delicado, pero creo que Noah necesita a alguien con quien hablar de ello. Choco un hombro con el suyo.

—¿Estuviste a punto de repetir curso?

—Sí, pero mis profesores me dieron una oportunidad. De todas formas, la culpa fue de Matthew. Era una mala influencia. Para mi madre, él siempre ha sido perfecto, así que arremetió contra Jason. —Me mira de reojo—. Pero esto pasó en el colegio. Después, empecé a sacar muy buenas notas.

—Me alegro de que no repitieses —admito—. Pasar un año más en el instituto debe de ser un rollo. Además, si lo hubieras hecho, no habríamos coincidido en clase.

Sonríe ante eso. Entonces, su rostro se ilumina, como si se hubiera acordado de algo.

—Bueno, Jason siempre decía que repetir curso me ayudaría con las chicas.

—¿Cómo, exactamente? ¿Planeabas darles lástima hasta que se animasen a salir contigo? —bromeo.

—En absoluto, pero he oído que a las chicas os gustan los chicos mayores. ¿Te acuerdas del día de la entrevista? ¿Por qué crees que te dije que tenía dieciocho años? Estaba todo fríamente calculado.

Aunque la situación quizá no lo merezca, me echo a reír. Junto las cejas y Noah me mira como si le gustase haberme hecho reír a carcajadas. La profunda interpretación que incluí en el artículo sobre sus «casi dieciocho años» se ha ido al traste. Genial.

—¿Me mentiste porque creías que me caerías mejor? —cuestiono, incrédula, aunque me parece divertido.

—Te mentí porque quería gustarte. A eso se le llama ligar. ¿Sabes lo que es?

—Pues lo haces fatal.

—Pero si te regalé un lacito.

—¡Y me obligaste a devolvértelo! —chillo, mientras le golpeo el hombro. Noah se ríe e intenta esquivar mis ataques. Cuando regresa el silencio, vuelvo al tema que me interesa—: Así que tu madre detesta a Jason.

Piensa antes de responder. A juzgar por cómo me mira, sabe qué pretendo a la perfección. Aun así, por mucho que quiera echarme atrás, no lo hago. No creo que Noah lo admita, pero necesita desahogarse y me encantaría que lo hiciera conmigo.

Lo observo firmemente hasta que responde.

—Lo detestaba —me aclara. Al parecer, no le molesta que insista —. Pero Dana la convenció para que lo dejase entrar en casa. Puede ser realmente persuasiva cuando se lo propone. Si mi madre tolera a Jason, es gracias a ella. —No sé de quién habla y mi rostro debe reflejarlo muy bien, porque Noah se apresura a explicármelo—: Dana es la novia de mi madre. Es muy amable y cocina de lujo. Algún día te la presentaré. Puedo convencerla para que nos enseñe a hacer una *pizza* en condiciones —bromea.

Esbozo una sonrisa, aunque los nervios se apoderan de mi estómago. Que ese sea un punto de la lista no significa que no me intimide enfrentarme a su familia. Sin embargo, tanto Noah como su hermano son dos chicos increíbles y alguien debe de haberlos educado así de bien.

—Seguro que es maravillosa —respondo. Estoy convencida de que es cierto.

—Lo es, sobre todo cuando hace bizcochos. También le pediré que nos enseñe a cocinar uno.

Levanto las cejas.

—¿Vas a pedirme una tercera cita, Noah?

—¿Para cocinar bizcocho? —Frunce el ceño—. Bueno, nunca me habría decantado por algo tan poco convencional, pero si te apetece…

—No, no —le interrumpo entre risas.

Él sonríe. Salimos del parque y cruzamos la carretera hasta llegar a una gran avenida peatonal. Aquí, las farolas emiten una luz amarillenta que nos dificulta la visión. A mi lado, Noah se aprieta las manos, nervioso. Es un gesto usual en mí y debo de habérselo contagiado.

Se pone serio y me mira.

—En realidad, creo que sé por qué me molestó tanto —confiesa. Entonces, asumo que ya no hablamos sobre bizcochos y *pizzas*. Le dedico una mirada con la que intento darle fuerzas para continuar —. Cuando me enteré de todo, me sentí traicionado, pero no por ambas partes. Quiero decir, estoy casi seguro de que quería a Amanda, porque era mi novia y se supone que debes querer a tu novia, pero lo que más me dolió no fue perderla, sino perder a Jason, mi mejor amigo.

De repente, me duele el pecho. Al principio, pienso que es porque ha dicho que la quería, pero enseguida entiendo que no es así. Todavía no he olvidado lo que me ha dicho antes. Tal vez estuvo enamorado de Amanda en su momento, pero habla en pasado y hace un rato ha admitido que le gusto en presente. No necesito nada más.

En realidad, me duele la forma en la que habla de Jason. Parece desolado. Ojalá pudiera hacer algo para que dejase de pasarlo mal por su culpa.

Noah se queda en silencio y me estudia. Entonces, comprendo que ha malinterpretado mi silencio.

—Lo siento —dice—. No debería… Bueno, sabes que…

—Lo sé. Está bien. No pasa nada.

Aunque duda, mi sonrisa le convence y asiente.

—A veces, me gustaría perdonarle, ¿sabes? —añade, con la mirada fija en las zapatillas. Patea una piedra que hay en el camino —. A Jason. Pero, cuando fui a pedirle explicaciones, ni siquiera se disculpó. Tampoco me puso excusas. Podría haberme dicho cualquier cosa: que había sido un error, que se arrepentía o que llevaba tiempo enamorado de ella, pero actuó como si nada hubiese ocurrido. Como si no le importase. Nada de eso habría servido para arreglar las cosas, pero, al menos, no me odiaría por querer perdonarle. Lo echo de menos. —Suelta un suspiro, mira hacia el cielo y sacude la cabeza—. Dios, soy patético.

De pronto, siento una ganas inmensas de abrazarlo. Todavía le duele hablar sobre ello. Me gustaría acercarme a él y rodearlo por la cintura para darle el consuelo que merece. Podríamos quedarnos así y aislarnos del frío invernal hasta que todo se solucione.

Pero los problemas no se resuelven si no se hace nada.

—Echarlo de menos no te hace patético, Noah, te hace humano. No me gusta que pienses de esa manera. —Titubeo antes de continuar—: Me parece admirable cómo manejas la situación. Si estuviese en tu lugar, todavía estaría llorando en mi habitación. O me atiborraría a helado en el sofá. A veces, soy muy dramática.

No pretendo hacerle reír, por lo que me conformo con sacarle una sonrisa.

—¿Solo a veces? —cuestiona y yo también sonrío. Su voz se llena de sinceridad—: No había hablado de esto con nadie, ni siquiera con Oliver. Supongo que contigo ha sido más fácil porque, en el fondo, sabía que lo entenderías. —Me observa con disimulo—. Gracias por escucharme.

—No las des. Me gusta escucharte.

Espero que sepa que digo la verdad. Como respuesta, Noah busca mi mirada y amplía su sonrisa. La distancia entre nosotros me parece excesiva, así que me acerco hasta que nuestros brazos se rozan. Nuestras manos se tocan y permito que las entrelace cuando me lo pide sin palabras.

No creo que este sea un buen momento. De hecho, es el peor momento que podría haber elegido, pero ya no quiero ocultárselo más. Rebusco en mi interior, en busca de la valentía que necesito y, aunque no la encuentro, decido que lo haré aun siendo una cobarde.

Noah está distraído, así que me aclaro la garganta para llamar su atención. Cuando se vuelve hacia mí, el corazón casi me estalla por los nervios.

—Quería decirte una cosa.

Arquea las cejas.

—¿Si?

Abro la boca para hablar, pero la cierro porque no sé por dónde empezar. Su mirada ya no me tranquiliza, sino que hace que se me acelere el pulso y que me sienta una idiota. Me pregunto cómo reaccionarían los empleados del hospital si me desmayase porque

me aterroriza decirle a un chico que me gusta.

¿Les parecería divertido?

Porque a mí no.

Rehúyo su mirada y me armo de valor. No puede ser tan malo, ¿verdad? Sé que no va a rechazarme y estoy segura de que ya lo sabe. Es imposible que no se haya dado cuenta. Hace semanas que me delaté. Sonrío siempre que estamos juntos, escribí un artículo acerca de todo lo que me gusta de él y quiero estar a su alrededor las veinticuatro horas del día.

Admitírmelo ya no es un problema, pero me avergüenzo solo de pensar en pronunciarlo en voz alta.

Por suerte, llega un momento en el que no me hace falta pensar.

De pronto, unas gotas de agua helada me caen en el brazo. Miro al cielo y descubro unas nubes negruzcas que cubren las estrellas. Ahora, el frío es más húmedo y la lluvia cae sobre nosotros. Me estremezco cuando un trueno resuena.

Esto no puede estar pasando.

—¡Estás gafado! —chillo y me vuelvo hacia Noah.

—¡Lo sé! ¡Llueve en todos mis cumpleaños! —exclama. La forma en que lo dice me da a entender que, en el fondo, agradece que este no haya sido la excepción.

Me echo a reír y sus dedos agarran los míos con más fuerza. Aunque hay un pequeño tejado a nuestra derecha, que seguramente nos serviría como refugio, tira de mí en dirección contraria.

—Vas a odiarme por esto —me asegura y echa a andar de espaldas, mientras me mira, hasta que estamos corriendo bajo la lluvia.

Siento cómo la adrenalina me recorre por dentro. Permito que me guíe por las calles de la ciudad, que se llenan de energía a medida que pasamos y, aunque grito, mi voz se pierde bajo el sonido de nuestras risas. Pronto, el diluvio cae sobre nosotros, como si quisiera que hacernos ceder bajo su peso, pero no consigue que nos detengamos.

Me falta el aire. La ropa mojada se me pega a la piel y mis piernas no aguantarán este ritmo durante mucho tiempo. Aun así, esta sensación me parece tan maravillosa que me enamoro de ella. A mi lado, Noah se ríe mientras los charcos nos salpican al pisarlos y se me empapan los zapatos.

No quiero que esto acabe. El agua se ha llevado todas mis inseguridades y me siento tan libre que aborrezco la idea de volver a aferrarme a ellas. Cuando quiero darme cuenta, he trepado a lo alto de la muralla que me rodea, que me aísla del mundo exterior, y estoy más preparada que nunca para saltar. Sin miedos ni paracaídas.

Quiero hacerlo ahora.

Me dejo llevar por un impulso y tiro del brazo de Noah para arrastrarlo hacia mí. Le tomo las mejillas entre las manos, hasta que nuestras bocas están tan cerca que casi se tocan. Tiene la piel húmeda y su respiración está tan acelerada como la mía. Cuando me agarra por la cintura para atraerme hacia él, noto que las gotas de agua le resbalan por el cuello y se pierden dentro de su camisa.

—Dilo ahora —me pide con la voz entrecortada.

Estamos tan cerca que solo puedo pensar en que, si me inclinase un poco más, nuestros labios por fin se encontrarían.

Con el corazón a mil por hora, subo la mirada hasta sus ojos, que se amarillecen bajo la luz de las farolas.

La lluvia todavía cae sobre nosotros.

—Ya lo sabes —susurro, mientras suplico que así sea. Pero él sacude la cabeza.

—Necesito que lo digas.

Cierro los ojos.

—Me gustas, Noah —añado sin pensar—. Me gustas y…

Cuando quiero darme cuenta, he dejado de respirar.

Porque me está besando.

Noah me está besando.

Su boca se mueve sobre la mía como si quisiera demostrarme el tiempo que ha esperado a este momento y esta vez los sentimientos me golpean con tanta fuerza que cedo ante lo que me piden. Salto, porque así es como me siento ahora mismo: como si acabase de tomar carrerilla para tirarme desde un avión sin paracaídas. Luego, permito que todo se escape a mi control.

El cielo truena sobre nuestras cabezas, pero apenas lo escucho porque estoy demasiado ocupada deleitándome con el sonido que brota de su garganta cuando profundizo el beso. Mete las manos por debajo de mi chaqueta para tomarme de la cintura y siento la presión de sus dedos contra la camisa. Como tiene la piel mojada,

suave y resbaladiza, los míos bailotean sobre sus mejillas cuando intento que se acerque más. Retrocedo hasta que mi espalda choca con una pared.

Entonces, me percato de que hemos encontrado un saliente que nos protege de la lluvia.

Noah besa tan bien que podría hacer esto todo el día. Por eso, aunque estoy exhausta por la carrera, me quejo en voz alta cuando se separa de mí para tomar aire. Se ríe, apoya su frente en la mía y me observa con esos grandes ojos oscuros. El corazón me salta de la alegría.

No soporto la tentación de volver a besarlo. Noah me corresponde cuando, un segundo después, lo hago de nuevo, aunque todavía se preocupa por el bien de mis pulmones.

—Creo que esto ha sido una mala idea —dice, y me pone las manos sobre los hombros para distanciarnos. El pánico me invade rápidamente, pero me relajo cuando veo que sonríe—. Nada de besos después de hacer ejercicio. Tendré que controlarme hasta que seas capaz de correr sin que te dé un infarto.

Aunque me cuesta, porque estoy medio asfixiada, permito que mis jadeos se conviertan en carcajadas y le golpeo en el brazo para mostrarle mi descontento. Este es Noah Carter en su estado más puro y ha conseguido que me muestre tan vulnerable como soy en realidad.

Pensaba que esto daría más miedo, que saltar desde la muralla sería aterrador, pero ha sido todo lo contrario. Ahora que estoy en el aire puedo afirmar con orgullo que me siento bien. Después de tanto tiempo, he comprendido que, a veces, para sentirse libre, una solo necesita desplegar las alas y echar a volar.

Capítulo 23
La habitación de Noah Carter

No dejo de pensar en el beso.

Su recuerdo me persigue desde el sábado. Han pasado tres días, pero los nervios todavía me recorren el estómago cuando pienso en lo que pasó. Entonces, siento euforia, aunque también vergüenza, porque aquella noche estaba tan acelerada que seguro que el beso fue un desastre. De hecho, me atrevería a decir que moví los labios como si fuese una aspiradora.

Pero eso no es lo importante.

De todas formas, no creo que Noah se diese cuenta.

El caso es que estoy aterrada, como siempre que nuestra relación avanza. Damos pasos cortos, como si fuéramos de puntillas, pero cada movimiento me llega al corazón y en los últimos días he pensado en lo mucho que me dolería volver atrás. Noah ha completado más de la mitad de la lista, trece puntos en total, y ha anulado la segunda regla. Por eso, hace días que espero que me explique qué somos ahora.

Creo que los dos somos igual de cobardes en ese sentido, porque tampoco me he atrevido a preguntárselo.

—A veces odio que seas tan responsable.

—Cállate.

Pongo los ojos en blanco, aunque se me escapa la risa. Le saco de quicio, pero es culpa suya. No sé en qué diablos pensaba cuando me pidió que quedáramos para estudiar, si todavía no tenemos ningún examen y ambos sabemos que solo sirvo para entorpecer la cultura. Tonta de mí, accedí al creer que era una excusa para vernos y aclarar las cosas.

Media hora después, descubrí que su propósito sí que era estudiar.

Ahora, la situación es bastante surrealista. Estoy tumbada en su cama, toqueteando la espiral metálica de uno de los cuadernos, mientras que él está sentado en el suelo, con la cabeza apoyada contra el colchón y el libro de tecnología abierto sobre las rodillas.

Viste como quien planea quedarse en casa durante todo el día. Antes me ha explicado por qué no tiene ensayo esta tarde, pero solo he escuchado la mitad de la historia. Últimamente me cuesta concentrarme cuando lo tengo cerca. Los recuerdos del sábado me invaden siempre que le miro la boca y reconozco que estar a solas con él en su habitación no me facilita las cosas. No entiendo cómo Noah está tan tranquilo.

¿Tanto le gusta la tecnología?

No importa. El caso es que yo también me he propuesto actuar como si no me pusiera nerviosa cuando estamos juntos. Aunque sea difícil, debo hacerlo si quiero conservar la dignidad. Por eso no me he quejado cuando se ha levantado para cerrar la puerta con la excusa de que Matthew también está en casa.

Es cierto que no me apetece verlo ahora mismo, pero tampoco era necesario encerrarnos aquí. Podría haberme puesto de espaldas al pasillo. Todo es cuestión de buscar alternativas. Cualquier cosa que no haga estallar mi corazón como si fuera una bomba de relojería.

En definitiva, necesito distraerme. Trato de acallar mis pulsaciones, me tumbo bocabajo y me apoyo en los codos. Noah está pendiente de su libro, así que le miro con atención. El flequillo le cae sobre los ojos y, sin pensar, alargo la mano y se lo peino hacia atrás. Tiene el pelo muy suave. No me detengo hasta que mis caricias le perfilan las cejas y noto que me observa.

Entonces, me aparto, como si le ardiera la piel.

—Lo siento —me apresuro a decir—. Creí que no te molestaría.

Me aprieto los dedos con fuerza, debido a los nervios, pero me tranquilizo cuando niega con la cabeza. Aunque no sonríe, parece que la situación, además de exasperarle, le parece divertida.

—No me ha molestado. El problema eres tú. No me concentro si estás aquí. Llevo media hora intentando estudiar una página.

Quizá no debería, pero me tomo sus palabras como un

cumplido. Me gusta saber que yo también lo distraigo. Esbozo una sonrisa burlona, porque no he pasado por alto que ha movido la cabeza para colocarla más cerca de mi mano.

—Así que te distraigo —repito, divertida.

—Eres una mala influencia.

Debe de tener razón porque ya no presta atención al libro de tecnología.

—Perdóname por existir, entonces.

—No me molesta que existas.

—Vaya, gracias —ironizo y pongo los ojos en blanco—. Eres el rey de los cumplidos.

Con esto, le hago reír y toda la incomodidad que sentía hace unos minutos desaparece por arte de magia. Los nervios, la ansiedad y el miedo se esfuman en cuanto lo hace el silencio. Para que sus carcajadas no cesen, llevo los dedos hasta la punta de su nariz. Él los sigue con la mirada, se pone bizco y le empujo la mejilla con una mano para mostrarle mi descontento. Es un idiota.

Pero yo también me río.

Hago una mueca y le pregunto:

—¿De verdad tienes que estudiar? —Me encantaría que hablásemos como hicimos el sábado por la noche. Me gusta hacer ese tipo de cosas con él. Me divierten y hacen que me sienta cómoda. Antes de que replique, añado—: Estoy convencida de que ya te sabes la lección. La has repetido en voz alta casi veinte veces. Tómate un descanso. Me aburres.

Espero que ceda, pero niega con la cabeza y devuelve la mirada al libro.

—No puedo. Tengo que cumplir con mi horario. Se supone que empiezo con él esta semana.

Levanto las cejas.

—¿Tienes un horario?

—Fue idea de Michelle. Le conté que necesitaba organizarme y me aconsejó que hiciera uno. En teoría, esta tarde tengo que entrenar, estudiar y ordenar la habitación. Divertidísimo —finaliza y pone los ojos en blanco. Al ver mi expresión, señala la mochila con la cabeza. Está tirada en una esquina—. Lo ha decorado con colores y dibujos cursis. Luego te lo enseño. Me debía un favor y pensó devolvérmelo así. Tiene razones para estar agradecida. Le

pasé su número a un chico.

Habla con su falso egocentrismo de siempre, como si creyera que lo mejor que ha podido pasarle a Michelle en la vida ha sido cruzarse con el mismísimo Cupido. Me río y le tiro del pelo. Noah gruñe.

—Lo sé. A Oliver. Me lo contó en tu cumpleaños —respondo. Al ver que sonríe, me apresuro a añadir—: Pero no parecía muy contenta, la verdad.

Hace una mueca.

—Bueno, quizá no le dije que sería para Oliver —repone y se muerde el labio—. Solo que había encontrado a un chico guapo e inteligente para ella.

Eso se aleja tanto de la realidad que me echo a reír. Mientras le aliso el flequillo, descubro que necesita un buen corte de pelo.

—Quizá pensaba que hablabas de ti —opino, distraída, aunque me molesta pensar en ello.

—No le gusto a Michelle. —Noah arruga la nariz. Voy a rebatirle, pero esboza una sonrisa burlona y me pregunta—: ¿Crees que soy guapo e inteligente?

Como es habitual, no recaigo en el efecto de mis palabras hasta que lo escucho y me pongo nerviosa.

—Lo que creo es que eres un egocéntrico —le ataco, medio en broma, para desviar el tema, pero no funciona.

—Bueno, también has insinuado lo otro.

Me muerdo el labio. No sé de dónde saco la valentía para responder.

—Te he mentido para gustarte. A eso se le llama ligar —cito la misma frase que me dijo el sábado por la noche—. ¿Sabes lo que es?

Al principio, parece tan sorprendido que creo que he metido la pata. Durante unos segundos, lo único que escucho son los latidos acelerados de mi corazón. Estoy a punto de echarme atrás, de decirle que ha sido una broma sin importancia, cuando se ríe.

—Está bien —contesta y me señala con un dedo—. Me gusta. Lo compro. Admito que no voy a echar de menos tener que sonsacarte las cosas.

Me mira a los ojos con una sonrisa en los labios. La vergüenza hace que me ardan las mejillas. Aun así, me siento bien. Incluso me río, como si el asunto no me preocupase. Creo que me costará

menos hacer este tipo de comentarios si Noah me convence de que le gusta escucharlos. De que le gusta escucharme.

No soportaré que estudie otra vez. Estoy cansada del silencio. Me aferró al valor que me recorre las venas y me inclino para quitarle el libro. Retrocedo a gatas sobre la cama para que no lo recupere y él se pone de pie.

—Examen sorpresa —anuncio cuando abre la boca—. Veamos si has estudiado lo suficiente.

—Devuélveme eso —se queja, pero lo ignoro.

Busco una pregunta que formular entre las páginas, pero, entonces, me fijo en que el libro está al revés. Vaya, genial. Soy idiota.

Sin embargo, parece que él no se ha dado cuenta, así que actúo como si nada y me exprimo el cerebro. Yo también he estudiado.

—¿Sabrías decirme cómo se calculan las resistencias en paralelo?

Noah arquea las cejas. He escogido la pregunta más fácil del mundo. Le sostengo la mirada hasta que sonríe. Entonces, pone una rodilla sobre la cama para ganar terreno.

—¿No se te ocurre nada mejor? —inquiere, burlón.

—Tú contesta.

Se relame los labios, como si estuviese pensando la respuesta, y mi atención se desvía hacia ellos. Apoyo la espalda en la pared y suplico en silencio que se acerque más. La luz de la tarde entra por las rendijas de las persianas y le transforma el rostro en un sinfín de sombras opacas.

—¿Y bien? —insisto. Me tiembla la voz.

Noah amplía la sonrisa. Sabe que me pone nerviosa.

—Es muy fácil. Solo hay que sumarlas. ¿Contenta?

—Muchísimo. Estás aprobado. —Cierro el libro con fuerza y lo tiro sobre la cama—. Felicidades. Ya puedes dejar de estudiar.

Se ríe. Seguro que piensa que no tengo remedio. No obstante, el ambiente cambia de golpe cuando, con las cejas levantadas, me pregunta:

—¿En qué debería invertir mi tiempo ahora?

La distancia entre nosotros es cada vez menor.

—No lo sé, pero yo me preocuparía si fuera tú. Tienes un cinco raspado.

—¿Y no hay forma de conseguir una nota mejor?

Habla en susurros y mueve la boca muy despacio. Mi mirada vuelve a ella y trago saliva. De pronto, los recuerdos del sábado me abordan. Me sobrecoge pensar en lo mucho que deseo que aquello se repita, en lo bien que me sentí cuando ocurrió y en que ahora me siento más segura y no hay nada que impida que sea yo quien lo rete.

—Bueno, siempre puedes sobornarme —añado.

Noah sonríe, se inclina sobre mí y funde nuestros labios en lo que podría haber sido el segundo mejor beso de mi vida de no ser por un tintineo que nos interrumpe. Proviene del piso de abajo. Nuestras bocas se quedan a unos centímetros de distancia, pero no se juntan.

Cuando abro los ojos, descubro que él los tiene cerrados y se muerde el labio.

—El teléfono —se queja. Me entran ganas de ir a por él para obligarle a tragárselo. Aunque le cuesta, se separa de mí y se levanta—. Podría ser importante. Tengo que contestar. Lo siento, lo siento. —Me señala con un dedo—. Vuelvo ahora mismo. No te muevas de ahí.

Arqueo las cejas. Tampoco es que vaya a ir a otro sitio. Sin embargo, no digo nada. Le dedico una mirada que pretende ser amenazadora.

—Más vale que te des prisa, porque podría bajarte la nota a un cuatro con nueve.

Él pone una mueca de horror.

—¡Cualquier cosa menos eso, por favor!

Me echo a reír mientras cruza la habitación. Noah tarda unos segundos en desaparecer tras la puerta. De pronto, me siento agotada, como si acabase de correr un maratón. El corazón todavía me va a mil por hora. Suspiro, me tumbo sobre el colchón y observo el techo hasta que me aburro.

En definitiva, el concepto de «ahora mismo» de Noah Carter no se corresponde con el mío. Al final, me levanto de la cama. Echo un vistazo a la habitación. Me sorprende que me haya dejado aquí sola, rodeada de sus cosas. No sé si yo haría lo mismo. Mi dormitorio está lleno de secretos que no quiero que nadie descubra.

Hasta hace poco, la lista formaba parte de ellos.

No obstante, este sitio no tiene mucho misterio. Es una habitación amplia, con paredes blancas y el suelo de parqué. Al fondo, se encuentra el ventanal por el que le vi bailar poco antes de conocernos, y la cama es de una plaza y está pegada al armario. Sobre ella, hay dos baldas de estantería llenas de trofeos. Esbozo una sonrisa. En realidad, sí que es un poco engreído.

No me esperaba que su cuarto fuese así. No refleja su personalidad: Noah es más exuberante y explosivo, y la sencillez del lugar no combina con eso. Me pregunto si nunca ha pensado en redecorarlo.

Entonces, me fijo en la hilera de fotografías que ocupa la superficie de la cómoda. Camino hacia ella con una sonrisa. Estoy admirando una donde Noah aparece revolviéndole el pelo a Tom, su hermano pequeño, cuando la puerta se abre a mi espalda.

Me giro con la esperanza de verlo.

Pero no es él quien ha entrado en la habitación.

Se me revuelve el estómago. Estaba en el pasillo hace un segundo, así que estoy segura de que me habrá visto, pero actúa como si nada. Matthew se acerca al armario y, de espaldas a mí, lo abre y rebusca entre las camisas de su primo.

Intento decir algo, pero el corazón me va tan rápido que no sé si podré pronunciar una frase sin tartamudear. Así que, en lugar de hacerlo, lo observo sin soltar la fotografía, hasta que encuentra la prenda que buscaba y la descuelga.

Acto seguido, empieza a quitarse la camisa.

—¿Hola? —demando. Esto ya es demasiado. Al oírme, Matthew da un respingo y se vuelve hacia mí.

—Vaya, lo siento. No sabía que estabas aquí.

Miente. Antes de que se lo eche en cara, sonríe, se deshace de la camisa y la tira al suelo. Desvío la mirada.

—¿Puedes hacer eso en otra parte, por favor? —le espeto, incómoda y asqueada.

Se echa a reír, como siempre.

—¿Por qué? ¿Te pongo nerviosa?

—Haces que me entren ganas de vomitar.

—Me gustaría saber cómo lo has conseguido —añade e ignora el comentario. Recoge la prenda que traía y la dobla correctamente—. Noah parecía tan decepcionado cuando se enteró que creí que no lo

volverías a engatusar, pero parece que todavía sabes cómo manipular a los chicos. ¿Qué le dijiste? ¿Que sentías no habérselo contado? ¿Qué se te olvidó? Pobre.

Los nervios dan paso a la ira. Aprieto los puños. Quiero lanzarle una mirada asesina, pero me contengo. No aparto la mirada de la pared. No me apetece verlo semidesnudo. Esos trucos no funcionan conmigo. Tener un físico bonito no compensa que tu personalidad sea un asco.

—Fuiste tú —le acuso—. Tú pusiste el álbum en las cajas. Sabías que Noah lo encontraría. Querías hacerle daño.

—Quería que abriese los ojos —replica y chasquea la lengua—. ¿Cómo crees que se sentirá cuando descubra que lo estás utilizando?

—¿Que lo estoy utilizando? —repito, incrédula.

—Para acercarte a mí, ya sabes, como hace todo el mundo.

Esta vez lo miro. A diferencia de cuando estábamos juntos, ahora tiene los músculos mucho más definidos. Los recuerdos me abordan a toda velocidad y las náuseas me revuelven el estómago.

Cuando contesto, mi voz suena más potente de lo que esperaba.

—En realidad, creo que lo único que no me gusta de Noah es que es familia tuya.

Sorprendentemente, esto le hace reír. Escoge una de las camisetas de su primo para ponérsela.

—Si tú lo dices.

—Me voy de aquí.

No espero a que diga nada más. Salgo al pasillo y bajo las escaleras, con el corazón en la garganta. No me saco la imagen de la cabeza. Odio que Matthew todavía tenga algún tipo de efecto sobre mí. Pero, sobre todo, lo desprecio porque acabo de darme cuenta de que es peor persona de lo que creía.

Todavía tengo los nervios a flor de piel cuando llego al primer piso. Estoy agotada y quiero irme a casa, pero me dirijo a la cocina en busca de Noah. Nada más entrar, lo encuentro buscando algo en el frigorífico. Ha colocado dos vasos limpios sobre la encimera.

Me apoyo sobre ella y me aclaro la garganta.

—Eh, hola. Siento haber tardado tanto. Estaba muerto de sed —dice a toda prisa mientras se echa hacia atrás para mirarme. Entonces, se pone serio—: ¿Estás bien? Te has puesto pálida.

Asiento con la cabeza, sin ganas.

—Sí, tranquilo. Solo me duele un poco la cabeza.

No parece muy convencido, pero lo deja pasar. Saca la botella de agua de la nevera, la cierra y llena los vasos hasta arriba. Se bebe el suyo rápidamente. Cuando me ofrece el mío, sacudo la cabeza y me cruzo de brazos.

—Por cierto, al final he bajado para nada. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué? ¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—No era nadie importante. Solo Matthew. Está en casa, así que habrá sido sin querer. Seguro que ha marcado mi número con el culo o algo así. Es un idiota.

Me quedo sin respiración. «O quizá es mucho más retorcido de lo que creíamos y lo tenía todo planeado». A fin de cuentas, ¿cómo habría reaccionado Noah si hubiese encontrado a su primo en su habitación, a solas conmigo, sin camiseta?

Intento que mi sonrisa parezca real. Sin conocer la verdadera razón de mi silencio, Noah guarda la botella de nuevo en el frigorífico y camina hacia mí. Al principio, creo que va a ofrecerme un vaso, pero ambos siguen sobre la mesa. Están casi a un metro de nosotros.

Y él se acerca cada vez más.

—Por cierto, creo que te alegrará saber que mi tiempo de estudio ha terminado.

A medida que habla, una sonrisa le crece en los labios. Coloca una mano a cada lado de mi cintura, sobre la encimera, y me acorrala contra ella. Aun así, la distancia que nos separa me parece excesiva. Las náuseas que me torturaban el estómago se convierten en mariposas y me pregunto cómo ha conseguido que pase de estar mal a estar un poco mejor en cuestión de segundos.

—¿Qué toca ahora? —pregunto. Me hago la desentendida para ver qué se le ocurre.

Finge pensarlo un momento.

—«19:00. Tiempo reservado única, total y exclusivamente para Abril Lee».

Se me escapa una sonrisa.

—¿Así que me has hecho un hueco en tu horario?

—He reservado para ti lo que queda de tarde.

«Matthew, Matthew, Matthew».

—¿Y qué pasa con tecnología?

—Bueno, antes me has dicho que estoy aprobado. —Se inclina un poco más, hasta que nuestros rostros están a unos centímetros—. A no ser, claro, que hayas decidido bajarme la nota.

—Pensándolo mejor, podría ponerte incluso un seis —respondo, aunque luego cambio de opinión—: O un ocho, si veo que te esfuerzas.

Con esto, se ríe. Se aproxima aún más y su cercanía me acelera el corazón. Al mirarle los labios, veo que no deja de sonreír. Entonces, recuerdo todo lo que sucedió el sábado pasado. Pienso en la lluvia, en lo que dije, en lo que sentí y en lo mucho que cambió todo en una sola noche.

Me muero de ganas de que se repita.

Noah parece leerme la mente. De pronto, me susurra:

—¿Tengo que completar otros diez puntos para volver a besarte?

Últimamente me siento mucho más segura que de costumbre, como si me hubiera convertido en una versión más valiente de mí misma, así que me río, niego con la cabeza y soy yo quien lo besa esta vez.

Ningún recuerdo de su boca se asemeja a cómo es en realidad. Al principio, el contacto es muy suave, como inseguro, pero, después, le agarro las manos, las coloco en torno a mi cintura y profundizo el beso porque creo que nunca voy a tener suficiente. Noah sonríe, aunque no se separa de mí. Podría escribir cien artículos más sobre cómo me siento ahora mismo, pero me faltarían palabras para describirlo.

Todas mis preocupaciones desaparecen. Me olvido de Matthew, de Jason y de algo en lo que llevo pensando bastante tiempo. Ahora mismo, quiero centrarme en lo mucho que disfruto cuando estamos juntos. Noah hace fuerza con los brazos para sentarme sobre la encimera y el corazón me late tan fuerte que casi se me sale del pecho.

Lo rodeo con las piernas para que no se aparte. Mientras tanto, él ha separado nuestras bocas y ahora sus labios bajan por el cuello hasta que se detienen en la clavícula. Su aliento me hace cosquillas. Subo las manos por su pecho y las enredo en su pelo. Me encantaría hacer esto todo el día. Por desgracia, oímos unos golpes que provienen del piso de arriba y la magia se acaba tan rápido que

parece que jamás ha existido.

Entonces, en mi cabeza solo existe una persona: Matthew.

Empujo un poco a Noah para que se separe de mí.

En cuanto rompemos el contacto, noto que me falta el aire. Cierro los ojos, huyo de las preocupaciones y apoyo la frente en su hombro para recuperar fuerzas. El corazón todavía me late muy rápido y sigo abrumada por lo que acaba de ocurrir. Tengo mucho calor.

Nos quedamos en silencio. Busco mi voz para decir algo, aunque esté ronca, pero él habla antes.

—¿Estás bien? —me pregunta, nervioso. Sus ojos me transmiten algo que no me gusta en absoluto—. No creí que fueras a… Lo siento si he ido muy rápido y…

Está preocupado. El corazón se me encoge, aunque ya no es por los nervios. Se siente mal por lo que ha pasado, cuando no ha hecho nada malo. La culpa no es suya. Tampoco es mía, pero no me siento cómoda aquí. Quiero irme en cuanto antes.

—Estoy bien —le digo, e intento creer que es verdad—. Estoy bien, Noah. No te preocupes por nada. Solo necesito salir a tomar el aire.

La situación es muy incómoda. Aprovecho que se ha detenido para bajar de la encimera y me aprieto las manos con nerviosismo.

—¿Te vas? —me pregunta entonces.

—Sí, pero quiero que vengas conmigo.

Sin embargo, nada cambia en su expresión. En el fondo, sigue sin estar convencido de que no ha hecho nada que me haya molestado. Parece haber perdido toda la seguridad con la que actúa cuando está conmigo. Me muerdo el labio. Durante un segundo, considero quedarme e ignorar que Matthew está en la casa, pero no me apetece verlo y, conociéndolo, no tardará mucho en aparecer.

Necesito irme.

Y necesito hacerlo ya.

De nuevo, actúo sin pensar. Me acerco a él, me pongo de puntillas y lo beso. Entrelazo nuestras manos, rogando que me corresponda, y eso hace. Noah reclina el cuello para besarme cuando me apoyo sobre los talones y sonrío.

—Demos un paseo —le propongo. Acto seguido, le golpeo el pecho suavemente—. Te recuerdo que tienes que cumplir con tu

horario.

Con esto, consigo que la seriedad se esfume de su rostro. Asiente antes de pedirme que espere a que se cambie. En cuanto se marcha, saco el móvil para escribirle a la única persona que puede ayudarme a solucionar esto. No espero que responda, así que no me sorprende que, un poco después, cuando Noah regresa, todavía no haya visto el mensaje.

—Dime que no vas a llevarme a otro sitio cutre —suplica y se acerca a mí. Entrelaza nuestras manos y me echo a reír.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Sí. De hecho, se me ocurren cientos de ideas mejores.

Arqueo las cejas. Estoy preparada para replicar, pero, entonces, alguien abre la puerta principal y las palabras se me atascan en la garganta. Una mujer de piel oscura entra en la casa. Tiene el pelo repleto de rizos pequeños y elásticos. Va cargada con dos grandes bolsas de papel que tienen impreso el logo de un supermercado. En cuanto ve a Noah, suspira y las deja en el suelo.

—Échame una mano con esto, cariño. Tengo que ayudar a tu madre a traer las que faltan.

Se me corta la respiración. Por suerte, se marcha sin recaer en mi presencia. Pienso en que no puedo tener tan mala suerte y considero la idea de huir ahora que estoy a tiempo, pero Noah me suelta para recoger las bolsas y lo sigo hasta la cocina. Una vez allí, deja la compra sobre la encimera antes de volverse hacia mí.

Parece que quiere decir algo, pero no le da tiempo. Justo en ese momento, dos personas entran en la habitación.

—No me parece mala idea. Nos vendría bien tener unos minutos de silencio en esta casa. —Escucho decir a una de ellas.

Aunque parece mayor que la otra, quien supongo que será Dana, estoy segura de que es más joven que papá. Debe de tener unos treinta y siete años. Tiene el pelo oscuro, a la altura de los hombros, y los ojos del mismo color que su hijo. Cuando se vuelve hacia Noah, compruebo que sus sonrisas también son idénticas.

Es una mujer muy guapa y su expresión está llena de vitalidad.

—¿Qué opinas? —le dice al bailarín—. ¿Aprovechamos que tu hermano se ha quedado dormido en el coche para dejarlo allí?

Dana resopla y se acerca a la encimera para vaciar las bolsas.

—Noah, ayúdame a hacerla entrar en razón. No podemos dejarlo

ahí dentro. Los vecinos nos demandarían si se enterasen.

—A los vecinos les estaríamos haciendo un favor. —La madre de Noah se ríe y, entonces, comprendo que bromean. Guarda los tomates en el frigorífico, antes de añadir—: ¿Qué haces aquí, guapa? ¿Esperas a Matthew?

Tardo un momento en advertir que habla conmigo. Aunque suponía que ya me habían visto, ninguna me había dirigido la palabra hasta ahora. Sus miradas me intimidan y, aunque abro la boca para contestar, no me salen las palabras.

Por suerte, Dana lo hace por mí.

—Sí es así, no te preocupes. Bajará enseguida. Piensa que, si os hace esperar, os provoca más interés. Seguro que sacó el truco de internet.

A continuación, me dedica una sonrisa, como si le pareciese divertido. De pronto, ya no solo me siento incómoda, sino también idiota. Lo normal habría sido que creyesen que he venido con Noah. A no ser, por supuesto, que él todavía no les haya contado lo que pasó con Amanda.

Noah se apresura a aclarar las cosas.

—Ha venido conmigo. —Me señala con un brazo—. Abril, te presento a Carlota, mi madre, y a Dana. Ella es Abril.

En cuanto oyen mi nombre, algo cambia en sus expresiones. La madre de Noah abre los ojos como platos y yo resisto el impulso de dar un paso atrás.

—Espera un momento —pronuncia—. ¿Abril? ¿Esa Abril?

Me gustaría saber qué significa eso. Por mucho que intento romper mi silencio, no consigo hablar. Seguro que piensan que soy idiota, pero es que nunca había conocido a la familia de ninguno de mis novios, y Noah ni siquiera lo es.

Carlota intercambia una serie de miradas indescifrables con su mujer. Acto seguido, camina hasta nosotros y se inclina para besarme las mejillas.

—Encantada, esa Abril. Siento la confusión. —Sacudo la cabeza e intento parecer tranquila—. Noah nunca nos ha enseñado fotos tuyas. Es muy tímido para estas cosas. Si lo hubiera hecho, habríamos estado preparadas para este momento —añade y le lanza una mirada de reproche. Se dirige de nuevo a mí—. Por cierto, lo de Tom no iba en serio. Ahora mismo lo sacamos del coche. Seguro

que ya lo sabes, pero te adora. Bueno, en realidad, mis dos hijos te adoran. Tendrás que compartir tu secreto conmigo.

Me guiña un ojo y, aunque desconozco el motivo, de pronto me río. Siento un hormigueo en el estómago, pero no son nervios. Me vuelvo hacia Noah con el ceño fruncido. Él me toma de la mano. Cuando quiero darme cuenta, está tirando de mí en dirección a la salida.

—Nos vamos, mamá. Voy a sacarla de aquí antes de que la traumaticéis.

Aún no he terminado de asimilarlo cuando llegamos al salón. Entonces, Carlota aparece detrás de nosotros. Dana viene junto a ella. Nos siguen como si estuviésemos en medio de una persecución.

—No seas ridículo, cariño. Solo quiero que nos pongamos al día. —Nos adelantamos, pero su madre se dirige a mí—. Tengo un montón de álbumes guardados que seguro que te encantarán. ¿Te ha contado Noah que, una vez, cuando era pequeño…?

—Suficiente, mamá —la interrumpe él.

—¿Ni siquiera puedo decirle que…?

—No, no puedes.

Carlota suspira, rendida, y Dana se ríe.

—Está bien, pero invítala a cenar un día, al menos. Hace dieciocho años que te soporto. Creo que eso me da derecho a interrogar a la chica que te gusta.

Me encanta esta familia. Si me hubiera visto en esta situación hace unos días, antes de que nos besáramos la noche de su cumpleaños, me habría sentido muy incómoda. No obstante, ahora solo quiero echarme a reír. A mi lado, Noah suelta un gruñido.

—Quiero que sepas que voy a irme de casa —le dice.

Ambas sonríen. Saben que solo bromea.

—Adelante. Solo tardarías dos horas en echarnos de menos.

Caminamos hasta que salimos de la casa y Noah cierra la puerta a nuestras espaldas. Sin soltarnos la mano, descendemos las escaleras del porche rápidamente. No permite que aminoremos el paso hasta que estamos en la calle porque, según él, lo más probable es que Dana y su madre nos espíen a través de las ventanas.

Ahora mucho más tranquilo, Noah se vuelve hacia mí. Se me escapa una sonrisa.

—Olvida lo que acaba de pasar —me pide. Me suelta la mano para secarse el sudor en los pantalones—. Les encanta hacerme pasar vergüenza. A eso venía lo del interrogatorio. Dicen que mi hermano es un pesado, pero te aseguro que ellas son peores.

—No pasa nada. —Me sincero completamente cuando añado—: Me han caído muy bien. Además, no tengo nada que ocultar.

Paseamos. Noah me mira de reojo. No creo que hable en serio. En el fondo, por mucho que intente ocultarlo, él también piensa que son increíbles. Me acerco para pasarle las manos por la cintura, me pongo de puntillas y le beso la mejilla. Su actitud cambia y sonríe.

—¿A qué ha venido eso? —inquiere, subiendo las cejas.

—Acabas de completar otro punto de la lista.

Si mis cálculos no fallan, ya van catorce.

—Te prometo que no estaba planeado —replica. Suelto una risita.

—También es porque me gusta ser esa Abril. —Me muerdo el labio—. Aunque me gustaría saber qué es exactamente lo que les has contado de mí.

En realidad, no me parece necesario. Me basta con verlo sacudir la cabeza, avergonzado, para intuirlo. Vuelvo a reírme. Nunca lo había visto actuar de esta manera. Cuando me pasa un brazo por los hombros, me pego más a su cuerpo y me aferró a mi máscara de felicidad durante toda la tarde.

Lo que acaba de pasar no cambia nada. Hay algo que todavía me preocupa, pero no se lo puedo contar. Al menos, no todavía. No hasta que esté completamente segura de que lo comprenderá.

Capítulo 24
Mentiras

—Así que por fin te has enrollado con Carter.

Me sonrojo. Cuando cierro la taquilla, nerviosa, me encuentro con la mirada inquisitiva de mi mejor amigo. Tiene las cejas alzadas y espera una respuesta. Abro la boca, vuelvo a cerrarla y tomo aire antes de contestar.

—No nos hemos enrollado. Bueno, al menos, no como tú piensas. Aunque tampoco sé cuál es tu concepto de enrollarse… y no me interesa saberlo, tranquilo. Noah y yo solo nos hemos besado una vez. Eso no tiene nada que ver con enrollarse. No le des más vueltas al tema —sentencio y guardo los libros en la mochila. Intento parecer tranquila.

Además, Wesley me mira como si supiera que oculto algo y eso no me ayuda en absoluto.

—¿Estás segura? —me pregunta entonces.

Cierro la mochila y lo miro a los ojos.

—¿Segura de qué?

—¿Solo os habéis besado una vez? —continúa—. Porque eso no es lo que él me ha contado.

Nunca había visto a nadie reaccionar tan rápido. Me aferró con fuerza a la libreta de historia, que es la única que no he guardado, y lo golpeo con ella en el brazo. Por mucho que intenta esquivar mis ataques, no lo consigue.

—¡No puedo creerme que hayas hablado con Noah sobre esto! —chillo mientras abro el cuaderno para desdoblar las páginas que han sufrido desperfectos—. Se supone que eres mi mejor amigo. ¡No deberías intimar con el enemigo!

El traidor arruga la frente. Entonces, se ríe y se toquetea la zona donde le he golpeado.

—No soy yo quien intima con Noah, precisamente —replica. Me arrepiento de no haberle golpeado en la nariz.

—¿Por qué hablas con él sobre esas cosas, de todas maneras? —Me resigno a preguntar. Wesley se encoge de hombros y caminamos juntos en dirección a la cafetería. Me ha perseguido durante toda la mañana porque ha oído que esta semana los bocadillos están de oferta y quiere aprovecharse. Lo observo de reojo y me muerdo el labio—. ¿Ha mencionado algo acerca de… ya sabes, qué le pareció? Sé que los chicos os contáis esas cosas —añado, esperanzada. Si logro que me cuente algo, quizá no me importe que Noah lo use como confidente.

Él sube las cejas.

—¿Me pides que lo traicione?

—Para nada —respondo—. Solo quiero que me des ciertos… privilegios. Vamos, merezco que tu lealtad esté conmigo. Hace años que te aguanto.

—Más bien, yo diría que hace años que te deleitas con mi presencia.

—Sí, lo que tú digas. ¿Me lo vas a contar o qué?

—No traicionaré a un colega, Abril.

Pongo los ojos en blanco.

—Noah y tú no sois colegas. Oliver es su colega y, por si lo has olvidado, quiere aplastarte la cabeza.

—He ahí la razón por la que llevarme bien con Noah Carter es mi principal objetivo para lo que queda de curso —anuncia y esboza una sonrisa. Me da unos golpecitos en el brazo—. Lo siento, pero ser fiel a tu amorcito me salvará de acabar con la nariz metida en el váter. Si quieres saber si le gustó enrollarse contigo, tendrás que preguntárselo.

A continuación, me guiña un ojo y aprieta el paso para entrar en la cafetería. Su actitud me saca de mis casillas. Gruño y observo cómo lo engulle la multitud. En cuanto desaparece de mi vista, decido que no me apetece perseguir con él las ofertas de bocadillos.

No obstante, tampoco tengo otro sitio a donde ir. Me aferró a mi orgullo y pienso en alternativas. Miro por encima del gentío, en busca de alguien conocido. Desearía haberme encontrado con la

alegre sonrisa de Akira o la desquiciada mirada de Michelle, pero no son ellas quienes se cuelan en mi campo de visión.

He querido hablar con Jason desde ayer, cuando le escribí un mensaje para advertirle que teníamos una conversación pendiente. Sin embargo, me ha evitado desde entonces y es todo un experto en ponerme las cosas difíciles.

Anoche se encerró en su habitación en cuanto me oyó entrar en casa y esta mañana ha salido más temprano para evitar coincidir conmigo en el desayuno. Estos días solo ha cruzado tres palabras conmigo: «Déjame en paz», que, casualmente, también fueron la respuesta al mensaje.

Me encantaría ser egoísta y seguir con mi vida como si nada, pero no dejo de pensar en Matthew y sé que no dejaré de hacerlo hasta que haya hablado con Jason. Por eso, cuando veo que está solo al fondo del pasillo, de camino a las escaleras que conducen al gimnasio, me propongo no desperdiciar la oportunidad.

Echo a andar hacia él tan rápido como la multitud me permite.

No obstante, antes de que avance unos metros, una figura masculina se interpone en mi camino. De pronto, Noah está frente a mí. Maldigo en silencio. Si me distraigo mucho, Jason se alejará demasiado.

¿Por qué Noah es siempre tan inoportuno?

—Hola. Quería hablar contigo. Esta tarde terminaré antes de entrenar y he pensado que podríamos… —Su voz se apaga con cada palabra. Pronto, entiendo a qué se debe. Noah sigue mi mirada, que se pierde al fondo del pasillo—. ¿Va todo bien? Pareces distraída.

Me esfuerzo por sonreír. Mi hermanastro ha desaparecido por el hueco de las escaleras. Como no este en el gimnasio cuando llegue, me dará un ataque.

—La verdad es que tengo prisa. ¿Podemos hablar luego? —Ni siquiera espero a que responda. Quiero seguir caminando, pero cuando veo que su sonrisa desaparece, no me resisto a añadir—: Búscame después de comer, ¿vale?

Noah frunce el ceño. Olvido a Jason durante un segundo y me fijo en él. Advierto que lleva una camiseta blanca que usó la semana pasada. Me gusta cómo le queda, pero no se lo diré, aunque tampoco creo que haga falta.

—Hoy no tenemos clase juntos —me recuerda.

Aprieto los labios. Ojalá pudiera quedarme, pero necesito hablar con Jason.

Y debe ser sin que Noah lo sepa.

—Bueno, pues llámame esta tarde. ¡Adiós!

—Espera, espera —me toma del brazo—. Nunca contestas al teléfono.

—¿Sabes qué? Mejor abre la ventana de tu cuarto y grítame. Vivimos al lado. Te escucharé sin problema. —Él sonríe, aunque no parece muy convencido. Coloco una mano sobre la suya para que me suelte—. Noah, lo siento, pero tengo que irme. Nos vemos luego. Diles a Akira y Wesley que tengo que… hacer una cosa, ¿vale?

Asiente con lentitud. Sus dedos se cuelan dulcemente entre los míos y me apetece tan poco que nos separemos ahora que incluso considero hablar con Jason en otro momento. Pero es un tema importante y debo solucionarlo cuanto antes. Sobre todo, por quiénes están involucrados.

Noah esboza una sonrisa tímida.

—Está bien. Te gritaré esta tarde. Acuérdate de abrir la ventana. Si los vecinos se quejan, le diré a mi madre que ha sido idea tuya.

Me echo a reír. Ya no necesito armarme de valor para hacer ciertas cosas; me salen solas. Me pongo de puntillas y lo beso en la mejilla. Después, permito que mi mano abandone la suya y le dedico una sonrisa antes de irme. Corriendo. Con mochila. Porque, al parecer, se me ha olvidado lo patética que parezco cuando hago eso.

Solo espero que Noah no haya visto cómo me alejo.

Desciendo las escaleras a toda prisa y camino hasta que me encuentro frente a la puerta del gimnasio. Está abierta, cosa que me extraña porque, al entrar, no veo a nadie por allí. Maldigo para mis adentros. Justo cuando empiezo a lamentarme por haber perdido mi oportunidad, me fijo en que la luz de las duchas del vestuario masculino está encendida.

Como he mencionado en repetidas ocasiones, no suelo tomar buenas decisiones. Me acerco, sin pensarlo dos veces, y los ojos me lloran cuando entro en un cuarto lleno de vapor. Me los seco con la manga de la sudadera. Distingo una hilera de lavamanos a mi izquierda y un banco alargado a mi derecha. En una esquina, está la

mochila negra de Jason.

De pronto, la ducha chirría cuando alguien cierra el grifo. Me giro antes de que la cortina se abra y vea a mi hermanastro tal y como vino al mundo.

Un segundo después, un chillido retumba entre las paredes del vestuario.

—¡¿Qué coño haces tú aquí?!

Aprieto los labios.

—¿Estás visible? —pregunto.

—Claro que estoy visible —dice, como si fuera una pregunta absurda—. Solo estaba cerrando la ducha. Un imbécil se la ha dejado abierta.

—Menos mal. —Suspiro mientras me vuelvo hacia él. Por suerte, decía la verdad: viste unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca y su característica chupa de cuero sintético—. Creía que estabas en la ducha. Es un alivio, porque verte desnudo me habría traumatizado de por vida.

—¿Qué haces aquí, Abril? —cuestiona, sin mirarme—. Las chicas tenéis vuestros propios vestuarios. No podéis entrar aquí. Entiendo que estés desesperada, pero espiar a los tíos no es la solución, hermanita. Pareces una pervertida.

Pongo los ojos en blanco. Ahí está esa actitud que tan poco soporto.

—Necesito hablar contigo. —Ignoro sus ataques y voy directa al grano—. Sobre Noah.

Jason se tensa al oír su nombre. Aun así, cuando se vuelve hacia mí, con la mochila en el hombro, su expresión ha vuelto a la normalidad. No demuestra ninguna emoción. Se limita a encogerse de hombros mientras pasa junto a mí.

—Una lástima. Tendrá que ser otro día. Tengo cosas que hacer.

Aprieto los puños.

—Es muy urgente.

—Me da igual.

—Jason…

A pesar de mi insistencia, no se detiene. Me exaspero. La única oportunidad que me queda de averiguar la verdad se me escurre entre los dedos y utilizo mi último recurso. No me importa ser brusca.

—Sé que no fuiste tú quien estuvo con Amanda en la habitación de Noah.

Los vestuarios se sumen en un agobiante silencio. Jason se ha detenido frente a la puerta y aprieta los puños con tanta fuerza que debe de estar haciéndose daño. Con el corazón a mil por hora, espero a que responda. Pero no me da explicaciones. Solo se limita a sacudir la cabeza.

—Eso ya da igual.

Dicho esto, se apresura a abandonar la habitación. No ha desmentido mis palabras y corro tras él. Me interpongo en su camino y nos quedamos parados en medio del gimnasio.

—¿Cómo puedes decir que te da igual? —demando mientras le golpeo el pecho con ambas manos—. ¡Llevas meses mintiéndonos a todos! Noah no quiere saber nada de ti, Jason. ¿De verdad te da igual?

Eso le ha dolido. Traga saliva, cierra los ojos y los abre de nuevo, pero no levanta la mirada del suelo.

—Métete en tus asuntos, Abril. —Es lo único que dice.

—¿Por qué lo hiciste? Tuvo que haber una razón. ¿Estás encubriendo a alguien?

—¿Por qué te importa tanto? —protesta, y sus ojos oscuros por fin coinciden con los míos. En ellos, veo que está más angustiado de lo que parece. Se me seca la boca.

—Porque no es justo.

—¿No es justo lo que hice?

—No es justo que finjas. Tampoco es justo que Noah lo pase mal y que crea que tiene que estar enfadado contigo, en vez de…

No termino la frase. Se me corta la voz porque sé que, si lo digo en voz alta, si asumo aquello que hace días que sospecho, ya no habrá vuelta atrás. Habré encontrado al verdadero culpable. Antes de contárselo a Jason, me gustaría hablar con alguien en quien confíe de verdad, pero estoy sola en esto. Akira y Wesley no lo entenderían.

Y todavía no puedo decírselo a Noah.

—Dilo —me pide entonces.

—No lo sé. No sé quién fue.

—Si estás aquí, es porque lo sabes. Dilo.

Tomo aire, pero intento retrasarlo todo lo posible.

—¿Por qué has mentido, Jason?

Él traga saliva.

—Tú primero.

—Matthew. Sé que encubres a Matthew.

En realidad, lo sé desde el principio, pero no lo acepté hasta ayer, cuando nos quedamos a solas en la habitación de Noah y le vi la espalda. Entonces, más que acordarme de la fatídica —y vomitiva — época que pasamos juntos, me transporté al día en que, a través de mi ventana, le vi besando a Amanda. Su nombre lleva en mi cabeza desde entonces.

Últimamente solo pienso en lo egoísta, enrevesado y manipulador que es. Antes creía que la tenía tomada conmigo, pero temo que me equivocaba.

Estoy convencida de que, como le aseguré a Noah en su día, Matthew no está enamorado de mí. No quiere que volvamos a estar juntos —lo que es un alivio, la verdad—, pero está acostumbrado a ser siempre la estrella. A ser el mejor. Alguien insuperable. Admirable.

Puede que ahí esté el problema. No soporta dejarse ganar por nadie. Si ve que Noah tiene algo que él no, siente tanta envidia que lucha hasta que se lo arrebata. Eso pasó con Amanda y, después de lo ocurrido ayer, sospecho que intentará que yo sea la siguiente. Me pregunto qué somos para él. ¿Un reto? ¿Un par de trofeos?

Me enfado solo de pensarlo. Por desgracia, enseguida descubro que las cosas no son tan sencillas como creía.

De pronto, Jason rompe el silencio.

—Soy gay.

Es tan directo que me abruma. Pestañeo y doy unos pasos hacia atrás. ¿A qué demonios ha venido eso?

—¿Qué?

—Por eso asumí la culpa. Porque soy gay —añade, con los labios fruncidos. Aunque abro la boca, no digo nada. Jason suspira—. Matthew lo descubrió hace meses. Tuvimos la mala suerte de coincidir una noche. Me vio con un chico y, aunque al principio me aseguró que no debía preocuparme, todo cambió cuando descubrí que él quedaba a escondidas con Amanda. Entonces, me amenazó con que, si se lo contaba a alguien, se encargaría de que todo el mundo se enterase de lo mío. Incluida mi madre. No podía dejar

que ella lo descubriese.

—¿Por qué no? Quiero decir… —Sin embargo, me callo al notar que me mira. Ha subido las cejas, como si mi pregunta le hubiera tomado por sorpresa.

—¿Estás de broma? —replica, incrédulo—. ¿No conoces a la familia de Noah? ¿Te ha presentado a la novia de su madre? ¿Por qué crees que la mía piensa que los Carter son insoportables?

Me quedo de piedra. Que alguien me diga que no es cierto.

—Oh, mierda.

—Sí, mierda. —Por primera vez, parece que estamos de acuerdo en algo. Jason se lleva las manos a la cara, angustiado—. Ahí está el problema: todo es una mierda.

Me quedo en silencio. Él cruza los vestuarios y se sienta sobre el banco de antes. Como el vapor se ha disipado, veo que tiene los ojos llorosos. Se me rompe el corazón. Nunca creí que pudiera sentirme así por Jason y, al pensar en todo lo que ha tenido que sufrir estos meses, también me entran ganas de llorar.

Debería de haberme dado cuenta antes. Desde que nos conocemos, Rose me lo ha puesto en bandeja. Ahora todo cobra sentido. Por el amor de Dios, si hasta me dijo que, en su opinión, el ambiente en el que se había criado Noah no era normal. ¿Cómo he tardado tanto en notarlo?

¿Con qué clase de persona se ha comprometido mi padre?

—¿Por qué no hablaste con Noah? —Me siento tan mal que me cuesta encontrar la manera de romper el silencio. Jason levanta la cabeza—. Lo conoces. Sabes que él nunca…

—Noah no es el problema. Podría habérselo dicho, pero y luego, ¿qué? ¿Crees que habría soportado fingir que me odiaba? ¿Qué habría hablado con Matthew como si no hubiera pasado nada? No, claro que no. Les habría echado las cosas en cara y, después, él se lo habría contado todo a mi madre. Hice lo que tuve que hacer para… —Traga saliva—. Para que las cosas siguiesen como antes.

Nunca pensé que diría esto, pero quiero darle un abrazo. Está agotado mentalmente y lo entiendo. Tras esto, la visión que tenía de Jason ha dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora, cuando le miro, ya no veo a un payaso malcriado que se cree el rey del mundo, sino a un niño asustado, que no sabe cómo actuar y que ha tenido que pasar por cosas horribles.

No sé qué habría hecho si hubiese estado en su lugar.

Pero sé qué debo hacer ahora.

—¿Qué pretendes, entonces? —le pregunto—. ¿Fingir para siempre?

Jason aprieta los labios. Luego, asiente.

—Sí. —Acto seguido, añade—: Sé que Noah me odia, pero puedo soportarlo.

—Noah no te odiaría, aunque quisiera. Te echa de menos y sé que tú también a él. Esta situación os hace daño a los dos. Por eso se lo vas a contar todo. Nos ayudará a buscar una solución.

En cuanto me oye, casi tiembla. Se levanta y camina nerviosamente por la habitación. El color blanco de las paredes del vestuario contrasta con el negro de su vestimenta.

—No puedo hacer eso. —Prácticamente me suplica que entre en razón—. Si no me odia ya, lo hará cuando descubra que le he mentido. He sido muy egoísta.

Es cierto, pero Noah no se lo recriminará. Confío tanto en él que, aunque yo también tengo un poco de miedo, no me permito dudar. De mí depende que Jason haga lo correcto. Ahora que está perdido, se dejará guiar por cualquiera que le demuestre que sabe lo que hace. No me queda más remedio que convertirme en esa persona.

—Conoces a Noah tan bien como yo. Lo entenderá —le aseguro, pese a que temo que mis expectativas sean demasiado altas—. Confía en mí.

Espero que replique, pero asiente con la cabeza. Me muerdo el labio. Jason todavía no lo sabe, pero mis ideas siempre son un desastre. Si esto sale mal, nos arrastraré a ambos a una situación por la que preferiría no tener que pasar. Sin embargo, tengo fe en mí misma y creo que sé cómo reparar su amistad.

Solo espero no estar equivocada.

Capítulo 25
Exmejores amigos

Reviso el móvil por sexta vez consecutiva. Noah debería de haber llegado hace diez minutos y me estoy impacientando. No estoy obsesionada con la puntualidad, ni mucho menos; en realidad, se me da bastante bien llegar tarde a los sitios. Sin embargo, los nervios se intensifican en mi estómago con cada segundo que pasa y solo pienso en todo lo que podría salir mal.

Mis ideas suelen ser terribles, sobre todo cuando las planeo con tan poca antelación. Aun así, no me queda otra opción. No puedo dejarlo pasar y permitir que las cosas sigan como hasta ahora porque no sería justo. Guardar silencio es de cobardes. Así que he decidido sumergirme de lleno en lo que podría ser el desencadenante de la próxima guerra mundial.

En fin, algo común en mi día a día, supongo.

«Noah Carter, ¿dónde diablos estás?».

Empiezo a escribir un mensaje para avisarle de lo peligrosa que puedo llegar a ser, enfadada y armada con un tenedor, cuando aparece al fondo de la calle.

Entonces, el corazón se me acelera. Espero que no me odie después de esto. Noah trota hasta mí con una sonrisa en el rostro. Lleva el mismo jersey oscuro de esta mañana y un abrigo con capucha que le cubre la cabeza. Me río, nerviosa, mientras me inclino para quitársela.

Así está mucho mejor.

Él arquea las cejas.

—¿No te gusta cómo me queda? —me pregunta.

—No.

Miento. En realidad, solo pretendo molestarle. La ropa que lleve me da igual porque, en mi opinión, todo le sienta bien.

Como imaginaba, se hace el ofendido.

—Imposible. Los gorros me favorecen mucho —replica—. Dana cree que es porque mi cabeza es perfecta.

Me río.

—Eso es una estupidez.

—Para nada.

—Los gorros te quedan fatal —sentencio, aunque con ellos me parece adorable.

—No me importa. Los llevaré, aunque no te gusten.

—Ya, ya lo sé.

Pongo los ojos en blanco y Noah sonríe más. Se acerca y entrelaza nuestros dedos. Me pregunto si será tan cariñoso conmigo cuando descubra a quién he invitado a nuestra cita.

—Bueno, ¿qué has planeado para esta tarde?

Trato de disimular los nervios tanto como puedo. Me encojo de hombros y señalo la cafetería frente a la que hace un rato que lo espero. Noah frunce el ceño. Ni siquiera hemos llegado a la parte mala y ya parece disgustado.

—¿Por qué siempre me traes a cuchitriles?

—Me gustan. —Noah arquea las cejas, así que añado—: Y son locales, no cuchitriles. Locales.

Durante un segundo, temo que me pida que vayamos a otro sitio, pues eso echaría todo mi plan por tierra. Por suerte, me equivoco.

—Mira el lado bueno, al menos variamos —me dice, sin borrar la sonrisa, y tira de mí para que entremos en el edificio—. Si te hace ilusión, podemos visitar todos los cuchi… locales de la ciudad. Así, podremos calificarlos de «más peor» a «menos peor». Seremos como los críticos de los lugares cutres. Solo espero que en ninguno sirvan café caducado. —Se para en seco, a unos pasos de la entrada, y me mira—. Por cierto, ¿el café caduca?

No entiendo por qué, pero siempre me hace reír. Pongo los ojos en blanco y, tras haberme librado de su agarre, le coloco las manos en la espalda para que avance.

—Vamos, muévete. —Y entramos juntos en la cafetería.

Desde que conozco a Jason, solo hemos estado de acuerdo en un

par de ocasiones. Una de ellas fue anoche, después de contarle mi plan, cuando ambos coincidimos en que era una locura y en que, seguramente, saldría mal, aunque esto último solo él lo expresó en voz alta.

Sin embargo, cuando Noah lo ve sentado en una de las mesas más periféricas, comprendo que ha sido una mala idea.

Porque, quizá, si hubiese admitido que yo tampoco creía que fuera a salir bien, habríamos pensado en una alternativa y el caos no habría estallado.

Pero no lo hice, y al final estalla.

—¿Qué diablos hace él aquí?

Noah se gira e inspecciona mi rostro en busca de algo que demuestre que estoy tan perpleja como él. No obstante, lo que encuentra en su lugar es una mirada cargada de culpabilidad. Abro la boca, aunque todavía no tengo muy claro qué decir.

A unos metros de nosotros, Jason levanta la cabeza porque nos ha oído llegar. Si tiene intenciones de levantarse, estas desaparecen cuando le lanzo una mirada que grita «ni se te ocurra».

—Vale, Noah, escúchame. Creo que…

—¿Tú lo sabías? —me interrumpe.

—Sí, claro. Le he pedido que viniera, solo porque…

—¿Que has hecho qué?

Eso me pone alerta. No solo está alterado, también noto cierta decepción en su forma de hablar. Las cosas van a ponerse feas. No respondo.

Y él dice:

—Me voy.

Mierda. Antes de que se mueva, me coloco frente a la puerta para bloquearle el paso. Noah gruñe e intenta esquivarme, pero no encuentra escapatoria.

—Abril, he dicho que me voy.

—Y yo te he pedido que me escuches.

—No quiero saber nada de él.

Aprieto los puños.

—El día de tu cumpleaños no me dijiste eso.

—¿Se lo has contado?

—No —contesto rápidamente, antes de que saque conclusiones precipitadas. Sobre todo, intento mantener la calma—. Pero sé muy

bien lo que hago y, si he decidido traeros aquí, es por una buena razón. No voy a pedirte que lo perdones. Eso es decisión tuya. Solo quiero que lo escuches. —Lo miro a los ojos—. Confía en mí, por favor.

Pese al ruido que hay a nuestro alrededor, mis oídos solo captan el silencio que se ha instaurado entre nosotros. Noah no responde. Al menos, no enseguida. Me observa durante unos largos segundos y se me revuelve el estómago porque, por primera vez desde que nos conocemos, temo que no quiera dialogar y se vaya sin haber escuchado a Jason.

En silencio, suplico porque tome la decisión correcta. Sé que no puedo obligarlo a quedarse y que planear esto a sus espaldas ha sido un poco excesivo. Me he dejado llevar por las altas expectativas que he creado en torno a su persona: las de alguien comprensivo, que aprende antes de juzgar y cree en las segundas oportunidades y en que perdonar es de sabios; pero puede que me haya equivocado esta vez.

Supongo que todos tenemos un límite.

No estoy preparada para encontrar el suyo.

Noah va a responder. Me aparto de la puerta para dejarle marchar, cuando dice:

—Le doy diez minutos. Confío en ti.

Siento tanto alivio que, sin querer, salto de alegría. Esbozo una sonrisa enorme mientras lucho contra todos los impulsos. Quiero abrazarlo, darle las gracias y comérmelo a besos, pero decido actuar como una persona decente. Tengo que guardar la compostura.

Al menos, por ahora.

—Es suficiente —respondo.

Lo hace por mí, porque me he ganado su confianza, y eso hace que me sienta como en una nube. Le indico que me siga con un gesto y, aunque duda, obedece.

Cruzamos la cafetería y nos detenemos frente a la mesa de Jason, que está junto a una gran cristalera. Después, la tensión se vuelve tan insoportable que siento la necesidad de salir corriendo. Su mirada se posa directamente sobre Noah, que también lo observa en silencio. Nadie se atreve a decir nada. Ni siquiera yo.

Estoy muerta de miedo.

Pero no puedo echarme atrás. Carraspeo.

—¿Y bien? —inquiero, con cierto tembleque en la voz.

Mi hermanastro reacciona de repente, se reclina en el asiento y señala el banco de delante para que nos acomodemos. Dudo un poco. Llegados a este punto, mi plan era irme para que hablasen a solas. Supuse que querrían privacidad. No obstante, algo me dice que, sin mí, Jason no aguantará mucho sin derrumbarse. Por eso, cuando Noah me indica que tome asiento primero, permito que el alivio me invada.

Se acomoda junto a mí. Se retuerce las manos por debajo de la mesa. Por mucho que intente ocultarlo, lo conozco y sé que está nervioso. Aprovecho que nadie nos ve y coloco los dedos sobre los suyos para tranquilizarlo, pero no me corresponde el gesto.

Pasados unos segundos, se desliza por el banco hasta que nuestras manos dejan de tocarse. Fantástico.

Su rechazo afecta directamente a mi confianza. Me duele, pero lo oculto y me giro hacia Jason como si no hubiese pasado nada. Cuando nuestras miradas conectan, asiento con la cabeza. Él se aclara la garganta.

—Esto… Gracias —le dice a Noah, que lleva en silencio desde que hemos llegado—. Gracias por no irte. Sé que…

—No hago esto por ti —lo interrumpe. Me lanza una mirada antes de sacarse el móvil del bolsillo. Nos enseña la hora. Son las 20:24—. Tienes ocho minutos.

—Noah —protesto. Su actitud está fuera de lugar.

—Siete minutos y cincuenta y ocho segundos —añade—. Yo que tú me daría prisa. El tiempo corre.

—No le hagas caso. Tienes todo el tiempo que necesites —le aseguro a Jason, que asiente con nerviosismo. No me extrañaría que quisiera echarse atrás. Noah actúa como un niño. Me vuelvo hacia 61—: Y tú, compórtate. Estáis aquí para hablar y arreglar las cosas.

—No tenemos nada que arreglar.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. De todas formas, ¿desde cuándo estás de su parte? Se supone que soy yo quien debería poder contar contigo —me reprocha—. ¿Qué he hecho para que cambies de opinión?

Trago saliva. La decepción oscurece su mirada, que no se aparta de la mía. Me gustaría explicárselo todo, pero no quiero que esa responsabilidad recaiga sobre mí.

Así que me limito a sacudir la cabeza.

—No he cambiado de opinión. Todavía estoy de tu parte.

«Siempre estoy de tu parte», pienso, pero no lo digo en voz alta.

Noah se recuesta en el asiento.

—Tienes una curiosa forma de demostrarlo.

—¿Disculpa?

—Olvídalo.

—Noah…

—Me gustan los chicos —interviene Jason, y ambos nos callamos.

Como siempre, se ha pronunciado en el momento más oportuno. Aprieto los labios y me giro hacia él. Golpea la mesa con los dedos nerviosamente. Aunque busco su mirada, Jason solo está pendiente de la reacción de una persona, y no soy yo.

Por suerte, esta tarda poco en llegar.

Noah resopla con impaciencia.

—Muy bien, pero eso no justifica nada de lo que hiciste —dice. La rabia se hace presente en su voz—. Te enrollaste con mi novia en mi puñetera habitación. ¿Sabes lo mal que sienta eso? Podríais haberos ido a cualquier otro sitio. O tú podrías haber escogido a otra persona, ya que…

—¿Lo sabías? —Le corta Jason, que se ha quedado paralizado.

Noah pone los ojos en blanco.

—¿A qué te refieres, exactamente? ¿A que tenías una obsesión con mi ex? Porque, mira tú por donde, no tenía ni idea de eso.

Lucho por mantener la paciencia. Molesto, Jason espira por la nariz antes de dirigirse a mí. Se aguanta las ganas de saltar al cuello de su exmejor amigo.

—Tu novio se comporta como un auténtico gilipollas —dice, como si yo no lo supiera. Me aclaro la garganta.

—No es mi novio.

—Tampoco soy gilipollas —replica Noah.

A continuación, tras comprobar la hora en el teléfono, pone las manos sobre la mesa y se levanta. Está cansado de todo esto. Evito mirarlo a toda costa porque no quiero saber si le han afectado mis palabras. He sido bastante brusca, pero me ha molestado que se haya apartado antes.

—Se ha acabado el tiempo —anuncia—. Me voy de aquí.

Cuando me giro hacia él, camina hacia la puerta del local. Espero a que Jason reaccione: que grite o le suplique que se quede, pero no hace nada. Se limita a actuar como si nada le importase y, entonces, presencio cómo mi plan se hace pedazos. He empeorado las cosas en lugar de arreglarlas.

Mientras tanto, Noah ha llegado a la puerta de la cafetería. Maldigo entre dientes, pues ambos son igual de inmaduros, y echo a correr tras él. Lo detengo antes de que abandone el edificio y, cuando nos quedamos cara a cara, percibo en su mirada que cree que lo he traicionado. Cierro los ojos para huir de ello. No lo entiende.

No le rogaré que se quede. Mucho menos, lo obligaré a hacerlo. Pero sé perfectamente qué es lo que tengo que decir.

—Si te vas, se habrá acabado. No tendrás más oportunidades para arreglar las cosas con él. Si de verdad es lo que quieres, vete.

Desvía la mirada y comprendo que he hecho suficiente. No menciono nada sobre que creo que es un mentiroso, porque me ha asegurado que confía en mí, pero no lo demuestra. Aunque deseo echárselo en cara, me limito a regresar a la mesa, con el corazón acelerado. Me acomodo de espaldas a la puerta.

Cierro los ojos, rezo en voz baja y espero.

Poco después, escucho que alguien sale del local.

«Si te vas, se habrá acabado».

Me duele el pecho. Supongo que, al final, sí se ha acabado.

Respiro e intento contener las ganas de llorar. Jason sigue sentado al otro lado de la mesa. Me toca dar la cara. Le debo una disculpa. Le prometí que todo saldría bien, que mi plan funcionaría, y solo he conseguido empeorar la situación. Noah se ha marchado más enfadado que antes, si cabe.

Algo me dice que tardará en hablarme después de esto.

Estoy preparada para decirle que lo siento, cuando rompe el silencio de nuevo.

—Cody Jones. Deportista. Está en el equipo de natación local y te gusta desde que empezaron las clases. Incluso pensaste en hacer las pruebas de admisión para entrenar con él. —Noah aparece de la nada, se sienta a mi lado y se inclina sobre la mesa para dirigirse exclusivamente a Jason—. Vamos, Jase. Te conozco desde que eras un crío. ¿Cómo no iba a darme cuenta? Pero si ni siquiera sabes

nadar.

Nadie dice nada porque su regreso nos ha tomado por sorpresa. Jason carraspea, incómodo, mientras observa a Noah a la espera de que añada algo más. Un «deberías habérmelo contado» o quizá un seco «esto no cambia las cosas». Pero, en su lugar, se relaja.

Entonces, presencio algo que creía imposible: mi hermanastro sonríe aliviado.

—¿Eso significa que no estás enfadado conmigo?

Noah titubea. Cuando mira en mi dirección, actúo como si no le prestase atención, aunque quiero darle un abrazo. Como siempre, ha hecho lo que cree que es correcto.

Me estoy acostumbrando a que nunca me decepcione y eso es peligroso.

—Jason, no me importa si te gustan los chicos o las chicas —aclara. Parece molesto, pero, al menos, ya no se comporta como un niño—. Lo que me molesta es que fuiste a mi casa mientras ensayaba y te liaste con Amanda en…

—No fui yo.

Noah frunce el ceño.

—¿Qué?

Antes de continuar, Jason me lanza una mirada y asiento.

Sus palabras nos golpean, potentes.

—No fui yo. Fue Matthew. Él fue quien estuvo con Amanda.

—No es verdad —rebate Noah de inmediato—. Mi primo no… Él jamás…

No termina la frase porque que eso sería engañarse a sí mismo. Porque Matthew es perfectamente capaz de hacer algo así.

Noah apoya los codos sobre la mesa y se tapa la cara con las manos. Está más nervioso que antes. Sus ojos buscan los míos, por instinto, y me olvido de lo que me ha dicho antes.

—Hace mucho que salgo con Cody —prosigue Jason, que se aclara la garganta—. Al principio, no era nada serio, solo quedábamos de vez en cuando. Una noche estábamos en…, bueno, eso no importa. El caso es que Matthew nos vio. Me llamó esa noche para decirme que había descubierto mi secreto y que no debía preocuparme, porque no iba a contárselo a nadie.

»No confiaba en él. Nunca lo he hecho. Por eso fui a tu casa al día siguiente, después del instituto. Quería decírtelo antes de que lo

hiciera él. Olvidé que estabas en la academia. Tu madre me dejó pasar, fui a tu habitación y los vi. —Jason prefiere no mirar a Noah, como si temiese su reacción—. Me puse tan nervioso que salí corriendo de allí. Pensaba llamarte para contártelo, pero Matthew vino detrás de mí. Me dijo que, si te enterabas, fuera como fuera, todo el mundo sabría que salía con Cody. Incluida mi madre —recalca—. Mi madre sería la primera en saberlo.

»Amanda no habló conmigo hasta unos días después, cuando me la encontré en una cafetería a la que voy de vez en cuando. Fue entonces cuando nos viste juntos. Ella también quería asegurarse de que no decía nada. Le dije que me dejara en paz y, entonces, llegaste tú. Alguien te lo había contado todo. Sabía que, si Matthew se enteraba, yo sería su primer sospechoso y todo se arruinaría. Así que te mentí —concluye muy pendiente de Noah, que se mantiene en silencio—. Te mentí. Te hice daño para protegerme. Te dije que estaba con Amanda porque sabía que te lo creerías. Lo hice, aunque sabía que me odiarías. Te mentí. Lo siento mucho.

Noah no contesta. Jason nos mira a ambos a la espera de una reacción y, como nos quedamos en silencio, se agobia.

Como esta mañana, cuando lo he acorralado en el gimnasio, se le enrojecen sus ojos. Toma aire por la nariz, pero es inútil y se le rompe la voz.

—Sé que piensas que soy una mala persona —añade. Saca a la luz su lado más vulnerable—, pero te prometo que estaba desesperado. No sabía qué hacer. Si mi madre se enterase… tú sabes cómo es, sabes lo que piensa de la gente… de la gente como yo, y no podía dejar que…

—No creo que seas una mala persona —lo interrumpe Noah.

De repente, todos mis músculos se relajan. Jason también parece aliviado.

—¿De verdad? —Duda.

—Deberías habérmelo contado. Habríamos encontrado una solución. Llevas meses fastidiándola, pero eso no te convierte en una mala persona. —Entonces, Noah se echa hacia atrás y añade—: Matthew sí lo es. Y, si estoy enfadado contigo, es porque no me lo dijiste en su momento.

—Lo siento —repite Jason y su amigo asiente con la cabeza. Entonces, se muerde el labio—. ¿Se lo contarás? A Matthew, me

refiero.

—Esa decisión es tuya. Sobre todo, al saber cuáles serán las consecuencias.

—Se lo diré esta noche —nos asegura—. Cuando mi madre vuelva del trabajo, hablaré con ella. No me merezco llevarlo en secreto. Ya me ha causado bastantes problemas. Estoy cansado de fingir.

Noah asiente y muestra una media sonrisa.

—Puedo ir contigo, si quieres.

Jason levanta una ceja.

—¿Para que piense que estamos juntos? No, gracias, ya sabes cómo es.

—Lo dices como si fuera malo. —Noah sonríe—. Vamos, ambos sabemos que Rose se sentiría halagada si salieses conmigo. Soy el chico más guapo que conocéis. Admítelo.

Mi hermanastro pone los ojos en blanco, pero sonríe. Agacha la cabeza con timidez.

—Después de Cody —susurra.

Noah asiente.

—Está bien. Después de Cody.

—Y de Frank, Alex, Sam, Masón, Mike, Devon…

—Vale, lo he entendido. No soy tu tipo.

Se miran y se echan a reír. Mi corazón se llena de ternura. Toda la hostilidad con la que se han tratado estos últimos meses ha desaparecido y ahora se comportan como lo que realmente son: mejores amigos.

Cuando sus carcajadas cesan, Jason se muerde el labio.

—Así que, ¿está todo arreglado?

—Vamos poco a poco —responde Noah, aunque después agrega —: Por desgracia, no he encontrado a nadie que ocupe tu puesto de mejor amigo, así que…

Mi hermanastro esboza una gran sonrisa.

—Gracias.

—A ti. Por habérmelo contado.

Entonces, yo también sonrío porque me recuerdan mucho a Wesley a mí. Creo que esa es la razón por la que me he involucrado tanto en este asunto. En el fondo, nos veo reflejados en ellos. Yo no habría soportado perder a mi mejor amigo.

Por lo rápido que Noah se levanta cuando Jason le pide un abrazo, sé que él tampoco.

Con eso, ambos se demuestran que sus problemas ya están solucionados. Aparto la mirada para darles privacidad. Reconozco que me siento un poco incómoda. Distraídamente, escucho que Noah se burla de su amigo porque cree que se ha convertido en un «chico cursi». Todavía se ríe cuando se separan.

Entonces, noto que Jason me observa. Cuando le devuelvo la mirada, me sonríe y susurra un «gracias» que me deja perpleja.

Nunca creí que lo escucharía decir algo tan civilizado.

—Voy a pagar la cuenta —anuncia—. Me he tomado un café antes de que llegaseis. Ahora mismo vuelvo.

Acto seguido, se marcha y me quedo a solas con Noah en la mesa. Por mucho ruido que haya a nuestro alrededor, el silencio entre nosotros me parece agobiante. Me aclaro la garganta y me levanto. Noah deja de observar a su amigo, que hace cola frente a la caja, para mirarme.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Aprieto los labios y me cruzo de brazos. Solo espero que no me reproche nada más.

—Me lo ha contado esta mañana —respondo—. Podría haber ido a buscarte, pero creí que debía ser él quien te lo contase. El problema es vuestro, no mío.

Asiente.

—Hiciste lo correcto.

—Sienta bien tomar buenas decisiones de vez en cuando.

Al escucharme, esboza una sonrisa tímida, que no tarda en desaparecer. Apoyo la cadera en el banco, incómoda. Espero que Jason no tarde mucho en volver.

—Lo siento —dice, de repente—. Siento no haberte escuchado desde el principio. Tratabas de ayudarme y solo te he complicado las cosas. Me he comportado como un imbécil. Tendría que haberte demostrado que confío en ti, porque lo hago, de verdad. Sabías lo que hacías.

Le miro de reojo. Es evidente que yo también le debo una disculpa. No debería haber citado a Jason sin consultarle. En realidad, el plan era un desastre. Si hubiera salido mal, habríamos discutido. Es una suerte que, al final, haya merecido la pena correr

el riesgo.

—Bueno, un poco imbécil sí que has sido.

Él pone los ojos en blanco, aunque no deja de reír.

—Está bien. Después de decirme eso, exijo que seas tú quien me pida perdón a mí.

—Lo siento mucho.

—Lo sé. Yo también —contesta—. De verdad.

Aprovecho su cercanía y le paso las manos por la cintura. Noah me rodea los hombros con el brazo. Apoya la barbilla sobre mi cabeza y, un poco después, suspira. Sus carcajadas se han consumido hace rato. Ahora mira a Jason de nuevo.

No quiero estropear el momento, así que guardo silencio. No obstante, parece preocupado. En cuanto Jason hable con su madre, Noah tendrá que enfrentarse a Matthew. Ambos sabemos que no está preparado para hacerlo. Al menos, todavía no.

Aunque me gustaría, sé que no puedo evitar que piense en ello. Sin embargo, sí que puedo distraerlo unos minutos. Me separo un poco y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla. Acierto justo sobre el hoyuelo que aparece siempre que sonríe.

Voy a romper el silencio, cuando alguien sufre arcadas a nuestras espaldas.

Jason pasa junto a nosotros, sin quitarnos los ojos de encima, y hace la mueca de asco más realista que he visto nunca. Lleva una magdalena en la mano, pero algo me dice que ya no tiene hambre. Actúa como si estuviera a punto de vomitar.

—Desde luego, Carter, tu gusto en cuanto a las chicas empeora con los años. Por lo menos la otra era guapa.

Luego, abandona el local. Su comentario me molesta, pero también me parece gracioso. Me echo a reír e ignoro lo mal que me podría haber sentado. Noah gruñe y, sin separarse de mí, dice:

—No le hagas caso. Es un capullo.

Pongo los ojos en blanco. No me digas.

—Me robó una pata de la cama porque quería echarme de su casa —le recuerdo mientras caminamos hacia la salida—. Estoy acostumbrada, créeme.

Noah ríe. Tras dedicarme una sonrisa, entrelaza nuestras manos y corre hasta que alcanzamos a Jason, que va muy por delante de nosotros. Entonces, comprendo que está mucho más contento que

esta mañana, que ayer y que la semana pasada. Y eso me gusta.

Me gusta saber que lo he hecho feliz.

Capítulo 26
Música, maestro

Ya ha anochecido cuando llegamos a nuestro barrio. Son casi las nueve, estamos a mediados de enero y las farolas iluminan la calle que nos conduce hasta casa. Estoy preparada para despedirme de Noah, que me ha hablado sobre sus asignaturas favoritas durante todo el camino, cuando Jason se acerca para pedirme, por primera vez desde que nos conocemos, un favor.

Todavía quiere hablar con su madre esta noche.

Y cree que debe hacerlo solo.

Como no podía ser de otra manera, acepto. Me da las gracias antes de marcharse y, entonces, pienso en ir a buscar a mi padre al trabajo, pero Noah se queja porque no quiere dejarme sola y nos vamos a su casa.

Así es como he acabado sentada en el sofá de la sala de estar. Me muerdo las uñas mientras observo la pantalla del teléfono. Toco una fotografía que tarda unos segundos en abrirse. Entonces, la imagen de Noah se ilumina frente a mis ojos. Se ríe y levanta los pulgares. Se nota que es antigua, porque tenía el pelo mucho más corto que ahora.

Esbozo una sonrisa. Por desgracia, mi ánimo decae enseguida. Incluí esta fotografía en el primer artículo que redacté para el periódico. Escribí uno durante las vacaciones que se publicó hace poco, pero no he vuelto a encontrar inspiración desde entonces.

Resoplo, rendida, me echo hacia atrás en el sofá.

De pronto, Noah sale tarareando de la cocina. Como el tresillo está situado en medio de la habitación, se coloca detrás de mí sin problemas. Apoya un codo a mi lado y coloca la barbilla sobre mi

cabeza. Luego, escucho que se ríe y, aunque no lo veo, imagino que es porque ha visto la pantalla del teléfono.

—¿Admirando mi belleza? —inquiere, burlón. A veces, es realmente predecible—. Si te soy sincero, creo que te tomas eso de ser mi admiradora secreta demasiado en serio. Es un poco turbio que tengas tantas fotos mías, ¿sabes?

Pongo los ojos en blanco. Lo irónico es que me las envió él. Aun así, reconozco que, en el fondo, me gusta que actúe como si tuviese el ego por las nubes. Me hace reír muchísimo. Además, ambos sabemos que solo es una actuación, y que, en realidad, no es así.

—Intentaba escribir —le explico e ignoro el comentario.

—¿Ver mis fotografías te inspira? —continúa, mientras se deja caer a mi lado—. Porque, en ese caso, deberías saber que tengo algunas mejores.

Levanto las cejas. Aprovecho que sigue pendiente de la pantalla para mirarlo de arriba abajo. Me gusta que ahora tenga el pelo más largo, pero eso no significa que antes no me pareciese atractivo.

—Pero si sales bien —respondo.

Me yergo y Noah resopla.

—Bueno, me cuesta salir mal en las fotos. Qué le vamos a hacer.

Cuando le miro, sonríe con inocencia. Me muerdo el labio para no reírme y le doy un golpe suave en el hombro, aunque no consigo que borre la sonrisa. Parece orgulloso por haber conseguido lo que se proponía. Vuelvo a estar de buen humor, aunque sigo un poco preocupada por lo del artículo.

Como si pudiera leerme la mente, se incorpora y me pregunta:

—¿Sabes ya sobre quién escribirlo?

Sacudo la cabeza.

—Ahí está el problema. No tengo ni idea.

—¿Has leído la lista que te di? Apunté a mucha gente. Seguro que hay alguien más que esté a la altura.

Desvío la mirada. Claro que la he leído. Miles de veces, en realidad, y creo que todas sus propuestas son maravillosas. Me encantaría entrevistar a muchas de las personas que aparecen en ella. Sin embargo, no me atrevo a decírselo. Noah ya se ha tomado demasiadas molestias por mí. No quiero ponerle en un apuro.

Tendré que hacer esto sola.

—Sí, claro, pero no me llama la atención nadie más.

Acto seguido, cierro la galería y abro la aplicación de notas. Selecciono «crear» y observo el blanco que llena la pantalla. Quiero parecer distraída, pero, en realidad, estoy pendiente de su reacción. Mentir no es uno de mis talentos.

—Bueno, si cambias de opinión, dímelo. Hablaré con ellos y conseguiré que te concedan una entrevista. Puedo ser realmente persuasivo si me lo propongo.

No soy una molestia. Sin querer, me ha hecho cambiar de opinión. Sonrío con timidez. Cuando le miro, siento calor en el pecho. Parece sincero y, aunque no lo sabe, aprecio que se porte tan bien conmigo. Es reconfortante sentir que se preocupa por mis problemas tanto como yo por los suyos.

—Ya sé que eres muy persuasivo —respondo. Más tarde le hablaré de todos los candidatos que me llaman la atención. Quiero que me ayude—. Me obligaste a pedirte una cita cuando apenas nos conocíamos, ¿recuerdas?

Eso lo toma por sorpresa. Casi parece avergonzado.

—Dios, tienes razón. Eso fue horrible. Lo siento, aunque sea tarde.

Me echo a reír.

—No digas tonterías. En realidad, fue divertido. Y original.

—Para nada.

—Además, te lo debía por el golpe que te di con la puerta.

Hace una mueca.

—Por poco me rompes la nariz.

Sonrío y lo miro de reojo.

—Esa fue mi manera de conquistarte.

—Pues no funcionó. Casi salgo corriendo.

—Ah, ¿sí? —cuestiono, con las cejas alzadas. Noah asiente.

—Si no lo hice, fue porque el golpe me noqueó.

—Y porque sabías que te volverías loco por mí.

Mi comentario le provoca una sonrisa.

—Sí, eso también.

A continuación, cruza la sala de estar. Lo miro mientras me aprieto los dedos con fuerza, con el corazón acelerado. Pero no es por los nervios, sino porque me he sorprendido a mí misma. Me pregunto de dónde habré sacado el valor para decirle algo así.

Admito que me gusta este cambio.

Para deshacerse del silencio, pone música. Se agacha junto al reproductor y toquetea una serie de botones. Poco después, una melodía pegadiza suena por los altavoces. Noah sonríe y sube el volumen casi a tientas porque no aparta sus ojos de mí.

—He oído que los escritores se inspiran así.

—Soy periodista, no escritora.

—La música ayuda a todo el mundo —replica y cambia de emisora hasta que encuentra la indicada—. Esta canción es muy buena.

Es moderna y acústica, y creo que la he escuchado varias veces en la radio. Noah se incorpora mientras tararea en voz alta. Pongo los ojos en blanco e intento concentrarme en el nuevo artículo, pero no dejo de mirarlo. Para mi desgracia, se da cuenta y pasa a la acción.

Sin borrar la sonrisa, improvisa unos pasos de baile y me tiende la mano para que me acerque. La música todavía suena a todo volumen.

—¿No te gusta? —me pregunta, al ver que sigo sentada—. Es pegadiza.

—No he dicho que no me guste.

—Vamos, entonces.

Antes de que me niegue, llega el estribillo. Con el mando del televisor como micrófono, Noah lo canta a todo volumen. Me entra el pánico y chillo para que se calle. A este paso, asustaremos a los vecinos. Sin embargo, me río tanto que todo lo demás ya no me importa.

Noah camina hasta mí, me toma de la mano y logra que me levante del sofá. Luego, me hace girar sobre los talones, imitando nuestro paso favorito del «*Noah-dance*». Entonces, la canción emite los últimos acordes, una nueva empieza a sonar y él se alegra porque también la conoce.

—Canta conmigo —me pide. Tira de mí para que me acerque.

Me supera en altura por unos centímetros, así que tengo que alzar la vista para mirarlo a los ojos. Aprovecha que nuestras manos siguen entrelazadas para obligarme a mover los brazos al ritmo de la música.

—No quiero.

—No seas aburrida. Está en tu lista.

—Es un punto muy absurdo.

—Pero si lo escribiste tú.

—Bueno, he decidido cambiarlo.

Arquea las cejas. Cada vez estamos más cerca. Me temblarían las manos si no me las sujetase.

—Me encantaría saber por cuál.

—Voy a dejar que lo elijas.

Noah sonríe. Está a punto de hacer uno de sus comentarios. Le miro los labios y me pregunto si algún día me atreveré a besarlo sin pensarlo tanto.

—Punto número nueve: «Me haga admitir que es el chico más fascinante que he tenido el placer de conocer nunca».

Como decía. Ahora también sonrío, aunque pongo los ojos en blanco para mostrarle mi descontento. Le coloco las manos en mi cintura y permito que me rodee con los brazos.

—He cambiado de opinión —añado, con burla—. Dame ese micrófono.

Estamos demasiado cerca. Noah se ríe y sacude la cabeza. Su aliento se mezcla con el mío cuando entono, en un susurro, las últimas frases de la canción. Él me observa en silencio hasta que termino. Después, amplía la sonrisa.

—Dieciséis de veinte —susurra, con orgullo, y mi mirada recae sobre su boca. Trago saliva. Ha cumplido el noveno punto de la lista y cada vez le quedan menos.

—No me esperaba menos de ti.

Su rostro se ilumina con mi respuesta. Enredo los dedos en el flequillo para descubrirle la cara. Se deja hacer, sin quitarme los ojos de encima. Lo que más me gusta de Noah son sus ojos. Son oscuros, del color de la tierra húmeda, donde siempre crecen semillas, y, cuando los miro, casi parece que hablan.

Y entiendo lo que dicen.

«Bienvenida a la tierra de las nuevas oportunidades. Adelante, abre los brazos y déjate llevar».

Quiero hacerlo.

De pronto, una nueva canción retumba en la habitación. Es de *rock*, muy potente, y hace que me duelan los oídos. Noah se ríe.

—Deberíamos cambiar de emisora —susurra con una sonrisa. Sacudo la cabeza.

—Olvídate de la música.

Me inclino para besarle antes de que añada algo más.

Cuando nuestros labios se tocan, el corazón me salta de alegría y la adrenalina me recorre el cuerpo. Pongo las manos sobre sus mejillas para atraerlo más hacia mí y, pasados unos segundos, reacciona y afianza su agarre en torno a mi cintura. Me siento aliviada porque, en el fondo, todavía existe una parte de mí, insegura y rodeada de miedos, que creía que me rechazaría.

Pero no lo ha hecho, y, entonces, comprendo que mis miedos son irracionales y absurdos y que dejarme llevar por ellos solo me hará infeliz.

Yo también quiero ser tierra de nuevas oportunidades. Así que me inclino para profundizar el beso e intensifico el ritmo. Noah me corresponde con ansia y, cuando la canción cambia, reconozco la melodía: es la que escuchamos la tarde en que me enseñó a bailar en el estudio. El momento me parece tan especial y surrealista que quiero proclamar esta canción como nuestra.

Con una sonrisa, pero sin dejar de besarlo, nos llevo hasta el sofá. Noah duda. Se separa un poco de mí y junta nuestras frentes. Tiene la respiración acelerada.

—¿Qué pasa? —le pregunto, algo nerviosa. Quiero volver a besarle.

Noah cierra los ojos.

—No quiero que te sientas incómoda por mi culpa.

Aunque me desconcierta, enseguida entiendo a qué se refiere. Me acuerdo de lo que pasó hace unos días, en esta misma casa, cuando descargué toda la ansiedad que me había provocado su primo contra él. Le hice creer que íbamos demasiado rápido, cuando no era así.

Todavía está preocupado por eso. Niego apresuradamente con la cabeza.

—No pienses en ello. No fue culpa tuya.

Noah frunce el ceño.

—¿Qué?

—¿Es necesario que hablemos de esto ahora? —me quejo, exasperada—. Prometo explicártelo todo después. Ahora cierra la boca y bésame de una vez.

He sido tan brusca que, durante un momento, temo haberme

sobrepasado, pero Noah se echa a reír y me relajo.

—Vaya. Al final, parece que eres tú la que se ha vuelto loca por mí.

Lo peor de todo es que tiene razón.

—Lo que tú digas.

Esboza una sonrisa burlona que desaparece cuando su mirada baja hasta mis labios. Cierro los ojos, a la espera de un beso. Por desgracia, el sonido del teléfono nos interrumpe cuando Noah está a punto de unir nuestras bocas.

Cierro los ojos con fuerza. Esto no puede estar pasando. Otra vez no.

—Creo que estoy teniendo un *déjà vu* —comenta, divertido. En cambio, yo me impaciento. Noah debe de ser el único adolescente del mundo que no tiene el móvil en silencio durante todo el día.

—La próxima vez que nos interrumpa, voy a hacer que te tragues el teléfono —lo amenazo sin pensar y se ríe. Lo empujo para que se aleje. Él se lleva una mano a la frente e imita el saludo de los soldados.

—Oído, mi sargento.

Aunque no quiero, la sonrisa se me escapa.

—Contesta, anda.

Noah se ríe, me agarra del hombro y me besa rápidamente en los labios antes de hacerme caso. Yo me quedo donde estoy, de espaldas a él, e intento que el corazón se me tranquilice. Al parecer, no se ha enterado de que nos han interrumpido.

Cuando me giro, veo que teclea en el móvil. No quiero parecer entrometida, así que me dirijo al reproductor para apagar la música. El silencio inunda de nuevo la vivienda y resulta un alivio para mis oídos. Pienso en sentarme en el sofá, pero Noah se cruza en mi camino y entrelaza sus manos con las mías otra vez.

—Lo siento. Era Oliver. Después lo llamaré —me informa. Ha dejado el móvil sobre la mesa—. Quitaría el sonido, pero tengo que estar pendiente, por si me llama Jason. Sabes que…

Niego. No necesito que me dé explicaciones.

—Lo de antes solo era una broma. No pasa nada.

Eso hace que sus labios se curven en una sonrisa. He notado que, cuando estamos juntos, sonreímos muy a menudo. Se acerca con lentitud mientras tantea el terreno.

—En ese caso… —dice, en un susurro—. ¿Por dónde íbamos?

Arqueo las cejas. Debido a los nervios, casi me río, pero retengo el impulso. Aprovecho que todavía no me ha soltado y tiro de él hasta que ambos caemos sobre el sofá.

—Estabas a punto de decirme cuál es tu canción favorita.

Noah frunce el ceño. No se esperaba esa respuesta.

—No recuerdo que lo hayamos dejado ahí.

—Quiero saber cuál es —insisto—. Vamos.

Me arrodillo junto a él para verle bien la cara. Noah está apoyado contra el respaldo. Me mira durante un segundo antes de contestar.

—Lo siento, pero es información confidencial.

—Noah —me quejo. Eso es una estupidez.

—No me harás cambiar de opinión —me asegura y se encoge de hombros. Después, se mueve para acercarse a mí—. Me toca.

—Primero tienes que contestar.

—¿Cuál es tu comida favorita?

Respondo tan rápido que le hago reír.

—El chocolate, sin duda.

—¿Y tu mayor sueño?

—Es mi turno.

—Vamos, dímelo. —Me sostiene la mirada, interesado—. Quiero saberlo, en serio.

—¿Para tachar otro punto de la lista? —Es evidente que esas son sus intenciones. Sube un hombro.

—Y para felicitarte cuando lo cumplas.

—Noah…

—Por favor.

Lo miro a los ojos. Lo conozco lo suficiente como para saber que no se rinde con facilidad. Por eso, cedo. Suspiro, me acomodo en el sofá y apoyo la cabeza en su hombro. En esta posición, no le veo la cara, pero algo me dice que sonríe.

Me muerdo el labio. A mí también me gustaría saber cuáles son sus aspiraciones.

—Tú primero —digo—. ¿Cuál es tu mayor sueño?

A diferencia de mí, Noah lo tiene muy claro.

—Viajar. —Me pasa un brazo por los hombros para atraerme hacia él. Eso me obliga a apoyarme sobre su pecho—. Quiero viajar

por todo el mundo. Ver todos los lugares del planeta, conocer gente, descubrir sus culturas. Aprender sus bailes. —Luego, agrega—: Y enseñarles el «*Noah-dance*», por supuesto.

Sonrío. Parece emocionado cuando habla y eso me provoca un cosquilleo en el estómago.

—A mí me gustaría tener un programa de radio. Sería sobre gente con talento e invitaría a un artista nuevo todas las semanas.

Comparado con el suyo, mi sueño me parece menos ambicioso y me sabe a poco. Noah se lleva una mano a la barbilla, pensativo. Ninguno ha comentado nada al respecto, pero hace un rato que me acaricia el pelo con la otra.

—¿Harías entrevistas en directo? —cuestiona. Asiento con la cabeza y chasquea la lengua, dudoso. Frunzo el ceño.

—¿Te parece una mala idea? —pregunto.

—Para nada. Creía podrías venir conmigo. Así descubrirías talentos perdidos por el mundo.

El corazón se me acelera al pensarlo. Soy consciente de que no es más que un sueño y que es probable que nunca se cumpla, pero me gusta que me haya incluido en él.

—Suena bien —susurro, antes de pasarle los brazos por la cintura. Me acurruco a su lado y cierro los ojos. Podría quedarme así todo el día.

Noah piensa la respuesta durante unos segundos. Entonces, noto que le vibra el pecho. Está riéndose.

—Claro que suena bien. Ha sido idea mía.

Me incorporo para mirarlo y retengo las ganas de unirme a sus carcajadas. Le encanta recordarme que tiene el ego por las nubes.

—Siempre estropeas el momento.

Aunque quiero sonar molesta, no lo consigo. Quizá por eso sonríe más.

—Admite que tengo razón.

—Cállate.

Pero no deja de reír. Me acuesto a su lado y aprovecho que no me ve para sonreír. Después, me muerdo el labio con fuerza antes de golpearle el estómago. Esto solo empeora las cosas, porque cada vez se carcajea más fuerte.

Sin embargo, todo cambia cuando el móvil suena de nuevo. Está sobre la mesa, así que me aparto para que Noah pueda responder.

Desbloquea la pantalla, lee los últimos mensajes y suspira antes de dejarlo sobre el sofá. Cuando vuelve a mi lado, considero acercarme a él, como antes, pero le doy espacio porque parece estar pensando en otra cosa.

Frunzo los labios. Ha evitado el tema desde que salimos de la cafetería. Ha fingido que todo va bien, pero no me engaña. Lo conozco y sé qué le preocupa. Creía que, una vez que estuviésemos a solas en su casa, se animaría a hablar de ello, pero no lo ha hecho.

Puede que no esté preparado todavía. El silencio me agobia, así que pregunto:

—¿Jason?

Niega. Permanecemos callados durante unos minutos, hasta que dice:

—No sé cómo voy a hacerlo, Abril. No sé cómo voy a enfrentarme a él.

Lo miro. Se pasa las manos por el pelo, suspira y las junta sobre las rodillas. Tiene un tic nervioso en la pierna y la mueve sin cesar. Me pregunto cómo ha ignorado el tema desde que hemos llegado. Parece agobiado.

Pienso bien la respuesta antes de hablar.

—Eres mejor que él. Matthew tiene todas las de perder.

Soy completamente sincera. Creo que Noah es más inteligente, más astuto y mucho mejor persona que su primo.

Espero que responda, pero no me escucha.

—¿Cómo fue capaz? —me pregunta entonces—. He hablado con él sobre esto miles de veces. Siempre que mencionaba a Amanda o a Jason, me decía que debía odiarlos por lo que me habían hecho. Que eran malas personas. Aunque sabía que lo pasaba mal y que era por su culpa, me mintió igualmente. Además, chantajeó a Jason, aun sabiendo cómo es su familia. Dios, es… Es repulsivo.

Me muerdo el labio. «Bienvenido a la realidad, Noah».

—Es una mala persona —respondo y me mira a los ojos.

—Y también te hizo sufrir a ti —añade. Temo, por un momento, que me pida que le cuente lo que ocurrió. Después de esta tarde, no creo que pueda seguir fiel a mi postura de no involucrarlo—. Lo supiste desde el principio, ¿verdad? Y no me dijiste nada.

—Tenía mis sospechas —le aclaro—. Pero no estaba convencida. Además, tenías que darte cuenta solo.

—¿Darme cuenta de qué? ¿De que mi primo es un monstruo?

No respondo. En realidad, creo que va más allá de eso. Noah no sabe ver la maldad en la gente, así que nunca lo descubrirá por sí mismo, pero su primo lo envidia tanto, que no soporta verlo feliz. Ahí reside el problema. Por eso ha hecho todo esto. No tiene nada en contra de Amanda, de Jason o de mí.

Solo contra Noah.

Mi silencio lo pone nervioso. Me acerco para colocar los dedos sobre los suyos y él levanta la mirada. Puede que sea mi misión contarle la verdad. Quizá deba abrirle los ojos. Pero sé que, si lo hago, debería explicarle toda la historia y no estoy preparada. Ya he tenido muchas malas experiencias al respecto. No soportaría que Noah tampoco me creyese.

Así que guardo el secreto.

—Odio esto —dice de pronto, y no podría estar más de acuerdo con él—. Ojalá fuera capaz de… Ojalá supiera cómo…

—Eres capaz —le interrumpo—. Y, respecto a lo otro, no te preocupes. Solo tienes que decirle lo mismo que me has dicho a mí, pero con mala cara y alguna palabrota en medio. Harás que salga corriendo.

Necesito que se relaje. No obstante, Noah también me conoce y sabe que trato de hacerle reír. Pone los ojos en blanco.

—Tómate esto en serio.

—Me lo tomo en serio. Ya te lo he dicho: no tienes nada de qué preocuparte. Tú eres mucho más fuerte. Podrás con él.

—¿De verdad lo crees?

Me lo pregunta mientras me mira a los ojos. Busca algo que me delate y demuestre que miento, pero no existe.

—De verdad. —Hablar más del tema es inútil. No hará nada hasta que Jason haya hablado con su madre. Por eso, me propongo hacerle reír. Ahora mismo, eso es lo único que puedo hacer para ayudar—. Y cuando hayas terminado con él, si necesitas a alguien que haga el trabajo sucio, llámame. Le daré un buen porrazo con una puerta. Se lo debo. Soy la única persona que puede meterse con Jason.

Eso casi le roba una sonrisa. Casi.

—Creía que Jase te caía mal.

—Me cae mal, pero Matthew me cae peor.

—Y pensar que sigue obsesionado contigo —comenta con amargura.

—Es una suerte que me gustes tú.

Eso no se lo esperaba. Me mira de reojo y fuerza una sonrisa tímida. Mientras tanto, me siento orgullosa porque parece que he adquirido algunas de sus cualidades. Esta vez, he sido yo quien ha acabado con la tensión que reinaba en el ambiente.

Mucho más tranquila, le agarro el brazo para que volvamos a tumbarnos en el sofá. Cuando junto nuestras manos, trazo círculos bajo su muñeca con el pulgar.

—Si pudieras pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería?

Espero que proteste, pero no lo hace.

—¿Un deseo para ti o para mí?

—Como quieras.

Se toma un segundo para pensar. Yo, en cambio, lo tengo muy claro.

Yo pediría haberlo conocido antes.

Antes que a cualquiera de mis exnovios. Antes que a Matthew.

Eso habría evitado que tuviera que completar la lista y, ahora, todo sería mucho más sencillo. Por desgracia, el destino quiso que las cosas fueran de otra manera.

—Si pudiera pedir un deseo ahora mismo… —repite, y su voz me trae de vuelta a la realidad. Arqueo las cejas y lo animo a continuar—. Pediría que no tardes mucho en encontrar a alguien para tu artículo.

Parpadeo. Vale, mi deseo era mucho mejor.

—¿Estás de broma?

Noah se ríe.

—No, ¿por qué?

—Es un deseo horrible.

—A mí me gusta.

—Te pido que elijas cualquier cosa, ¿y pides eso? —Me cuesta asimilarlo—. Has desaprovechado una oportunidad increíble.

Al escucharme, sacude la cabeza. Sus ojos no se separan de los míos.

—Pero es bueno para ti. Así, al menos, dejarías de preocuparte por ello.

Me muerdo el labio. No es justo.

—Quiero besarte otra vez.

Noah sonríe.

—¿Ese era tu deseo?

Levanta las cejas, burlón, y le sostengo la mirada, en silencio, hasta que no lo aguanto más y sonrío. Esta vez, es él quien se inclina para que nuestras bocas se encuentren. No le digo cuál es mi deseo, en realidad, porque, en cuanto sus labios rozan los míos, se me olvida todo lo demás. Me permito disfrutar del contacto y agradezco que no haya nadie en casa.

Si Tom entrara ahora mismo y nos viera así, tendríamos que darle muchas explicaciones.

Y yo tendría que regalarle un guarda-pelotas.

Ni siquiera sé si existen esas cosas.

Me río solo de pensarlo. Noah apoya la frente en la mía antes de sonreír. Entonces, comprendo que estoy eufórica y que no es solo por el beso, sino porque me he dado cuenta de que, como me dijo aquel día cuando bailamos en la academia, nos hacemos felices mutuamente.

Hago una mueca para mis adentros.

«Querido cerebro, prométeme que nunca me harás decir algo tan cursi en voz alta».

—Me apetece cantar otra vez —le susurro—. ¿Me dejas elegir la canción?

Noah sonríe y se echa un poco hacia atrás.

—Música, maestra.

Me levanto sin pensarlo dos veces. Aunque no sé cómo funciona el equipo, soy demasiado orgullosa para preguntárselo, así que toqueteo los botones hasta que la habitación se llena de música. Enseguida encuentro la rueda que cambia de emisora. Escojo mi favorita y bajo el volumen para que no me duelan los oídos.

Planeo presumir sobre mi buen gusto musical, porque sé que eso lo hará rabiar, pero entonces veo que vuelve a tener el teléfono entre las manos.

Levanta la mirada al notar que lo observo. Algo no va bien.

—Es Jason —me informa y relee el mensaje que le ha enviado —. Ha hablado con su madre. Dice que necesita un sitio donde dormir esta noche.

6. Me cuente cuáles son sus sueños (y no se ría de los míos).

Capítulo 27
Aterrizaje forzoso

Cuando me despierto a la mañana siguiente, lo único que se escucha en el piso de arriba es el insoportable tono de mi alarma. Emito un quejido y estiro el brazo para apagarla, molesta. Quiero dormir algo más, aun así, no me resisto a tomar el móvil de la mesilla. Cuando lo desbloqueo, mi última conversación activa aparece en la pantalla.

Noah y yo estuvimos hablando anoche hasta tarde. Él es la causa de mis ojeras, así que espero que no haga ningún comentario al respecto cuando vea mi cara de muerta en el instituto. Aunque solemos quedarnos despiertos hasta las tantas, ayer la cosa se alargó más de lo normal; creo que el hecho de que Jason haya dormido esta noche en su sofá tiene algo que ver.

Estoy tentada a enviarle un mensaje, pero creo que hablaré con él en persona. Necesito preguntarle si está bien.

Me levanto y camino hacia el baño para asearme, me pongo un jersey y unos vaqueros y me recojo el pelo en una coleta. Una vez que me he calzado las zapatillas, me echo una mirada escrutadora frente al espejo antes de bajar las escaleras.

La casa está mucho más silenciosa que de costumbre. Aunque nunca coincidimos todos en el desayuno, siento que la cocina está demasiado vacía cuando entro y veo a papá.

Es raro que Jason no esté aquí, sentado frente a su tazón de cereales y listo para empezar el día con una buena discusión.

Tampoco hay rastro de Rose.

—Buenos días —saludo.

Papá me mira y sonríe mientras lava los platos que usamos para

cenar anoche. Desde que nos mudamos, siempre madruga para arreglar la cocina antes de irse a trabajar. En esta casa, las tareas están bien repartidas. Yo me encargo, junto a Jason, de mantener limpia la planta de arriba. También ponemos y quitamos la mesa, y papá y Rose se han dividido el resto de los quehaceres.

Me acerco al frigorífico para servirme un tazón de leche y compruebo que ha puesto la lavadora. Parece que, al fin, ha descubierto cómo funciona.

—Encontré un tutorial en internet —dice, al notar que me he fijado. Suelto una risita.

—Es vergonzoso que no supieras cómo poner una lavadora.

Arquea las cejas. Tomo el plato de tostadas que me ha preparado y lo llevo hasta la mesa.

—Disculpa, sabelotodo —se queja—, pero estos cacharros tienen un millón de botones. La mayoría de ellos son inútiles. Seguro que ni los fabricantes se acuerdan de para qué servían. En vez de un tutorial de YouTube, la próxima vez necesitaré sacarme un máster.

—Lo que tú digas, papá. —Pongo los ojos en blanco.

Me dedica una sonrisa burlona antes de seguir con sus tareas. Mientras desayuno, pienso en que esta casa no se parece en nada a la mía. Todavía me resulta extraño vivir aquí, sobre todo en momentos como este, cuando ninguno de sus verdaderos dueños está presente. Me siento como una intrusa.

Y esa sensación crece siempre que pienso en Rose y en cómo es en realidad.

Mi padre está muy callado. Me apostaría mi puesto en el periódico a que hay algo que le ronda la cabeza. Para llamar su atención, me aclaro la garganta.

—¿Y Rose? —pregunto a pesar de que conozco la respuesta.

—Ha tenido que irse pronto a trabajar. Están muy ocupados en la oficina.

Asiento distraída y muerdo la tostada.

—Ah, vale.

—Y Jason ha dormido en casa de un amigo —añade con rapidez, aunque no le he preguntado—. Quedaron para hacer un trabajo y se les hizo tarde.

Casi me atraganto. Levanto las cejas, clavo la mirada en su espalda y espero a que se ponga nervioso y confiese. Vale, quizá no

sea una mala excusa. No obstante, conozco la verdad y me duele que me haya mentido a la cara. Me pregunto por qué lo ha hecho; si es porque apoya la postura de Rose, cosa que me extrañaría, o porque, en realidad, no sabe lo que ha pasado.

Por una vez, no estoy dispuesta a guardar silencio. Necesito que papá se entere y no me importa ser yo quien se lo cuente.

—¿En casa de qué amigo? —cuestiono y finjo sentir curiosidad. No quiero precipitarme.

—Noah Carter. El hijo de las vecinas.

—Creía que no se llevaban bien.

—Vaya, parece que sabes mucho sobre él —comenta y me mira por encima del hombro. Me recuesto en la silla.

—Somos compañeros de clase.

—Lo sé. Rose dice que volvéis juntos todos los días.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Genial, lo que faltaba. Me siento algo incómoda, así que voy directa al grano.

—Sé que Jason discutió ayer con su madre —añado sin pensar. Papá aprieta los labios, aunque no desmiente mis palabras.

—Mantente al margen, ¿vale? Son problemas suyos.

—¿Rose le pidió que se fuera de casa?

Papá duda y, durante esos segundos en los que permanece en silencio, descubro que me asusta la respuesta. Si dice que sí, me quedaré en blanco. No sabré cómo ayudar a Jason ni cómo demostrarle que lo apoyo.

Por suerte, niega con la cabeza.

—Él decidió irse. Las cosas están algo… tensas entre ellos. Nada más.

—¿Tensas, por qué?

—Eso no importa. Jason volverá en unos días, tranquila.

—Rose le dijo que le había destrozado la vida. Que ella no había hecho nada para merecerse algo así. Que quería un hijo normal. —Trago saliva. Aún me acuerdo de lo preocupado que parecía Noah cuando me lo contó por teléfono—. Yo no volvería si me dijeras eso.

Papá se queda en silencio, sin mirarme, con las manos sobre la encimera de la cocina. Estoy preparada para que me pregunte cómo diablos lo he descubierto, para que se ponga de parte de Rose y la defienda, o incluso para que, al querer mantenernos al margen de lo ocurrido, esquive la discusión y me obligue a ir a clase.

El corazón me duele al considerar estas dos últimas posibilidades.

Solo espero que no haya olvidado lo que decía mamá.

Porque, si algo sé a ciencia cierta, es que ella no habría dudado en involucrarse. Mi madre tenía la buena costumbre de luchar contra las injusticias y habría defendido a Jason sin pensarlo dos veces. Rose encaja dentro del prototipo de persona que ella trataba de evitar: alguien intolerante, capaz de discriminar hasta a su propio hijo solo por su orientación sexual.

Capaz de discriminarlo, odiarlo, y de fingir que no existe.

—No es culpa suya —susurra.

Aprieto los labios. Pensar en mamá me ha formado un nudo en la garganta. Si mi padre defiende a su prometida, no solo me decepcionará a mí, sino a ambas.

—Jason es gay, papá. No tiene nada de malo.

Por fin me mira y asiente.

—Lo sé, y no es culpa suya que su madre no lo respete. —Con el corazón encogido, observo cómo se sienta junto a mí. Por la forma en que me mira, parece que quiera que lo consuele—. Está en buenas manos, ¿verdad? La familia de tu amigo…

Le interrumpo porque no necesito oír nada más.

—Noah dice que a su madre no le importa que Jason duerma allí unos días. Cuidarán de él hasta que las cosas se calmen. Si se calman.

Además, según tengo entendido, Matthew está de acampada con los chicos del equipo, así que tampoco tenemos que preocuparnos por él.

—Lo harán. Rose lo aceptará. Solo necesita tiempo.

Aprieto los labios. No es la primera persona que me dice eso.

—No creo que el tiempo baste para cambiar una mente cerrada, papá —opino. Después, tomo el plato y lo meto en el lavavajillas. Él me observa en silencio.

Cuando me acerco a por la mochila, que está junto a la silla, y aunque sé que no es una buena idea, no me resisto a añadir algo más.

—Jason nos necesita ahora más que nunca, ¿vale? Sé que quieres a Rose, pero espero que te pongas de parte de la persona adecuada.

Entonces, mi padre suspira, agotado.

—Abril… —me advierte. Se pone en pie, pero he dado la conversación por terminada y salgo de la cocina.

—Que tengas un buen día, papá.

La mañana transcurre con tranquilidad. Aunque coincido con Jason varias veces por los pasillos, nuestra conversación no va más allá de un «hola» y «adiós». Siempre va rodeado de sus amigos y, como imagino que prefiere que no sepan nada de momento, no me atrevo a preguntarle sobre lo ocurrido anoche. En su lugar, me limito a actuar como si todavía nos odiásemos.

Fingir también es una de sus cualidades. A pesar de todo, Jason conserva su buen aspecto de siempre. Se pasea con la barbilla bien alta, riéndose a carcajadas, vestido con esa chaqueta de cuero negra que tanto detesto, y se comporta como si su vida fuera maravillosa.

Es muy diferente a Noah en ese sentido. Conmigo, al menos, el bailarín siempre ha sido sincero con sus sentimientos. Jason, en cambio, ha vivido una mentira durante meses para no enfrentarse a aquello que le asusta. Me pregunto si sus diferencias serán las que los unen o si, en realidad, solo discuten.

Dado que Jason me ignora, me tomo un respiro de todo lo que me preocupa. A penúltima hora, voy a la oficina del señor Miller porque necesito comentarle algo importante. En quince minutos acepta mi propuesta y, cuando salgo del despacho, solo quiero buscar a Noah para contarle las buenas noticias.

No obstante, no está en su pupitre cuando llego al aula de tecnología. Ligeramente decepcionada, me acomodo en la mesa y garabateo en el cuaderno durante toda la hora. Estoy tan aburrida que, cuando suena la campana, ya he recogido las cosas y me voy la primera.

Doy por hecho que Noah se ha quedado en casa, porque no hemos coincidido en todo el día. Debido a eso, me sorprendo cuando veo que me espera, como todos los días, en la puerta del instituto.

Emocionada, esbozo una gran sonrisa. Esquivo a los estudiantes y bajo las escaleras a toda prisa. Todavía no me ha visto. Está apoyado en el grueso pasamanos mientras teclea algo en el móvil. Lleva unos pantalones vaqueros y una sudadera blanca con capucha que le sientan realmente bien.

Aprovecho que está distraído y salto por encima de la barandilla para colocarme detrás de él. Cuando le abrazo por la espalda, Noah da un respingo. Mi risa me delata y enseguida descubre que soy yo. Destensa los hombros, esboza una media sonrisa y se guarda el móvil en el bolsillo.

Sin alejarme, me inclino para besarle la mejilla. El aroma de su colonia me invade la nariz. Huele muy bien.

—¿Desde cuándo eres tan cariñosa conmigo? —cuestiona a la vez que coloca las manos sobre mis muñecas. Intenta disimular, pero sé que le ha encantado. Me roza la piel con los dedos y sonrío mientras me muevo para mirarlo a los ojos.

—¿Desde cuándo faltas a clase? —le reprocho, burlona. Hace una mueca.

—Vale, me has pillado.

Rio, me siento a su lado y dejo caer la mochila a mis pies.

—La clase de tecnología es mucho más aburrida si no estás.

—Curiosa forma de decir que me has echado de menos —comenta. Espero a que sonría, como yo, pero su rostro permanece neutro. Sacudo la cabeza.

—Creía que no te gustaba hacer pellas.

—No me gusta. —En el fondo, me alivia estar en lo cierto. Estoy a punto de mencionarlo, cuando añade—: De todas formas, hay muchas cosas que no sabes de mí.

Arqueo las cejas. No entiendo por qué ha dicho eso. Aguardo, por si sonríe o me dice que bromea, pero no lo hace, y tampoco entreveo ni una pizca de burla en su expresión. Está bastante más serio que de costumbre y eso me preocupa. Sin embargo, mi cerebro echa la culpa a Jason.

Deben de haber pasado una mala noche. Cuando mi hermanastro salió de casa, estaba muy disgustado. Noah me contó por teléfono que hablaron durante horas sobre ello. Entiendo que esté desanimado y angustiado por la situación de su amigo.

Pero no me gusta verlo así; necesito que sonría, así que aparco el

tema. Acto seguido, paso una pierna sobre el pasamanos, la doblo para sentarme sobre ella y reduzco la distancia que nos separa.

—Hablemos sobre otra cosa —le pido. Me emociono al recordar que tengo buenas noticias—. Tengo que contarte algo. Y creo que te va a gustar.

Noah sube las cejas.

La sonrisa no me cabe en la cara.

—El día de tu cumpleaños me contaste que ibas a participar en un certamen pronto. Me he informado y sé que es la semana que viene. He pensado en ello y, como me dijiste que querías que fuese, he decidido que necesito documentarme para escribir mejores artículos que hablen, más en profundidad, sobre un reconocido bailarín del instituto. —Mientras se lo explico, no dejamos de mirarnos—. Esta mañana he hablado con el señor Miller. La fecha del certamen coincide con la excursión de biología de primero y sobran sitios en el autobús… Así que espero que estéis trabajando en esa coreografía, porque estaré allí gritando a todo volumen entre el público. Hablo en serio, Noah. Quiero que lo bordes para presumir de ti delante de todo el mundo.

Mi corazón se llena de alegría solo de pensarlo. Me imagino aplaudiendo con fuerza desde la primera fila de las gradas, inmersa en ese mundo lleno de arte que hace que Noah sea tan feliz. Deseo verlo brillar y disfrutar de su pasión.

Quiero devolverle todo lo bueno que ha hecho por mí desde que nos conocemos.

Aunque, en realidad, es posible que también haya influido el hecho de que podría ayudarle a cumplir los puntos que le quedan para terminar la lista. Por un lado, tenemos el número diecinueve: «Me invite a algo que sea importante para él». Y, por otro, está el doce, ese punto tan vergonzoso que no sé por qué diablos decidí incluir.

Si todo va según lo previsto, pasaré una noche en la capital. Con suerte, nos asignarán a todos el mismo hotel. Tal vez convenza a Noah de que duerma la siesta conmigo en uno de los sofás de la recepción. Después de eso, podríamos decir que hemos dormido juntos.

Técnicamente.

Sin embargo, su reacción es mucho más pobre de lo que

esperaba. Se limita a sonreír de lado, deja cae los hombros y se mira las zapatillas. Mi corazón se resquebraja. Me he esforzado mucho para conseguir esto y me duele que no le haga tanta ilusión como a mí.

En cuanto ve mi expresión de derrota, Noah se apresura a añadir:

—Eso es genial. Gracias por acordarte.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada. Sus palabras suenan vacías—. No pareces muy entusiasmado.

Aunque abre la boca, la cierra y su silencio es más que suficiente. Desvía la mirada, suspira y se lleva las manos a la cara. De nuevo, tiene ese tic nervioso en la pierna que me altera. Me muerdo el labio. No sé qué decir.

Presiento que no deja de pensar en algo desde que he llegado.

—Jason. —Todavía asumo que su mal humor se debe a los problemas de mi hermanastro, pero Noah sacude la cabeza.

—No es eso.

Frunzo el ceño. Quiero preguntar más; no obstante, su actitud me advierte que no servirá de nada. Un poco después, y tras haber tomado aire, me confiesa:

—Hablé con Matthew antes de que se fuera al campamento.

De pronto, me falta el aire en los pulmones. Parpadeo, incrédula, y guardo silencio. Sabía que este momento llegaría tarde o temprano, pero nunca imaginé que sería tan pronto. Sobre todo, porque ayer mismo Noah reconoció que todavía no estaba preparado para enfrentarse a él.

Mientras estoy sumida en mis pensamientos, me dice:

—Quiero que me cuentes lo que pasó, Abril.

En ese momento comprendo que todavía no estoy preparada para contarle esa historia. No porque sea horrible o me duela, sino porque me asusta su reacción. Me aterroriza que no me crea, que piense que no fue para tanto y que me tache de exagerada.

—Sabes que no puedo hacer eso —susurro.

—¿Por qué? —Se levanta bruscamente—. Te lo he contado todo desde el principio. Creo que te he demostrado que estoy de tu parte. Quiero que confíes en mí. Deberías hacerlo, sobre todo ahora que…

—Ahora que, ¿qué? —le interrumpo con las cejas alzadas. Enseguida comprendo que he metido la pata. Trataba de bromear,

pero no ha funcionado.

Noah resopla, exasperado.

—¿Ves? Es exactamente a eso a lo que me refiero.

A continuación, se gira y se esconde tras las manos. Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla. Me encantaría golpear a Matthew hasta la saciedad. Él tiene la culpa de todo esto. Haría cualquier cosa con tal de herir a Noah.

Me gustaría saber qué le ha contado sobre nosotros.

Me entran náuseas solo de pensarlo.

—No le hagas caso —le suplico mientras camino hacia él. Lo agarro por las muñecas para verle la cara—. No importa lo que te haya dicho. Sea lo que sea, te aseguro que no es verdad. Matthew es un mentiroso por naturaleza.

Noah sacude la cabeza y da un paso hacia atrás para alejarse de mí.

—Él no tiene nada que ver con esto. Es cosa mía. Estoy cansado de que todo el mundo me oculte cosas.

—Yo tengo mis razones —respondo a toda prisa—. Ya te lo dije en su momento, Noah. No quiero involucrarte.

—¡Pero ya estoy involucrado! —exclama. Entonces, saca el móvil del bolsillo y me enseña la fotografía que observaba cuando he salido. En ella, distingo mi mala caligrafía y los veinte puntos que escribí hace meses—. Lo estoy desde que empecé a completar esta estúpida lista. Todo viene a raíz de Matthew. Aunque haya pasado tanto tiempo, no lo has superado. Por eso no me lo puedes contar.

«Estúpida».

Sus palabras me duelen. Nada de eso es cierto. Entiendo que esté alterado, pero no justifica lo que dice.

—No es verdad —contesto e intento mantener la calma—. Hace tiempo que lo olvidé.

—Tu mundo todavía gira en torno a él. Por eso me has puesto tantas barreras. Cuando te conocí, ni siquiera querías que fuéramos amigos. Ahora me besas y eres cariñosa conmigo, e incluso dejaste de hablarme cuando creíste que había vuelto con Amanda; pero seguimos sin ser nada. Porque la lista, Matthew y tu miedo a volver a pasar por lo mismo están antes.

Retrocedo. Escuchar eso hace que se me forme un nudo en la

garganta. Sacudo la cabeza e intento tragármelo, aunque es difícil. Solo tiene razón en una cosa: todavía tengo algo de miedo, pero los miedos se superan poco a poco.

Se suponía que la lista me ayudaría a desprenderme de ellos.

—La lista —asumo, con la voz temblorosa—. ¿Ese es el problema? ¿Estás cansado de completar la lista?

A juzgar por cómo me mira, he dado en el clavo. Se queda en silencio durante un momento y, después, aparta la mirada.

—Sin ella todo sería más sencillo.

No habla en serio. Mi corazón late tan fuerte que, de pronto, es lo único que oigo. Entiendo lo que insinúa y no me gusta nada. Solo le quedan dos puntos. ¿De verdad quiere rendirse ahora? Necesito que la termine. No quiero que esto se acabe.

—No digas eso —respondo—. Gracias a la lista, comprendí que eres un chico increíble. Así fue como me fijé en ti. Ahora, sé que me gustas porque has completado casi todos los puntos y…

—De no ser por ella, ¿te habrías fijado en mí?

—No he dicho eso —rebato a toda prisa, pero su rostro se ensombrece—. Quiero decir, sí, pero…

—¿Estás enamorada de mí? —me pregunta entonces—. ¿O estás enamorada de la persona que la lista te hace creer que soy?

Me quedo sin palabras. Aunque creo saber a qué se refiere, me gustaría estar equivocada. Desconcertada, susurro:

—¿Qué?

Noah suspira. Parece dolido.

—No soy esa persona, Abril —admite—. No me gusta cantar cuando escucho la radio. Jamás llevaría a mi novia al cine y tampoco soy de los que piden citas a las chicas. Ni siquiera soy de los que te toman de la mano y corren contigo bajo la lluvia. Creo que estás confundida. Yo no soy así.

Esta vez, sus palabras me desarman por completo. Quiero añadir algo, pero me he quedado en blanco.

He aquí las consecuencias de que Noah rompiese la regla número uno en su momento. Si no hubiera sabido que existía la lista, no habría intentado completar tantos puntos. La mayoría de ellos ni siquiera concuerdan con su personalidad. Lo ha hecho todo para complacerme e intentar encajar dentro de mi prototipo de «chico perfecto».

Al final, consiguió lo que se proponía: me gusta.

Sin embargo, no sabe si me gusta por su forma de ser o si, en realidad, solo me gusta porque ha completado casi toda la lista. Porque se adapta a mis expectativas. ¿Qué ocurrirá cuando haya realizado todos los puntos y no tenga nada en lo que basarse?

Trago saliva. No puedo seguir en silencio.

—Si no eres esa persona, ¿quién eres?

Noah sacude lentamente la cabeza.

—Ahí está el problema. Parece que no lo sabes.

—Noah…

—¿Estás enamorada de mí, Abril, o de la lista?

—Esto no…

—Responde —me corta, seco. Me muerdo el labio.

—No lo sé.

Sus ojos lo delatan y me demuestran lo mucho que le ha dolido este último comentario. Han perdido todo su brillo y, aunque quiero añadir algo más y solucionarlo, permanezco en silencio. Le he contado la verdad: no lo sé. No sé si estoy enamorada de él o si, en realidad, solo siento gratitud porque se haya esforzado tanto en cumplir los puntos de la lista.

Al fin y al cabo, lo que siento por él ha sido producto de ese papel.

¿Hasta qué punto es real todo lo que hemos vivido?

—Entonces, creo que no tenemos nada más de lo que hablar.

Me invade el pánico. No niego que esté confundida, pero tampoco quiero que esto termine. Echo a correr hacia él cuando veo que se aleja.

En algún momento, ha recogido la mochila del suelo y se la ha echado al hombro.

—Espera —le suplico y me detengo frente a él. Contengo el impulso de ponerle las manos en el pecho. Algo me dice que prefiere que guardemos la distancia—. No digas eso. Lo siento. Sé que estás alterado por toda esta situación, pero…

—Todavía no lo entiendes —me interrumpe. Sacude la cabeza y se ríe con amargura—. Esto no tiene que ver con Matthew. Tampoco con Jason. Es solo por ti. Llevo semanas pensando en ello. Tenía la esperanza de que, cuando te lo preguntase, lo tuvieras claro. Pero veo que no es así.

—Ya, pero…

—Te has equivocado conmigo. Es absurdo que sigamos con esto.

El corazón se me para. No, no, no.

—¿Qué?

Noah traga saliva. No parece muy convencido de lo que acaba de decir. Ruego en silencio que se eche atrás y esté dispuesto a buscar una solución.

—Búscame cuando te aclares. Estoy cansado de esto.

A continuación, me rodea y baja las escaleras. El corazón se me acelera aún más por el miedo que tengo de perderlo. Quiero gritarle que se detenga y que vuelva, pero me rindo ante el orgullo.

Así que, en lugar de eso, lo que digo es:

—Es una excusa terrible, Noah. —Deja de andar al escucharme, pero no se gira—. En realidad, eres tú quien vive en su sombra y pagas conmigo tus inseguridades. Todavía crees que todo el mundo lo prefiere a él antes que a ti. Yo ya no siento nada por Matthew, pero creo que tienes razón en una cosa. Me he equivocado contigo. —Trago saliva antes de añadir—: No eres mejor que él. A los dos os gusta fingir ser quienes no sois en realidad.

Sabía, de antemano, que mis palabras le harían daño y me arrepiento de haber hablado en cuanto termino. No obstante, ya es demasiado tarde para echarse atrás. Espero que se gire para gritarme, que se enfade por mi falsa sinceridad, pero se limita a mirarme por encima del hombro.

—Si eso es lo que crees, no me busques —añade.

Siento un nudo en la garganta. No hacía falta que me lo pidiera.

—Tranquilo, no lo haré.

No espera a mi respuesta. De inmediato, echa a correr escaleras abajo y mi corazón se rompe cada vez más mientras se aleja. Ahora que no me ve, mis escudos caen y me derrumbo. Cuando me doy cuenta, estoy llorando. Me odio por hacerlo, pero no puedo parar.

No consigo dejar de mirarlo. Sé que todavía estoy a tiempo. Podría correr tras él y suplicarle que arreglemos las cosas. Con algo de suerte, esto se quedaría en un malentendido. Estoy segura de que me perdonaría sin pensarlo. Lo conozco.

¿Lo conozco?

Al final, no me muevo.

Poco después, su figura desaparece al final de la calle. Me quedo

en medio de las escaleras con la respiración entrecortada.

Solo puedo pensar en que ahora sé cómo sienta estrellarse después de una caída libre.

Capítulo 28
Tienes mucho que perder

No existen los finales felices. Debería haberlo aprendido después de todas las malas experiencias, pero todavía soy una ilusa que se deja llevar por sus falsas ilusiones. Me ha pasado en todas mis relaciones. Los problemas empezaron con mi primer novio, cuyo nombre no me interesa recordar, y continuaron hasta que conocí a Matthew.

Cuando rompimos, me prometí que nunca volvería a dejar que nadie jugase conmigo.

Como siempre, las cosas no salieron bien.

Todo es un desastre. Mi corazón vuelve a estar hecho pedazos por mi propia culpa. Noah era demasiado bueno para ser real. Debería de haberme dado cuenta antes. Es una de esas personas que te suben a la cima y te sueltan una vez que estás arriba. Y, entonces, caes y no tienes tiempo para prepararte para un aterrizaje tan brusco.

Hagas lo que hagas, todavía duele.

«Si eso es lo que crees, mejor no me busques».

Tres días. Llevamos tres días sin hablar y la situación se me hace cada vez más insoportable. Noah ya no me espera para ir juntos al instituto por las mañanas. Tampoco come en nuestra mesa. Akira y Wesley me preguntan por él, pero cambio de tema rápidamente.

Sé que Wesley esperará a que me sienta preparada y acuda a él para hablar del tema. No quiere presionarme. De todas formas, ni siquiera sé qué es lo que le tengo que contar. ¿Qué me siento una idiota por haberme hecho ilusiones?

Akira, en cambio, ha sacado sus propias conclusiones y ahora

critica a Noah siempre que lo vemos por el pasillo. Aún no se lo he dicho, pero odio que lo insulte. Noah puede ser un imbécil y un mentiroso, pero no es una mala persona. Tampoco creo que sea un capullo. Ha cometido errores, como hace todo el mundo, y no es culpa suya que no soporte tenerme en su vida.

«¿Estás enamorada de mí, Abril, o de tu lista?».

Suspiro y aparto la mirada de la ventana para atender a la clase. El señor Williams habla sobre los materiales que más se utilizan en la construcción. Ha llenado la pizarra de nombres y definiciones. Debería anotarlos en mi cuaderno porque seguramente aparecerán en el examen, pero no estoy de humor para copiar ahora. Mañana le pediré los apuntes a alguno de mis compañeros.

Sin embargo, cuando miro a mi alrededor, compruebo que ellos tampoco prestan atención y me despido de mi plan de copiar los apuntes de alguno.

Asumo que nos pondrá a todos un suspenso colectivo.

¿En qué diablos pensaba cuando me apunté a esta clase?

—Pssssss.

Doy un brinco. Alguien me ha clavado un bolígrafo en la espalda. Frunzo el ceño, me acomodo en la silla e intento concentrarme en el monólogo del profesor. Sin embargo, noto más golpecitos, que me sacan de quicio. Miro disimuladamente por encima del hombro, dispuesta a gritarle al culpable que pare de una vez.

Inclinado hacia delante, con la barbilla apoyada sobre su pupitre, Cody Jones me dedica una sonrisa.

—Abril —insiste, en un susurro.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes darme una hoja de tu libreta?

Levanto las cejas.

—No me creo que estés tomando apuntes.

Va a arruinar nuestro suspenso colectivo.

Pero Cody sacude la cabeza. Tiene el pelo anaranjado, lleno de rizos, y unos ojos verdes que brillan siempre que sonríe. Para mis adentros, felicito a Jason porque ha sabido escoger bien. No me extraña que esté loco por él.

Yo también lo estaría. Si no fuera gay, claro.

Además, seguro que, al menos, Cody no fingiría ser alguien que

no es en realidad.

—Para nada —responde—. Planeo hacer una recogida de firmas. Quiero hacerle una propuesta al director y me vendría bien tener el apoyo de los estudiantes.

Apoyo la espalda contra la ventana, que está húmeda y fría, para mirarlo a la cara. Esto es mucho más interesante que escuchar cómo el señor Williams admira las características del hormigón.

—¿Qué propuesta, exactamente?

—¿Me prometes que guardarás el secreto?

Seguro que no es para tanto, pero admito que me muero de curiosidad. Cuando asiento, Cody me pide que estrechemos los meñiques para sellar mi juramento. Su sonrisa me parece bastante contagiosa. Después, tras pensarlo durante un momento, se inclina más sobre la mesa y murmura:

—Papel higiénico. Necesitamos papel higiénico.

Esta vez, no me aguanto la risa. Me chistan enseguida, me apresuro a hacer caso al profesor y miro a Cody para que tampoco haga ruido. Sin embargo, él no tiene problemas con eso, porque sabe cómo reírse en silencio.

—¿Esa es tu propuesta secreta? ¿Quieres que nos pongan papel higiénico en los baños? —cuestiono con las cejas arqueadas mientras me giro para abrir el cuaderno—. Porque me parece maravilloso. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Arranco una hoja en blanco, se la tiendo y observo cómo, sin dejar de sonreírme, escribe: «recogida de firmas» en la parte de arriba. Después, un poco más abajo, añade: «Alumnos unidos por una misma causa. ¡Queremos unos baños decentes que tengan papel higiénico!».

Sacudo la cabeza, sin dejar de reír. En definitiva, Jason y él están hechos el uno para el otro.

—¿Quieres ser la primera en firmar? —Me ofrece y me tiende el folio.

—Seré la última.

Así habrá mucha más gente a la que culpar antes que a mí.

—Como quieras. —Se encoge de hombros—. Por cierto, se te ha caído una cosa.

Le doy las gracias mientras recojo el pósit del suelo. Debe de llevar mucho tiempo en la libreta, porque ya no tiene pegamento.

Lo reconozco incluso antes de leerlo y, entonces, el corazón se me rompe en pedazos. Está escrito con su letra. En la parte superior, pone: «Pequeño recordatorio» y, más abajo, están las definiciones del verbo «oscilar» y del sustantivo «oscilador».

A continuación, Noah me desea suerte en mayúsculas. Lo escribió una tarde, antes de Navidad, en la que quedamos para estudiar tecnología. En su día, decidí guardar todas las notas que me había dado, porque me hacía ilusión, pero ahora quiero deshacerme de ellas.

De inmediato, y sin quererlo, paseo la mirada por el aula y aterriza en su espalda. Se ha cambiado de sitio y ahora se sienta en primera fila. Aún más lejos de mí. Por si con eso no bastase, aunque me ha visto entrar, no ha querido mirar en mi dirección desde que he llegado.

Dos pruebas más de que lo del lunes fue un adiós definitivo.

Todo lo que teníamos, fuera lo que fuera, se acabó.

Quiero convencerme de que me va mucho mejor sin él, pero en el fondo sé que lo echo de menos.

Todavía tengo el papelito en la mano cuando suena la campana. Noah recoge a toda prisa y sale de los primeros. Entonces, pienso en seguirlo para enseñarle lo que he encontrado y compartir con él los recuerdos que nos trae, pero descarto la idea enseguida. No quiere saber nada de mí y el deseo es mutuo.

No voy a perseguirlo para suplicarle que lo arreglemos.

Al salir, arrugo el pósit y lo tiro a la papelera.

Mi dignidad siempre va primero.

Es la hora del recreo y el pasillo está a rebosar. Hay muchísimo ruido. Camino sola hasta la cafetería con la esperanza de que Akira y Wesley estén allí cuando llegue.

De pronto, alguien grita mi nombre a mi espalda. Cuando me doy la vuelta, me encuentro con la atlética figura de Cody. Ha guardado todo en su mochila, a excepción del papel en que planea recoger firmas. Me pregunto si lo llevará consigo todo el día.

—¿Vas al comedor? —me pregunta, y asiento—. Te acompaño. Mis amigos deben de estar allí.

Mi otra alternativa es ir sola, así que acepto sin pensarlo dos veces. Cuando llegamos a las escaleras, me dice tras unos minutos en silencio:

—Es raro, ¿verdad? —Me vuelvo a mirarlo, extrañada—. No sé si te acordarás, pero hace unos meses tuvimos una cita.

Me río, aunque quizá debería sentir vergüenza, y asiento con la cabeza. Claro que lo recuerdo. A principios de curso, Wesley creyó que Cody podría convertirse en mi chico ideal y nos organizó una cita a ciegas. Las cosas no fueron como esperaba, es cierto, pero tampoco fue una mala experiencia. Aunque Cody me rechazó, al menos, se ofreció a pagar la cuenta del restaurante.

Incluso me invitó a tomar postre.

No me importaría repetir esa noche. La tarta estaba muy rica.

—La vida da muchas vueltas —comento.

Titubea. Antes de que abra la boca, ya sé qué va a decirme.

—Te lo ha contado, ¿verdad? Jason es un bocazas.

Asiento. Tiene razón.

—Hacéis una bonita pareja.

—No somos pareja. Todavía —resalta y me río—. Ahora mismo está centrado en lidiar con los problemas que tiene con su madre. Las cosas entre ellos están bastante mal, aunque supongo que ya lo sabes. Le dije que se quedase en mi casa hasta que todo se solucione, pero ha preferido ir con Carter. —La amargura que distingo en su voz me hace arquear las cejas. En cuanto depara en mi expresión, añade—: No me mires así. No estoy celoso. No tengo motivos. A Jason le gustan los chicos fuertes y Noah es normalito. Además, sé que sale contigo.

Fuerzo una sonrisa. Se equivoca en ambas cosas. En cualquier otro momento y, si no hubiésemos discutido hace unos días, le habría replicado sin dudar. Noah no es, ni por asomo, alguien a quien yo describiría como «normalito». Sin embargo, las cosas han cambiado y solo presto atención a sus últimas palabras.

Me molesta que piense que Noah y yo seguimos juntos.

O que alguna vez lo hemos estado.

Me molesta y me duele. Aun así, no digo nada al respecto.

—A Jason le gustas. Se nota cuando habla de ti.

Como esperaba, una sonrisa estúpida se le dibuja en los labios. No obstante, se pone serio pasados unos segundos. Parece preocupado.

—Hace días que no lo veo, ¿sabes? Intento animarlo cuando hablamos por teléfono. Está pasando por una situación jodida y lo

normal sería que se desahogara conmigo. Pero Jason no es así. Siempre que le pregunto, me dice que está bien, aunque ambos sabemos que es mentira. —Se queda callado un segundo y luego suspira—. Lo hace porque no quiere que me preocupe.

De repente, deseo buscar a Jason para darle un abrazo. Entiendo perfectamente por qué se comporta así. A veces, es más fácil guardarse ciertas cosas para uno mismo, no porque quieras enfrentarte a ellas solo, sino porque duele decirlas en voz alta. Es ese miedo a parecer débil lo que impulsa a guardar silencio. Y está mal, pero hacer lo correcto puede ser muy complicado.

Creo que comprendo a Jason porque estoy pasando por una situación similar.

Cuando rompí con Matthew, solo me atrevía a hablar de ello con Wesley. Ahora, con Noah, todo es mucho peor, porque ni siquiera puedo contarle lo sucedido a mi mejor amigo.

Aprieto los puños e intento centrarme en la conversación con Cody. Tengo que sacármelo de la cabeza.

—Eso suena a algo que Jason haría —respondo, y él esboza una sonrisa triste. Comprendo que también le duele esta situación—. No te preocupes. Todo se solucionará tarde o temprano. Conseguiremos que Rose cambie de opinión.

—Eso espero.

Le devuelvo la sonrisa para mostrarle mi apoyo. Entonces, Cody reduce el paso. Hemos caminado tan rápido que ya hemos llegado a la cafetería. Los pasillos están sorprendentemente vacíos por aquí. A mi lado, el pelirrojo se mordisquea el labio inferior, con la mirada clavada en las zapatillas.

Unos segundos más tarde, abre la boca, pero me huelo sus intenciones y decido ahorrarnos tiempo.

—Jason debe estar arriba. Últimamente no sale al recreo. Se habrá quedado en clase. —Por si no lo sabe, añado—: Aula 98. Suerte.

Su cara es todo un poema. No espero a que me dé las gracias y aprieto el paso para dejarlo atrás. Por encima del hombro, lo veo correr hacia las escaleras. Se me escapa una sonrisa, que desaparece al comprobar que me he quedado sola en el pasillo.

Entonces, escucho el primer grito.

Mi primera reacción es buscar de dónde proviene el escándalo;

no obstante, por más que miro a mi alrededor, el corredor sigue vacío. Poco después, otra exclamación retumba en las paredes. Luego, otra. Y otra más. Las voces se convierten en un coro que, al unísono, chillan la misma palabra una y otra vez.

—¡Pelea, pelea, pelea!

El corazón se me para. Matthew volvió anoche del campamento.

De repente, solo pienso en una persona: Noah.

Actúo por impulso. Corro tan rápido como puedo y, de inmediato, localizo un corro de estudiantes que, en un pasillo contiguo, vitorean con las manos en alto. Necesito ver quién está en medio del círculo. Sin pensar en las consecuencias, me adentro entre la multitud. Esquivo golpes y patadas y empujo a quienes se niegan a dejarme pasar. Al final, llego al centro.

Noah no está. Sin embargo, se me cae el alma a los pies en cuanto veo la escena.

En medio del griterío, dos chicos se enzarzan en una pelea que ya tiene un claro ganador. Matthew, que es mucho más fuerte que su oponente, se regodea y se ríe junto a sus amigos, que animan a la multitud. La ira me revuelve las entrañas. A su lado, agazapado contra las taquillas, respirando entrecortadamente, está Jason.

El estómago se me retuerce de la ansiedad.

«¡Cody, vuelve aquí ahora mismo!».

Todavía no me han visto. Jason hace ademán de levantarse, pero Matthew es implacable. Lo toma del cuello de la camisa y lo empuja contra las taquillas. A mi hermanastro le sangra tanto la nariz que se atraganta. Vuelve a caer al suelo, gime de dolor y todo el mundo grita a mi alrededor.

Pero nadie los detiene.

El miedo me paraliza. ¿Dónde diablos están los profesores cuando se los necesita? Tengo muchas ganas de vomitar. No puedo presenciar cómo lo machacan. Matthew anima a la multitud y se vuelve hacia Jason, preparado para volver a golpearlo. Mi hermanastro tose y se cubre la cara con las manos. Espera a que llegue otro puñetazo, pero eso no ocurre.

De pronto, mi voz resuena por encima de la multitud.

—Déjalo en paz.

Todo el mundo se queda en silencio. Miran a su alrededor, en busca del dueño de la voz, pero no recaen en mi presencia hasta

que alguien me empuja hacia el centro del círculo. Entre los cientos de ojos que se posan sobre mí, están los suyos.

Matthew se gira hacia mí. Jason ha dejado de importarle y, ahora, soy yo la que acapara todo su interés. Camina lentamente hacia mí, con una expresión que no me gusta.

—Abril Lee —saborea mi nombre con gusto. Entonces, sus labios se transforman en una sonrisa—. Nunca aprenderás a quedarte calladita.

Aunque me intimida, me mantengo firme. Aprieto los puños con fuerza. El corazón me late muy fuerte y me tiembla todo el cuerpo, pero no permito que se dé cuenta. No quiero darle esa satisfacción.

Ahora que estamos cara a cara, escupo:

—No te tengo miedo, Matthew.

Arquea las cejas. Detrás de él, encuentro dos rostros que me arman de valor. Akira trata de poner a Jason de pie mientras le ruega a Wesley que la ayude a llevárselo de aquí. Sin embargo, mi mejor amigo está demasiado pendiente de nosotros para hacerle caso. Tiene la mandíbula apretada y está a punto de lanzarse sobre Matthew.

Como puedo, sin que nadie lo note, le suplico que se marche con la mirada. Si se involucra, saldrá muy mal parado.

Matthew jamás me golpearía porque cree que no necesita hacer uso de la fuerza para ganarme. Se acerca más y retengo las ganas de retroceder. No cederé. Cuando el olor de su colonia me invade la nariz, hago una mueca. Las náuseas me revuelven el estómago.

—¿Qué has dicho? —susurra, despacio.

—No te acerques a mí.

—Repítelo.

—Ya no te tengo miedo —repito, mucho más firme.

Matthew amplía la sonrisa. Cree que le miento.

—¿Estás segura?

—El único cobarde aquí eres tú.

Me gustaría haber sido yo la que hubiera pronunciado esas palabras. Matthew se separa de mí y se dirige hacia la persona que se ha involucrado.

Sin embargo, en cuanto sigo la dirección de su mirada, todo se detiene a mi alrededor. Creía que esa voz pertenecía a Wesley, pero me equivocaba.

—Se acabó —dice Noah—. Vete a clase, Matthew.

Me he quedado paralizada. Lentamente, y sin cruzar ni una sola mirada conmigo, Noah se coloca frente a mí. De esta forma, me oculta de Matthew. Me siento aliviada, esperanzada, asustada y nerviosa.

Se ha enfrentado a su primo por mí.

—¿Celoso, Carter? —se burla y arquea las cejas. Sonríe de nuevo —. No tienes de qué preocuparte. Solo teníamos una… conversación de adultos. Nada importante, de verdad.

Noah aprieta los puños. Tiene los músculos en tensión.

—¿Qué coño haces? —pregunta.

No parece enfadado; al contrario, noto la decepción en su voz, pero Matthew todavía lo provoca.

—¿O tienes miedo de que ella también me prefiera a mí?

Ha sido un golpe bajo. A nuestro alrededor, el público estalla en abucheos. Los miro y trato de recordar cada una de sus caras. Todos son culpables de lo que ha pasado aquí. Tienen las manos manchadas de sangre. Puede que no hayan golpeado a Jason, pero tampoco lo han defendido y eso los convierte en cómplices.

—Es suficiente —susurra Noah, y sé que está a punto de ceder ante sus impulsos. Nunca me ha contado cómo fue su conversación con Matthew, pero, a juzgar por la tensión que llena el ambiente, no fue bien.

Su primo sonríe con petulancia. Quiere que pierda los estribos. Noah es mucho más listo y seguro que sabe cuáles son sus intenciones, pero todos tenemos un límite y creo que Matthew está a punto de cruzar el suyo.

Pero no lo permitiré. Antes de que lleguen a más, los rodeo y me planto en medio del círculo para dirigirme única y exclusivamente hacia la multitud.

—Señoras y señores —exclamo a la vez que alzo los brazos. Las miradas de todos los presentes, incluidas las de Noah y su primo, recaen sobre mí. Si Matthew quiere dar un espectáculo, eso haremos—. Me llamo Abril Lee. Estoy en último curso y escribo en el periódico del instituto. Dirijo una columna sobre el talento que, hasta este momento, era anónima. Yo escribí el artículo sobre Noah Carter. No tiene sentido seguir ocultándolo.

No sé qué digo. Las palabras brotan de mis labios sin pensarlas.

Aguardo durante un instante a la espera de que el público reaccione, pero la vida real no es como las películas. En lugar de vítores o exclamaciones de sorpresa, tan solo me gano algunas miradas curiosas. Me aclaro la garganta.

—Por eso, me gustaría anunciar que mi próximo artículo será sobre nuestro querido capitán, Matthew Blackwell. Estoy deseando que lo leáis y tengáis más información acerca de un talento realmente peculiar que tiene. Hace años que se dopa sin que el entrenador lo sepa. Sabe mentir muy bien. Es admirable, Matthew. Felicidades.

Tras esta confesión, todo sucede muy rápido. El público estalla en murmullos y sé que el rumor pronto se correrá como la espuma. Matthew perderá el puesto de capitán en menos de una semana. Lo sabe, y eso lo lleva a reaccionar de forma violenta. Se abalanza sobre mí y obliga a Noah a retroceder y arrastrarme con él. Mi corazón da un vuelco.

De pronto, Oliver aparece y sujeta a Matthew con la ayuda de otro chico. Sin embargo, él se retuerce para liberarse de su agarre y llegar hasta mí. Cuando se suelta, los chicos ya han formado una barrera que lo separa de nosotros.

Está furioso y, aunque intente ocultarlo, también está aterrorizado.

Nunca debí confiar en Matthew, pero no fui la única que cometió errores cuando salíamos juntos. Él también se fiaba de mí. Me contó cosas que nadie sabía y juré que las guardaría en secreto. Pero, como las suyas, mis promesas ahora están vacías. Le conozco mejor de lo que le gustaría.

Y, cuanto mejor conoces a una persona, más fácil resulta destruirla.

—Eres una zorra —me espeta, con asco—. Una zorra y una hija de…

Oliver interviene antes de que termine la frase.

—Suficiente, musculitos —pronuncia, impasible, mientras lo empuja para llevárselo de aquí—. Lárgate antes de que llegue el entrenador y te echen del equipo.

No obstante, todavía nos observa furioso. Lucho por mantenerme firme, hasta que comprendo que no me mira a mí. Zarandea a Oliver para liberarse de nuevo y, se dirige a Noah.

—Inténtalo todo lo que quieras. Nunca serás como yo. Estás destinado a ser un segundón durante el resto de tu vida.

Acto seguido, se marcha de mala gana. Entonces, alguien grita que han llamado al director y la multitud se dispersa rápidamente. En cambio, yo permanezco en mi sitio porque todavía no he asimilado lo que acaba de ocurrir. Voy a necesitar un milagro para conservar el puesto en el periódico después de esto, y, sin embargo, no me importa. Estoy muy orgullosa de mí misma.

Eso no quita que el corazón me lata a toda velocidad. Noah tampoco se ha movido. Sigue frente a mí, dándome la espalda. Tiene los puños apretados y la respiración entrecortada. Cuando se gira, sus ojos buscan los míos y le sostengo la mirada hasta que la aparta.

Me analiza el rostro con cautela para asegurarse de que todo va bien. Espero que me lo pregunte y que se interese en saber cómo descubrí lo del dopaje, que me felicite por mi valentía o que se disculpe por lo sucedido el lunes y me pida que lo volvamos a intentar.

En su lugar, dice:

—Deberías tener más cuidado con lo que haces.

No me esperaba esa reacción. De pronto, estoy molesta.

—Sé perfectamente lo que hago.

—Pues no lo parecía.

—Te he salvado el culo, Noah. Como mínimo, podrías darme las gracias.

—Así solo conseguirás meterte en problemas.

—No necesito que te preocupes por mí. Puedo cuidar de mí misma.

—Nadie ha dicho que me preocupe por ti.

Eso me golpea directamente en el orgullo. Aunque me habla con desdén, sus ojos me transmiten algo distinto. Me cruzo de brazos y espero a que añada algo más. Sin embargo, cambia de opinión en el último momento y guarda silencio. Después, me observa durante unos segundos antes de marcharse.

Entre tanto, intento convencerme de que su frialdad no me duele y de que, en realidad, me trae sin cuidado, pero no es cierto. Necesito distraerme y, por eso, voy a buscar a Jason.

Capítulo 29
Volver a casa

Cuando llegamos a casa, Jason está tan mareado que corre al baño para vomitar.

Me ha costado mucho traerlo hasta aquí y estoy agotada. En estos momentos, me apetece dormir hasta que desaparezcan mis problemas. Sin embargo, lo sigo porque necesito asegurarme de que está bien. He descubierto que tiene pánico a la sangre y es prácticamente lo único que ha visto desde que hemos salido del instituto, así que la situación es complicada.

Le acaricio suavemente la espalda para consolarlo; Jason se inclina sobre la taza del retrete, estornuda y vuelve a sangrarle la nariz. Maldigo en voz baja. Genial. Lo que nos faltaba.

—Creo que no voy a llegar vivo a la cena —musita, se sienta en el suelo y apoya la cabeza contra la pared.

—No seas dramático. —A continuación, tiro de él para que se levante. Hago que se recline sobre el lavabo, con la cabeza hacia abajo. Sigue mis indicaciones y se lleva los dedos índice y pulgar a la nariz. Le recomiendo que apriete hasta que se corte la hemorragia. Afianzo mi agarre en torno a su brazo e intento poner la mente en blanco.

Prefiero no acordarme de cómo aprendí a hacer esto.

Los minutos transcurren con lentitud. No permito que Jason se incorpore hasta que estoy segura de que la sangre ha dejado de brotar. Entonces, le indico que se siente sobre la taza del váter. Está pálido debido al mareo y tiene heridas por toda la cara y la nariz enrojecida. Además, se le está poniendo un ojo morado. Verle así me revuelve el estómago.

Matthew es un monstruo.

—Necesitas hielo para eso —digo, y mi hermanastro asiente con la cabeza, distraído.

Solo tardo un momento en ir a la cocina y tomar lo primero que encuentro: una bolsa de almejas congeladas. En otra ocasión, puede que Jason hubiera bromeado al respecto, pero, ahora, no tiene fuerzas ni para criticarme. Se la coloca sobre el párpado, todavía en silencio.

Rebusco por los armarios del baño hasta que encuentro un paquete de algodones y una botella de alcohol de curar. Me tiembla el pulso mientras preparo todo lo que necesitaré para curarle esas heridas. Habría preferido dejarlo en la enfermería, pero sé que Wesley tomó la decisión correcta al no llevarlo allí.

Está más seguro aquí que en el instituto.

Aprieto los dientes. Espero que Matthew se pudra en un reformatorio.

—Estoy seguro de que si mi madre me viera, creería que me lo merezco —comenta, de pronto, y siento una punzada en el pecho—. Todavía no acepta cómo soy.

—No digas tonterías —respondo, e intento convencernos de que se equivoca.

Jason sube un hombro, pero no añade nada. Hace una mueca cuando presiono, con ayuda del algodón, una herida que tiene sobre la ceja. Suelto una risita mientras me disculpo y él pone los ojos en blanco.

—Gracias…, por intervenir —dice, pasados unos segundos—. Todos los demás se quedaron al margen. Matthew les asusta. Pero tú le has plantado cara por mí. Gracias.

—A mí no me da miedo. —Es lo único que respondo, aunque, para mis adentros, remarco que, al menos, ya no. Las cosas han cambiado y ahora me odio por haberle dado tanto poder sobre mí en el pasado. Me he cansado de dejarme intimidar. Durante estos últimos meses, he recuperado toda la seguridad que me arrebató y, esta mañana, cuando por fin le he hecho frente, me he sentido poderosa.

Sin embargo, sé que el mérito no es solo el mío.

—De todas formas, también deberías darle las gracias a Noah. Él tuvo mucho que ver.

Me duele hasta pronunciar su nombre. El hecho de que confesase aquello sobre Matthew fue porque necesitaba intervenir antes de que las cosas fueran a peor. Mi corazón todavía late con fuerza cuando recuerdo cómo se interpuso entre su primo y yo, pero esa sensación agradable desaparece cuando sus últimas palabras se repiten en mi cabeza.

«Nadie ha dicho que me preocupe por ti».

Me tiemblan las manos. Para que Jason no se percate, aparto la mirada y me apresuro a tomar otro algodón. Lo empapo de alcohol antes de ponérselo en la mejilla. Debido a los nervios, hago demasiada presión y Jason suelta un quejido. Me disculpo de nuevo, aunque no parece molesto.

—Soy una enfermera bastante inútil —comento con la intención de desviar el tema.

—Fue increíble —añade él—. Lo que dijiste. La gente hablará de ello hasta fin de curso.

Fuerzo una sonrisa.

—No he mentido.

—Lo sé. Noah me lo contó. Se enteró poco antes de que Matthew se mudase a su casa.

Asiento. Daba por hecho que él también lo sabía. Entiendo por qué no se ha atrevido a decir nada. Noah es demasiado bueno para hacer algo así. Sabe tan bien como yo que, de ahora en adelante, la vida de Matthew será muy distinta. El rumor se extenderá rápidamente y, cuando llegue a oídos del entrenador, no tardará en perder su puesto como capitán del equipo. Esas son las consecuencias de ser un mentiroso.

En realidad, no creo que esto sea una venganza. Más bien, he hecho justicia. Tan solo le he abierto los ojos al mundo. Los errores los ha cometido Matthew.

—¿Por eso vive allí? —insisto y Jason asiente con la cabeza.

—Cuando su madre se enteró, tuvieron una pelea tremenda.

—No debe de ser muy agradable descubrir que tu hijo se dopa.

—No es solo eso. Imagina pasar nueve meses con un niño en el útero y que luego, al parirlo, te salga un Matthew. Yo le habría puesto una hoja de reclamaciones al hospital.

Su comentario me toma por sorpresa y me río. Mi hermanastro me observa mientras sonríe. En sus ojos veo que quiere unirse a mis

carcajadas; no obstante, sospecho que, si no lo hace, es porque sabe que le dolerá. Eso me parece todavía más gracioso, pero intento tranquilizarme.

Cuando consigo acallar mi risa, tomo un último algodón para desinfectarle la herida que está sobre su labio y no tiene tan mal aspecto como las demás.

—Es probable que lo expulsen —observo, ahora que estamos en silencio—. A Matthew.

—Se lo merece.

Sus palabras transmiten odio.

Me muerdo el labio. No debería preguntar, porque se supone que ya no me importa lo que le pase, pero no me resisto.

—¿Y a Noah?

Jason entiende que estoy preocupada y sacude la cabeza.

—No os pasará nada. A ninguno de los dos. Solo me defendíais. —Pero no me tranquilizo del todo. Sé que el señor Miller me echará del periódico en cuanto se entere de lo ocurrido. Jason me escudriña durante unos segundos como si quisiera leerme la mente. De pronto, advierte—: Os habéis peleado, ¿verdad?

El corazón me da un vuelco. Nerviosa, me apresuro a recoger todos los algodones y a tirarlos a la papelera del baño. Después, me levanto del suelo. Evito su mirada y eso es respuesta suficiente. Supuse que esto sucedería tarde o temprano, pero guardaba la esperanza de que tardara, al menos, unos días más en enterarse.

Planeo evadir el tema, pero Jason se me adelanta.

—Sé que os pasa algo —insiste, aunque sacudo la cabeza—. He notado que últimamente no habláis mucho. Supongo que no lo sabes, pero Noah lleva días deprimido y no creo que sea culpa mía, porque he dormido varias noches en su casa y antes no estaba tan amargado. Soy un huésped agradable. El otro día incluso le hice el desayuno, y eso que no sé cocinar.

—No hace falta que sepas cocinar para hacer unas tostadas —respondo. Trato de redirigir la conversación, pero no da resultado.

—También le serví zumo de naranja. Recién traído del súper —bromea. Quiere hacerme reír, pero no es capaz, así que retoma el tema—: Cuéntame qué ha pasado. A lo mejor puedo darte algún consejo.

Pestañeo. Eso era lo último que me esperaba. Matthew debe de

haberle dado un buen golpe en la cabeza porque, de repente, Jason se ha convertido en alguien… agradable, y no me gusta.

Su compañía era mucho menos incómoda cuando no se metía en mis asuntos. ¿No tendrá un botón de *reseteo* en algún lado?

—Si tanto te interesa, puedes preguntárselo a él. Eres su mejor amigo —respondo con sequedad. Jason hace una mueca.

—Aún estamos arreglando las cosas. Además, Noah nunca habla de sus problemas con nadie.

Eso me sienta fatal. Todavía tengo nuestra discusión muy reciente. Conmigo, al menos, Noah siempre ha sido sincero. Me habló sobre cómo se sentía respecto a la traición de Jason, me contó que creía que la gente se acercaba a él para conocer a Matthew y que le asustaba plantarle cara. Compartió conmigo sus miedos y sus inseguridades.

Me pregunto si también fingiría entonces.

«No soy esa persona, Abril. Creo que te has equivocado conmigo».

Aprieto los labios. Se me ha formado un nudo en la garganta y siento que me ahogo.

—De todas formas, no creo que le apetezca hablar de chicas conmigo —continúa Jason, ajeno a mis pensamientos—. Después de lo que pasó con Amanda, seguro que cree que, ahora que sé que habéis peleado, intentaré algo contigo o algo similar.

La idea me horroriza. Sin embargo, no estoy de humor para reaccionar tan mal como me gustaría. Me limito a poner una mueca de asco que parezca real.

—Repugnante —musito. Él se estremece.

—Más que eso: traumático.

Esbozo una sonrisa falsa, que se convierte en una de verdad cuando Jason estalla en carcajadas y la herida del labio lo hace gemir de dolor. Entonces, decido que debo olvidar a Noah tan pronto como pueda. Aunque para ello tenga que fingir que estos últimos meses no han existido.

—Bueno, ¿vas a contarme lo que os pasa o qué?

Pongo los ojos en blanco. Es muy pesado.

—Púdrete, Jason.

Me parece oír cómo me imita por lo bajo, con voz de niño pequeño, pero lo ignoro y me levanto para ir al salón. Reviso la

hora en el móvil. Son casi las dos del mediodía. Me he perdido varias clases y mañana tendré que llevar un justificante para que los profesores no me lo tengan en cuenta. Tras dejarme caer sobre el sofá, compruebo si me ha llegado algún mensaje nuevo.

Pero no hay nada.

Mi conversación con Noah aún está de las primeras. Frunzo los labios. Debería borrarla cuanto antes para no releerla en un futuro. Solo serviría para torturarme. Por desgracia, no soy capaz. Le doy al botón de archivar y dejo el móvil sobre la mesa.

Suspiro. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo.

Pero, entonces, ocurre algo que hace que Noah pase a segundo plano. Alguien forcejea con la cerradura y la puerta se abre justo cuando Jason llega al salón. Una mujer rubia, de unos cuarenta años, entra en la vivienda.

—Me han llamado del instituto. ¿En qué diablos pensabas?

Al escucharla, mi hermanastro retrocede por instinto. Yo también me levanto, pues temo que las cosas se pongan feas, pero Rose ni siquiera recae en mi presencia. Deja caer las bolsas que trae para acercarse a su hijo rápidamente.

—Pero mírate —susurra y le pone las manos en las mejillas. Le inspecciona las heridas, horrorizada. Por mucho empeño que haya puesto en curárselas, todavía tienen muy mal aspecto—. ¿Por qué has dejado que te hagan esto, cariño? Tú no… Tú no eres así.

Jason me mira y comprendo que quiere decir algo, pero no es capaz. Yo tampoco consigo mediar palabra alguna. Ambos estamos igual de sorprendidos. A Rose se le ha roto la voz y tiene los ojos llorosos.

—Ha sido culpa mía —asume, y mi hermanastro niega con la cabeza.

—Mamá…

La mujer se aparta de su hijo y se pasa las manos por la cara.

—Todo esto es culpa mía —añade, sin mirarlo—. Has hecho esto por culpa de todo lo que te dije. Lo siento, lo siento, lo siento.

Acto seguido, se quita los tacones y sube las escaleras a toda prisa. Puede que Jason quiera seguirla, pero no lo hace, sino que fija la mirada en la pared hasta que escuchamos un portazo en el piso de arriba. Lo siguen los sollozos. Tengo el corazón desbocado. ¿Qué diablos ha sido eso?

No tengo fuerzas para hablar. Me vuelvo hacia Jason a la espera de que rompa el silencio. Él también me mira, con los ojos enrojecidos. Quiero abrazarlo, pero retengo las ganas.

Pasados unos segundos, suspira y dice:

—Creo que voy a volver a casa.

Esa noche apenas pego ojo. Aunque estoy agotada, tanto física como mentalmente, mi cerebro decide que es un buen momento para divagar. Pienso en Jason y en si arreglará las cosas con Rose. También en qué pasará con Matthew ahora que todo el mundo sabe que, además de un monstruo, es un mentiroso; pero la mayor parte del tiempo se la dedico a Noah y me odio por ello.

Me despierto más temprano de lo normal, me visto y me despido de papá antes de salir hacia el instituto. De nuevo, estoy sola durante todo el camino. Jason ha pasado su última noche fuera y ahora camina con Noah a unos metros por delante de mí, pero no les digo nada. Tomo un rodeo para no cruzarme con ellos al llegar.

Sin embargo, la suerte parece estar en mi contra. No encuentro a Akira y Wesley a la hora del almuerzo, así que hablo con el señor Miller para suplicarle que no me expulse del periódico, aunque dudo que me quede alguna oportunidad.

En realidad, no planeo escribir ningún artículo sobre Matthew. Sería una pérdida de tiempo y no estoy dispuesta a prestarle más atención. Solo utilicé mis reportajes como excusa para contarle su secreto a todo el mundo. ¿Eso me convierte en una mala persona? Puede. Seguro que sí. En fin, no me importa.

A esta hora, todos están en la cafetería, así que me sorprende que el pasillo que lleva al aula del periódico no esté vacío. Al fondo, distingo la imponente figura de Oliver Roe, el hermano de Akira. Sé que es amigo de Noah y me pongo nerviosa cuando paso a su lado, pero no me dice nada.

Me detengo junto a la puerta y tomo aire antes de abrirla. Entonces, me topo de frente con la persona que estaba a punto de salir. El aire se me congela en los pulmones.

Noah también se queda paralizado. Deduzco que, como yo, no esperaba que nos encontrásemos aquí. Me mira a los ojos y, durante un segundo, quiero preguntarle a qué ha venido y decirle que lo siento, que espero que esté bien y que esta situación es una tortura, pero, en ese momento, recuerdo lo que me dijo ayer y también los comentarios hirientes del lunes, y las ganas desaparecen.

—Muévete —demando con impaciencia. Casi me siento mal por hablarle así.

Noah levanta las cejas, pero se aparta sin decir nada. Una vez que ha salido, me adentro en la redacción, cierro la puerta y me apoyo contra ella. Cierro los ojos mientras intento que el corazón se desacelere.

De pronto, el señor Miller sale del despacho, que está tras la puerta que hay a mi derecha, y suelta un gruñido al verme. Actúa como si mi presencia le molestase.

—Le he dicho a Carter que está decidido —dice. Parece enfadado—. ¿Tienes idea de lo mucho que me ha costado conseguir que te dejen venir? Ayer tuvimos claustro de profesores y… ¡sorpresa! Me contaron que una de mis periodistas se había involucrado en una pelea. Cuando os pido que viváis lo que escribís, no me refiero a que os lo toméis tan al pie de la letra.

—Lo siento mucho —me apresuro a responder, nerviosa—. No quería… Pero…

—Me da igual. No escribirás ese artículo sobre Matthew-Blackwell. Y deberías darme las gracias por haberte ayudado. El director ha estado a punto de cancelar nuestra excursión, pero lo he convencido para que no lo haga. Y ahora venís tú y ese bailarín de pacotilla a decirme que creéis que es mejor que no asistas al certamen. —Suelta una risa amarga. A continuación, me pone un dedo frente a la nariz y lo mueve de lado a lado—. De ninguna manera, niña. Tú insististe en ir y ahora te enfrentarás a las consecuencias. Y más te vale aprovechar la oportunidad y escribir un buen artículo, porque te juegas el puesto en el periódico.

Tras esto, el profesor habla acerca de las secciones que inauguraremos en la próxima edición, pero lo ignoro.

De repente, me siento mal de verdad, y no sé si es porque podría perder la columna, porque tendré que asistir al certamen o porque, al parecer, Noah ha intentado que no lo acompañe.

Capítulo 30
Romper las reglas

Ojalá no me hubiesen obligado a venir.

Resoplo con fastidio. Los asientos del autobús son tan incómodos que esta es la trigésima vez que me recoloco en los cincuenta minutos que llevamos de trayecto. A mi lado, el señor Miller habla sobre algo que no me interesa. En realidad, hace mucho que he desconectado de la conversación.

Lo único que impide que me ponga los auriculares es que sospecho que él se lo tomaría como una falta de respeto y, visto lo visto, no quiero enfadarlo. Que conserve o no el puesto en el periódico depende de lo que pase en esta excursión. Además, la música siempre me hace pensar y, después de lo sucedido, me parece una tortura.

Por suerte, Noah no viaja en el autobús. Supongo que la academia habrá reservado uno para los bailarines. Casi lo imagino, sentado junto a Karinna. Me pregunto si le habrá contado que hemos discutido. En realidad, dudo de si se lo habrá contado a alguien o si, en realidad, no le importo lo suficiente como para perder así el tiempo.

Pensar en ello me duele. Cierro los ojos, cuento en voz baja y me prometo que, cuando llegue a tres, habrá salido de mi cabeza. Sin embargo, cuento hasta que llego a veinte y comprendo que, haga lo que haga, lo echaré de menos.

Ojalá las cosas no fueran tan complicadas.

Ojalá no hubiese mentido y hubiese sido él desde el principio.

Quizá, entonces, no sentiría que me falta algo.

—Estamos a punto de llegar al primer museo. ¡Toma ya! —

comenta el señor Miller con falso entusiasmo mientras revisa un folleto que se ha sacado del bolsillo. Intento concentrarme en lo que dice. Necesito dejar de pensar—. Según esto, es un lugar apabullante, fascinante, impresionante y otra decena de adjetivos terminados en ante. Muy bien. —Levanta la cabeza para mirarme—. Solo espero que también sea interesante, porque me quedaré dormido como pasemos dos horas rodeados de animales de cera. Tú haz fotos a todo y mantén la boca cerrada. No quiero que me llamen la atención porque una de mis periodistas es demasiado parlanchina.

—Descuide —contesto mientras miro por la ventana. Después de haber pasado casi una hora rodeados de campos de cultivo, parece que por fin nos adentramos en la ciudad—. No conozco a nadie aquí.

La excursión anual de biología siempre se organiza para los alumnos de primer curso. Debo de ser, como mínimo, cuatro años mayor que todos ellos. Esto no sería un problema si no hubiera discutido con Noah, pero, considerando que intentó convencer al señor Miller para que no me dejase venir, creo que me comportaré todo el viaje como una asocial.

Como siempre decía mamá: «Mejor sola que mal acompañada».

Además, siempre me quedará mi querido profesor de literatura.

—¿Le gustan los animales? —cuestiono y me vuelvo hacia él. El señor Miller eleva una de sus peludas cejas. Necesito hablar de algo que me ayude a dejar de pensar en Noah y en que lo odio con todas mis fuerzas, pero también lo echo de menos.

—Siempre que no ladren, maúllen, naden, cacareen o mujan, sí.

—Le gustan los bichos —asumo, pero sacude la cabeza.

—Los roedores. De hecho, he adoptado uno que mi mujer encontró en la calle. Se llama Max. Creemos que es un hámster. Espera, creo que mi sobrina le hizo una foto con este chisme. —Maniobra para sacarse el móvil del bolsillo. Con un solo dedo, golpea agresivamente la pantalla hasta que abre la galería. Debido al esfuerzo, las gafas se le han resbalado hasta la punta de la nariz —. Aquí está. Mira. ¿A que es adorable?

A continuación, me enseña una fotografía donde, de primeras, aparece una bola de pelo. Al mirar más de cerca, me parece distinguir un par de ojos saltones y una larga cosa rosada. Echo la

cabeza hacia atrás y miro al profesor.

No estudio biología, pero estoy bastante segura de que los hámsteres tienen la cola mucho más corta.

—¿Está seguro de que no es una rata?

Enseguida me arrepiento de lo que digo. Al escucharme, el hombre pone una mueca, ofendido, y me arrebata el móvil de las manos.

—¡Paparruchas! —exclama y mira la fotografía de nuevo—. ¡Max es demasiado elegante para ser una sucia… rata! —añade y se estremece.

—Está bien. Lo siento, lo siento.

—Es la mascota más fiel que hemos tenido. Mi mujer le ha cogido tanto cariño que, por las noches, siempre se lo trae a la cama. Nos da pena que duerma solo en la jaula.

Creo que voy a vomitar.

—Adorable —añado y fuerzo una sonrisa. Sin embargo, no debe de resultar muy creíble, porque vuelve a poner los ojos mientras repite, con escepticismo:

—Una rata… ¡Una rata!

Decido cambiar de tema. No quiero que se enfade de verdad y me eche del periódico por el mero hecho de haber insultado a su roedor.

—Yo tuve una tortuga. Se llamaba Casiopea —le cuento—. Se suicidó.

La gente suele reírse con esto último, pero el profesor se limita a levantar un hombro. Desde que ha sacado el móvil para enseñarme la foto, no se ha separado de él.

—Seguro que la cuidabais mal.

Ahora soy yo la que se siente ofendida. ¡Casiopea vivía como una reina!

—En absoluto. Le dábamos de comer dos veces al día. Aún no entiendo por qué saltó por el balcón.

—¿Le dio a alguien en la cabeza?

Distingo un deje de burla en su voz y no me hace ninguna gracia.

—Por suerte, no.

—Lástima —opina a la vez que chasquea la lengua—. Si me hubieras traído un artículo en el que contaras algo como eso a

principio de curso, ahora serías la redactora jefe.

—La próxima vez que una de mis tortugas se suicide, me aseguraré de dejar constancia —le espeto, un poco enfadada. Sin embargo, el señor Miller no se percata de mi tono. Asiente con la cabeza y continúa absorto en su teléfono.

—Un buen periodista siempre está alerta.

Este hombre me cae mal. No solo eso: me saca completamente de quicio. Por desgracia, eso no quita que sea algo parecido a mi jefe y que de él dependa que conserve el puesto en el periódico, por lo que paso el resto del trayecto mirando por la ventana.

No tardamos en llegar a nuestro destino. El autobús se detiene frente a un edificio enorme lleno de ventanales. De pronto, todos se ponen en pie y salen del autobús a la vez, así que espero hasta que termina la avalancha. El señor Miller no debe de ser tan tonto como creía, porque hace lo mismo.

Así que somos los últimos en abandonar el vehículo.

El resto del día transcurre de forma monótona. Como el certamen no es hasta mañana, nos vemos obligados a seguir a nuestros compañeros de autobús y a pasar toda la tarde de museo en museo.

El primero está dedicado a nuestra fauna autóctona. Tiene cuatro plantas que están repletas de figuras de cera de animales. Mientras los demás atienden al guía, yo me paseo y fotografío todo lo que me parece interesante. Antes de irnos, advierto que se ha formado un corro en torno a una de las pantallas táctiles que hay en medio de la sala.

Cuando me acerco, descubro que se trata de un documental muy explícito sobre la reproducción de los castores. De pronto, el señor Miller aparece para dispersar a la multitud y prohibirme que incluya eso en mi artículo. Me obliga a enseñarle las imágenes pasa asegurarse de que no he sacado ninguna fotografía y creo que es una lástima. Si de verdad quisiera vender periódicos, me dejaría escribir todo un reportaje sobre esto.

A la gente le gusta lo políticamente incorrecto.

Si no menciono nada al respecto, es porque creo que sigue enfadado conmigo por el tema de la rata.

A las nueve de la noche, las profesoras que han venido en el autobús nos dicen que llevarán a sus alumnos a cenar. El señor

Miller, que se responsabilizará de mí hasta que acabe la excursión, me propone que nos unamos, pero le explico que estoy cansada y que necesito recobrar fuerzas para mañana, por lo que vamos directamente al hotel.

Es un edificio pequeño, pero, considerando el precio que hemos pagado y que está en el centro de la ciudad, está bastante bien. Antes de dejarme subir a la habitación, el profesor insiste en que debería comer algo. Tras asegurarle que no tengo apetito, salgo a toda prisa de la recepción. Según mi tarjeta, mi dormitorio es el número quinientos diecinueve.

Quinta planta. Al principio, me gusta la idea. Debe de haber unas vistas increíbles desde ahí arriba. Sin embargo, en cuanto compruebo que no hay ascensor, las vistas dejan de importarme porque dudo que siga viva después de subir tantas escaleras.

—No puedo tener tan mala suerte —murmuro mientras empiezo con el suplicio. Cada vez que llego a un descansillo, me detengo para tomar aire. Sé que no debería, pero presto atención a todas las voces que escucho por los pasillos, por si alguna es la suya. Pero hay miles de hoteles en la ciudad y este, en concreto, está bastante lejos del lugar donde se celebrará el certamen, de manera que es poco probable que coincidamos.

En efecto, no hay rastro de Noah cuando llego a mi habitación. Introduzco la tarjeta en el lector, entro tranquilamente y coloco la maleta junto a la puerta antes de tumbarme en la cama. Es de dos plazas y eso me hace tan feliz que ignoro el aspecto descuidado que presenta el resto del mobiliario.

Cierro los ojos, tomo aire e intento convencerme de que, en realidad, es mejor que Noah no se aloje aquí. No habría soportado cruzarme con él. Sobre todo, después de cómo han ido nuestros últimos encuentros.

No obstante, por mucho que me esfuerzo, no me lo creo.

Sacudo la cabeza. Necesito pensar en otra cosa.

Me pongo el pijama antes de volver a acostarme en la cama. Después, tomo el teléfono para revisar los mensajes. Aunque busco una distracción, de pronto, me encuentro observando la nueva fotografía que Noah se ha puesto de perfil. Cuando pincho sobre la imagen, su sonrisa ocupa toda la pantalla.

Es reciente. De hecho, diría que se la ha hecho hoy porque creo

haber visto esos edificios por aquí cerca.

Bloqueo el móvil. ¿Qué diablos hago?

No debería prestarle atención. Su vida me trae sin cuidado. Enfadada, enciendo el teléfono de nuevo, salgo de su conversación y selecciono la de Wesley. Fuerzo una sonrisa. Hemos hablado esta mañana porque tenía una cita con Akira esta noche y estaba bastante nervioso.

Quiero saber cómo le va. Quizá sea porque estoy desesperada o puede que sea por mi instinto de mejor amiga, pero marco su número y pulso el botón de llamar.

Viene bien escuchar los dramas de otros de vez en cuando.

Mi amigo tarda dos tonos y medio en responder.

—Míster Wesley a su servicio —exclama, e imagino que sonríe. Después, susurra—: Espero que sea importante, porque ahora mismo estoy un poco… ocupado.

Pero ya no lo escucho. De repente, me siento como si alguien hubiera tomado los mandos de mi cerebro. Ya no controlo nada de lo que digo ni de lo que pienso y, aunque en un principio solo quería preguntarle cómo iba su cita, las palabras que salen de mi boca son completamente distintas.

—Necesito hablar contigo. Ya no lo soporto más. La he cagado, Wes. La he cagado muchísimo.

Se me rompe la voz. Entonces, comprendo que se ha acabado. Mi muralla se ha derrumbado y necesito cruzar los escombros para salir de la prisión que yo misma he construido. Se ha acabado.

Sé que mi mejor amigo está alterado incluso antes de que responda.

—Dame un segundo. Ahora mismo vuelvo —dice. Me preparo para decirle que está bien, que no se preocupe, que puedo esperar, pero, entonces, entiendo que no habla conmigo. La línea se queda en silencio. Cuando Wesley vuelve a hablar, ya no se oye ruido de fondo—. Vale. Cuéntame qué pasa. Ahora. Estás asustándome.

Tomo aire mientras me seco las lágrimas con la manga de la camiseta. No sé en qué momento he empezado a llorar, pero no puedo parar.

—¿Estás solo? —inquiero, muy bajito.

—Más que nunca. Me he encerrado en los baños y ahora mismo te hablo sentado sobre un retrete. ¿Tienes idea de lo cómodos que

son estos chismes en los restaurantes? Estoy sentado en un trono para ricos —bromea. Sin embargo, enseguida comprueba que no puede hacerme reír y cambia de actitud—. Te escucho. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sé. Sé que me escucha y que es la única persona que me entenderá. Así que se lo cuento todo.

Rompo las reglas porque ya no me importan, y le hablo sobre la lista, sobre Noah y sobre que creo que todavía no he superado lo que me hizo Matthew. También le cuento que puede que ese sea el motivo por el que me siento incapaz de confiar en nadie. Le explico que discutí con Noah hace días y le cuento todo lo que nos dijimos y lo mal que me he sentido desde entonces.

Me desahogo y, cuando termino, me siento vacía. Acabo de confesar algo que hace tiempo que arrastro y esta sensación se parece mucho a la libertad.

Entonces, Wesley dice:

—Tienes razón. La has cagado.

—Ayúdame —le pido. Aún no he dejado de llorar—. Quiero arreglarlo, pero no sé cómo. Sé que es culpa mía y…, de verdad, que intento…, pero no puedo… Es difícil, Wesley. Creo que Noah me odia, y lo entiendo porque…

—Antes de nada, tranquilízate —me interrumpe, tajante—. Cierra los ojos y respira. Hablaremos cuando estés más calmada. No me gustaría tener que llamar a urgencias porque mi mejor amiga se ha asfixiado mientras hablaba por teléfono.

Asiento con la cabeza, aunque no me vea, e intento dejar de llorar. Ojalá estuviera aquí y no a cientos de kilómetros.

Sin embargo, algo me dice que, si me hubiera mirado a los ojos, no me habría sincerado tanto con él.

A fin de cuentas, todavía soy una cobarde.

—¿Mejor? —me pregunta, al cabo de un rato. Me seco las lágrimas con los dedos.

—Sí, pero la he cagado —respondo, aunque mis sollozos se han apagado.

—Bueno, a eso ya estamos acostumbrados —se burla. Yo pongo los ojos en blanco, pero ha logrado hacerme reír—. De todas formas, no creo que tengas la culpa de todo. Noah tampoco ha hecho las cosas bien. Todavía no has pensado fríamente en lo que

ha pasado. Ahí está el problema. Necesitas aclararte.

—Aclararme, ¿sobre qué? —Me altero—. ¿Sobre si quiero que Noah siga en mi vida? Porque es evidente que…

—¿Estás enamorada de él?

Aprieto los labios. A diferencia de aquel día, cuando Noah me lo preguntó, ahora no me cuesta ser sincera.

—No lo sé.

—Pero te gusta.

—Tampoco estoy segura de eso.

—No seas dramática. Te gusta —me confirma—. Y, según tengo entendido, tú también le gustas. Asunto resuelto. Llámale, dile que lo sientes y todo arreglado.

—Las cosas no son tan fáciles, Wesley.

—Eso es solo porque vosotros queréis complicarlas.

—¡No es verdad! —exclamo. En cuanto me percato de que he subido mucho la voz, susurro—: Me mintió, ¿vale? Fingió ser quien no era para completar la lista y lo hizo solo para…

Me interrumpo antes de terminar la frase. Pero ya es demasiado tarde.

—¿Para qué? —me presiona Wesley. Como guardo silencio, continúa en mi lugar—: Noah quería gustarte. La única oportunidad que tenía de hacer que te fijaras en él era completando la lista. No creo que sea un mentiroso. Ni que haya fingido. Solo hizo lo que tú, indirectamente, le pediste. Está claro que ha cometido muchos errores, pero…

—Lo defiendes porque sois amigos. —Me molesta tanto oírle decir eso que no mido mis palabras—. Olvídalo. Esta conversación no tiene sentido.

Ahora, además de perder a Noah, voy a perder a mi mejor amigo. ¿Algún día dejaré de meter la pata?

Pero Wesley tiene mucha paciencia y lo deja pasar.

—Lo defiendo porque le importas.

Me duele escucharlo. Niego con brusquedad.

—Eso no lo sabes.

—Claro que sí y, en el fondo, tú también. Cumplir con la lista no es lo único que ha hecho. Te apoyó con el periódico desde el principio. Te dio una lista de gente con talento porque sabía que la necesitarías para escribir los artículos. Cuando Érica te dijo todas

esas cosas en el comedor, te defendió en cuanto te fuiste. Por el amor de Dios, si hasta se perdió su fiesta de cumpleaños porque prefería estar a solas contigo. ¿Cómo no vas a importarle?

Me muerdo el labio con fuerza. En estos momentos, agradezco que Wesley esté lejos; no soportaría que viera cómo se me humedecen los ojos. Me trago las ganas de llorar e intento reavivar la voz.

—No sé si todo eso fue real o no. Entiéndeme —le suplico, y él suspira.

—Te lo he dicho antes. No creo que Noah haya fingido contigo. Vale, puede que haya hecho cosas que, si no hubieran estado en la lista, jamás se le habrían ocurrido, pero ¿qué importa eso? —Hace una pequeña pausa—. El problema eres tú. Le tienes tanto miedo a enamorarte que no dejas de ponerte obstáculos. Sé sincera, ¿qué valoras más: los puntos que completó o cómo lo hizo? ¿O es que ni siquiera te has parado a pensar en ello?

Frunzo los labios. Odio admitirlo, pero tiene razón.

Escribí la lista creyendo que me enamoraría de quien la completase. Por eso, nunca me he planteado qué habría ocurrido si esa persona no hubiera sido Noah. ¿Habría sido igual de efectiva? Ha jugado con los puntos a su antojo. Me hizo adorar aquellos que creí que odiaría, e incluso logró que quisiera cambiar muchos otros porque sus versiones me gustaban más que las mías.

Noah hizo suya mi lista. La transformó. Si nunca se lo dije, fue porque tenía miedo. ¿A qué? No lo sé. Tal vez Wesley tiene razón y, en el fondo, todavía temo caer en las garras del amor. Las caídas siempre son dolorosas.

Cuando escribí la lista, estaba segura de que nadie sería capaz de cumplirla. Por consiguiente, nunca me enamoraría. Adiós al sufrimiento. La única persona que podría terminarla sería mi chico perfecto y me he percatado demasiado tarde de que no existe.

Doy por hecho que Wesley está esperando a que responda. Como guardo silencio, habla en mi lugar. Parece agotado.

—Descansa esta noche. Piensa en ello y mañana me llamas para contarme qué has decidido. Sea lo que sea, creo que deberías hablar con él. No tiene sentido que lo paséis mal por esta tontería.

Ahora sí que estoy de acuerdo con él. Asiento, distraída, hasta que recuerdo que no me ve y me apresuro a contestar en voz alta.

—Tienes razón. —De inmediato, añado—: Gracias por escucharme. Creo que necesitaba hablar de esto con alguien.

Aunque le resta importancia, yo insisto porque estoy realmente agradecida. Ahora tengo las cosas claras. Wesley será un idiota sin remedio, pero da muy buenos consejos. Además, reconozco que también me siento más tranquila. Más libre. Hacía tiempo que cargaba con mis problemas y, poco a poco, mi silencio me había consumido.

Contarlo ha hecho que me sienta más ligera. Como si ya no me pesaran los hombros y pudiera echar a volar de nuevo.

—Siento no habértelo contado antes. No sé en qué pensaba.

—No te preocupes. Al principio, me molestó un poco, pero se me pasó el enfado en cuanto admitiste en voz alta que eres idiota.

Frunzo el ceño. Creo que me he perdido algo.

—No recuerdo haber dicho eso.

—¿Ah, no?

Se ríe y, entonces, entiendo que bromea. No cambiará nunca.

—Voy a colgar, que lo sepas.

—La que has liado. Ya decía yo que últimamente no quedabas conmigo. ¡De dónde ibas a sacar tiempo, si tu vida se ha convertido en un drama!

Me saca una carcajada y permito que los pulmones se me vacíen y el silencio nos consuma.

—¿De verdad crees que es bueno para mí? —le pregunto.

Me extrañó que me dijera eso en su día porque no suelen caerle bien los chicos con los que salgo.

—Supongo que tú no te has dado cuenta, pero, siempre que estáis juntos, sonríes como una idiota —responde, con burla—. Es agradable ver que tu mejor amiga vuelve a sonreír de esa manera. Me alegro de que, por fin, hayas encontrado a alguien que te trate como mereces.

Sus palabras hacen que se me encoja el corazón. Parece sincero. Si ahora mismo estuviésemos cara a cara, le daría un abrazo. Por desgracia, nos separan cientos de kilómetros, así que me conformo con expresarle mi gratitud por teléfono.

—Gracias por ser mi amigo, Wes.

Imagino que él también sonríe.

—Piensa en lo que he dicho —insiste e ignora mi último

comentario—. Mañana te llamaré para preguntarte qué decisión has tomado. Ahora tengo que dejarte. Debería salir del baño antes de que Akira tire la puerta abajo. Lleva un buen rato sentada sola en la mesa.

De pronto, me siento mal porque había olvidado su cita. Aprieto los labios con pesar. A veces, soy muy egoísta.

—Es verdad. Lo siento.

—No importa. Si está enfadada, se le pasará cuando le cuente que estás así por Noah. A este paso, seguro que gana la apuesta.

Subo las cejas.

—¿Qué apuesta?

—¿Qué?

—Wesley…

—Bueno, tengo que dejarte. Hablamos mañana.

—¡Wesley!

—Adiós.

Abro la boca para prohibirle que me cuelgue, pero ya ha finalizado la llamada. Cuando miro el teléfono, mi reflejo me devuelve la sonrisa. No voy a enfadarme porque, en realidad, me parece divertido. Mis amigos son un par de idiotas.

De nuevo, mi lista de conversaciones aparece en cuanto desbloqueo el móvil. Durante un instante, pienso en enviarle un mensaje a Noah. Nada que suene demasiado serio. Podría preguntarle cómo ha ido su día o si está nervioso por el certamen de mañana. Incluso redacto algo que me suena bien. Sin embargo, cuando estoy a punto de enviarlo, recuerdo nuestra discusión y me arrepiento.

No creo que Wesley se equivoque cuando dice que le importo, pero ambos hemos metido la pata y un estúpido mensaje no arreglará las cosas.

Sinceramente, no sé qué lo hará.

Como si tratara de distraerme, mi estómago ruge. Enseguida me arrepiento de no haber ido a cenar con el señor Miller. No he traído comida. No obstante, me parece haber visto una máquina expendedora en el cuarto piso.

Me levanto de la cama y me miro en el espejo que está junto al armario. Aunque voy en pijama, no tengo tan mal aspecto. De todas formas, tampoco tengo mucho que hacer aquí. Me vendrá bien salir

y despejarme un poco. Así que voy a comprobarlo.

Cojo dinero, la tarjeta que abre la habitación y salgo al pasillo en busca de mi ansiada máquina expendedora. En efecto, solo necesito descender una tanda de escaleras para verla: cuadrada y rojiza, majestuosa, la salvación al hambre se alza ante mí. Me acerco a ella tan contenta que casi doy saltos de alegría y, entonces, todas mis ilusiones se rompen en mil pedazos.

«Fuera de servicio».

Lo que decía. No puedo tener tan mala suerte.

Me rindo. He aceptado que el universo está en mi contra. Me moriré de hambre si hace falta. Solo hay una cosa que nadie me impedirá: irme a dormir.

Sin embargo, enseguida descubro que las cosas no van a ir como quiero.

Escucho risas que pertenecen a un chico y a una chica.

Y las reconozco.

Porque son las suyas.

Al fondo del pasillo, completamente ajenos a mi presencia, Karinna y Noah salen de una de las habitaciones y se detienen a charlar en el pasillo.

Capítulo 31
Con los pies en la tierra

—¿Seguro que no quieres venir? —Escucho decir a Karinna.

El corazón se me desboca. Creo que estoy entrando en pánico. Nerviosa, miro en todas direcciones en busca de una posible vía de escape; necesito irme de aquí antes de que me vean y piensen que los espío.

Ese miedo irracional me hace entrar en modo ninja. Más sigilosa que nunca, corro hacia la pared más cercana. Me oculto tras ella, de manera que puedo escuchar su conversación sin que recaigan en mi presencia. Vale, me parece que ahora sí que los espío. Soy bastante patética. Analizo mi alrededor y comprendo que, para regresar a la habitación, tengo que subir las escaleras que están al otro lado del pasillo.

Y no puedo hacerlo sin pasar junto a su puerta. Genial.

Noah responde justo cuando maldigo mi mala suerte.

—Seguro. No te preocupes por mí. Ya te he dicho que estoy bien.

—Pues no parece que estés «bien» —replica ella—. Llevas todo el día distraído. Apenas has prestado atención en los ensayos. Si mañana la cagas, te mato. Quedas avisado.

No lo veo, pero lo conozco e imagino que habrá puesto los ojos en blanco.

—Eres un amor.

Karinna se ríe en voz baja y eso rompe el silencio que reinaba en el pasillo. Se me encoge el corazón. Sé que Noah la quiere como si fueran hermanos, sin embargo, no puedo evitar sentir celos. Me duele pensar que, si borrásemos estos últimos días de nuestras

memorias, ahora sería yo quien estaría allí con él.

En su lugar, estoy escondida detrás de una pared, en pijama y con un estómago que no deja de rugir. Dos palabras: soy penosa.

—Creo que deberías bajar a comer algo —insiste ella cuando su risa se apaga. Noah suspira con impaciencia.

—No tengo hambre, Karinna, ya te lo he dicho.

Asomo la cabeza con cautela. Entonces, la chica asiente, aunque no parece muy convencida. Se tira de la sudadera, que le queda bastante grande, para que le llegue hasta la mitad de los muslos.

—Descansa, ¿vale? Parece que no hayas dormido en los últimos días.

—Mañana estaré mejor. Solo necesito recuperar horas de sueño.

—Lo que tú digas.

—Ya tengo dos madres, no necesito una más, gracias.

—Está bien —dice ella—. Lo siento. Buenas noches.

Noah no se ha separado de la puerta desde que empezó la conversación. A raíz de eso, deduzco que debe de ser su habitación. La joven le dedica una sonrisa dudosa antes de echar a andar por el pasillo. Va en dirección contraria a donde me encuentro. Mi pecho se llena de alegría porque, por primera vez en mucho tiempo, parece que algo me saldrá bien y podré irme con la dignidad intacta.

Sin embargo, cuando empiezo a celebrarlo, vuelvo a oír su voz.

—Karinna. —La chica se gira. Lleva el pelo recogido en un moño descuidado—. Si la ves cuando bajéis a cenar, ¿puedes asegurarte de que está bien? Ha venido por mi culpa y esto debe de ser un infierno para ella. No conoce a nadie, excepto al señor Miller, que es un hombre bastante desagradable. Me amenazó con expulsarme cuando intenté que no la obligase a venir.

Enseguida comprendo que habla de mí y, a juzgar por su tono de voz, parece preocupado de verdad.

—No te preocupes, seguro que…

—Échale un ojo —insiste Noah—. Por favor.

De pronto, Karinna se echa a reír. Esta vez, con más fuerza que antes.

—Oh, Dios, estás loco por ella.

—No es verdad. —Me gustaría asomarme para verle la cara, pero no me muevo. Acto seguido, muy serio, añade—: Karinna, deja

de reírte. Y ni se te ocurra decírselo, que nos conocemos.

Cierro los ojos con fuerza. No sé cómo sentirme ahora mismo. Ojalá ella se hubiera presentado antes en mi habitación para decirme que Noah me echa de menos. O que, en realidad, sí que se preocupa por mí. Así tendría una excusa para perder el orgullo y disculparme de una vez por todas.

Por desgracia, la bailarina no comparte mi opinión.

—Mis labios están sellados —le asegura, poniéndose recta—. De todas formas, no creo que sea necesario. Seguro que ya lo sabe. Cualquiera se habría dado cuenta… Aunque supongo que la chica es un poco lenta, porque sigue encerrada en su cuarto, en lugar de estar aquí contigo.

—Odio que seas así —protesta Noah con el ceño fruncido. Parece avergonzado, aunque no más que yo. Karinna se ríe.

—Habla con ella. Intenta arreglar las cosas. No tiene sentido que lo paséis mal.

Me pregunto si Karinna habrá hablado con Wesley, porque los dos piensan exactamente lo mismo. Noah sacude la cabeza.

—¿Crees que no he pensado en ello? Hace días que lo hago, pero Abril no quiere saber nada de mí. Cuando discutimos, yo estaba enfadado por culpa de Matthew y dije cosas que no debería haber dicho. La presioné porque necesitaba escuchar lo que sentía por mí. Actué sin pensar y le pedí que no me buscase. —Suspira, rendido—. Deberías ver cómo me mira. Parece que me odia.

Asomada con cuidado, presencio cómo Karinna se queda sin palabras. Se limita a observar a Noah. Me muerdo el labio e intento retener las ganas de ir allí para quitarle la razón.

Es incoherente que piense eso. No podría odiarlo, aunque quisiera.

—Parece que tenéis ganas de complicaros la vida —comenta la chica, que le da un suave golpe en el hombro para aligerar el ambiente. Pero Noah no la escucha.

—¿Crees que serviría de algo? Que intentase hablar con ella.

Karinna sube un hombro.

—No tienes nada que perder.

—Dices eso porque no la conoces. Abril es muy escurridiza. A veces siento que, si meto la pata, se alejará y no habrá forma de hacerla volver. Es complicado intentar no cagarla nunca.

Se me forma un nudo en la garganta.

—No es complicado, es imposible. No existe nadie perfecto, Noah, y tu chica debería madurar y aceptarlo. Quizá, entonces, venga a buscarte.

Creo que voy a llorar otra vez. Karinna ha escogido las palabras adecuadas. De pronto, me siento muy culpable y el orgullo al que tanto me aferraba se rompe en mil pedazos. Pienso en todo lo que ha pasado estos últimos días y recuerdo las palabras de Wesley y el miedo que Noah tiene a que me aleje porque no es perfecto y yo sigo empeñada en encontrar a alguien que cumpla con mis expectativas y nunca cometa errores.

He cerrado los ojos para contener las lágrimas. Cuando los abro, veo que se abrazan. Noah duda al principio, pero la rodea por la cintura con los brazos. Entonces, el corazón me da un vuelco.

Karinna me mira.

Mierda.

Ha aprovechado que Noah está distraído para buscar mi mirada. El pánico me hace retroceder tan rápido que casi me tropiezo. No me detengo hasta que mi espalda choca con la pared.

Sabe que estoy aquí.

Mierda, mierda, mierda.

Necesito irme cuanto antes. Miro a mi alrededor e intento idear un posible plan de huida, pero lo único que se me ocurre es correr y no soy lo suficientemente rápida. Noah cierra la puerta de la habitación y, después, se oyen pasos por el pasillo que cada vez suenan más cerca.

No estoy preparada para enfrentarme a él todavía. Menos aún si Karinna está delante. Quiero escapar, pero es demasiado tarde, así que recurro a lo primero que se me pasa por la cabeza. Para disimular, como si de verdad fuera útil, enciendo el móvil y finjo estar pendiente de él mientras el pelo me cae sobre el rostro.

Justo entonces, alguien pasa junto a mí. Cierro los ojos y suplico que continúe con su camino, pero se detiene a mi lado, en silencio. Con el corazón a mil por hora, subo un poco la cabeza para verle la cara.

Karinna viene sola, pero eso no significa que esto sea menos vergonzoso.

—La máquina expendedora no funciona —digo al verla. La

señalo con un dedo y ella me sigue con la mirada—. Al parecer, en este hotelucho no venden nada comestible. Es una lástima, ¿verdad? En fin, tengo que irme. Buenas noches.

Fuerzo una sonrisa y me aparto el pelo de la frente. Dudo que me haya entendido. He hablado muy rápido. Además, seguro que ha notado que estoy nerviosa. Intento huir de nuevo, como una comadreja asustada, pero sus dedos me rodean la muñeca para impedírmelo. Sus largas uñas moradas se me clavan en la piel.

Levanto las cejas y Karinna me dedica una sonrisa.

—Habitación trescientos cuatro —añade sin más. Sus ojos me intimidan, aunque creo que lo hace sin querer—. No hagas que me arrepienta de no haberle obligado a bajar a cenar.

Dicho esto, se marcha. Me quedo quieta mientras se aleja. Sé qué pretende que haga, pero me niego. Aún no estoy lista. De todas formas, ni siquiera sé qué decirle. O si hablar con él serviría de algo.

Debería volver a mi habitación. Todavía tengo la discusión muy reciente y necesito tiempo para pensar en ello. Tendré que hacerle frente tarde o temprano, pero primero quiero tener claro qué le diré.

Camino lentamente por el pasillo y algo hace que me detenga cuando llego a la puerta de su dormitorio. Trago saliva. Ojalá fuese capaz de llamar, disculparme por todo lo que ha pasado y decirle que estoy confundida y que siento no haberle dicho antes que creo que es… No lo sé, que lo es todo, en realidad, y que gracias a él he cambiado.

Me muerdo el labio. Si tan solo fuera un poco más valiente…

Pero ya no me quedan más alternativas.

De pronto, la puerta se abre y retrocedo de un salto. Noah también se sorprende al verme. Tiene la camiseta a medio poner. Se queda paralizado durante un instante, pero reacciona enseguida y se apresura a meter los brazos por los agujeros de las mangas. Aprieto los labios y lo miro a la cara.

Esta vez, más que nunca, siento que el corazón se me va a salir del pecho. Está despeinado y tiene el pelo húmedo, como si acabase de salir de la ducha. Distingo unas oscuras aureolas moradas bajo los ojos que confirman lo que decía Karinna: no ha dormido mucho.

Ya no lo soporto más. De nuevo, me dejo llevar por un impulso.

—Tenías razón —digo—. Estoy enamorada de la lista.

No debería haber empezado por ahí. Al escucharme, la decepción se apodera de sus ojos y, aunque intenta disimularlo, no lo consigue; tanto mi confesión como mi presencia le han tomado por sorpresa. Me apresuro a continuar en cuanto abre la boca. Todavía no he terminado.

De hecho, solo era el principio.

—Mis relaciones no suelen acabar bien. Tuve mi primer novio con doce años y ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaba. Salí con más chicos después, pero terminé mal con todos porque no íbamos tan en serio. Éramos pequeños y nos lo tomábamos como un juego. Las cosas fueron así hasta el año pasado, cuando conocí a la primera persona que me hizo sentir que estaba enamorada de verdad. —Me cuesta pronunciar esas palabras. Mientras tanto, Noah me observa—. Matthew fue un auténtico… capullo. Se aprovechó de mis ilusiones para controlarme. Quería que fuese suya y solo suya. Que le necesitase como al aire para respirar. Controlaba todo lo que hacía: con quién salía, con quién no, cómo vestía y qué ropa no debía llevar. Abandoné el periódico solo porque él pensaba que era una pérdida de tiempo. Supongo que esa era su estrategia. Le gustaba hacerme sentir insegura.

»A veces, me daba la sensación de que Matthew me odiaba. No le gustaban mis bromas. Odiaba mi personalidad y mi manera de hablar, y siempre le molestaba que gritase o me riese con fuerza, o que cantase, bailase o le hablase sobre mis libros favoritos. Todo le parecía aburrido y llegó un momento en el que empecé a sentir que lo aburría porque no tenía nada interesante que contar.

Recordarlo en voz alta duele más de lo que pensaba. Me seco las lágrimas con el brazo y tomo una gran bocanada de aire. En cuanto advierte que estoy llorando, su mirada cambia por completo.

—Es suficiente —dice, pero sacudo la cabeza. No lo es.

—Sé que cuesta creerlo, pero antes no podía callarme nada —prosigo y dejo escapar una risa nasal y amarga que parece muy falsa. Es realmente irónico—. Siempre fui sincera con lo que sentía y Matthew se aprovechó de ello. Intentó alejarme de Wesley porque no soportaba vernos juntos. Creía que lo engañaba. Y, al final, la que sufrió el engaño fui yo. Mintió, hizo pública nuestra ruptura y me echó toda la culpa porque quería hundirme delante de todos.

Entonces, lo pasé mal. Mal de verdad. Peor que nunca. Le mostré mi parte más vulnerable y la usó en mi contra. Por eso, decidí que, de ahí en adelante, no volvería a mostrársela a nadie. Y escribí la lista.

Subo la mirada para mirarlo a los ojos. Todavía no me creo que esté contándole esto. Sin embargo, eso no significa que vaya a detenerme. Noah no rompe el contacto visual; sus ojos son oscuros y profundos, y en ellos veo que no tiene nada que objetar y que quiere que continúe.

—A la hora de escribirla, elegí los veinte puntos más absurdos que se me ocurrieron. También añadí tres reglas para complicar aún más las cosas. Solo con la primera, ya me aseguraba la victoria: nadie y, cuando digo nadie, es nadie, podría cumplir la lista sin conocerla. Por tanto, nunca conocería a ese chico perfecto que ansiaba encontrar y nunca tendría que enamorarme. No volvería a sufrir por amor. Era un plan magnífico. —Las palabras se me atascan en la garganta porque, en el fondo, todavía me cuesta decirlo en voz alta. Trago saliva—. Hasta que llegaste tú.

»Tú… lo fastidiaste todo. Te saltaste una de mis reglas y te propusiste completar la lista, aunque se supone que no podías, porque te habían roto el corazón. Al principio, creí que lo sobrellevaría. A fin de cuentas, mis puntos no eran más que locuras que escribí en un papel. El problema vino después, cuando me di cuenta de que me gustaba pasar tiempo contigo y cuando creaste puntos que jamás se me habrían ocurrido. Jugaste con mi lista a tu antojo, Noah. La transformaste. De no haber sido por ella, quizá nunca me habría fijado en ti, pero es solo porque estaba tan obsesionada con encontrar al chico perfecto que no podía pensar en otra cosa. Ahora que por fin he abierto los ojos, sé que, en realidad, no me importan los puntos que hayas completado, sino cómo lo has hecho.

»Cualquiera podría pedirme una cita, pero nadie me chantajearía para hacerme tomar la iniciativa como hiciste tú; y conozco a pocas personas en el mundo que, incluso odiándolas, se animen a ver conmigo todas mis películas de terror favoritas. Nos escapamos de tu cumpleaños y echaste a correr conmigo bajo la lluvia, aunque podíamos habernos matado, y me hiciste sentir tan… viva, cuando me besaste, que creo que nunca me había sentido así. También me enseñaste que no todo lo que oscila es un oscilador. —

Sonrío al recordarlo—. Y te inventaste una coreografía para mí porque estaba triste y querías distraerme. Y luego está la lista que me diste, llena de gente con talento. Lo mucho que me has apoyado desde que entré en el periódico, que respetas a mis amigos y se nota que los aprecias, y que cuidas de mí casi sin darte cuenta. Así que supongo que tenías razón. Estoy enamorada de mi lista, pero porque tú le has dado vida. —Los nervios se adueñan de mi estómago en cuanto pronuncio esas palabras. Noah me sostiene la mirada e intento, con todas mis fuerzas, no perder el coraje—. Me gustas, Noah. No entiendo por qué me da tanto miedo decírtelo. Lo que siento va más allá de eso. Estoy enamorada de ti, más de lo que nunca he estado de nadie, y siento no haberme dado cuenta hasta ahora. Estoy enamorada de ti.

Lo repito porque quiero que quede bien claro. Me lo he callado durante tanto tiempo que ahora solo quiero gritarlo con todas mis fuerzas.

Sin embargo, Noah no contesta y mi corazón se encoge porque, en el fondo, todavía tengo un poco de miedo. Me mira a los ojos, en silencio, como si no se creyera lo que digo. En otro momento, quizá habría bajado la cabeza, avergonzada, hasta que respondiese, pero ahora soy más valiente. Le sostengo la mirada como si no me sintiese intimidada.

Pasan unos segundos hasta que por fin reacciona. Entonces, sacude la cabeza, se muerde el labio y tira de mí para fundirnos a ambos en un abrazo que me toma por sorpresa.

Como un cristal agrietado, me rompo en cuanto me toca. Retengo un sollozo, aunque se me escapan las lágrimas, y aprieto mi agarre en torno a su cintura para que no se aleje. Tiene la piel caliente.

Apoyo la cabeza en su pecho, justo sobre su corazón, que también late con fuerza. Quiero disfrutar tanto como pueda de este momento porque, hace unas horas, creía que nunca volveríamos a estar así.

—Está bien, ¿vale? —susurra y me acaricia la cabeza con suavidad—. No pasa nada. Yo también lo siento. Por todo.

En realidad, me parece que no he terminado con las disculpas, pero me alegro de que haya dado por hecho que estoy arrepentida. Asiento mientras me separo un poco de él. Quiero mirarlo a la cara.

Entonces, el corazón se me rompe, porque no soy la única que tiene los ojos enrojecidos.

—Noah —murmuro, dolida, y él entiende por qué. Niega con la cabeza.

—Tienes razón, con lo de que Matthew es un capullo. Siento que hayas pasado por algo así.

Fuerzo una sonrisa.

—No lo sientas. No fue culpa tuya.

—No debería haberte presionado para que me lo contaras. Tampoco debería haber dicho todas esas cosas. El otro día, cuando me involucré en la pelea, lo hice por ti. No soportaba pensar que pudiera pasarte algo. Si mentí al decir que no me importabas, fue solo por…

No hace falta que termine la frase. Sé que, a veces, el orgullo puede jugarte malas pasadas. Noah se atraganta con las palabras y niego con la cabeza.

—No pasa nada. Dejémoslo en que ha sido un poco culpa de ambos.

Me dedica una sonrisa.

—Algún día decidiremos cuál de los dos es más imbécil —añade. Seguimos abrazados hasta que doy un paso atrás porque no me concentro si lo tengo tan cerca.

—Creo que lo soy yo, sin duda —opino. Noah sube un hombro.

—Estoy de acuerdo.

Me río y dejo que el pelo me caiga sobre las mejillas. Debo de tener un aspecto horrible, con el rímel corrido, en pijama y pantuflas, y con este peinado. Sin embargo, Noah me mira como si pensase todo lo contrario.

Entonces, un silencio muy raro se instala en el pasillo. Se supone que todo debería estar arreglado. He sido sincera con lo que siento y él se ha disculpado. No obstante, necesito que diga algo más. En concreto, esas cuatro palabras que tanto me ha costado pronunciar y que él todavía no ha admitido.

Preferiría no tener que pedírselo, pero sé que siente lo mismo y no me iré a dormir hasta que lo haya escuchado.

—¿Y bien? —lo presiono. El bailarín arquea las cejas.

—¿Qué pasa?

—¿No tienes nada que decir?

—¿No? No lo sé. —Finge pensarlo antes de continuar—: ¿Gracias por todo?

—Tienes que estar de broma.

Noah frunce el ceño. Parece que no se entera de nada.

—Vale, creo que me he perdido.

—Eres increíble —le espeto, y no lo digo en el buen sentido. Puede que sea por los nervios, pero estoy muy enfadada—. Acabo de confesarte todo lo que siento por ti y lo único que se te ocurre es darme las gracias. ¿Sabes a quién deberías agradecérselo? A los albañiles que construyeron este dichoso hotel, por hacer que las puertas se abrieran hacia dentro, porque, si pudiera, te juro que te estamparía una en…

No acabo la frase. De pronto, Noah se ríe y comprendo que me toma el pelo.

Su última carcajada muere en mis labios cuando se acerca y me besa.

Entonces, como si estuviésemos en una película, todos los buenos recuerdos que hemos compartido pasan frente a mis ojos. Pienso en nuestra discusión y en lo mal que lo he pasado estos días, y descubro cuánto lo he echado de menos. No solo a él, sino a todo lo que conlleva estar con él.

La seguridad que me transmite, el cariño con el que me trata y que me hace sentir más querida que nunca. A que, cuando estamos juntos, todos mis miedos desaparecen. Quizá esa sea la razón por la que ya no me asusta mostrarme vulnerable. Ahora me siento libre, como si volase, pero todavía tengo los pies en el suelo y eso evitará que vuelva a caer.

Así que decido confiar. Pero confiar de verdad.

Y, como siempre me piden sus ojos, me dejo llevar.

El tiempo se detiene a nuestro alrededor. Su boca me deja sin aliento y, aunque el contacto era suave al principio, ahora Noah mueve los labios sobre los míos como si quisiera demostrarme que él también me ha echado de menos. Noto el calor que emite su cuerpo cuando enreda los brazos en torno a mi cintura para atraerme más hacia él.

No sé qué hacer con las manos, así que le acaricio los brazos hasta llegar a los hombros. De pronto, oímos voces a lo lejos. Noah reacciona enseguida y, sin dejar de besarme, nos arrastra hacia el

interior de su habitación. Soy yo quien cierra la puerta cuando mi espalda choca con ella. Me apoyo en la madera y sus manos se me clavan en la cintura mientras meto las mías bajo su camiseta para acariciarle la espalda.

—¿Te molesta? —inquiere y arquea las cejas. Asiento.

—Es un incordio.

No hace falta nada más. Noah amplía la sonrisa y se quita la camiseta. Cruzamos a tientas el dormitorio hasta que llegamos a la cama y dejo que se siente antes de acomodarme a horcajadas sobre su regazo.

Entonces, vuelve a separarse para mirarme a la cara. Tiene los ojos grandes, oscuros y más brillantes que nunca. Ahora que ha roto el contacto, noto que me falta el aire. Mi respiración está muy acelerada. Además, el corazón me bombea tan rápido que creo que se me va a salir del pecho.

Aun así, lo único que me apetece es besarlo.

—¿Qué pasa? —susurro, e intento que no advierta mi impaciencia. Hace unos segundos que me observa en silencio y estoy poniéndome nerviosa. Noah sacude la cabeza. Todavía sonríe.

—Nada. —A continuación, me agarra de las mejillas y me besa por toda la cara. Me besa los párpados, la nariz, la frente y después regresa a mis labios, pero el contacto no dura tanto como antes.

—Te he echado de menos —confieso en voz baja.

Me encanta esta sensación. Con cariño, hundo los dedos en su pelo para desenredárselo. Mis caricias descienden por su rostro y, cuando le miro los labios, me percato de que están enrojecidos. Seguro que los míos están peor.

Noah apoya la mejilla en mi mano.

—Quiero decirte una cosa —susurra y se mueve para besarme la muñeca. Sonrío.

—¿Que tú también me has echado de menos?

—Sí, pero no me refería a eso.

Su expresión ha cambiado y ahora parece inseguro. Frunzo el ceño.

—Dime que no es algo malo —le suplico. Si así fuera, preferiría esperar hasta mañana, porque necesito vivir en este mundo idílico un poco más. Quiero disfrutar al máximo del momento.

Por suerte, Noah sacude la cabeza. Luego, suspira y destensa los

hombros.

—Es sobre lo de antes. Ojalá estas cosas se me dieran tan bien como a ti, pero las palabras no son lo mío.

—Está bien. Me basta con eso, Noah.

Cierra los ojos y niega violentamente.

—No, no te basta. Yo también estoy enamorado de ti. No tienes idea de cuánto.

—Las palabras sí que son lo tuyo.

Eso nos hace sonreír a los dos. Aún estoy sobre su regazo, pero el ambiente ha cambiado bastante. Aunque todavía tengo calor, ya no estoy tan abrumada como antes. Pese a eso, me tomo la libertad de volver a besarlo. Esta vez, mis movimientos son cuidadosos. No es un beso apasionado, como los que hemos compartido antes, que gritaban lo mucho que nos habíamos echado de menos.

Este es diferente. Porque, con él, quiero demostrarle que sus miedos son un sinsentido. Que no hay forma de que me vaya y no vuelva, y que voy a luchar —incluso contra mí misma— para quedarme.

Noah se recuesta sobre la cama. Cuando rompo el beso, me tumbe encima de él, apoyo las manos en su pecho y coloco la barbilla sobre ellas. Casi puedo notar los latidos de su corazón.

Estira el brazo para apartarme el pelo de la cara y me recorre un escalofrío.

—Eres maravillosa —dice. Mi corazón se desboca.

—¿Tú crees?

—Y fascinante —añade.

—Noah…

—Eres la persona más interesante que he conocido nunca.

De nuevo, siento un cosquilleo en el estómago. Que halaguen tu físico o tu inteligencia no es nada comparado con que digan que eres interesante, porque eso significa que tienes cosas que contar y que son importantes. Sonrío tanto que me duelen las mejillas. Entonces, recuerdo que estoy sobre él, pero, aunque siento vergüenza, no me muevo.

«Es Noah», pienso. No tengo motivos para sentir vergüenza cuando estoy con él.

—Gracias —le digo. Sacude la cabeza.

—No tienes que darlas.

—Estoy deseando verte bailar mañana —reconozco, para cambiar de tema—. ¿Estás nervioso?

Se encoge de hombros.

—Un poco, pero es por culpa de Karinna. Dice que tengo que dormir bien esta noche porque, al parecer, tengo cara de muerto.

—Estoy de acuerdo con ella. Tienes un aspecto horrible.

—Y, aun así, estás enamorada de mí.

Parece que le gusta repetirlo. Sonrío.

—Lo estoy —admito—. Pero eso no significa que deje que te quedes despierto hasta tarde. Debería irme.

La sonrisa le desaparece del rostro. Me incorporo y me siento sobre la cama. Cuando mis pies descalzos rozan el suelo, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. No recuerdo haberme quitado las zapatillas. Juraría que las llevaba puestas. Le echo un vistazo rápido a la habitación, que está bastante más ordenada que la mía, y las localizo junto a la puerta.

Vuelvo a oír la voz de Noah justo cuando voy a levantarme.

—¿Quién ha dicho que tengas que irte?

Se me escapa una sonrisa. No parece muy contento. Yo tampoco quiero marcharme, pero tengo que ser responsable. El certamen es importante para él y no quiero que meta la pata por mi culpa.

—Tienes que descansar, ¿vale?

Sin embargo, él tiene otros planes.

—Quiero que te quedes a dormir conmigo.

Me vuelvo hacia él enseguida.

—No creo que…

—Por favor —me pide. Maniobra sobre la cama hasta que llega al borde y, entonces, se pone de pie—. Estaba en tu lista.

—La lista no me importa. ¿Acaso no has escuchado nada de lo que he dicho? —protesto. Noah se encoge de hombros.

—Lo siento, pero he desconectado antes y después de que admitieras que estás enamorada de mí.

Esboza una sonrisa orgullosa. Sabía que con eso me convencería. Otra vez. Me muerdo el labio. Siento un cosquilleo en el estómago porque ansío decirle que sí. No obstante, preferiría que no completara más puntos de la lista. Ya nos ha traído suficientes problemas.

Se acerca aún más al ver que no respondo. Pasados unos

segundos, suspira.

—No es por la lista, ¿vale? —Se sincera, como si me hubiera leído la mente—. Es algo que sale de mí. Yo también te he echado de menos. Deja que recuperemos el tiempo que hemos perdido solo porque somos idiotas.

Eso me hace reír. Los miedos a los que me aferraba han desaparecido. Finjo pensármelo durante un instante.

—Bueno, la verdad es que has sido bastante imbécil…

Sonríe aún más.

—Me pido el lado izquierdo de la cama.

—No he dicho que…

—A no ser que odies dormir en el derecho —continúa—. En ese caso, ese será para mí.

Pongo los ojos en blanco. Noah se dirige a la cama para deshacerla y yo lo ayudo. Al final, me quedo.

—Eres un amor —respondo con un deje irónico.

—Lo sé. Gracias. —Levanta la cabeza y sonríe. Después, retira las sábanas y ahueca la almohada. Lo miro con las cejas arqueadas. Lo coloca todo con cuidado a pesar de que, en cuanto me tumbe, pondré los cojines como yo quiera.

Pasados unos segundos, cuando nota que lo observo, Noah fuerza una sonrisa. Su mirada pasa de la cama a mí y, después, a sí mismo.

—Creo que debería ir a por mi camiseta —dice y señala la puerta. Debe haberla dejado por ahí tirada.

A continuación, sin esperar una respuesta, cruza la habitación para buscarla. Mi expresión cambia por completo. Quiero reírme, pero también decirle que no tiene por qué hacerlo. Regresa con la prenda en las manos y yo me siento sobre la cama.

—Creo que eres el único chico que conozco que se viste para dormir con su novia.

De inmediato, me arrepiento de haber utilizado ese término. Sin embargo, aunque se queda paralizado un momento, Noah esboza una sonrisa.

—Me preparo para pasar frío esta noche. Tienes cara de ser de las que se mueven mucho mientras duermen y seguro que me dejarás sin sábanas.

Es una mala excusa, pero asiento con una sonrisa y él se pone la

camiseta.

Ha pasado por alto mi último comentario en lugar de mencionarlo y lo agradezco. Actúa como si fuese algo que ya hubiésemos acordado.

—Mejor así —anuncia mientras se alisa la tela de la camiseta. Es de color granate y combina con el estampado a cuadros del pantalón del pijama. Como todavía me río, pone los ojos en blanco —. No me mires así. El tuyo es peor.

Tiene razón. Llevo un pijama ancho de invierno que me queda grande y apenas tiene forma. Eso, sumado al moño descuidado que me he hecho antes de salir de la habitación hace que me avergüence mucho de mi aspecto.

Me siento sobre el colchón con las piernas cruzadas mientras espero a que apague la luz. Cuando el dormitorio se queda a oscuras, siento nervios en el estómago. Antes de tumbarme, me aseguro de lo lejos que está la pared porque, con mi suerte, podría darme en la cabeza y acabar en el hospital.

—¿Alguna advertencia? —dice Noah desde la distancia.

—¿Necesitas advertencias?

—Quiero ver qué se te ocurre.

—Si roncas, te tiraré al suelo —le advierto. Se ríe cuando el colchón se hunde a mi lado. Es raro, pero ya no estoy nerviosa.

—¿Y si roncas tú?

Está muy cerca y habla en susurros.

—Yo no ronco.

Alargo una mano para buscarlo. Enseguida le encuentro la nariz y le recorro el rostro a tientas. Se ríe.

—Vas a meterme un dedo en el ojo.

—Has vuelto a quitarte la camiseta.

Es más indeciso que yo. Al oírme, me atrapa la mano sobre su pecho y tira de ella para que me acerque. Me pongo de rodillas, pero me caigo sobre él, y coloca los labios en mi mejilla.

—Me parece que estás soñando.

—Ni que fueras para tanto.

Me imita por lo bajo con una voz ridículamente aguda, y no se detiene hasta que le doy un manotazo. Entonces, nos reímos.

Me acomodo a su lado, muy cerca, y apoyo la cabeza sobre su pecho. Noah me rodea los hombros con un brazo.

—Iba a buscarte antes —confiesa cuando nos quedamos en silencio—. Necesitaba disculparme por todo. Aunque, cuando he abierto la puerta, te he visto ahí.

—No sabía qué decirte y por eso no me atrevía a llamar.

Cierro los ojos. Me gusta que juegue con mi pelo.

—Creía que habías preparado el discurso.

—Me ha salido al verte. Al principio, creía que me quedaría bloqueada o algo así.

—Claro, y todo cambió cuando me viste sin camiseta y te diste cuenta de todo lo que te perderías —bromea. Me echo a reír. Tomo una de sus manos y le repaso los dedos con las yemas de los míos.

—Si quisiera a un chico musculoso, estaría con Oliver.

—Vaya, gracias.

—Sabes a lo que me refiero.

—Pero yo también estoy fuerte —protesta, como un niño pequeño.

—Lo que tú digas.

Intento sonar convencida, pero me resulta complicado aguantarme la risa. Noah resopla.

—Voy a tirarte de la cama.

—Adelante.

Noah busca mi rostro con los dedos y me pellizca la mejilla. Me quejo en voz alta, aunque no me ha dolido, y me incorporo con brusquedad. Busco el suyo para hacerle lo mismo.

Cuando vuelvo a tumbarme, siento que su pecho vibra bajo mi oreja. Su mano regresa a mi pelo y juguetea con el flequillo. Pasados unos segundos, dice:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Mmm —susurro con los ojos cerrados.

—Sé que ya no debería importarme, pero siempre he tenido curiosidad. ¿Por qué el punto número veinte estaba vacío?

—Tenías que elegirlo tú. Podías hacer lo que quisieras. Se supone que, cuando llegases a él, ya me conocerías lo suficientemente bien como para saber qué otro punto habría añadido a la lista y que lo harías en mi lugar. —Me muevo para estar más cómoda y le paso un brazo por encima—. En realidad, lo has completado varias veces.

De repente, parece muy interesado en el tema.

—Si tuvieras que escribir ese punto ahora, inspirándote en algo que he hecho, ¿qué pondrías?

—No lo sé —reconozco—. Has hecho muchas cosas por mí. Es difícil elegir.

—Tiene que haber algo que destaque.

Ojalá pudiera contestarle. Sin embargo, no se me ocurre nada. Noah suspira.

—Dame unos días para pensar —le pido—. Te lo diré en cuanto lo sepa.

—Vale, pero te advierto que no se me va a olvidar.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo daba por hecho.

—Novia —dice unos minutos después mientras saborea la palabra. No puedo verle la cara, pero juraría que sonríe—. Me gusta cómo suena.

A mí también me gusta, no solo por lo que significa, sino por la manera en que me hace sentir. Después de todo, creía que me aterrorizaría volver a confiar en alguien. Pero ya no estoy asustada y se me han acabado las inseguridades. Ese es el efecto que Noah tiene en mí.

Espero que esta seguridad me dure para siempre.

En lugar de responder, me acomodo mejor sobre su pecho y permito que se me cierren los ojos. Su cercanía me protege de la oscuridad que inunda la habitación. Sus caricias descienden hasta mi cintura, me mete la mano por debajo de la camiseta y siento cómo sus dedos fríos me recorren la espalda. Me estremezco, pero guardo silencio.

Lo he echado tanto de menos.

—Abril —me susurra, cuando mi respiración se ralentiza. Emito un quejido. Necesito silencio.

—Duérmete de una vez.

—Te quiero. Lo sabes, ¿no?

El pecho se me llena de felicidad. Aunque una pequeña parte de mí ya era consciente de ello, me alegro de que me lo haya dicho. Muevo la cabeza para mirarlo a los ojos y asiento.

—Lo sé —respondo—. Yo a ti también, Noah.

Me parece oír cómo sonríe. Después, vuelvo a acurrucarme contra su cuerpo. No recuerdo haber dormido nunca tan bien como

esa noche.

Al día siguiente, cuando me despierto, Noah ya no está. Me ha dejado una nota en la que dice que había quedado para ensayar con Karinna muy temprano y no quería despertarme, así que regreso a mi habitación como si volase sobre las nubes, y rezo porque el señor Miller jamás descubra que he pasado la noche en otro pasillo.

Soy una de las primeras en llegar a las gradas porque quiero ver el certamen desde la primera fila. Karinna y Noah hacen un baile increíble y se llevan el segundo puesto. En cuando lo anuncian, viene hasta mí y presumo delante de todos porque me siento muy orgullosa.

Nos sentamos juntos en el autobús de vuelta, ya que ahora sí que viene con nosotros. Como si no hubiese nadie a nuestro alrededor, jugueteo con sus manos mientras él me habla sobre otros certámenes en los que ha participado. También me cuenta cuál es su coreografía favorita, cuál es la comida que siempre le apetece y cuál es la canción que, pase lo que pase, jamás se cansará de escuchar.

Divaga hasta que llegamos, y me empapo de todos los detalles que hacen que Noah Carter sea mucho mejor que el chico perfecto que creía que encontraría con la lista.

Epílogo

Los días transcurren muy rápido y, cuando me doy cuenta, ya ha pasado una semana desde que se celebró el certamen.

El lunes me despierto un poco más tarde de lo normal y, al incorporarme, descubro que he dormido prácticamente abrazada a mi ordenador. Anoche escribí hasta tarde, pero ha merecido la pena porque, por fin, he terminado el borrador de mi tercera aportación para el periódico.

Esta vez, habla sobre unos chicos que han formado una banda. Noah me puso en contacto con ellos. En cuanto los conocí, decidí que no encontraría a unos candidatos mejores. Sus ganas y su ilusión eran justo lo que buscaba.

Sin embargo, dejarse llevar por la inspiración siempre pasa factura. Apenas he dormido dos horas esta noche.

Bostezo, desganada, y me levanto para ir al baño. Se me escapa una sonrisa cuando llego y me encuentro con la ducha de hidromasaje. El otro día, Jason me enseñó a usarla. Sobra decir que acabamos empapados de pies a cabeza. Aun así, reconozco que fue divertido. Además, me trajo muchos recuerdos del día que me mudé aquí.

Pensé incluso en contárselo a Noah. Claro que después comprendí que tendría que mencionar también el sujetador y el tema del guarda-pelotas, así que lo dejé pasar.

Una vez vestida, me dejo el pelo suelto y bajo a la cocina. Allí, me encuentro con Jason, que desayuna un enorme plato de tortitas con sirope. Aunque mi estómago, que ruge al verlas, es bastante ruidoso, mi hermanastro no recae en mi presencia hasta que abro el armario para sacar una taza de café.

Deja de prestarle atención al móvil y sube la cabeza para

mirarme.

—¿Tortitas otra vez? —pregunto mientras tomo la leche del frigorífico.

—Ayer fueron tostadas. El día anterior, macedonia. No me hace tortitas desde el miércoles. Le gusta variar. —Pongo los ojos en blanco, aunque me echo a reír. Cuando me siento a su lado, Jason me ofrece su plato—. Sírvete. Como siga comiendo tanto, no cabré por la puerta.

No necesito que lo diga dos veces. Me sirvo y engullo las tortitas. Debería darme prisa. He quedado con Noah en diez minutos para irnos juntos al instituto, como de costumbre. Siempre protesto cuando llega tarde y seguro que está esperando a que yo me retrase algún día para echármelo en cara.

—¿Cuánto tiempo crees que le durará? —hablo con la boca llena.

Jason hace una mueca y desvía la mirada. Se encoge de hombros.

—Cuando deje de sentirse culpable, supongo.

Asiento. Desde que Jason volvió a casa, su madre lo trata como a un rey. Si ya era un niño mimado antes, ahora la situación es surrealista. Ya no tiene que hacer la cama o limpiar la habitación porque Rose lo hace —por voluntad propia— en su lugar. Además, nos cocina el desayuno todas las mañanas. Y es una chef estupenda. Creo que hasta he engordado.

Doy por hecho que todavía se arrepiente de lo que hizo. Ahora trata de enmendar sus errores. No creo que mimar a su hijo sea una solución, pero Jason no se ha quejado y prefiero no entrometerme.

—¿Hay progresos? —inquiero. Mi hermanastro sube un hombro.

—Más o menos. Anoche hablamos y me dijo que me acepta. Que está aprendiendo a sobrellevarlo. —Suspira al verme poner los ojos en blanco. Me pregunto cuándo entenderá Rose, de una vez per todas, que no hay nada que deba sobrellevar—. Pero se niega a dejar entrar a ninguno de mis amigos en casa. Dice que no se fía de ellos. Es un poco exagerada —añade, antes de que replique—, pero supongo que, dentro de lo malo, está… bien.

Fuerzo una sonrisa. Aunque no estoy del todo de acuerdo, confío en que Rose superará esto con el tiempo. O, al menos, eso espero. Hasta entonces, cualquier avance es una victoria.

Me recuesto en la silla, empujo el plato de tortitas y me agarro el estómago.

—Creo que quiere hacernos engordar —concluyo. Jason levanta las cejas, se sube un poco la camiseta y me enseña la barriga.

—Habla por ti. Yo tengo un tipazo —bromea—. De todas formas, a Cody le gustaría aunque estuviera gordo.

Se me escapa una sonrisa. Cuando Jason me ve, se pone colorado. Contengo las ganas de echarme a reír. Es adorable.

—Hacéis una pareja muy bonita —digo con sinceridad.

—Tu opinión no nos importa. —Ya no me molesta que utilice ese tono tan hostil conmigo. Sé que forma parte de su asquerosa personalidad. Entonces, se fija mejor en mi atuendo y su expresión cambia por completo—. ¿Llevas mi chaqueta?

Frunce el ceño. Tardo en reaccionar porque creía que no se daría cuenta. Como me quede en casa más tiempo, me obligará a quitármela, así que me levanto a toda prisa y meto la taza en el lavavajillas.

—Se me hace tarde —comento.

Salgo apresuradamente de la cocina, en busca de la mochila. Jason me pisa los talones.

—Quítatela. Esa chaqueta es sagrada.

—Somos hermanastros. Los hermanastros comparten ropa.

—No, no lo hacen. —Se pone serio y se detiene frente a la puerta principal—. Siempre te metes conmigo cuando la llevo puesta. Si tanto la odias, ¿qué haces con ella? Trae.

Intenta agarrarme del hombro para quitármela a la fuerza, pero retrocedo y lo esquivo a duras penas. Después, estiro los brazos para impedir que se acerque. En el fondo, sé que lleva razón. Siempre he criticado su aspecto de chico malo porque me parecía muy ridículo. Sin embargo, me gusta cómo me sienta esta chaqueta. Además, combina bastante bien con todo mi armario. Creo que me la pondré más a menudo.

Reviso la hora en el teléfono. Quedan diez minutos para las ocho. Seguro que Noah ya está esperándome. No puedo subir a cambiarme ahora.

—¿Me dejas salir? —demando con impaciencia. Reconozco que, antes, la situación me hacía gracia, pero ahora no quiero llegar tarde al instituto.

—Lo haré cuando me la hayas devuelto.

—Admitámoslo, Jason: a mí me queda mucho mejor. De todas formas, si no querías que me la pusiera, deberías haberla guardado en otro sitio.

—Estaba en el fondo de mi armario —gruñe y aprieta los puños.

—Y, por casualidad, resulta que tu armario está muy cerca de mi habitación. —Esto empeora las cosas. De nuevo, no me deja moverme cuando intento rodearlo. Suspiro, impaciente. Estoy cansada de perder el tiempo—. Está bien —anuncio y me doy la vuelta—. Saldré por la ventana del baño.

Tampoco es que sea la primera vez.

Echo a correr por el pasillo y Jason me persigue. Llego antes que él, me apresuro a abrir la ventana y paso las piernas sobre el alféizar. Solo tardo un segundo en aterrizar sobre el suelo del jardín. Cuando mi hermanastro entra en el baño, ya estoy en la calle.

Se asoma y me señala con un dedo.

—Vamos al mismo instituto. Nadie dice que no pueda seguirte hasta allí.

Sin embargo, ambos sabemos que he ganado esta batalla. Últimamente, a Jason le sobran razones para irse a clase después que yo.

—Noah y yo nos besaremos durante todo el camino, pero, si quieres, puedes venir para sujetarnos las velas.

Hace una mueca de asco.

—Te odio —farfulla. Me echo a reír. Seguro que se lo ha imaginado y todo.

A continuación, me marcho. Una vez que me he alejado de la casa, me giro de nuevo para gritarle que, en el fondo, aunque parezca mentira, yo también lo quiero.

Solo tardo unos minutos en llegar donde siempre me reúno con Noah. Son las ocho menos cinco y, por eso, me sorprende que no esté aquí. Creía que, esta vez, sería yo quien llegaría tarde y que me lo reprocharía durante todo el día, pero parece que su impuntualidad siempre supera mis expectativas.

Me apoyo contra una pared y saco el móvil del bolsillo. Me dispongo a enviarle un mensaje cuando, de pronto, aparece al otro lado de la calle.

Corre hacia mí en cuanto me ve. Lleva la mochila negra, que se confunde con la sudadera oscura que le cubre parte de los vaqueros, y tiene el móvil en la mano. Me distraigo mientras guardo el mío en el bolsillo. Cada vez que lo veo, me cuesta horrores guardarme la sonrisa y prefiero que no se dé cuenta, aunque imagino que debe de ocurrirle lo mismo conmigo.

Cuando se detiene a mi lado, tiene la respiración agitada. Apoya las manos en las rodillas e interna recuperar el aire. Arqueo las cejas.

Quiero hablar, pero se me adelanta.

—Sé que llego tarde —dice y alza la cabeza. Parece agotado—, pero no te enfades. Puedo explicarlo.

La situación me hace bastante gracia, pero decido mantenerme fiel a mi papel de novia enfadada porque me gusta ponerlo nervioso. Me cruzo de brazos.

—Espero que tengas una buena excusa.

—Matthew se muda y he tenido que ayudarlo a meter las cajas en el camión. Por si no lo sabías, tiene un gimnasio montado en la habitación… Aunque, cómo ibas a saberlo, si nunca has estado allí. Olvídalo. Pienso mejor cuando no estoy tan cansado. —Entonces, comprende que ha dado demasiadas cosas por hecho, se incorpora velozmente y me pregunta—: Nunca has estado en su habitación, ¿verdad?

Subo las cejas aún más. Tiene que estar de broma.

—Claro que sí. Nos liamos el otro día allí.

—No juegues con eso —me advierte y me apunta con un dedo, aunque sonríe. Me río y me acerco para besarlo.

A continuación, entrelazo nuestros dedos y tiro de él para que avancemos. No me gustaría llegar tarde al instituto. Mi primera clase del día es con el señor Miller y me odia tanto desde que critiqué a su roedor que, si no estoy allí cuando suene la campana, seguro que me deja fuera del aula.

—Así que ya no vivirá con vosotros —asumo y lo miro de reojo. Noah asiente.

—Agradéceselo a Rose. Llamó al instituto para denunciar la agresión homófoba que había sufrido su hijo. El director tomó medidas y expulsó a Matthew. En cuanto mi madre y Dana se enteraron, mi primo dejó de ser bienvenido en nuestra casa —me

explica—. Desde que era pequeño, me han educado para que sea tolerante y respete a los demás. Parece que, por fin, se han dado cuenta de que Matthew jamás será así. Fue Dana quien lo obligó a irse, porque mi madre ni siquiera lo mira a la cara. Por eso lo he ayudado yo con las cajas.

Me muerdo el labio. Suponía que su familia reaccionaría así. Al fin y al cabo, ellas fueron quienes acogieron a Jason cuando se peleó con su madre. De todas formas, imagino que ha tenido que ser difícil asimilarlo. Según me contó Noah, siempre han tenido a Matthew en un pedestal y, después de esto, habrá quedado hecho pedazos.

No se me ocurre nada que decir. En silencio, me limito a apretarle la mano para demostrarle que tiene mi apoyo. Noah se gira hacia mí.

—No me mires así —me pide—. Tampoco voy a echarlo de menos. Hace mucho que quiero que se vaya.

Estas últimas semanas han servido para abrirle los ojos. Sonrío.

—A partir de ahora, todo irá sobre ruedas. Te lo prometo.

—Lo sé —responde—. Además —añade—, aunque ayudarlo ha sido un rollo, me he puesto de buen humor cuando he recordado que mi novia estaba fuera, esperándome para ir juntos al instituto. —Me suelta la mano para rodearme los hombros con un brazo. Después, me obliga a acercarme y me besa en la cabeza—. Por cierto, te he traído una cosa.

Frunzo el ceño. Noah se detiene antes de romper nuestro abrazo. Rebusca en la mochila y, cuando intento asomarme para ver de qué se trata, me lo impide. Resoplo con impaciencia.

—¿No vas a decirme lo que es? —protesto.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—Siempre puedes intentar adivinarlo.

—Seguro que es algo que me hará pensar que eres un egocéntrico. —Sonrío cuando pone los ojos en blanco. Acto seguido, aprieto los labios, pensativa—. Veamos… ¿vas a regalarme una foto firmada?

Noah deja de buscar en la mochila para mirarme. Tiene muy mala cara.

—¿Estás de broma?

—Vale, me he pasado. Seguro que es una fotografía a secas, sin firmar.

—No soy tan engreído, ¿vale?

Suelto una carcajada. Este chico me gusta mucho.

—¿Es un libro?

—Eso tendría más sentido, pero no. No es un libro.

—Un pisapapeles —afirmo, pero sacude la cabeza—. ¿Un oscilador?

—Muy graciosa.

—Una apisonadora.

—¿Para qué diablos quieres una apisonadora?

Me encojo de hombros. Ni siquiera recuerdo qué es eso.

—Para apisonar.

Noah se echa a reír. Sacude la cabeza, como diciendo: «Eres la persona más idiota del mundo», y parece que, por fin, encuentra lo que buscaba. Se vuelve hacia mí con algo entre las manos.

—Aquí está.

El corazón me late cada vez más rápido a medida que comprendo de qué se trata. Noah sujeta el sobre, que todavía está cerrado, entre los dedos. Me lo ofrece a la espera de que lo tome.

¿Me ha escrito una carta?

—Prométeme que no me harás llorar —le pido, aunque enseguida le quito el sobre porque necesito saber qué pone. En el exterior, ha caligrafiado mi nombre con letras mayúsculas. Noah esboza una sonrisa.

—Quiero que lo leas en voz alta, ¿vale?

Asiento distraída. Cuando saco la carta, me percato de que le tiemblan las manos de la emoción. Está doblada en tres partes. Dos de ellas están vacías. En la tercera, sin embargo, me encuentro con tres palabras escritas en rojo. Es su color favorito. Todavía me acuerdo.

Subo la mirada. Estoy bastante perdida.

«Punto número 20».

—Me dijiste que no sabías cómo completarlo. Espero que, después de esto, lo tengas claro.

Pero he dejado de escucharle.

En lo alto del folio, leo:

«Cómo enamorar a Noah Carter».

—No has sido capaz. —Me atraganto con las palabras. Su sonrisa crece.

—Léela hasta el final.

—¿Tratas de vengarte o algo parecido? Porque, si es así, deberías saber que…

—Abril —me interrumpe entre risas. Al parecer, mis nervios le parecen divertidos—. Hazme caso y léela. Hablaremos después.

Me muerdo el interior de la mejilla, dudosa. Ahora sí que noto que la ansiedad me tortura el estómago. Lo miro a los ojos y asiento.

Y, para mis adentros, porque me he quedado sin voz, leo.

CÓMO ENAMORAR A NOAH CARTER

Cuando tenga dieciocho, me enamoraré de la chica que…

Al final, veo su firma y la fecha en la que la escribió. Alzo la mirada, con un nudo en la garganta, y descubro que Noah me ha observado desde que he empezado a leer. Ahora mismo, lo único que escucho son los latidos acelerados de mi corazón. Me siento más viva que nunca.

—Es una venganza terrible —ironiza y sonríe.

—A mí también me falta el número veinte.

Antes de que responda, ya me he lanzado a sus brazos. Noah se ríe y, de pronto, no me importa que estemos en medio de la calle o que vayamos a llegar tarde al instituto. Tomo una gran bocanada de aire y me aferró a él como antes hacía a los puntos de la lista.

Siempre he pensado que tengo muy mala suerte. Supongo que necesitaba un pretexto que justificase que todas mis relaciones terminasen siendo un desastre. El año pasado, me hice una promesa: nunca volvería a sufrir por amor y escribí veinte puntos que me ayudarían a lograr mi cometido.

Hasta hace unos días, creía que ese era mi único mecanismo de defensa.

Pero ahora entiendo que no es así.

Hace meses que actúo como una persona sin sentimientos. Al parecer, soy una experta a la hora de contar mentiras, porque, a veces, me las creo hasta yo. He fingido que no me encariño con nadie, como si, así, sus abandonos me dolieran menos, y he intentado convencerme de que confiar es sinónimo de dejar que te destruyan.

Porque mostrar tus sentimientos te vuelve débil.

Ojalá me hubiera dado cuenta antes de lo equivocada que estaba.

Mi vida es mucho mejor ahora que tengo los pies en la tierra. Antes, vivía atada a lo alto de la muralla porque confiaba en que eso me mantendría a salvo, pero, al final, caí y, en el fondo, lo deseaba. Volé, probé el sabor de las nubes y me di de bruces contra el suelo.

Me levanté después del impacto y ahora no me quedan heridas ni miedos por curar.

Mis inseguridades se quedaron allí arriba. Lo mismo pasó con las falsas ilusiones y las expectativas que tenía sobre el amor. Entonces, comprendí que la lista nunca había sido más que una fantasía; algo

inútil que solo me complicaba las cosas.

Supongo que a una le llega el momento de madurar y aceptar que la perfección no existe. Que los príncipes azules que aparecen en las películas son absurdos e irreales. Que no puedes elegir de quién te enamoras, aunque escribas una lista con veinte puntos y te aterres a ella con todas tus fuerzas, y que esconder tus sentimientos no te hará ser más fuerte.

Ahora que puedo decirlo en voz alta, me siento valiente.

Más que eso: en realidad, ahora sé que siempre he sido valiente. El problema es que nunca me lo creí, pero Noah se encargó de hacer que lo viera, y ahora camino con los ojos abiertos y con la certeza de que nunca volveré a ser una cobarde.

Y sabiendo que, aunque sea difícil, aceptar tus sentimientos y tus emociones es lo único que puede hacerte libre.

Agradecimientos

«Los sueños difíciles solo parecen imposibles hasta que los alcanzamos».

Cuando terminé de escribir *Un amigo gratis*, mi primera novela, compartí esa frase en Wattpad y me prometí a mí misma que, si algún día publicaba un libro en papel, la incluiría en los agradecimientos. Supongo que es mejor tarde que nunca. Inma del pasado: lo conseguiste. Dos veces.

Mi conquista tiene una lista es otro sueño cumplido.

La escritura ha cambiado mi vida. Me ha hecho conocer a gente maravillosa, vivir experiencias increíbles y surrealistas, y me ha dado la oportunidad de transmitir al mundo mensajes que considero importantes. Me ha ayudado a crecer y, sobre todo, a aceptar que esto forma parte de mí y que no sería quien soy si no escribiera.

Y, como menciona Abril en el libro, me ha hecho desplegar las alas.

No habría conseguido nada de esto de no haber sido por toda la gente que me quiere y me apoya. Por eso, me gustaría darles las gracias:

A mis padres, como siempre, en primer lugar. Gracias por creer en mí desde el principio y por no enfadaros (tanto) conmigo cuando empecé a escaparme de mis clases de música para escribir en la biblioteca. Gracias por escucharme siempre, mamá, por aconsejarme y guiarme y por ser la primera en leer todo lo que escribo. Sabes que has inspirado a muchos de mis personajes. Y gracias, papá, por estar siempre tan pendiente de mí, por animarme a seguir escribiendo día tras día y por dejarme hablar durante horas sobre las ideas que se me ocurren para mis novelas.

A mi hermana Laura, que aparece en este libro y en todos los

que escribo, porque me gusta dar a conocer aquello que me llama la atención y tú eres una persona muy especial. Gracias por darme la inspiración que necesitaba para escribir las escenas más divertidas de esta novela.

A mis abuelos, que me han convertido en la persona más afortunada del universo. Gracias, abuela Vale, por hacerme sentir siempre querida. Verte con mis libros en las manos me llena de orgullo. Abuelo Carlos, abuelo José, gracias por preocuparos por mí y tratarme con tanto cariño. Y, abuela Noli, gracias por marcar mi vida. Sé que estás cuidado de mí desde ahí arriba.

A mi tía Carmen, por ser una de las primeras en leer todo lo que escribo. Siento haberte hecho llorar con mis libros tantas veces. Es muy divertido, así que seguramente volveré a hacerlo. Pido perdón de antemano.

A mi tía Mar y a mi tío Mario, por su apoyo y su cariño. A mi tío Miguel, que cogió un autobús de madrugada para verme firmar en la Feria del Libro de Madrid. Y a mi tía Mercedes, que desde pequeña ha sabido entenderme y ahora lee todos mis escritos. También a mis primos, Carlos, Jara, Mar, Mario y Marcos, porque seguro que más de uno se enfadaría si no apareciesen en estos agradecimientos.

A mis amigas: Lucía, Blanca, Clara y Teresa. Conoceros ha sido una suerte. Habéis hecho tanto por mí que nunca sabré cómo agradecéroslo. Gracias por estar en mi vida.

A mi instituto, el IES Carolina Coronado, y a todas las personas que conocí allí. En especial, a Ana y a Pablo, que me mostraron su apoyo desde el minuto uno. Los jóvenes tenemos voz y valoro muchísimo que haya personas que, como vosotros, luchen porque el mundo nos escuche.

A Toni, mi librera de confianza, y a Maritere, que sigue siendo y que será siempre mi lectora cero por excelencia. A la ciudad de Almendralejo, en donde me he criado, que acogió mis inquietudes literarias y ha apoyado a mis personajes desde que salieron a conocer el mundo.

A Oz Editorial, una vez más, por haber vuelto a confiar en mí. Abril y Noah han encontrado su casa en vosotros y sé que cuidaréis de ellos lo mejor que podáis. De su parte y de la mía, gracias.

A ti, lector, que estás leyendo este libro y has permitido que esta

historia cobre vida en tu mente. Gracias por darme la oportunidad de compartirla contigo. Gracias también a todas esas personas que, de una manera u otra, han colaborado en el proceso de creación de esta novela, respondiendo mis dudas y confiándome sus experiencias. Y, para terminar, gracias a mis lectoras de Wattpad, que han sido las que me han traído hasta aquí. No podía dejar pasar la oportunidad de agradeceros una vez más todo vuestro cariño.

La magia de escribir está en hacerlo para personas como vosotros.

INMA RUBIALES (Almendralejo, 2002). En Almendralejo, ciudad de Extremadura es donde reside actualmente. Lleva creando historias prácticamente desde que aprendió a escribir, lo que la ha llevado a ganar numerosos certámenes de relatos a nivel local y autonómico. En 2019, publicó *Un amigo gratis*, su primer libro en papel.

Actualmente, Inma continúa sus estudios de bachillerato mientras trabaja en sus apasionantes novelas. Cuando no está escribiendo, se dedica a estar con su familia y amigos, a charlar con sus lectoras por redes sociales y a hablar sobre absolutamente todo lo que se le ocurre.